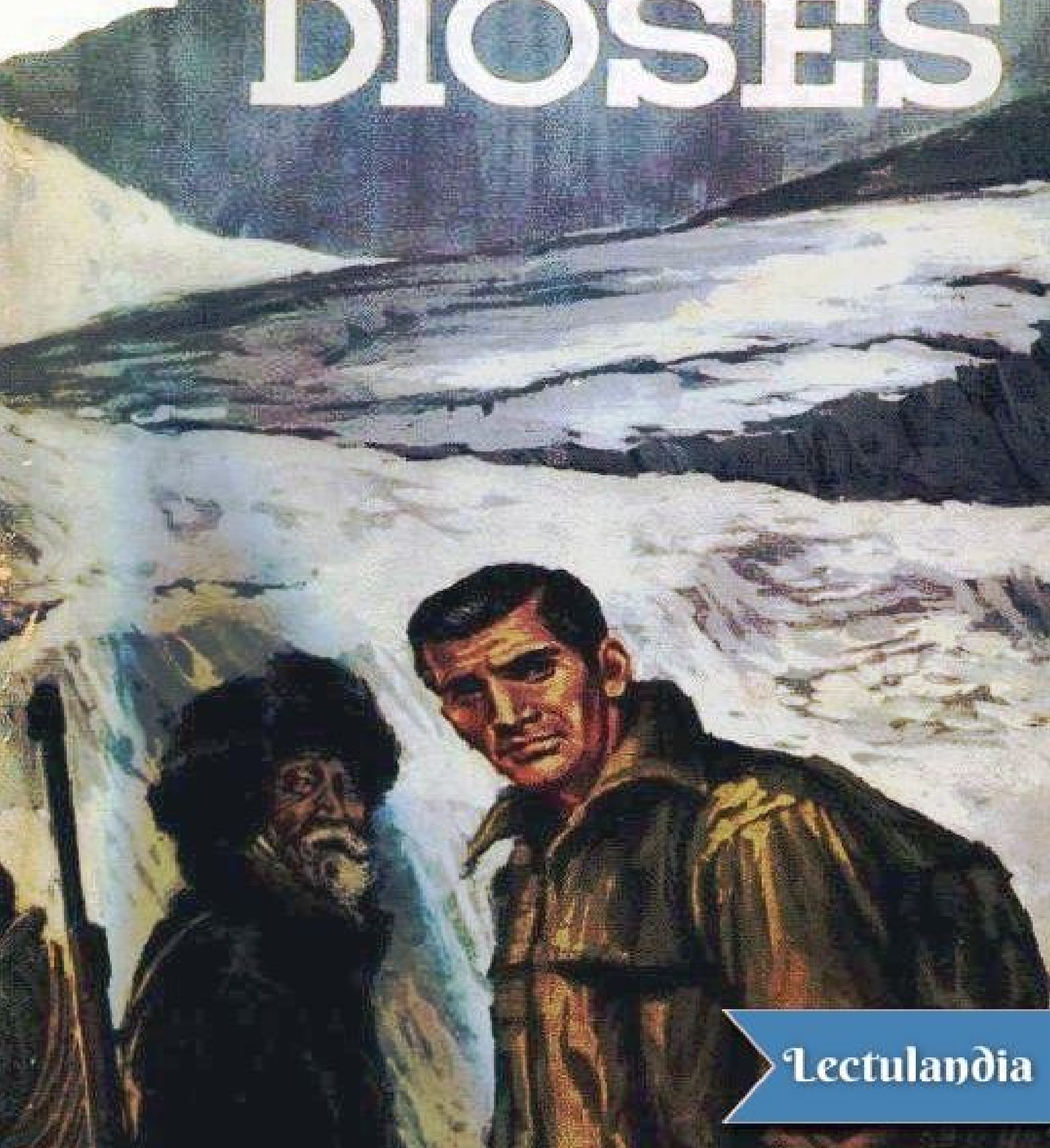


PEARL S. BUCK

OTROS DIOSES



Lectulandia

Este libro plantea el caso de una mujer que ha contraído matrimonio con un «ídolo de las multitudes», un hombre al que millones de sus semejantes han convertido en semidiós, héroe de las proezas deportivas hecho a la medida de Norteamérica. Pero este hombre que el público adora es, en la intimidad, poco menos que un muñeco hermoso apenas dotado de cerebro. Su mujer, que lo ama, no puede delatar el fraude que su marido simboliza, no puede descubrir el inmenso embuste que sirve de fachada a la falsa personalidad del héroe.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Otros dioses

ePUB v1.1

victordg 09.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Other gods*

Pearl S. Buck, 1967.

Traducción: Renee Grollero

Cubierta: Gracia

Diseño/retoque portada: victordg

Editor original: victordg (v1.0 a v1.1)

Corrección de erratas: victordg

ePub base v2.0

I

Entre la cadena del Himalaya yérguese una cumbre excelsa para los alpinistas, pero por espacio de largo tiempo ha permanecido inexplorada. Erguida como otras cimas más célebres, presentábase con su silueta hostil para aquella raza de hombres que se siente poseída por el extraño impulso de abandonar las más bajas regiones terrestres, habitadas por los demás hombres, para ascender a las cimas sobre las cuales la gente no puede vivir porque están demasiado cercanas al cielo. La cumbre del Therat, menos alta que la del Everest, resultaba demasiado elevada para servir de meta a una simple excursión. Los alpinistas contemplaban su cresta solitaria, semejante a una verdadera fortificación de peñascos, y decían: «Lo mismo es llevar a cabo la ascensión del Therat, que la del Everest».

El Therat era, por tanto, considerado, incluso comparado con otras cumbres, como ligeramente inferior al Everest, y esto fue motivo suficiente para que permaneciera inviolado hasta cierta tarde de julio de un año que se ha hecho memorable, en que un joven arriesgado llamado Alberto Holm, superó el helado abismo junto a la cresta y alcanzó solo, la cima.

Que semejante empresa tuviera alguna relación con la gloria, esto no fue idea que cruzara por un momento el cerebro de Alberto Holm, fuera porque su imaginación jamás le llevaba más allá del momento presente, fuera porque, después de la conquista de la cumbre, comenzó a alarmarse por lo que podía haber dicho sir Alfredo Fessaday, el jefe de la expedición meteorológica.

Su preocupación se acrecentó al final de aquel día cuya mañana, allá en lo alto, había prometido una verdadera jornada de Himalaya, uno de esos días que parecen no tener que tocar nunca a su fin, tan repentina es la salida del sol, y tan tardo su ocaso. Había sido precisamente esa promesa la que había impulsado a Alberto Holm a abandonar a los demás y a continuar solo la ascensión, siguiendo un largo itinerario que había parecido inaccesible a las expediciones precedentes.

Alberto Holm no tenía ninguna razón particular para representar el papel de conquistador de la cima, no siendo más que el mecánico que sir Alfredo se había llevado consigo para que cuidara de los dos tractores, construidos a propósito en América para la expedición. Precisamente por ello, Alberto tenía la obligación de quedarse junto a las máquinas al pie de la montaña. No obstante, se había dado cuenta desde un principio que en el momento más oportuno desertaría, y cuando la expedición empezó a ponerse en marcha sin las máquinas, compareció ante sir Alfredo, con su grasienta bocina en la mano, y con un mohín en su bellissimo rostro juvenil, que el patrón, en la oculta flexibilidad de su corazón, acogió con cierta reserva.

—¡Oh, Alberto Holm! —le dijo con frialdad. Siempre que sentía flaquear algo en

su fuero interno, comenzaba por ponerse en guardia.

—¿Me permite, sir Alfredo? —preguntó Alberto.

—Le escucho.

—¿Me autoriza para salir con usted?

Sir Alfredo se quedó petrificado. ¡Un mecánico, un jovencuelo inexperto en la montaña, que, con su pretensión, le amenazaba comprometer el éxito de la arriesgada empresa, cuyos miembros, a excepción hecha del meteorólogo Lane, eran todos veteranos del Himalaya!

—¡Ni lo sueñe siquiera! —repuso, apartando la mirada del joven para mirar fuera de la tienda de campaña, hacia el paisaje extraordinariamente lúgubre de aquella región del Tibet.

—En América he tomado parte en importantes excursiones alpinas —insistió Alberto con ardor—. En el Estado de Nueva York, no existe altura grande o pequeña que yo no haya escalado. Hubo un verano que huí de casa para dedicarme a las Montañas Rocosas. He escalado el Pike, y el Rainier.

—La nuestra es una expedición científica, y no una simple excursión alpina —replicó sir Alfredo—. Además, usted ha venido aquí para estar al cuidado de las máquinas.

—Conozco perfectamente los motivos por los cuales me ha traído aquí, pero, hablando sinceramente, éstos no corresponden exactamente a mis aspiraciones —manifestó Holm, no sin un ligero tono de obstinación en la voz.

Sir Alfredo miró de nuevo al joven. No recordó haberle oído abrir boca durante todo el curso del viaje. Cedió a un ligero impulso de curiosidad.

—¿Y cuáles serían sus aspiraciones? —preguntó.

—Poder salir —fue la simple respuesta.

Sir Alfredo permaneció un rato en silencio. Él era algo más que un científico, y lo sabía. Un simple científico no se habría encontrado en aquel momento bajo una tienda levantada en las afueras de un asqueroso pueblo tibetano, sino en un cómodo laboratorio de su patria. Era, ante todo, un enamorado de la montaña; y como desconfiaba del amor bajo todos sus aspectos, justificaba así su propia debilidad por las altitudes dándoles una práctica justificación científica. He aquí por qué había llevado consigo al meteorólogo Lane, teniendo la intención de que el tal Lane no era propiamente lo que podía llamarse un verdadero alpinista.

—Le gusta la montaña, ¿eh? —inquirió, tirando del lóbulo de su oreja derecha, como siempre hacía cuando estaba perplejo.

—Cambio una escalada por la comida —repuso Alberto; luego, con un nuevo mohín, añadió—: ¡Y eso que comer es mi ocupación favorita!

Había en aquel muchacho un extraordinario encanto que no escapó al jefe de la expedición. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Hasta aquel momento no había

reparado más que en la ausencia de fatiga del joven Alberto. Pero ahora el encanto ejercía su poder, se apoderaba de todos los poros de aquella joven, casi apolínea figura; era como un complejo de juventud, de salud y de sencillez en su estado primordial que no necesita todavía de educación alguna en su inconsciente independencia. «Parece como si el muchacho se encontrara en todas partes como en su misma casan», pensó sir Alfredo; y le invadió una ola de simpatía hacia él. Tosió y se sonó vigorosamente las narices, lo cual hizo huir a dos pequeños y sucios tibetanos que habían estado hasta aquel momento fisgoneando a través de la abertura de la tienda.

—¿No solicitará usted un trato especial? —preguntó con severidad.

—No, señor —replicó con presteza Alberto. ¡El viejo estaba cediendo!

Sir Alfredo cedió, en efecto, «Menos mal —pensó— que no tenía hijos: los habría viciado mimándolos».

—Está bien —dijo volviendo a sus mapas—. Pero preste atención a esto: no quiero oír hablar de usted. Para mí no estará usted en la montaña.

—No, señor —dijo Alberto con alegría: y desapareció.

Sir Alfredo se había preocupado tan poco por Alberto que, una semana más tarde, cuando Lane tuvo una pulmonía a trescientos metros de la cumbre del Therat, obligando con ello a la expedición a retroceder, no reparó en la ausencia del mecánico hasta llegada la noche, cuando comenzaron a plantar las tiendas. Era un campero que reunía muy malas condiciones, pero Lane estaba demasiado grave para poder trasladarse más abajo. Los porteadores tibetanos habían levantado las tiendas tras grandes esfuerzos, lloriqueando por el frío, gimiendo ante el peligro de que aparecieran los Mirka, hombres fantásticos de la nieve, que moran, según una antigua superstición, en aquellas latitudes.

—¿Dónde está Holm? —gritó sir Alfredo.

No hubo manera de encontrarlo: había desaparecido. Ninguno le había visto durante todo el día. El jefe de la expedición, preso de angustia y sintiendo la responsabilidad del momento, perdió los estribos y exclamó:

—Estad seguros de que jamás se encuentra a un americano en su puesto cuando se le necesita...

Tampoco esta frase tuvo la virtud de hacer que apareciera Holm; así es que sir Alfredo no pudo hacer otra cosa que salir a amenazar a los porteadores, estimulándolos al trabajo, no sin cierta secreta piedad por el terror que los invadía. El Therat, de noche, era más terrorífico que nunca, y la luna, que emergía enorme y solemne detrás de las nevadas crestas, aumentaba esta impresión con su resplandor pálido y helado, Sir Alfredo penetró en la tienda donde se encontraba el enfermo, y, al contemplarlo, sintió que su inquietud sobre la suerte de Alberto se iba agudizando hasta llegar a la exasperación.

Poco después de medianoche, al advertir la presencia de alguien ante la lona que cubría la entrada a su tienda, salió. Afuera, bajo la luminosidad irreal de la luna, vio a Alberto Holm. Al verle, se sintió tan aliviado que estuvo a punto de echarse a llorar (Lane había empeorado) pero de repente aquel sentimiento se trocó en una violenta cólera.

—¿Dónde ha estado usted? —gritó.

—En la cima —fue la respuesta.

—¡Estúpido!

—Se lo aseguro.

Sir Alfredo lo miró. Evidentemente, el muchacho estaba extenuado, su rostro, incluso a la luz de la luna, aparecía quemado por los reflejos solares de la nieve. Pero sir Alfredo sabía leer en los ojos de los hombres. Aquella mirada era sincera. Su corazón se estremeció ligeramente.

—Puede considerarse despedido por insubordinación a partir del momento en que vuelva con las máquinas —dijo—. Compóngaselas como quiera, pero no hará conmigo el viaje de regreso.

—Está bien, si usted lo manda así —respondió Alberto, devolviendo con sus palabras la calma a los ojos del jefe. ¿Qué podía importarle ahora? —Ahora que he hecho lo que deseaba, señor —prosiguió—, no me quedará más remedio que volver a casa por mi cuenta y riesgo.

Fue así como Alberto Holm emprendió el viaje de regreso, vía China.

En el espacio de unas pocas semanas todos supieron en América la empresa llevada a cabo por Alberto Holm. Produjo lo que se denomina un furor colectivo de entusiasmo. La empresa, en aquel año de desanimación, fue una de las que superan su significado, para asumir otro, enteramente simbólico. La gente, en el transcurso de aquel año, sentíase decepcionada y asustada de encontrarse bajo aquel estado de ánimo. Algo, se decía, se había perdido; la vida, en aquel mundo terriblemente confuso, había perdido algo joven, bueno, una esperanza. No se lograba discernir ya dónde estaba el error y dónde la razón con la consoladora claridad de un tiempo que había sido.

En aquella atmósfera miasmática de depresión general, produjo una gran conmoción el relato de la hazaña llevada a cabo por Alberto Holm. Millares de personas levantaron la cabeza. ¿Un héroe? La respuesta no era segura. Alguno se preguntaba si se podía ser héroe por haber efectuado una escalada. Pero ¿por qué no? respondían otros. Habían sido descubiertos ambos Polos, se había volado sobre los océanos, cruzándolos, pero el hombre no ha pensado aún en la forma de explorar las estrellas. Los gigantescos picos del Himalaya eran todo lo que quedaba aún inviolado en la tierra. Alberto Holm había conquistado uno de los más célebres, que sólo el Everest y el Pangbat superaban en altura. Por lo tanto Alberto era un héroe; un héroe

que había desafiado los hielos y las cimas, impávido ante la amenaza de las avalanchas, solo y victorioso, allí donde una expedición que tenía todos los medios a su alcance había fracasado. Aún cuando el fracaso de la expedición se atribuyera a la pulmonía de uno de sus componentes, la importancia del acto de Alberto no sufría ningún cambio. El acto era la prueba decisiva; la definitiva. Y Alberto era americano. El viejo espíritu no había, pues, muerto aún, por mucho tiempo que hubiese transcurrido desde que una nación necesitada de héroes había podido aclamar a uno. Del seno de la nación habían surgido muchos héroes, zapadores, guerreros, exploradores, aviadores. Y he aquí el último: una nueva especie de héroe, el héroe de las cumbres. Un día plantó la bandera americana sobre la cima conquistada. Los americanos le imaginaban cumpliendo este acto.

Pero ¿quién era él? Millones de personas se afanaban por saberlo, y Alberto Holm, sorprendido de improviso por los periodistas en Singapur, en Hong Kong, en Shanghai y en Pekín, respondió confuso que él no era nadie, prueba decisiva; la definitiva. Y Alberto era americano. Él, al contrario, se dirigía suspicaz a los periodistas, preguntándoles cómo diablos habían descubierto quién era él.

—¡Eh! ¿A qué juego estamos jugando? —insistía.

Ellos se echaban a reír como locos, no dando crédito a tanto candor. Y cuando estuvieron realmente convencidos de que no fingía, le explicaron que sir Alfredo Fessaday había relatado el suceso en Calcuta. Un periodista americano tomó la noticia al vuelo y telegrafió urgentemente a Nueva York; y la Prensa, siempre dispuesta a sentir las emociones del público, había reclamado un sinfín de pormenores sobre el pasado de Holm. En resumen, querían ver y hacer ver al público de qué clase de paño estaba él hecho.

El paño era bueno. De las declaraciones de Alberto resultó que su padre era un agricultor de Misty Falls, establecido en la región septentrional del Estado de Nueva York. Él, no obstante, no había sentido jamás la menor inclinación por la vida de la factoría. Terminados sus estudios en la escuela, encontró un empleo temporal. Pero tampoco trabajó con demasiado entusiasmo. Su pasión era el alpinismo. Entre los proyectos que había acariciado antes de su expedición al Asia, figuraba el de escalar la pared del Niágara, bajo el enorme arco que el agua forma al caer; y quizá en invierno, cuando el agua estuviese helada. Misty Falls emergía junto a profundos desfiladeros, por encima de las rocas que Alberto Holm había escalado un sinfín de veces.

Decenas, centenares de veces, repitió a los periodistas la misma sencilla historia, sin jamás añadir ni alterar nada. En realidad —decía— no había hecho nada extraordinario, nada que mereciese ser considerado de una forma especial. Todo podía reducirse a un hecho muy sencillo: habiendo hecho un viaje tan largo para alcanzar la conquista de una montaña, no quería regresar sin haberla efectuado.

Pero América idealizó igualmente a Alberto Holm. Los ánimos estaban preparados. Y cuando Fessaday afirmó que era extremadamente peligroso aventurarse así, solo, hasta la cima del Therat, los americanos, al leer la Prensa, tuvieron palabras sarcásticas. ¡Naturalmente! ¡También la Revolución americana había sido peligrosa! Además, Holm, había conquistado él solo la cumbre, y había regresado sano y salvo de la empresa. Una locura, de acuerdo; pero también este rasgo era americano.

Y Alberto Holm insistía dócilmente por su parte en que había sido por cierto una locura; pero que, además, había hecho siempre lo que le había parecido, sin detenerse a pensar si era cosa de locos o de sabios.

Millones de personas acogieron esta declaración suya elevándola hasta el firmamento. En cierto modo, Holm hizo renacer la fe nacional, y la gente empezó a creer respecto a él todo cuanto se le antojaba. Siempre había alguien que tenía algo nuevo que decir acerca de Holm. La anécdota volaba de boca en boca, y a nadie se le ocurría preguntar si era auténtico o no, porque nadie, en lo íntimo de su corazón, deseaba conocer la verdad. La verdad es siempre triste, y no tiene nada de novelesco; la verdad se presenta siempre con la cruda realidad de que el mundo no es bueno, y que los Estados Unidos no son un país perfecto. Era mejor alejar aquella verdad. Más bien deseaba saber cuál era el credo que profesaba Alberto Holm. ¿Y sus opiniones? ¿Qué opiniones tenía?

En grandes titulares leíase en los periódicos: ALBERTO HOLM PREDICE LA GUERRA DEL JAPÓN CONTRA AMÉRICA. HOLM AFIRMA QUE EL MUNDO ESTA SEDIENTO DE RELIGIÓN. Cualquier cosa que dijera o hiciese, la gente la revestía, inmediatamente de un halo de luces mágicas.

La menor insignificancia que se refiriese a Alberto Holm, se hacía del dominio público. No era casado. La primera pregunta que los periodistas le habían dirigido era precisamente para saber si tenía esposa. La respuesta fue negativa. Luego siguió la coletilla de que, claro, nunca le había sobrado mucho tiempo para dedicar a las muchachas, y esta coletilla reavivó más aún —si esto era posible— la llama del entusiasmo popular. En una época en que la gente comenzaba a sentir náuseas de sus propias impurezas y temor de su propia maldad, era pues, magnífico recordar tiempos en que les habían hablado de la existencia de cosas ahora pasadas de moda, como el pecado y el infierno.

Todos, al unísono, pedían la repatriación de Alberto Holm; todos deseaban verle, pese a que los periódicos reprodujeran en abundancia su imagen. Era alto, rubio y de bella presencia: el prototipo de un favorito. Sus ojos azules tenían una mirada de gravedad, hasta que una sonrisa infantil no se asomaba a ellos, transformándolos. Sus cabellos rubios estaban siempre enmarañados. En Shanghai le habían hecho una fotografía con la indumentaria de alpinista, sobre un fondo artificial, y desde aquella nieve artificial del Himalaya, él miraba a la muchedumbre que lo contemplaba por la

mañana, sentada alrededor de millares de mesitas dispuestas para el desayuno. En las alcobas de muchas mujeres solitarias, viejas y jóvenes, él miraba a sus admiradoras desde unos marcos baratos, que encuadraban su imagen recortada de los periódicos. «¡Es un muchacho magnífico!», murmuraban cada una en lo íntimo de su corazón, soñando.

Holm pisaría el suelo de la patria en septiembre. No tenía prisa, afirmaba. Todos le recomendaban que aprovechase su estancia en China para visitar Pekín. Y la gente, en la patria, leyendo sus dilaciones, se resignaba con una sonrisa. No era, pues, que se dejara cautivar por la admiración popular, según podía verse... Podían adorarlo tranquilamente, y todos se enorgullecían viendo que se comportaba como el modesto y honrado mecánico que había sido. El fervor colectivo se desahogaba fundando Círculos que llevaban su nombre, organizando suscripciones para el héroe, y poder saludarlo con ello a su regreso; hasta que un día el presidente del Círculo Alpino Americano, alarmado por la posibilidad de que no todo cuanto se entregaba llegase a manos del héroe, fundó una oficina encargada de recoger los fondos, y anunció que Alberto Holm, al volver a su patria, se encontraría dueño de una fortuna.

Naturalmente, a nadie le importaba ya nada de lo que sir Alfredo Fessaday tenía o no que decir. No le quedó pues, más remedio a éste que declarar oficialmente disuelta la expedición. «Más adelante —dijo—, con sus renombrados científicos emprendería de nuevo la ascensión a la montaña, puesto que la finalidad de la expedición era puramente científica». Y alguna vez, en ciertos círculos íntimos, sir Alfredo se atrevió a decir que «no existían pruebas positivas con las que hubiese podido comprobar personalmente con respecto a que el joven Holm había llegado en efecto a la cumbre, con lo cual él, sir Alfredo, pudiera dejar de tener duda alguna sobre ello». No era este el motivo suficiente para considerar que el muchacho era un bribón. Además, prescindiendo del frío y de la altura, la parte más dura había quedado cubierta por la expedición, que se reintegró luego al lugar donde Lane había enfermado. Desde aquel punto la salida era gradual, por lo menos hasta los últimos diez metros. Las condiciones meteorológicas habían sido desde luego fatales, y durante las ascensiones alpinas él jamás había querido, cuando veía que ofrecía un peligro evidente, cargar con la responsabilidad de que sus hombres continuaran avanzando. Prefería detenerse y obrar con cautela, más lentamente si era preciso, pero con el mayor número posible de seguridades, dado que su expedición, repetía, tenía un carácter científico, y no era la empresa de unos acróbatas de la altura; sin contar que cuando un hombre de la importancia de Lane estaba enfermo de pulmonía, el deber del jefe era protegerlo. No existía la menor duda de que si aquella preciosa vida se había salvado era gracias a su decisión.

Públicamente, sin embargo, sir Alfredo no dijo nada de todo esto. Se limitó a sonreír, y, al ser solicitado, se prestó a hacer constar su entusiasmo por Alberto. Era

un buen mecánico y había que reconocer que no había hecho nada para dar relieve a la importancia de su empresa... En Calcuta había huido como una liebre del asedio de los periodistas. Claro está que el muchacho no tenía la menor idea sobre lo que le esperaba en América, y cuando se le interrogaba acerca de lo que haría el día de su regreso a la patria, respondía que él mismo lo ignoraba.

En Pekín el día era muy bochornoso. Sobre la ciudad pesaba una ligera humedad, impropia del mes de agosto, que hacia el mediodía fue descendiendo lentamente hasta envolver las azoteas y las calles; se adentró hasta el barrio extranjero, donde estaban los hoteles, y llevó su indefinido hedor hasta la amplia y cómoda habitación donde los Tallant estaban sentados silenciosamente como su hija Kit, vestidos los tres con las ropas más ligeras que podían soportar. El silencio era en realidad un síntoma de extenuación después de la mañana empleada en visitar monumentos; pero también obedecía a un viejo convenio familiar que exigía que cuando uno estaba absorto en sus pensamientos, nadie debía distraerlo.

Pero Tallant padre era nervioso. Se levantó, empezó a dar vueltas por la habitación, fumando un cigarro, y echando de vez en cuando alguna ojeada a su mujer que tenía entre sus manos el periódico que él hubiera deseado leer. Se impacientaba esperando que ella diera fin a la lectura de los ecos de sociedad, para entregarse, a su vez, a la que para él tenía mucho más interés: la de las finanzas. Tenía que tomar una decisión sobre cierto cablegrama dirigido a los directores de su banco neoyorquino, acerca de un empréstito chino; y precisamente durante estos días, bajo la amenaza de la invasión nipona, la moneda bajaba de una forma alarmante.

Se desabrochó el cuello.

—Desde hace un tiempo, hasta en Pekín, si no me equívoco, el clima es peor que antes —gruñó.

Su mujer no le prestó atención, pero Kit le miró con una de esas leves sonrisas suyas que parecían surgir de una profundidad tal que, cuando llegaban a los ojos oscuros y a los labios mórbidos y carnosos, iluminaban todo su rostro sin descomponerlo. Estaba sentada ante la minúscula mesita china que le servía de escritorio, dispuesta a escribir. Vestida con aquel pijama de seda amarillo pálido, daba la impresión de estar fresquísima, lo cual, en realidad, no era nuevo, ya que constantemente y no sólo en el aspecto físico, su persona reflejaba cierto aire de frialdad. Pero su padre sabía —ya que la conocía muy bien, a pesar de que no se jactaba de ser un gran conocedor del sexo femenino— que se trataba tan solo de una apariencia. Él tenía la idea fija de que los hombres y las mujeres no están considerados como seres racionales; y por mucho que detestara a las mujeres en general, quería a su esposa e hija, sin sentir por ello una imperiosa necesidad de comprenderlas. Tenía demasiados quebraderos de cabeza para perder el tiempo haciendo ejercicios de psicología.

—¿Terminas la lectura del periódico, Dot? —preguntó a su mujer, con una voz que la costumbre había hecho melosa.

La señora Tallant no pareció haberle oído. De repente miró a su hija por encima del periódico.

—¡Alberto Holm se encuentra en Pekín! —exclamó.

Kit no respondió. En aquel momento prestaba atención a alguna cosa que sus padres no oían. En el rumor confuso que provenía de la calle, su oído había advertido el imperceptible son de una melodía, el sonido de un violín chino de dos cuerdas. Se puso a escribir, trazó rápidamente unas cuantas líneas, y añadió abajo unas notas. La invisible musiquilla dobló en aquel momento una esquina y penetró en un portal, llevándose tras de sí la melodía. Ella aguzó el oído, pensando: «¡Ya nunca más conoceré el fin de esta melodía!».

—¿Kit, has oído lo que te he dicho? Alberto Holm está aquí —repitió su madre.

—Sí, lo he oído, mamá —fue la respuesta. Dejó la pluma y encendió un cigarrillo. Indiferente y casi ausente como se sentía era inútil fingir no haber oído el nombre de Alberto Holm. Y no sin cierto delicioso interés observó ahora, aun cuando fuese demasiado moderna para creer en las cosas extraordinarias, que una ligera curiosidad se había despertado en ella. Desde hacía tiempo, por lo menos de unos meses a esta parte, no había sentido el menor interés por ningún nombre masculino. Todavía seguía enamorada de Norman, y no tenía la esperanza de poder librarse de su recuerdo: consolábase solamente con el pensamiento de que todas las cosas un día u otro tocan a su fin.

—¿Sabías que Holm venía a Pekín? —le preguntó su madre.

—No, mamá.

La señora emitió un bostezo, golpeándose suavemente la boca con la palma de la mano. Era imposible confundir su nacionalidad: era una mujer lozana y atractiva, sin ser ninguna belleza, con un cuerpo de líneas enérgicas incluso cuando estaba inmóvil, y con cierta expresión de protección y bondad en el rostro: americana, americana legítima, por nacimiento y por educación.

—Después de toda la propaganda que han hecho sobre él estoy impaciente por conocerle —dijo, riéndose de sus propias palabras. De nuevo bostezó y, con una sonrisa de tolerancia conyugal, ofreció el periódico a su esposo—. Siempre serás el viejo hombre de negocios —dijo alegremente. Cogió el cigarrillo de una mesita situada junto a ella, y una vieja revista, y comentó—: ¡Hoy hace un calor insoportable!

—Se ahoga una —asintió Kit; y se puso a escribir de nuevo.

En silencio intentó terminar lo que estaba escribiendo. «Una poesía tonta», le habría puesto por título, fiel a su costumbre de no querer volver a tomarse nada en serio. Pero no le fue posible continuar. La melodía había, por decirlo así, arrancado

de su mente los versos, como si el músico —probablemente un ciego— hubiese soplado su inspiración. ¡Qué calor hacía! Empezó a sentirse nerviosa y se puso a dibujar cabezas de muñecas sobre el papel. Sentía su espíritu tan vacío, que, para distraer su pensamiento, empezó a preguntarse quién era en realidad aquel Alberto Holm; y fue creando en su imaginación la visión de escaladas alpinas, evocando la extraordinaria aventura. Todos, desde hacía un mes, fecha en que habían abandonado América, habían oído hablar de Holm; y ni aún ella —que parecía haber quedado insensible a causa de su primer desengaño amoroso— había podido dejar de oír por lo menos aquel nombre, de leer los titulares de los periódicos y de estar informada —aunque fuera de una forma superficial— de las proezas que circulaban de boca en boca.

Así, a pesar de que interiormente se distrajera tarareando una canción, prestó oído a lo que su madre estaba diciendo. ¡Hay tan poca cosa que hacer, cuando el corazón se niega a interesarse por algo! Hasta Pekín podía transformarse en un lugar triste, y en simples ruinas los grandiosos palacios de un sueño que jamás ha sido realidad. Su madre cogió de nuevo el periódico que su esposo había dejado para escribir unas cifras, y, con timbre agradable, comenzó a leer en voz alta los últimos detalles que se publicaban sobre Alberto Holm. «El señor Holm —decía el periódico— ha dejado de formar parte de la expedición Fessaday. El jefe de la misma ha sido reclamado a Inglaterra, pero el señor Holm regresa a su patria, vía China. El cónsul americano dará hoy una recepción en el Consulado en honor del huésped...».

La señora Tallant se interrumpió:

—¡Oh, Kit, entonces nosotros también le veremos!

Había en su voz una especie de triunfo, pero sin ninguna agitación. Ella, al igual que su esposo, descendía de una antigua familia americana y había tenido ocasión de encontrarse con bastantes personajes para dejarse ahora impresionar por la idea de enfrentarse con Alberto Holm, quien después de todo, procedía de un ambiente que ella llamaba con benignidad «muy humilde». Su marido, el señor Tallant, había sido el representante de su Banco neoyorquino en casi todas las capitales del mundo, y todos consideraban que era un privilegio frecuentar al matrimonio. En una ocasión, ¿no había estado invitada la señora Tallant nada menos que en una recepción oficial del Gobierno?

—Quede bien entendido que no es que me importe gran cosa conocer al personaje —dijo—. Pero, Roberto, es curioso el destino de este muchacho. ¡Un mecánico convertido en héroe nacional! Será romántico y tonto, pero me gustan las circunstancias.

Sus ojos azules reflejaron una mórbida expresión de complacencia.

A Kit, sin embargo, siempre entregada al pasatiempo de trazar figuras y círculos, se le ocurrió pensar que la atlética figura de Alberto Holm debía de contener algo más

que un mecánico y un aldeano. ¡Debía de ser así para que se hubiese aventurado él sólo entre los picos nevados en la oscura hora antelucana, de la imaginación! ¡Qué desesperadamente solitarias eran las cumbres de las montañas! A ella, la soledad le causaba terror: no la soledad física, sino sentirse sola en compañía. ¡Nada podía ser más solitario que una inviolada cresta alpina! ¡Pensar que se respira por primera vez un aire jamás respirado, que se ve lo que ningún ojo humano ha visto, que se pisa una nieve inmaculada que recubre unas rocas tan antiguas como el mismo mundo!

«En cuanto se me presente una oportunidad —pensó—, le preguntaré cuáles fueron sus impresiones en aquel momento».

Su madre pareció salir de una profunda reflexión.

—Después de todo, la circunstancia requiere cierta etiqueta. Y por una vez siquiera, Roberto, creo que deberías sentarte a mi izquierda, pues hoy el puesto de honor corresponde al señor Holm.

Tallant no respondió inmediatamente. Le había cogido de nuevo el periódico, y lo estaba leyendo, frotándose lentamente con el índice su gruesa nariz, mientras se dedicaba a su lectura. Por la tarde examinaría junto con el cónsul el asunto de los empréstitos chinos. Ésta era la principal razón por la cual había ido a China; no obstante, jamás lo había dicho ni a su esposa ni a su hija, para quienes este viaje no tenía otra finalidad que ser un viaje de recreo. No le gustaba hablar de negocios con las mujeres de casa, los negocios no eran para las mujeres. En el fondo se jactaba de no hablar de semejantes cosas con su esposa y su hija. Las mujeres de su familia se divertían, se compraban cosas e iban a Europa cuando lo deseaban. No tenía ningún hijo varón, y su otra hija Gail había contraído matrimonio con su socio, que, en realidad, era una buena persona.

En cuanto a Kit, pese a sus incomprensibles caprichos, era una muchacha particularmente dotada. Le había hecho frecuentar las mejores escuelas, y había obtenido premios y alabanzas, cosa que había de enorgullecerla, aun cuando una mujer que hubiese recibido tales premios y alabanzas, no tuviese, en el fondo, ninguna necesidad de hacer uso de ellos. Como era bastante bonita, seguramente acabaría casándose, a pesar de que no tuviera a su alrededor toda aquella corte de muchachos que rodeó a su hermana Gail. Su esposa le había hablado de cierto pretendiente, un tal Linlay, un dramaturgo; pero la cosa no había pasado de allí.

Miró a su hija. Ésta se había entregado de nuevo a la tarea de escribir en su cuaderno. Estaba graciosa con sus ojos oscuros y sus movimientos tranquilos. Tallant estaba orgulloso de la belleza de sus mujeres, especialmente de la de su esposa. Cuando miraba a las mujeres que ciertos hombres están condenados a arrastrar consigo le invadía cierto sentimiento de lástima.

—Me es indiferente ocupar el puesto que sea... —respondió.

Si el Gobierno Chino se sentía en estado de ofrecer cualquier forma de garantía,

concedería el empréstito...

Pero el cónsul americano no colocó a Alberto Holm a derecha de la señora Tallant, ni tampoco a su izquierda, sino al centro de la mesa. Las mujeres blancas hermosas eran raras en Pekín, y he aquí por qué, al lado de Alberto Holm, sentaron a Kit Tallant, por el momento la más bonita y la más joven de la colonia. Ésta había llegado tarde de regreso de una tienda de antigüedades, donde días antes había visto algunos sellos de marfil que habían llamado su atención, uno de los cuales representaba la minúscula cima de un monte, con la figurilla de un hombre que sobresalía en él. Aquella mañana había vuelto a la tienda e, indecisa, había examinado de nuevo el objeto. Concluyó con recomendarle al anticuario que se lo reservase, pues ya se había demorado un poco, y le prometió volver a pasar por la tarde para decidir. Cuando entró en el salón del Consulado, los invitados se dirigían en aquel momento al comedor. Tuvo el tiempo preciso para dar la mano a la señora del cónsul, y oír que le decía al oído:

—La he colocado junto al joven, querida mía.

Cuando llegó a su sitio, Alberto Holm ya estaba allí en silencio, muy erguido, lo cual destacaba su elevada estatura. Kit tuvo suficiente con una mirada para advertir que era un jovencuelo. El vago interés que sentía por él se desvaneció. Todos tomaron asiento. Por un momento ella se dijo que no hablaría. Era mejor esperar. Todos, además, estaban pendientes de Holm. Una señora llamada Carleton sumergió el volante de encaje de su blusa en el plato.

—¡Imposible expresarle nuestra admiración, señor Holm! —exclamó, tratando de abrir conversación.

Todos los rostros estaban vueltos hacia el huésped.

«Situación embarazosa para él», pensó Kit.

Pero la respuesta se dejó oír con una voz franca y cordial:

—¡Y yo me siento feliz encontrándome de nuevo en mi patria! —Rió un poco, y luego añadió—: Quiero decir encontrándome entre compatriotas, señora Carleton.

Una pequeña ola de calor circuló entre los comensales. Aquellas palabras habían sido pronunciadas con franqueza, y sin una sombra de presunción. Los comensales le miraban con ojos cariñosos, y empezaron a comer.

Kit cogió la cuchara. ¿Qué cosas eran las que un héroe debía decir a una muchacha? ¡Mejor que salieran de él! Ahora debía haber comenzado a habituarse a las mujeres entusiastas y demasiado locuaces.

Con cierto puntillo pensó que ella casi habría preferido al jefe de la expedición inglesa. Le gustaban los hombres un poco maduros. En aquella fase de su vida, los jóvenes le resultaban odiosos. Y obedeciendo al impulso de su odio, se volvió al viejo cónsul francés que se encontraba a su derecha, y empezó a hablar con él en un francés más bien convencional. No era una gran lingüista, a pesar de que amase la poesía

hasta el punto de componer versos. Pero lo que escribía, ¿podía llamarse poesía? Si no lo era en la actualidad, podría serlo un día... Vivía en un estado confuso de cinismo y romanticismo. No volvería a poner en juego su corazón para nada: de eso estaba bien segura. Pero volviendo a lo de los idiomas, no podía decir que con toda su literatura fuese lingüista. Ni siquiera sabía correctamente el inglés. Cuando sus sentimientos se manifestaban de una forma precisa, veíase obligada primero a dejarlos callados, antes de poder expresarlos. Entonces brotaba de su boca una corriente impetuosa de palabras, o algún verso que a primera vista le parecía aceptable, pero que luego rechazaba.

—¿Ha visto el Templo del Cielo? —le preguntó cortésmente el cónsul francés, mirando con cierta reserva la gelatina fría que acababan de servirle como sopa: ¿un nuevo plato americano?

—Sí, monsieur —repuso ella; luego con cierto tono de impaciencia en la voz, continuó—. No me ha causado la menor impresión. Sé que cuanto le digo es reprehensible, ya que contrasta con la opinión general, pero ¿qué puedo decirle? Me ha parecido realmente frío. Tal vez, pensándolo bien, quizá sea un signo del verdadero modo de adorar a un Dios justo que distribuye para todos, en partes iguales, la lluvia y los rayos del sol.

—¡Ah! —El cónsul la miró algo sorprendido.

Probó la sopa fría, y de pronto, desalentado, dejó la cuchara. Luego, con presurosa deferencia, se inclinó hacia su otra vecina de mesa.

«Lo he aterrado hablándole de Dios», pensó Kit, divertida.

Bajo todos los efectos prácticos, estaba sola.

Pese al calor, Alberto Holm seguía comiendo con buen apetito. A Kit le parecía haberse acorazado en su propio silencio. ¿Era timidez? ¿Era orgullo? Si ella hubiera realizado su proeza, ¿cómo se habría comportado? En verdad más bien tímidamente, por mucho que odiase la timidez que a veces la embargaba cuando menos lo deseaba. Pero no le importaba en absoluto que su vecino hablara o permaneciera callado.

De vez en cuando, sin embargo, Alberto Holm la miraba a través de las largas pestañas de sus párpados que mantenía siempre bajos.

Tenía un hambre canina y, en un principio, no había prestado mucha atención en ella. No era su tipo. Luego la dama sentada a su izquierda había comenzado a elogiarlo con las frases hiperbólicas de las admiradoras comunes. Al volver la vista lucía su izquierda, para tratar de evadirse de aquel inciensario de elogios, observó las pestañas de Kit, Jamás había visto otras iguales. Releyó su cartoncito: Kit Tallant. Holm no solía fijarse en los apellidos de la gente, pero recordaba haber leído el nombre de los Tallant en los periódicos: eran personas de elevada posición. Hasta había visto la fotografía de una chica Tallant, pero no era aquélla. Ésta era lo que se llama un tipo especial, y él, desde hacía tiempo no había sostenido ninguna

conversación con muchachas, ya que no podía considerarse como tales a las cantantes chinas con quienes él había alternado la noche anterior en la fiesta ofrecida por cierta personalidad china.

¡Caramba, qué tipo más imperturbable! Una de las normas de Alberto Holm era la de dejar que las mujeres hablaran primero. Siempre era una señal... Pero ésta no abría la boca. No tendría más remedio que iniciar él la conversación.

—¿Le gusta la montaña? —preguntó de improviso.

Kit sorprendida, miró los ojos azules que la contemplaban.

«Después de todo me parece algo engreído», pensó abriendo desmesuradamente los oscuros ojos con un aire de inocencia perversa.

—No, ¿y a usted?

—A mí, mucho —repuso él sin parpadear siquiera.

Apartó su mirada de ella, dejándola perpleja. ¿Estaba enojado? ¿O no se había dado cuenta de su ironía? Un criado chino trajo el pescado y lo depositó delante de Holm, quien empezó a servirse. Ella estuvo a punto de burlarse de sí misma al recordar su absurda intención de preguntarle que había sentido en el momento en que pisara aquella cima inviolada. ¿Qué diantre podía nunca sentir aquel muchacho? Acabó por encontrarlo antipático, y casi se sintió satisfecha de ello. En aquellos días las antipatías se despertaban fácilmente en su corazón, y le resultaba en cierto modo agradable. Confirmaban la melancolía de su estado de ánimo.

—Cierto es que hay que entender un poco con respecto a las montañas, como en todas las cosas —continuó bruscamente Alberto Holm—. La inmensa mayoría de personas no entienden nada. —La miró—. Me parece que usted no sería una mala alpinista, aunque sea tan joven. ¿Ha hecho usted alguna ascensión?

Ella movió la cabeza. Él estaba muy serio, no bromeaba con ella y no se había percatado de su ironía, Kit sonrió y prestó oído, incrédula ante tanta ingenuidad.

—Por ejemplo, casi todos comen antes de salir. Esto es una equivocación. Es mejor iniciar una ascensión, por lo menos, un par de horas después de la comida, o todo lo más después de haber comido alguna cosa, pero poquísimos...

—Dígame —interrumpió ella, arriesgando la pregunta que retenía en su interior—, ¿cómo era la cima de la montaña, cuando puso usted el pie en ella?

De nuevo él la miró, y por primera vez pudo ella ver con claridad el color de sus pupilas. Eran de la más luminosa, de la más límpida y fina porcelana azul que jamás le había sido dado ver. Mientras él la miraba, ella comprendió cómo debió haber contemplado, desde arriba, aquel pedazo de mundo que sólo sus ojos azules habían visto. Pero ¿qué cosa habían visto en realidad? Imposible explicar qué clase de hombre era aquel que tenía a su lado; pero ciertamente, estos ojos eran completamente distintos de aquellos otros negros que habían quedado tan dolorosamente guardados en su recuerdo. Este detalle le proporcionaba alivio.

La señora que estaba sentada al lado izquierdo de Alberto Holm dijo algo con voz límpida y segura. Él se volvió hacia ella:

—Dígame, señora.

—¿Se dio cuenta claramente —preguntó con vivacidad la dama— de lo que estaba haciendo al asaltar la cumbre del Therat?

—No, señora —fue la respuesta.

De nuevo se volvió hacia Kit.

—En primer lugar, como puede usted figurarse, hacía un frío infernal. No recuerdo haber tenido ningún pensamiento personal. Pero uno estaba fijo en mi mente: el frío que amenazaba mis pies. —Hizo una pausa; luego, bajando un poco la voz, prosiguió—: Digo la verdad; no tenía ningún plan premeditado. Pero aquella mañana, cuando llegó la orden de interrumpir la marcha y los portadores comenzaban a hacer los preparativos para emprender el regreso, yo alcé la vista y vi la cumbre de la montaña tan apacible como una colina de la patria, y me dije: «¡Sube! ¡Has recorrido tanto camino para llegar hasta aquí que no veo por qué no tendrías que continuar la ascensión!». Yendo solo podía andar más rápidamente, escogiendo incluso algún camino más breve. En un día podía efectuar la ascensión. Y por la noche, como había previsto, estuve de regreso al campamento.

—Peligroso —observó ella—. ¿Y si hubiera resbalado?

No le importaba gran cosa, pero en el fondo, sentía la curiosidad de saber cómo la gente se comportaba en caso de extremo peligro. Si, por ejemplo, él se hubiese encontrado en peligro de muerte, ¿habría hecho algo para reaccionar?

Holm dejó escapar una de sus risitas cortas y secas.

—¡Si, pero no resbalé! —le dijo. Masticó un poco, y luego añadió—: No sé por qué, tengo la idea de que siempre me acompaña la suerte.

Se volvió para servirse de un nuevo plato que le ofrecían, y Kit pudo observar mejor su perfil apolíneo. A la derecha de Kit, el cónsul francés, tranquilizado ante la aparición de un ánade asado con arroz, le preguntó:

—¿Y la Ciudad Prohibida, señorita Tallant, la ha visitado ya?

Ella se volvió para contestarle, pero en aquel momento recordó que Alberto Holm no le había contado aún sus verdaderas impresiones cuando se había visto en la cima de la montaña. Debía acordarse de preguntarle antes de llegar a los postres... Pero el cónsul francés no la dejó, y cuando volvió de nuevo la vista hacia Holm, le vio muy entretenido con su otra vecina de mesa. Sólo podía verle la base del cuello tostado por el sol, donde el pelo rubio crecía liso, cada vez más ralo, rubio y casi blanco, como el vello de un chiquillo. Luego, de repente, un instante después, le pareció (¿o lo imaginó acaso?) que el hombro de Alberto Holm rozaba el suyo más que involuntariamente. Este roce, casual o no, la escandalizó. Sí... otra vez sintió el hombro de él tocando el suyo. No, no estaba segura de que esto hubiese sido

intencionado, si bien no hubiera sido de extrañar en absoluto. Pensó con sarcasmo que acaso aquel hombre fuese un tipo acostumbrado a comenzar con este sistema. Pero la mesa estaba atestada de gente, y los criados chinos se deslizaban entre los comensales para servirlos. Los hombros de Alberto eran tan anchos... Quizá ella cometía un error al hacer estas suposiciones; quizá su imaginación, en aquel estado de aguda sensibilidad, no recapacitaba bien. El cónsul americano estaba ahora preguntando alguna cosa a Alberto... No, le tomaba un poco el pelo. Kit volvió la cabeza para escucharle.

—Supongo que le veremos en la pantalla, señor Holm, ¿no es cierto? ¿Con una montaña de cartón sirviendo de fondo?

—Le juro que no, señor cónsul —fue la rápida respuesta—. No me dejaré atraer por el cine, se lo aseguro. Cuando voy al cine, voy para ver caras ajenas y no la mía.

Todos rieron aquella salida; pero Kit advirtió que además de la risa, había en todos verdadera simpatía hacia él. «Simpático, era verdaderamente simpático», pensó casi a pesar suyo.

—Lo único a lo cual aspiro, por ahora —prosiguió Holm—, es refugiarme en casa por espacio de cierto tiempo, disfrutando un poco de los guisos de mi madre.

—Es lógico, pero las montañas le atraerán de nuevo —observó una de las invitadas, haciendo tintinear los largos pendientes chinos, con los cuales había adornado sus orejas.

—Es evidente; tomaré parte en otras excursiones alpinas —repuso Holm—, pero no por el momento.

Todos rieron de nuevo. La esposa del cónsul se levantó:

—El café será servido en la veranda —dijo.

Todos se levantaron con ella.

Sobre la amplia veranda, Kit se refugió un poco aparte de los demás, saboreando su café. Comenzaban a caer del cielo gris algunas gotas, y del jardín del Consulado, lujuriante de vegetación, trascendía un cálido aroma, demasiado impregnado del olor de las raíces para ser fragante. La lluvia acrecentaba la pesadez de aquel día de agosto, y los altos muros que circundaban el jardín anulaban la esperanza de que la menor brisa acudiera a refrescar el ambiente. Los invitados, agobiados por aquel calor húmedo, y por el estado de laxitud que se apodera de uno después de un banquete, permanecieron silenciosos. La mayoría estaban demasiado gruesos y tenían aspecto flácido y esa palidez de los que viven en países exóticos, exclusivamente preocupados del propio bienestar.

Alberto Holm destacaba por su color sano dado por el Himalaya, y por su delgado cuerpo, fuerte y ágil. «Está bien», pensó Kit, nerviosa. Pero al instante rectificó: «Está bien con ese color tostado, para las personas que gustan de su tipo». A pesar de su frialdad con respecto a los muchachos (en eso era completamente distinta de su

hermana), tenía una vista bastante clara para poder apreciar la belleza de aquellos hombros anchos y aquellas caderas enérgicas; del tono encendido de su cabello, del color de sus ojos, y de su piel tostada por el sol de las altitudes. ¿O acaso aquel minucioso estudio era el exclusivo efecto de haber sufrido por un hombre totalmente distinto?

Cuando esta idea cruzó por su cerebro, la dejó anonadada. Había partido de América para huir de Norman Linlay... o mejor dicho, había partido porque él la había dejado. Si hubiese confesado a su padre que había estado comprometida en secreto con un hombre que deliberadamente había roto luego las relaciones, él habría obrado a la antigua, de una forma ridícula para decirle que pidiera perdón. Mas ¿qué perdón puede haber en su generación cuando el hombre amado declara sencillamente que no le es posible corresponder a este amor? No quedaba más que sonreír, comprender y decir adiós, deseando buena suerte y diciendo todas estas cosas que se dicen entre los seres que se convierten en extraños, después de haberlo representado todo el uno para el otro. Así hubiese tenido también el valor de destruir el retrato del ex novio. Un día, claro está, lo destruiría. Permanecer fiel, en toda la extensión de la palabra, era absurdo. No sentía el menor deseo de consumirse reviviendo un amor perdido, y deseaba sinceramente cicatrizar su herida, librándose así de él. Pero, a pesar de ello, no había tenido aún el ánimo suficiente para destruir la fotografía de Norman. La conservaba en el baúl, debajo de la ropa. El problema que se le presentaba cada mañana era conseguir pasar el día sin mirarla; pues esto —lo sabía muy bien— representaba para ella sentir la misma melancolía que invade después de despertar de un sueño. Se desesperaba por las lágrimas que vertía, pero no conseguía detenerlas.

Sobre todo le resultaba imposible confiarse a su madre. Abrirle el corazón equivaldría a soportar una vergüenza opresiva... Su madre hubiese insistido para saber, y habría quizá hecho comentarios. ¿Quién puede saber lo que quieren los hombres?

Si su ex novio se hubiese enamorado de otra, hubiera sido más fácil soportar el abandono y consolarse con la confidencia. Pero Norman había negado que se hubiese enamorado de otra, y ella lo creía. No, era mucho más sencillo: ella había sido incapaz de mantener viva en él la llama del amor. Norman era un hombre dotado e inteligente; su comedia había tenido un gran éxito el pasado año en Nueva York. Los personajes eran agricultores, y la acción áspera, casi violenta, género que aparentaba admirar, pero que por instinto odiaba.

Tampoco hubiera sido posible confiarse a su hermana Gail, ¡tan bien casada y tan orgullosa de sus dos hijos! Gail habría ironizado sobre lo acaecido y declarado con tono firme: «No hubieses debido permitir que las cosas llegaran a este punto. Siempre puede una darse cuenta de cuándo el hombre empieza a entibiarse; no faltan medios

para defenderse. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Los hombres, Dios los bendiga, no fingen en absoluto: si tú hubieses querido, Kit, habrías podido ser algo más astuta».

Y hubiera sido completamente imposible explicarle que, por mucho que hubiese deseado a Norman con toda el alma, ella, Kit, no se hubiese rebajado a hacer uso de armas más o menos sutiles, sencillamente porque si él no la quería, ella tampoco le quería a él. ¿Romanticismo estúpido? Quizá, pero era así. Nada podía hacerse; era tan imposible como alisar sus cabellos llenos de rizos. Gail habría contestado que eran tonterías, que precisamente era necesario hacer creer a los hombres que son ellos los que quieren. ¡Que viese cómo había obrado ella con su marido! Había sido un solterón empedernido, pero ella, una vez superadas las crisis de unos amoríos juveniles, se había dicho que lo amaba, que era el hombre que le convenía por su edad y la solidez de su posición, y... ¿no era acaso perfectamente feliz? «Nadie dice lo contrario, Gail —murmuraba en su imaginación Kit—. Pero mira, yo no sería feliz con tu marido, como no lo sería con ninguno que me hubiese costado conquistar y asegurarlo».

Cierto; ella le pedía demasiado al matrimonio. El error estribaba siempre en su infantil ilusión de esperar grandes cosas de la vida, con su manera de concebirla semejante a una novela. Un paseo en compañía, un viaje, una amistad...: esperaba demasiado de todas estas cosas. ¡Y tan absurda como su concepción del matrimonio era el encuentro de dos almas gemelas! Ciertamente, cuanto más dos criaturas están enamoradas una de otra, tanto más pequeña es la recíproca comprensión y menos estrecha su intimidad. La sola presencia del objeto amado hacia acelerar los latidos del corazón. Había llegado a cierta curiosa teoría suya, en la cual sostenía que, cuando se verificaba, entonces las cosas marchaban mal. Norman la había turbado siempre de este modo. La vida de los dos —e decía en aquel momento— habría sido desgraciadísima.

Un poco cansada se apoyó contra la balaustrada de madera de la veranda. No, la culpa era suya. No había sido culpa de Norman; la culpa había sido de ella, que fue incapaz de conservar para sí aquel amor. Tenía el secreto temor de no ser bastante interesante o atractiva; hablaba poco, sabía que le faltaba ese modo franco y directo que Gail tenía para decir las cosas que deseaba expresar.

—¡Cuidado, querida! —Era la esposa del cónsul quien le hablaba—. Yo, en su lugar, no me fiaría demasiado de esta balaustrada.

Kit se apartó.

—Pues me parece sólida —murmuró.

—No lo niego. Pero ¡si supiese cómo las hormigas blancas roen el interior de la madera!, especialmente en la estación de las lluvias. ¡Un objeto puede parecer perfecto y nos traiciona, no obstante, cuando más confiamos en él!

Kit sonrió vagamente, dando las gracias, y cambió de postura. En aquel instante

vio a su madre hablando con Alberto Holm. Inmediatamente después de la comida su madre se había acercado a él con ese porte señorial que la caracterizaba, sonriente y decidida. Su padre, en cambio, había desaparecido, así como el cónsul; los demás charlaban con cierta languidez: el cónsul francés, por ejemplo, con su inglés minuciosamente estudiado, interrogaba a la esposa del colega americano. Kit se acercó a su madre con desconfianza, sin saber a punto fijo lo que iba a decir o hacer. Se sintió a la vez confortada y fastidiada, al notar, rodeándole la cintura, el brazo que su madre había tendido hacia ella. Su madre, al hablar con Holm, hacía ostentación de toda la gama de su talento.

—Precisamente, querida, estaba diciendo al señor Holm que debe ir a visitarnos en nuestra casa de Gleen Barry. Hay allí algunas bellísimas colinas, señor Holm, y creo que será para usted un placer contemplarlas. No son, desde luego, el Himalaya..., pero resultan divertidas ¿no es cierto, Kit?

—Lo serán más las del Himalaya —contestó ésta, esbozando una sonrisa.

—¡Me encanta la perspectiva de hacerles una visita! —respondió Holm con una ancha sonrisa que dejó entrever dos hileras de dientes blanquísimos y fuertes. La mano que sostenía la tacita de porcelana china era grande y bonita. Una mano hermosa, salvo los dedos algo gruesos.

La señora Tallant observó que Kit estaba de nuevo pálida. ¿Qué diablos le ocurría a la muchacha? ¡Tan complicada..., mucho más de lo que jamás había sido su otra hija! Le sonrió con beatitud y dijo con una alegría fingida:

—Y ahora querida, ¿cuáles son tus proyectos para esta tarde? Supongo que con esta lluvia no tendrás pensado ir a hacer algunas correrías por la montaña. Mi hija es una gran amazona, señor Holm. Y tu padre, Kit, no sé... Me dijo que deberíamos esperarle. Pero tengo una idea: quisiera volver a aquella tienda de sedas a preguntar si tienen todavía seda verde. ¿Quieres acompañarme? Creo que me faltan algunos metros para la librería; además esta seda entonarí­a muy bien con el mueble chino que he adquirido... a pesar de tu padre. —Rió, mirando a Alberto Holm con la habitual coquetería de las mujeres maduras que se conservan todavía lozanas—. Mi esposo afirma que si compramos seda china, él se negará a sentarse. ¡Pero se acostumbrará... tendrá que acostumbrarse!

Kit sintió fija sobre ella la mirada de Alberto. Adivinó lo que debía estar pensando: «Quizás él podría...».

—No, gracias, mamá —contestó rápidamente—. He de volver a casa del anticuario por aquellos objetos de marfil. He decidido ya acerca del sello: lo quiero.

Bien, ya estaba él a punto de formular su demanda. Kit pensó con ironía que era realmente cándido. Pero lo dejó hacer.

—¿Me permite que la acompañe? —preguntó inmediatamente Alberto. Echó sus cabellos atrás, sacudiendo violentamente la cabeza como si fuera un chiquillo—. No

he tenido todavía ocasión de visitar Pekín, y todos mis conocimientos se limitan al gran banquete de anoche en un hotel chino.

—Desde luego —repuso en tono afable la señora Tallant—. Desde luego, puede acompañarla. No me agrada, además, que vaya sola por la calle Kit, sin conocer una palabra de chino. No quiero decir que existe peligro alguno, naturalmente; pero no se sabe nunca... Si el señor Holm te acompaña, me sentiré del todo tranquila.

—¡Bien! —exclamó el joven—. ¡Puede estar tranquila: cuidaré bien de ella!

La señora Tallant oprimió un instante el brazo de su hija y la soltó luego.

—Este sello también le interesará a usted —prosiguió, volviéndose hacia el joven—. Es realmente un objeto curioso que tiene la forma de una montaña, así me ha dicho mi hija. Dice que es difícil llegar a comprender cómo el artista ha logrado dar la impresión de enorme altitud en un objeto tan chiquito. Los chinos son verdaderamente maravillosos.

—Y el hombre —murmuró Kit vagamente, poniéndose un guante—, ha sido tallado como una verdadera miniatura.

Con un inmediato sentimiento de desprecio por sí misma, advirtió un vago placer saliendo al lado de Alberto Holm.

Descubrió en seguida que su acompañante se empeñaba en interponerse entre ella y los chinos que pasaban a su lado, rozándola. Pero ella no sentía el menor temor hacia la gente que encontraba por el camino y, al cabo de tres semanas, había acabado por acostumbrarse a los grupos que se formaban en torno suyo, cuando se detenía a contemplar alguna cosa. De vez en cuando, un muchacho tendía la mano para tocar el tejido de su vestido, o para comprobar si su bolso era de seda o de piel. Ninguno, sin embargo, le había hecho jamás el menor daño. Cuando iniciaba la marcha, todos retrocedían un poco, curiosos de ver la dirección que tomaba, y luego volvían a seguirla. Cada vez que había penetrado en la tienda de antigüedades, los curiosos la habían seguido, pisándole los talones y la esperaban, pacientes, mientras ella se hacía mostrar los objetos. Aquella mañana, en tanto examinaba la minúscula montaña de marfil que sostenía en la palma de la mano, los espectadores cambiaron entre sí murmullos de admiración.

—¿Qué están diciendo? —habían preguntado al viejo anticuario.

—Dicen que a la señorita le gusta esta miniatura —fue la respuesta.

Ella se volvió, dirigiéndoles una sonrisa, recibiendo al instante una veintena a cambio de la suya. Le gustaba aquella gente bondadosa y ociosa.

Pero ahora, en la tienda, Alberto Holm se interpuso entre ella y todo aquel círculo.

—¡Eh, atrás! —gritaba—. ¿Oís lo que os digo? ¡Atrás!

—No me harán ningún daño —intervino ella—. Estoy acostumbrada.

—No quiero que se pongan a su alrededor —protestó Alberto con tono enérgico.

—Me resultan simpáticos.

—¡Usted bromea!

Kit no respondió. No era necesario.

Con la obstinación de una marea, aquella masa de gente que cada vez iba en aumento, se apretujó más contra ellos. Ella lo tomó a broma. Pero se quedó estupefacta al ver a Holm verdaderamente encolerizado, y en su rostro una expresión amenazadora. Éste empezó a dar codazos.

—¡No, párense, basta! —decía.

Dejó la figurilla de marfil que tenía en la mano. El anticuario se había levantado de su asiento, lleno de inquietud. La actitud de aquella gente cambió repentinamente. Corrían gruñendo, mirando a Holm de forma amenazadora. Un muchacho de quince o dieciséis años le dio un empujón.

—Será mejor que entren aquí —murmuró el anticuario.

—Venga —exclamó Kit.

Cogió a Alberto del brazo y, viendo su resistencia, lo arrastró hacia la pequeña trastienda. El viejo cerró la puerta tras ellos. A través de ella, con palabras tranquilas, le oyeron hablar a la muchedumbre, tratando de darles explicaciones y de persuadirlos.

—Ha sido usted un poco incauto —dijo Kit con un ligero tono de aspereza en la voz.

Los ojos azules de Alberto reflejaban la obstinación de un chiquillo.

—No quiero tratos con esta gente —dijo.

—Pero si no nos harían nada —replicó ella con impaciencia—. Son gente inofensiva.

—No me gusta la manera que tienen de agruparse a su alrededor —insistió él—. No toleraría este comportamiento para con ninguna muchacha americana: y mucho menos tratándose de usted.

Sus ojos intensamente azules, se llenaron de luz.

—Será mejor que se lo confiese —añadió con sencillez—. Me resulta usted muy... muy simpática.

—Pero..., pero... ¡Tonterías! —murmuró ella.

«Quizá sean tonterías —pensaba todavía pocas horas antes Alberto Holm, cuando ignoraba que pudiera existir una muchacha como Kit—. Tonterías. Cuidado con las chicas». En aquel momento recordó que su entusiasmo por Liliana había nacido de esta manera, sin que apenas se diera cuenta. Se había enamorado de Liliana de repente. Se habían refugiado en un desván para huir de la lluvia, y él había sentido aquello mismo que sentía ahora por Kit, en aquel cuartito chino que trascendía olor a moho. No había conocido a Liliana mejor de lo que conocía a Kit. ¡Cuidado que esto no le condujera al mismo final que entonces, pues se había casado con Liliana! Luego

no habían ido de acuerdo y hubo de solicitar el divorcio, lo cual le originó un gasto considerable. Él había prometido a los viejos que en lo sucesivo no volvería a inflamarse como la yesca.

Retrocedió para contemplar mejor aquel hermoso rostro.

¡Dios mío, cómo se deseaba una cosa bella! Aunque fuera una soberana locura, ¡cómo se deseaba...!

—Estoy dispuesto a reconocerlo —dijo—. Pero yo soy así. Me figuro que todas mis acciones acaban por parecer la obra de un loco. Siempre me he dejado llevar por mi ímpetu. Apenas presiento que debo hacer una cosa he de hacerla inmediatamente.

«Es ridículo», pensó ella; pero aun en aquel arrebatado imprevisto había cierta dulzura que obraba como un bálsamo sobre su orgullo herido. Desde el día que, en aquel cafetín, de Nueva York, Norman le había dicho que había cometido una equivocación amándola, ya nada había tenido significado para ella, hasta el momento, bajo la mirada sonriente de los azules ojos de Alberto Holm...

—Cuando me enamoro lo hago de veras —dijo.

—Pero usted no me conoce —repuso ella en voz baja.

—Estoy loco —admitió rápidamente—. Todos me han dicho que estoy loco.

—Y, efectivamente, está usted loco —repitió Kit, mordiéndose los labios.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿Qué sentimiento experimenta usted hacia mí?

—Yo no estoy loca como usted —dijo ella, riendo ligeramente—. No, no —exclamó, defendiéndose de los brazos de él que intentaban abrazarla.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el viejo anticuario que se quedó mirándolos estupefacto.

—Señorita, será mejor que salga ahora —dijo con tono grave.

—¡Está bien! —asintió Kit rápidamente—. Lo ha escandalizado usted y ahora creerá que todos los americanos son malos en realidad —dijo, dirigiéndose a Alberto.

—No me importa en absoluto lo que piense ese viejo pagano —repuso Holm. Con cierta resistencia la siguió a la tienda. La gente había desaparecido, y la puerta que daba a la calle estaba cerrada. El anticuario se sentó con aire de dignidad detrás del mostrador y cogió la montañita de marfil.

—Pues bien, señorita —comenzó a decir con su extraño inglés—, su precio es de quince dólares.

—¡Oh, pero yo no pienso pagar mucho por un hombre sobre una montaña! —contestó alegremente Kit.

Desde hacía unas semanas no se había sentido tan alegre... no, desde hacía meses. Se sentía poseída por el humor, la inspiración y la gracia... ¡Qué bello era sentirse de aquel modo, aunque fuera por un solo y fugaz momento!

Alberto Holm sacó su cartera y extrajo de ella un manojito de billetes que dejó caer

sobre el mostrador.

—Tome —dijo, volviéndose hacia el viejo—. Yo compro el hombre sobre la montaña.

Y, diciendo esto, cogió la miniatura de marfil y se la guardó en el bolsillo, bajo la mirada estúpida del viejo.

—Ahora me pertenece —le dijo a Kit—. Si la quiere se la doy, pero a título de obsequio. ¿La quiere?

—No sé —repuso ella perpleja. El corazón latíale con violencia en el pecho. Era absurdo lo que le ocurría, pero desde hacía muchísimo tiempo no se había sentido tan contenta. El viejo mercader contaba el dinero. Devolvió cuatro billetes diciendo que era demasiado y que quince dólares bastaban.

—¡Guárdese el cambio! —le ordenó Alberto Holm—. ¡No tiene usted idea del valor que tiene para mí esta figurilla!

Leyó en los ojos del viejo chino una expresión de miedo. Sin duda pensó que todos los blancos eran unos mentecatos.

—Pero... —empezó a decir el chino.

—¡Cállese! —intervino Kit—. Sólo consigue aturdirlo.

Le cogió del brazo, arrastrándole fuera del establecimiento.

—¡Ahora, párese! —insistió ella—. O tendremos a toda la ciudad pisándonos los talones. Creerán que estamos litigando.

—¿Y no es acaso un litigio lo que estamos sosteniendo? —declaró él—. ¡Estamos dando comienzo al duelo más estupendo del universo! Vamos, dígame, ¿lo quiere o no lo quiere? —Al decir esto sacó bruscamente la figurilla de marfil de su bolsillo—. ¡Hable! —dijo, examinándola. Luego murmuró—: ¡Qué objeto más curioso! —Contempló largamente el hombre, poco mayor que la cabeza de un alfiler, sobre la cima de la montaña; luego dio vueltas a la miniatura entre sus dedos—: ¡Extraño! —murmuró—. Sobre la cumbre de la montaña que escalé del Himalaya había un espolón como éste, a pico en un largo de sesenta metros. Me creí perdido, pero descubrí una profunda hendidura, y la pendiente me permitió cortar una serie de escalones en el hielo. Así conseguí alcanzar la cima, exactamente de la misma manera que este tipo. ¡Y tengo la impresión de que tenía yo también este mismo aspecto de mosca como él!

Ella aprovechó la ocasión para preguntar:

—Y cuando se encontró usted en la cumbre, ¿cómo era?

Él la miró con cierta extrañeza.

—No sabría explicárselo —dijo. Luego, después de una pausa, añadió—: Durante todo el día había soplado un viento terrible. Pero cuando llegué a la cúspide, la atmósfera era calma. Recuerdo que me maravillé de aquella inmensa quietud, después de la violenta furia que me acompañó durante toda la ascensión.

—¿Y qué impresión sintió?

Él no encontró en seguida palabras precisas para responder:

—Me sentí —dijo por fin— como un rey.

Ella le escuchaba mirándole a los ojos. En torno a los dos jóvenes la gente empezaba a agruparse de nuevo silenciosamente, contemplando con avidez aquellos dos incomprensibles forasteros.

Kit alargó la mano hacia la miniatura:

—Démela —dijo—. La quiero.

—¿Estás segura de que no se trata, en el fondo, de un efecto del clima? —inquirió ansiosa la señora Tallant.

—No sé de qué se trata —repuso riendo Kit. Había reído mucho con Alberto durante aquellos últimos tiempos; era magnífico sentirse de nuevo alegre. Alberto era un muchacho que la hacía reír mucho. Todavía la irritaban sus risas de vez en cuando, como había ocurrido ayer, por ejemplo, cuando le había cogido la mano izquierda y le había medido el anular con una brizna de hierba.

—Pronto necesitaré encargarme de un anillo de esta medida —había manifestado.

Se habían sentado sobre un declive de hierba, entre dos campos situados fuera de la ciudad. Junto a ellos sus caballos enanos pateaban la hierba rasa.

—Otros me tomaron antes la medida —dijo Kit, maliciosamente.

Sea porque él no hubiera advertido su tono malicioso, o porque no quiso advertirlo, se limitó a observar:

—Nadie más importa.

Un viejo campesino, vestido con una americana azul llena de remiendos, se acercó a protestar de que los caballos estropeaban su prado. Le dieron una moneda y, montando de nuevo, se alejaron.

—Por lo menos he conseguido quitarle al viejo avaro una brizna de hierba —dijo Alberto—. Está destinada a significar mucho para mí —añadió, casi con cierta preocupación.

Kit se había limitado a sonreír. Luego, al ver su seriedad, había fustigado a su caballo, alejándose al galope. Sentía, no obstante, tras de ella, el rumor de los cascos del caballo de Alberto, que no la dejaban un solo minuto.

Todo ello había ocurrido la víspera. Ahora la madre de Kit prosiguió:

—No es propio de ti. Tú siempre has sido tan sensata... De tu hermana Gail, por ejemplo, no me habría causado sorpresa un comportamiento semejante, con lo impulsiva y atolondrada que es. ¡Pero de ti! ¡Tú no has sido nunca caprichosa como tu hermana!

—No sé si ahora me he vuelto como ella —fue la respuesta—. Quizá es que tan sólo tengo deseos de diversión.

—Si se trata de esto —replicó su madre con tono severo— he de advertirte que todo Pekín habla de ti. Ya sé que cualquier muchacha sobre quien Alberto Holm hubiese puesto los ojos, daría que hablar. Esta mañana he dicho a tu padre que quizá sería conveniente que volviésemos a América. Después de todo, hemos de velar por ti. No me gustaría que se dijera que no has sido, más que un capricho para Alberto.

Kit sintió una pequeña opresión en el corazón. ¡Qué suerte no haber referido a nadie su aventura con Norman!

—Aunque tú rechazaras a Alberto Holm, nadie lo creería —continuó su madre, pulimentando con sumo cuidado las uñas de su mano izquierda.

Hablaban en la habitación de su madre. Diez minutos más tarde, Alberto Holm acudiría en busca de Kit para dar el acostumbrado paseo a caballo por las colinas Occidentales, lo que hacían casi cada mañana desde que se habían conocido, y ya hacía de ello algunas semanas. América reclamaba con insistencia el regreso del héroe a la patria, pero el héroe había aplazado tres veces su salida en el barco. Y aquel día había llegado carta de Gail para los Tallant, en la cual ésta les informaba concisamente de cómo los periódicos hablaban profusamente de cierta historia. ¿Era verdad que Kit y Alberto Holm salían juntos a pasear?

—Me parece que es hora de que tomes una decisión —dijo en tono grave su madre. Dejó la pequeña gamuza que utilizaba para las uñas y, con una turbación imprevista, levantó los ojos hacia Kit—. Después de todo, Kit, no conozco gran cosa acerca de este Alberto Holm. ¿Quién es? Sus padres son gente modesta y sencilla, y él no tiene una gran instrucción. Tendrá dinero, ahora, esto sí, y contratos y ofertas tentadoras. Sin embargo, no sé...

—¿Qué es lo que tú no sabes?

—No es tu tipo —respondió, evasiva, su madre. Cogió la gamuza y volvió a examinar sus uñas—. La primavera anterior creí que te interesabas por aquel joven comediógrafo, ya sabes a quién me refiero, a Norman Linlay.

—No —dijo Kit airadamente—. Él no me hizo caso.

—Bien —contestó en tono pacífico su madre—. Esto era lo que yo me había preguntado. Ahora él...

—No contraeré jamás matrimonio con un hombre como Norman —dijo Kit con amargura—. Para él tenían más interés sus comedias que cualquier mujer. Sólo hablaba de comedias. Era muy aburrido.

—Lo que quería decir —precisó su madre— era que se interesaba por las mismas cosas que tú.

—Esto no es su verdadera forma de pensar. Nosotros éramos para él unos odiosos capitalistas.

—Me refiero a que tenía tus mismos gustos, pues le interesaba la comedia, la poesía y demás cosas por el estilo.

—¡Oh! Norman sentía desprecio por mis poesías —exclamó desesperada por la amargura que experimentaba al oír hablar a su madre de Norman—. Sólo se interesa por los problemas sociales —continuó— y hubieras tenido que oír cómo hablaba de papá. Lo llamaba «una amenaza».

—Si es solo por esto —dijo con pacífica indolencia su madre—, tu padre ya está acostumbrado. Los jóvenes hablan a menudo así, antes de adquirir una pequeña experiencia de la vida. Por mi parte, confieso que sentía cierta simpatía por Norman. Ya se le aclararán las ideas cuando empiece a ganar dinero en Broadway.

—Es hora de que me marche —dijo bruscamente Kit.

—Está bien —suspiró la señora Tallant—. Cuida de lo que haces. Ésta es la ciudad más chismosa que he conocido. Y no hubieras podido tropezar con un hombre más, ¿cómo diría yo? público, que Alberto Holm. Te confieso que estoy perpleja. Pienso que debería sentirme halagada, ¡qué diablos! ¡Un héroe nacional!...

Con una mezcla de orgullo y de temor en la mirada, levantó los ojos hacia su hija.

Kit se inclinó para besar su mejilla cubierta de colorete.

—No me consideres ya casada —dijo—. No he tomado todavía ninguna decisión.

Pero mientras se dirigía hacia la entrada del hotel, admitió en lo íntimo de su corazón que, en el curso de algunas semanas, las cosas entre ella y Alberto habían llegado a un punto en que requerían una decisión por su parte; y esto no solo porque las habladurías que circulaban en torno a las mesitas del club, o en los tés de las Legaciones, empezaban a extenderse por el mundo, sino porque también entre los dos ya había llegado la hora de decidirse. Veía claramente que todo el sentir de Alberto estaba concentrado en la firme voluntad simple y casi hosca de poseerla. Ni siquiera se molestaba en cubrir las apariencias, ni trataba de disimular. En cualquier parte donde se encontraran —y esto ocurría en todas partes; la colonia de los americanos era allí muy reducida— él no veía más que a ella, no deseaba más que estar a su lado... Y Kit sentía que las demás mujeres sospechaban de ella; «¿Estaba prometida? ¿No lo estaba?». La pregunta se leía en los ojos de todas. Por tanto, tenía que prometerse oficialmente, o dejarlo. Las cosas habían llegado a esta situación. Alberto pertenecía al público, y ella no podía retenerlo apartado. Si se prometía a él, sería sin duda elevada, a su vez, al rango de heroína de novela. Era Kit Tallant, la hija de la antigua familia de los Tallant, americana cien por cien... Quizás un poco de aquel halo que aureolaba a Alberto Holm se desvanecería al anunciar la noticia de sus esponsales, pero, en compensación, daría a luz una nueva novela, la de un amor joven y de una feliz vida hogareña; ideales muy estimables por el pueblo americano. Se erigiría a Kit sobre un pedestal, al lado de Alberto; su figura no cobraría el mismo relieve, pero le faltaría poco.

Odiaba, no obstante, la idea de ser convertida en ídolo, y ahora sabía muy bien que tampoco a Alberto le agradaba esto de ser considerado un poco como de dominio

público. Él no había hecho más que repetirle que lo único que deseaba era casarse con ella y formar una familia. Una vez al año tomaría parto en alguna expedición alpina, nada más. Ella le acompañaría y él le enseñaría a escalar. Se divertirían como locos.

Kit le había escuchado con cierto recelo. ¿Acaso su presencia le haría parecer menos solitaria la montaña?

Él la aguardaba allá abajo, recostado sobre la butaca más apartada del vestíbulo del hotel, de espaldas a la puerta principal. Al verla, se levantó y permaneció de pie esperándola, ignorando que toda la gente que le rodeaba tenía la mirada fija sobre él.

—Hola —dijo Kit, con una desenvoltura algo forzada, pues se daba plenamente cuenta de las miradas que les observaban.

—Hace una hora que la estoy esperando.

—¡Pues no son más que las once!

Él no respondió. Se dirigieron juntos hacia la puerca. Cuando estuvieron fuera, donde los caballitos chinos, ensillados ya, aguardaban bajo la sombra de un árbol, soltó una imprecación mientras ceñía la sobrecincha.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kit.

Él se limitó a contestar:

—Salgamos ya de aquí.

Trotaron en silencio sobre la ancha avenida, en dirección al oeste, hacia los suburbios, a lo largo de los callejones flanqueados de casitas de barro y de humildes tienduchas.

Bajo el intenso azul del cielo el perfil de Alberto tenía una escultural, casi indostánica gravedad. Se veía que estaba irritado, pero se encontraba en uno de estos estados en que no se debe expresar el motivo de la cólera. Kit se abstenía deliberadamente de hablarle, pero, por su aire incomodado, comprendía que había llegado la hora de tomar una decisión. Ni él ni ella podían soportar va aquel estado de cosas.

Paseaba indiferente, montada sobre su caballo, bajo el cálido sol de los primeros días de septiembre. La desgracia era que, después de la dolorosa experiencia en la que había visto derrumbarse todos sus sueños, ni siquiera sabía lo que deseaba. El golpe que Norman le había asestado, ¿había sido verdaderamente mortal? Lo ignoraba. Sin embargo, no había quedado en su corazón el menor rescoldo de amor hacia su ex-novio. Podía evocar la imagen de aquella robusta figura morena, y podía decirse a sí misma, dando crédito a sus palabras; «Ya no me interesa en absoluto. Si estuviera aquí no me produciría emoción ninguna». Norman ya no existía. Después de él, el vacío había ocupado su lugar; y en aquel espacio vacío había encontrado a Alberto Holm. Miró al joven silencioso que estaba a su lado. Le gustaba; de esto estaba segura. Alguna vez sentía que lo amaba, con aquella locura con la que había

amado a Norman... ¡No, basta! Con un cinismo que subsistía aún en ella y como la cicatriz de una desesperación ya desaparecida, se preguntaba si, después de todo, no existía entre ella y Alberto otra cosa en común que la igualdad de raza en un país extranjero para los dos. ¿Acaso en América se habrían gustado el uno al otro hasta el punto de llegar así, tan precipitadamente, a este momento? Entre la muchedumbre china que los rodeaba, ellos dos, hablando un idioma que solo ellos entendían, se encontraban rodeados por una soledad completa. De este modo la lengua que hablaban adquiría para ellos una inteligibilidad superior a la real. ¿Cómo habrían ido las cosas en su casa de Glen Barry, o en Nueva York? En China, Kit no podía verle más que bajo estos reflejos; apuesto, sombrío, y loco por ella. Bajo aquel oscuro tono universal del pueblo chino y entre aquel paisaje montañoso, él se destacaba de una forma casi irreal, como una estatua de mármol de heroicas proporciones.

En el fondo, los silencios suyos no le disgustaban. Ella permanecía siempre callada. Norman había sido un hombre muy locuaz, despierto y lleno de brío. Las ideas surgían en él a chorro, transformándose en un centelleante manantial de palabras, sin que tomara un instante de descanso. Loca de amor, como había estado por él, alguna vez había quedado exhausta y sentido vértigo. En resumen —se decía ahora— le gustaba la calma. Con tranquilidad de ánimo se podía meditar y tener una clara visión de las cosas. Convertida en la esposa de Alberto, su temperamento taciturno le dejaría tiempo para respirar, para pensar en sí misma. Además, ¿no solía decirse que el silencio en un hombre es señal de virilidad? Físicamente, Alberto era también muy varonil. Cuando ella apoyaba el pie sobre su mano para montar, él la levantaba como una pluma, «Soy mala como Gail», pensó con disgusto. Gail, enamorada, no hacía más que repetir: «¡Querida, me ha dado la sensación de ser tan pequeña..., tan frágil! ¡Mi marido es extraordinario, te lo aseguro!» ¡Mujeres! Quizá había una fatalidad en no ser más que mujer. Y pronto o tarde se sucumbía al principio femenino.

Ya habían dejado atrás los suburbios y alcanzado los campos, y ahora se dirigían hacia las montañas de perfiles cortantes. Con frecuencia habían ido a caballo por aquellos lugares, familiarizándose con ellos. Las colinas se elevaban desnudas hacia el cielo, pero abajo, en los valles, se encontraban espesas matas de follaje que ocultaban templos chinos y manantiales de cristalinas aguas. En los templos, los sacerdotes indígenas servían ellos mismos el té, acompañado de ciertos pastelitos elaborados con aceites vegetales y espolvoreados con semillas de sésamo. Habían vivido así muchas horas felices. Alberto no compartía la misma curiosidad de ella en saber qué es lo que decían los sacerdotes; pero, cuando se sentían de buen humor, sabía interesarse gentilmente por las cosas que despertaban el interés de Kit. En el fondo, esta buena voluntad bastaba, sobre todo si ella sabía que tras ella se hallaba el amor... ¿No había soñado acaso cosas extraordinarias? ¿Y quién no habría

encontrado novelesca su aventura? Cabalgar junto a Alberto Holm a través de un paisaje chino, bajo el azul intenso de su cielo, en dirección a aquellas fantásticas colinas... En América, y quizás en el mundo entero, no existiría una sola muchacha que no la hubiese envidiado.

Su corazón se enterneció de repente. Sonrió y, con la fusta, tocó el dorso de la mano con la que Alberto sostenía las riendas.

—Hábleme —dijo.

Él se volvió rápidamente hacia ella, y la miró con dulzura.

—Sólo puedo decirla las únicas y viejas palabras —murmuró—. ¿Quiere oírlas? —Ella no contestó. Ahora que él expresaba su deseo, el miedo se apoderaba de nuevo de ella. Si no le interrumpía inmediatamente, él continuaría... Y en efecto, antes de que ella pudiese abrir la boca, Alberto continuó—: Como sólo vivo esperando, en el curso de estos dos últimos días he pensado intensamente en nuestro caso y he decidido que le pediré una vez más si quiere ser mi mujer. Entonces tendrá que decidir. En caso contrario, proseguiré solo mi viaje a América.

—¿No me está concedido poder elegir el lugar y el momento? —casi suplicó ella.

Tras el tono burlesco de sus palabras había un angustioso problema mental que le paralizaba casi la respiración.

«He de decidir alguna cosa —pensó— porque habla muy en serio».

—Le concedo todo el día de hoy —respondió él con firmeza—, y en cualquier parte de esta primera colina— y al decir estas palabras indicó el lugar con la fusta.

Kit en tono humorístico.

—De acuerdo Alberto —declaró—. Nos encontraremos en ese bosque de bambúes. Hay un asiento de piedra ¿lo recuerda? Podremos atar a él nuestros caballos.

Él la miró fijamente.

—Está bien —asintió.

En realidad ella sólo dispondría de una hora para tomar una decisión.

...Estaba seguro ahora de estar locamente enamorado de ella como jamás lo había estado de Liliana, ni siquiera al principio de sus relaciones. Kit era distinta a todas las muchachas que había encontrado. No le había permitido siquiera tocarla, ni tan solo ceñirle el talle con el brazo. «¡Qué mórbida debía de ser!» pensó. Día y noche su pensamiento estaba fijo en ella. Tan frágil como era —hubiese podido quebrarla como una pajuela— había, no obstante, en ella una fuerza. Además, él no sentía solamente el deseo de estrecharla entre sus brazos como había ocurrido con Liliana, Existía algo más. Deseaba su compañía, estar junto a ella, y le tenía sin cuidado que ello sucediera en una sala llena de gente. Cuando entraba ella todo se iluminaba. Y esto quería decir una sola cosa: que debía convertirla en su mujer...

Se apearon en silencio, y en silencio él cogió los dos caballos y ató las riendas a

una caña de bambú. Ella se sentó en el asiento de piedra y se quitó el sombrero, dejando sus cabellos flotar libremente al viento. Desde el lago cubierto de lotos, llegaba hasta ella una apacible brisa. Tenía ahora cierto aire solemne al depositar en el suelo el sombrero y la fusta y quitarse sus guantes de amazona.

Se quedó sentada esperando que él tomara asiento a su vez, y tenía las manos ligeramente entrelazadas sobre sus piernas que había cruzado. Quería mostrarse fría y distante, mientras él se acercaba, pero sentía su corazón henchirse ardiente y tempestuoso en su pecho. En el momento en que lo aceptara sería como si una espada le hendiese, y el pasado se desvaneciera entonces... La parte de su persona que había quedado herida en la otra ocasión, ¿quedaría curada ahora, o sufriría eternamente? Lo ignoraba. Pero, por lo menos, estaba ya dispuesta a recibir el golpe que debía hendirla.

Alberto no tomó asiento a su lado. Prefirió permanecer de pie ante ella, con las manos en los bolsillos, mirándola en aquella postura, mientras le hablaba.

—Creo que imaginas lo que voy a decirte, Kit. Te lo he dicho ya de todas formas posibles; en serio o en broma, según el momento. Pero todo queda reducido a lo mismo: deseo que seas mi mujer.

Ella asintió:

—Lo sé, Alberto —dijo.

Él hablaba buscando las palabras.

—Creo en los presentimientos —dijo lentamente—. He obedecido siempre a los presentimientos. Y el primer día que te vi presentí que eras la muchacha que yo necesitaba. Había algo en tu modo de sonreírme, cuando estuvimos sentados el uno al lado del otro el día del banquete..., ¿lo recuerdas? Quizá mi presentimiento me engañe. Pero no lo creo.

Apartó los ojos de ella y fijó su mirada límpida y serena en el paisaje que le rodeaba. Kit jamás le había visto así. Siempre había sido arbitrario y algo impulsivo; alguna vez buen muchacho y lleno de reproches, pero jamás tan sereno, tan razonable, tan varonil, en suma, y tan poco niño.

—Te veo mejor ahora —dijo por fin—. Eres una realidad.

—Tú también pareces una realidad —repuso él con la misma sencillez de lenguaje. Se volvió de nuevo para mirarla—. ¿Salgo acaso del mundo de las quimeras? Esto me causa mucha alegría. ¿Debo interpretar tus palabras como un sí, Kit?

Se sentó a su lado. Ahora la tomaría entre sus brazos —ella había tenido en todo instante que defenderse—. Alberto siempre había deseado besarla y ella no se lo había permitido jamás por la simple razón de que nadie, después de Norman, la había besado, y ella quería estar segura...

Pero Alberto no se movió. Con la punta de su fusta se entretuvo trazando el

contorno del zapato de Kit. Luego arrojó la fusta y se volvió hacia ella.

—Pues bien... —murmuró con impaciencia.

Era absurdo que aun en aquel momento supremo, ella, Kit, no supiera lo que realmente deseaba. Tendría que existir alguna prueba, alguna presión para que por fin cayera sobre la anhelada espada de la decisión.

—Bésame —dijo con voz débil.

La sangre fluyó a las mejillas de Alberto.

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó.

Ella hizo un signo afirmativo. Sintió los brazos féreos de él que la estrujaban. Luego los labios de Alberto se apoyaron contra los suyos, en un beso largo e intenso. Eran unos labios frescos y de una dulzura inesperada. En aquel momento Kit entregó todo su corazón.

Cuando estuvo enamorada de Norman Linlay, no quiso que nadie lo supiera. No saberlo nadie, era, en cierto modo, como si en el mundo no existieran más que ella y Norman. Pero nada de su nuevo amor era como el otro. Ahora sentía la necesidad de hablar, de anunciarlo a todos. Dejó a Alberto en el vestíbulo del hotel, subió corriendo la amplia escalera de estilo antiguo y se precipitó en la habitación de su madre. Faltaba poco para el almuerzo; por lo tanto, estaba segura de encontrar juntos a su padre y a su madre. Recordó que precisamente esta hora fue la que su hermana Gail escogió para comunicarles su decisión de casarse... Encontró, en efecto, a su madre envuelta en su quimono de seda azul, echada sobre un sillón, con la cara completamente cubierta de crema; y su padre, sin cuello, en mangas de camisa, fumando como siempre su pipa.

Los dos se quedaren mirándola. Kit se apoyó contra la puerta que había cerrado tras de sí y dijo sonriendo:

—Me he prometido con Alberto Holm.

—¡Pero Kit! —exclamó su madre.

Su padre dejó escapar también una exclamación sofocada.

—¡Ven que te abrace! —prorrumpió bruscamente su madre, irguiéndose sobre su asiento. Kit se acercó y ella estampó dos sonoros besos en sus mejillas—. Estoy contenta —prosiguió— de que hayas tomado por fin una decisión.

—Pero... —intervino su padre. Luego, convencido de que aquella exclamación era más bien insuficiente, añadió con cierto humorismo—: ¡Eh! ¿No te parece que el caso requiere que se pida mi consentimiento?

—Mañana —contestó Kit.

¿Quién podía saber por qué ella no había aceptado que Alberto se presentara aquella noche?

Pero ella sabía la razón. Deseaba encerrarse en su habitación y escribir a Norman. Se lo explicaría todo. Comunicándole su noviazgo, en cierto modo se habría liberado

de él para siempre. Una mujer no debía soñar en un hombre cuando estaba prometida con otro... Y Norman tenía que saber que, de ahora en adelante, Kit dejaría de pensar en él.

Su madre preguntó:

—No tendrás intención de celebrar un matrimonio precipitado, ¿verdad? Siento verdadero odio por los matrimonios que se celebran sin ceremonia.

—Alberto y yo hemos decidido celebrar nuestra boda aquí, cuanto antes, en la mayor intimidad. Alberto no quiere esperar.

—No —dijo en tono firme su madre—. Ninguna hija mía contraerá matrimonio en un país extranjero. Gail se ha casado en casa, siguiendo las reglas. Y, además, Kit, tú no te casas con un cualquiera. Te casas con una persona célebre. Mayor razón todavía para hacer las cosas en la forma más decorosa y conservadora posible. —Bajó la cabeza e hizo un rápido cálculo—. Regresaremos a América como teníamos concertado. Será mejor que Alberto regrese a bordo de otro buque. Apenas llegados a casa, tu padre y yo nos encargaremos de anunciar tus esponsales; a esto seguirá luego una pequeña y digna ceremonia nupcial en la iglesia de Glen Barry.

El padre Tallant, cuyas ideas comenzaban a fluir entonces intervino:

—¿Una ceremonia digna? Pero ¿tú no comprendes, querida, lo que ocurrirá cuando el muchacho ponga el pie en el suelo patrio? Ya no habrá paz para nadie. ¿Te acuerdas cuando aquel Fulano?, ¿cómo diablos se llamaba? ¿regresó del Polo Sur? En una noche los Estados Unidos en pleno quedaron convertidos en un manicomio. A mi juicio deberías dejarlos que se casaran aquí, donde no habrá, por lo menos, tantos periodistas por metro cuadrado como los habrá en América pisando los talones a Alberto Holm.

Siguió una discusión bastante animada entre los dos cónyuges. Kit cortó en seco.

—Cuando hayáis acabado de decidir, volveré a ver si estoy de acuerdo con vosotros —dijo.

Salió, cerró la puerta y se lanzó como una flecha hacia su habitación.

«Querido Norman —escribió—, te interesará saber (pero ¿te interesará acaso de veras?) que he decidido contraer matrimonio con Alberto Holm. En un tiempo tú lo habrías denominado "El hombre del momento". Sin razón, no obstante. Él es el hombre de toda mi vida. Nos casaremos muy pronto, sin la menor pompa, pues tanto él como yo odiamos la publicidad. Después de esto regresaremos a América para vivir felizmente el resto de nuestros días. El lugar no lo hemos decidido todavía, pero será en algún sitio cercano a las montañas, por Alberto, y a un lago, por mí. He realizado un viaje espléndido, un viaje que ha tenido este increíble y casi novelesco final. ¡Me siento la más feliz de las mujeres! Gracias, gracias, Norman, por haber visto esto que yo no

vi tan rápidamente, que no nacimos el uno para el otro. ¡Qué sabiduría la tuya!

Kit».

No releyó la carta. ¿Para qué releerla si estas palabras habían brotado de su corazón antes de escribirlas?

Cerró el sobre, tocó la campanilla y, cuando compareció el boy chino, se la entregó con una propina.

—Deseo que esta carta salga con el próximo correo para América —díjole.

—Sí, señorita —contestó el muchacho, apretando en su mano la moneda de plata.

Se lo quedó mirando mientras salía; luego cerró la puerta. Era libre ahora.

Se detuvo un momento, consciente por fin de su libertad... Si era libre, podía finalmente sacar de su baúl aquella fotografía y destruirla. Hacía ya muchas semanas que no la miraba. Ya era algo, ¿no? Había podido pensar cien veces en Norman, pero no había vuelto a contemplar su fotografía. Ahora, contando los latidos de su corazón, que no se aceleraron lo más mínimo ni siquiera cuando se acercó al baúl, abrió éste y extrajo la fotografía.

Hubo un tiempo en que sólo mirarla la habría hecho estallar en una crisis de llanto. Pero ahora no. Le pareció que los oscuros ojos de Norman la invocaban. Los sintió fijos sobre ella, pero permaneció inmóvil.

—No me quisiste, ¿recuerdas? —murmuró.

Ahora podía soportar aquella opresión en el corazón como quien, casi sin advertirlo, no siente ya tan lacerante como antes un dolor antiguo. ¡Se curaba, se curaba!

«Ahora —pensó— puedo hacerlo».

Rasgó lentamente la fotografía pegada sobre un cartón blanco. Un segundo, dos quizás, permaneció inmóvil. Luego repitió la operación hasta que la fotografía quedó reducida a minúsculos fragmentos que arrojó en el cesto.

Hecho. Ya estaba hecho.

Se acercó a la ventana y, con las manos pegadas a sus mejillas, contempló todos aquellos tejados chinos que se extendían ante sus ojos. Nada de él quedaba ya... No, nada, salvo el recuerdo de aquella mirada suya. ¿Cómo se hacía para borrar un recuerdo y alejarlo de la mente?

—¡Oh, Alberto...! —invocó.

Se dominó. ¡Estúpida! Estaba a punto de decir: «¡Sálvame!». Y ni siquiera ella misma hubiese sabido decir de qué cosa.

II

«¡Qué razón tuve precipitando la ceremonia del matrimonio!», pensó observando el muelle de San Francisco, cada vez más cercano.

En todos los puertos el calor se había hecho sentir, pero en ninguno con la intensidad que allí. Sus literas estaban materialmente sepultadas bajo grandes montones de cartas y telegramas que no habían abierto. La gente había salido a cubierta para seguir a Alberto con la insistencia de un perro, envanecida y llena de admiración, hasta que le obligaron a encerrarse con llave en su camarote, enfurecido por una persecución semejante.

—¡Dios mío, hasta a la puerta del baño me esperan! —acabó gritando exasperado—. Kit, te juro que cuando...

—¡Calla! —exclamó ella riendo, no sin cierta maliciosa complacencia—. Si ya estás ahora fuera de quicio, ¿qué será cuando desembarques? Estamos en el principio...

Sentado sobre su litera, él la miró desesperado.

—Kit, si llego a pensar que escalar aquella montaña...

—Será solo los primeros días —dijo ella para animarlo.

Estaba contenta de que sus padres hubieran decidido no regresar con ellos. Alberto, hombre famoso, no era lo que podía llamarse un hombre fácil de manejar. Por otra parte el verbo manejar no era santo de su devoción; ella no habría manejado nunca a nadie. La verdad era que Alberto era impetuoso y la gente no podría comprender. Sin apenas darse cuenta de ello, Kit se encontró como interpuesta entre Alberto y los periodistas, entre Alberto y los cazadores de autógrafos, entre Alberto y cualquiera que amenazara hacerle salir de sus casillas. Pero, una vez en casa, las cosas cambiarían. Habían dado un salto en el vacío y tenía que continuar haciendo estos equilibrios hasta que, de alguna parte, asomara la luz. Esta hora no había llegado todavía... A partir del momento en que contrajeron matrimonio en la pequeña iglesia misionera de Pekín, le parecía estar andando a través de una niebla, entre la cual los contornos de Alberto aparecían indefinidos. Bajo aquella niebla, ella le tocaba, y a intervalos era tocada por él, durante un viaje efectuado como si hubiesen estado sumergidos entre la muchedumbre. ¡Desde luego, Alberto no podía ser en realidad aquel muchacho perennemente iracundo, blasfemo y gruñón que la estaba mirando ahora!

—Quédate aquí —le dijo tranquila— y déjame salir. Contestaré a las preguntas de tus admiradores.

En realidad, estaba acostumbrada a los periodistas.

—Dame algo de beber —pidió él.

Sirvió en un vaso un poco de whisky de una botella que había sobre la mesa, se lo

entregó, abrió la puerta y salió al pasillo. Inmediatamente fue asaltada por un joven vestido con traje azul oscuro.

—Sí —respondió Kit—. ¿Qué desea?

El lápiz y libro de apuntes estaban preparados.

—Pertenezco a un periódico de San Francisco. ¿Tendría la bondad de decirme dónde está su esposo?

—No está aquí —fue la firme respuesta—. Pero si quiere seguirme al puente, llamando a todos sus colegas, diré todo lo que desean saber acerca de él. Comprenda que no es posible repetir mil veces las mismas respuestas a las mismas preguntas.

—Sí, señora —respondió dócilmente el cronista.

La seguía como si temiera que desapareciese, pero de todas formas, a medida que caminaba, trató de reunir a un grupito de sus colegas: cuatro jóvenes, una muchacha y una mujer más bien anciana.

Kit se sentó junto a una ventana desde la cual, levantando la vista, podía admirar el paisaje montañoso más allá de la famosa Golden Gate. Desde allí, la llanura era lo que ella siempre había llamado tierra de los suyos. Pero de pronto, le pareció estar llegando a un país extranjero.

—Señora Holm —comenzó diciendo una voz ansiosa y respetuosa—, ¿querría decirnos cuándo conoció exactamente a su marido?

—El tres de agosto —contestó ella, obediente—, en casa del cónsul americano en Pekín.

—¿Y contrajeron matrimonio...? —preguntó otra voz.

—Hace dieciocho días, en pleno mediodía, en la iglesia de la colonia.

Había contestado miles de veces a la misma pregunta en Shanghai, en Kobe, en Yokohama y en Honolulu.

—Así que cuando se casaron ustedes hacía apenas un mes que se conocían, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Cree en los noviazgos breves, señora Holm?

Ella sonrió levemente:

—Cuando se desea que sean breves, sí —respondió.

—Permítame... —Ahora era la muchacha la que pedía la palabra—. ¿Tendría la bondad de decirme el nombre de la tela de su traje?

A medida que hablaba trazaba un rápido bosquejo en su bloc.

—Es un tejido escocés —repuso Kit, mirando de soslayo el bosquejo que había trazado su interlocutora y que estaba rodeado de flechas indicadoras.

—¿Proyectos, señora Holm?

Ahora eran los muchachos que entraban en escena.

—Uno solo: llegar a casa.

—¿Dónde está?

—No hemos decidido todavía. En espera de elegir con más tiempo, iremos de momento a casa de mis padres, en Glen Barry...

—Cerca de Nueva York, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podríamos ver al señor Holm?

—No se encuentra muy bien —respondió Kit.

—¿Podría decirnos, pues, su opinión sobre algunos temas de actualidad? Por ejemplo, el pueblo americano se pregunta por qué el Japón está en pie de guerra...

—El hecho de que mi esposo haya conquistado la cima de una montaña — interrumpió Kit—, no significa que se haya convertido en un perito en cuestiones políticas.

—Es posible, pero a la gente le agrada saber lo que él opina.

—No le he oído jamás expresar su pensamiento... —repuso Kit. Y añadió—: sobre lo que me está usted preguntando.

—Pero seguramente tendrá alguna opinión sobre la aplicación de la ley de neutralidad en la próxima guerra.

La muchacha intervino bruscamente:

—¿Cuál es la opinión de su esposo sobre la mujer en los negocios?

—No sé —respondió Kit con frialdad—. No lo sé en absoluto.

Las preguntas llovían unas tras otras, sin darle tiempo para respirar. Contestaba como una autómatas, pensando más bien en sí misma, en Alberto, en la vida que vivirían juntos y con la cual todo aquello no guardaba ninguna relación. Su vida no había comenzado todavía.

¿Dónde estaba el verdadero Alberto? Contempló el muelle empavesado con gallardetes de alegres colores. El buque ya estaba bastante cerca para permitirle vislumbrar la muchedumbre de pie, detrás de una cortina móvil de pañuelos ondeantes y de banderas al viento. Lanzó de nuevo una rápida mirada hacia las montañas. El gentío le había resultado siempre repulsivo... Y se preguntaba por qué. Después de recapacitar largo rato sobre la pregunta, dedujo la conclusión de que el motivo de este sentimiento iba ligado a la intensa sensación de soledad que el contacto con la muchedumbre le producía; una soledad que ahora, casada con Alberto, la aterrorizaba más que nunca porque veía que el matrimonio no la había liberado del todo de ella aunque, un día, en las Colinas Occidentales, había estado segura de su salvación.

La anciana cronista que hasta aquel momento no había pronunciado palabra, limitándose a escribir y a mirar tranquilamente a Kit, mientras los demás preguntaban, tomó entonces la palabra.

—Señora Holm, tengo la seguridad de que no se dan cuenta usted y su esposo de

lo que ustedes representan para nosotros.

Kit, un poco sobresaltada, se volvió. Le chocó el rostro de su interlocutora, una cara que reflejaba su edad, con las huellas del cansancio grabadas en sus rasgos.

—Casi ninguno de nosotros se ha divertido, ni ha gozado de lo que nos parece el romance de la vida —prosiguió la mujer—. Naturalmente que sentimos el afán de lo que hemos carecido. El pueblo americano es el más romántico del mundo; así lo dicen todos, y creo que es verdad. Pero también es algo triste nuestro destino.

La mujer se dio cuenta de que todos la estaban escuchando, y se sonrojó un poco avergonzada. A pesar de ello prosiguió mirando fijamente, uno tras otro, a los muchachos.

—Creo que los jóvenes como ustedes ven, ante todo, el valor y la osadía; pero los más viejos idealizan la vida íntegra, la juventud y la bondad. Entonces recordamos cómo fuimos en un tiempo y nos decimos que así hubiéramos deseado permanecer. Las mujeres jóvenes, señora Holm, se sienten atraídas por lo novelesco de su extraordinaria aventura sentimental (la forma en que se enamoró usted tan repentinamente, pues así fue, ¿no es cierto? Por lo menos, lo dice la Prensa). En cuanto a las viejas como yo, vemos la belleza del matrimonio, de una hermosa casa y de unos chiquillos que dentro de un tiempo...

Un ligero temblor conmovió su rostro, sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Soy una tonta —murmuró, buscando su pañuelo en el monedero—. ¡Es curioso dónde se meten estos pañuelos!

Kit sacó rápidamente el suyo de su monedero.

—Tenga, tome el mío... —dijo, ofreciéndoselo.

Participaba tan hondamente del dolor de aquella mujer, como si estuviera sometida a él.

«¿Cómo —se preguntaba— los viejos se abandonan a semejantes letanías sentimentales?». Los jóvenes podían ser crueles, pero la crueldad tenía, por lo menos, nitidez. El sentimiento era viscoso; Kit lo odiaba, quizá porque, a pesar suyo, tenía el poder de conmoverla.

Se volvió de espaldas al grupo.

—Les ruego me perdonen, ahora... —dijo rápidamente; y echó a correr por un largo pasillo hacia su camarote. Alberto dormía hecho un ovillo sobre su litera.

—¡Alberto! —llamó—. Levántate... Estamos en casa... ¡Estamos en casa!

Después de todo, aquella mujer le había ayudado a comprender el sentimiento del pueblo hacia Alberto, cosa del vulgo, claro está, pero tan conmovedor como aquella vieja periodista fatigada y, sin embargo, sensible todavía a los romanticismos. Comenzaba a advertir algo en lo que no había pensado aún.

Alberto abrió los ojos soñolientos.

—¿Qué es todo ese alboroto? —murmuró.

—Vamos, querido —le dijo cariñosamente, tirándole del brazo—. Levántate, y quítate el jersey. Quiero que te pongas tu nuevo traje gris. Te pondrás la corbata azul.

—Pero si ya estoy vestido.

—Sé bueno. Hay allí millares de personas que desean verte.

Él la miró algo atontado, provocando con ello la risa de Kit, al querer demostrar que no experimentaba un placer que en realidad sentía.

—¡Vamos!

Él se levantó, y comenzó a quitarse el jersey.

—Eres un buen chico —dijo ella.

Mientras tanto, Kit cambiaba su sencillo vestido gris por otro de franela blanca. Colocó una boina sobre sus cabellos negros y se envolvió el cuello con una bufanda a rayas rojas. ¡Espléndido; ahora tenía el aspecto de una mujer casada! No estaba acostumbrada a usar colorete, pues tenía la opinión de que sólo se lo ponían las viejas para disimular sus años. Sin embargo, en aquella ocasión se puso un poquitín sobre las mejillas y los labios. Se contempló en el espejo y vio irónicamente la imagen de una morenita graciosa, lo bastante joven para ser la esposa de Alberto Holm.

—¡Kit, no pasaré inadvertido vestido de este modo! —se lamentó Alberto.

Había acabado él también de vestirse, y estaba tan bien que por un instante se quedó extasiada. ¡Loca, qué loca era! ¡Como todas!

—No, desde luego —dijo riendo—. Pero toda aquella gente espera allí abajo para ver al hermoso héroe, y yo quiero que vean cuán azules son sus ojos y cuán hermoso, alto, atlético y, en suma, extraordinario es él.

Ahora él también sonreía, aun cuando con cierta timidez y siempre resistiéndose a convencerse de que se sentía satisfecho, Kit pensó:

«No lo he aconsejado bastante bien hasta ahora».

Luego, de pronto, sintió en su interior algo semejante a una puñalada.

«¡Oh —se dijo—, este pensamiento lleva la marca de los pensamientos de Gail y de mamá!» ¡Ella no aconsejaba, no dirigía aún!

Pero no era momento para pensar. El buque estaba atracando lentamente. Alguien llamó a la puerta. La abrieron. En el estrecho pasillo estaban tres hombres y dos mujeres, todos sonrientes y con unos ramos de flores en las manos. Uno de los hombres entregó a Kit un gran manojo de rosas encarnadas.

—¿La señora Holm? —preguntó.

—Sí —repuso ella.

Sintió deseos de reír, obedeciendo a un secreto y malicioso impulso. Pero adoptó una actitud grave, mientras sus ojos movíanse en sus órbitas. Luego apeló al recuerdo de los centenares de imágenes de estrellas cinematográficas que se había divertido en estudiar, hojeando periódicos y revistas, o asistiendo a salas de espectáculos, y mostró la misma falsa y radiante sonrisa. Los rostros que tenía delante de ella le

contestaron con otras tantas y efusivas sonrisas.

—Estas flores en nombre de la Cámara de Comercio —dijo uno de los tres hombres—. Bienvenida sea con su esposo.

—¡Aquí está! —interrumpió ella en tono alegre, atrayendo a Alberto hacia sí y apretándole el brazo—. ¡Qué flores más bonitas! —Las colocó en la curva de su brazo izquierdo y hundió su rostro en ellas—. ¡Gracias, gracias! ¡Qué alegría causa encontrarse de nuevo en casa!

¿Casa? ¿Dónde estaba su casa? ¡No allí, por cierto!

Todos los componentes del grupo le sonreían y ella contestaba con insistencia a todas aquellas sonrisas. Una de las mujeres, alentada, exclamó:

—¡Oh, señora Holm, venga un momento sobre el puente! ¡Hay gente que aguarda para verles desde hace cinco o seis horas!

—Este gesto por parte de usted, señora, sería muy estimable —intervino un hombre alto y delgado, de semblante grave.

—Estamos dispuestos —repuso Kit—. ¿Para qué rehusar?

Por el momento, tanto para ella como para Alberto no existía una posibilidad de vida apartada.

Sintió, no obstante, que ofrecía una resistencia, mientras ella seguía al grupo. Al alzar la vista tropezó con su interrogadora mirada azul.

Y ya estaban de pie, el uno junto al otro, apoyados contra la barandilla del puente, ella con el manojo de rosas sobre su brazo, distribuyendo una sonrisa tras otra, y él grave y correcto. Su seriedad no le causaba ningún perjuicio; la naturaleza le había dotado de un perfil estatuario y cabellos rubios. El tono bronceado de su piel ofrecía un agradable contraste con sus grandes ojos azules.

La muchedumbre gritaba su entusiasmo; millares de ojos los contemplaban con avidez. Aferrada al brazo de Alberto, Kit podía sentir casi físicamente el calor de millares de sueños que revoloteaban sobre ellos como blancas palomas, de los cuales en cierto modo, Alberto era la realización. Miró hacia aquellos rostros entusiastas y, de pronto, con gran sorpresa por su parte, sintió un nudo en la garganta. ¡No, su sarcasmo se desvanecía! ¡Qué triste resultaba la gente, así amontonada! Jamás lo había notado hasta aquel instante, y ya no podría olvidarlo nunca.

—No tenemos que decepcionarlos —se dijo.

Comprendía ahora y ya había desaparecido su ironía. Una ola de sentimiento la invadió. ¡Sueños! Todo, después de un sueño hecho trizas, parecía inútil.

Se dejó caer sobre una silla y cerró los ojos. Era más de medianoche, y sólo en aquel instante había conseguido, por fin, encerrarse en su habitación del hotel.

—¡Oh! —murmuró.

Alberto se sentó sobre la cama y comenzó a quitarse los zapatos.

—No sé cuáles son tus proyectos para mañana, querida —dijo rascándose el pie

cubierto aún por el calcetín—, pero, por mi parte, he decidido huir de aquí en el primer tren.

—¿Hacia dónde?

—Hacia mi pueblo, Misty Falls —repuso él con firmeza—. Allí no se publican periódicos y la factoría de mi padre está aislada en un radio de quince kilómetros. Tanto como para desanimar a cualquiera que tenga el deseo de aventurarse por aquellos lugares.

—La idea es buena —dijo Kit—. Pero ¿sabes que hay organizado para mañana un banquete durante el cual se te entregarán las llaves simbólicas de la ciudad?

—No sé qué he de hacer yo con las llaves —fue la respuesta. Se tumbó soñoliento sobre el lecho, y bostezó suavemente. Si durante la mañana, en cierto modo, se había divertido, ahora todo el placer se desvanecía. Estaba cansado—. Huir —refunfuñó— y cuanto antes.

—No, Alberto —dijo Kit, con calma.

Se levantó y empezó a desnudarse.

—Pero, Kit...

—No es justo que te portes de esta manera. ¿Por qué decepcionarles? Han gastado miles de dólares en ti.

—¿Y quién les ha pedido que lo hicieran?

—Pero lo han hecho. Por esto es inútil cavilar ahora. ¡Estoy cansada, tanto como tú!

—Razón de más para largarse.

—¡Pero no podemos hacerlo!

—¿Y quién nos lo impide?

—Pero, Alberto, ¿no comprendes que ahora no puedes pensar sólo en ti? Tú has llevado a cabo una proeza que te ha convertido en un héroe a los ojos de millones de personas.

—¡Personas estúpidas!

—Te has convertido en un símbolo.

—Será muy listo el que te comprenda.

—Sé que no me comprendes —rebatió Kit con aspereza. Pero se detuvo ante la mirada atónita de Alberto.

—Oye, Kit, ¿no estás menos enamorada de mí?

Ella se acercó a él.

—¡No, Alberto!

—Ya me estás censurando —se lamentó.

Ella no contestó, pero se empequeñeció en sus brazos.

—Ya sé que soy un ogro —dijo Alberto tras una pausa.

—Lo eres de verdad.

—¡Vaya! No es nada amable por tu parte insistir en ello —dijo él.

Ella levantó la cabeza, lo miró y se echó a reír.

—Pues entonces no debes decirme cosas sobre las cuales estoy de acuerdo contigo —continuó en broma—. Además, ¿por qué no admitir que eres un ogro? Te enfadas con los camareros, pues no les quieres dar propina, y me tratas de una forma...

Empezó a enumerar pequeñas quejas que hasta entonces había mantenido calladas, sorprendida ahora al observar que, contrariamente a lo que había creído, no las había olvidado.

—¿Cuándo te he tratado como dices? —preguntó Alberto, sorprendido; luego, sin aguardar la respuesta añadió—: No desearás acaso que haga siempre el tonto, ¿verdad? Digo esto refiriéndome a terceras personas. En lo concerniente a ti, me parece que soy como el azúcar.

Ella señaló con el índice el contorno de sus labios y de su barbilla.

—Esta noche, antes de cenar, no has querido afeitarte.

—Nadie me inducirá a afeitarme más de una vez al día —declaró Alberto. La estrechó en sus brazos y frotó su barbilla contra su mórbido cuello—. Tu marido no es un afeminado —le dijo con pasión—. ¡Es un hombre!

Finalmente se acabó todo. Detrás de una profusión de flores, Kit, con Alberto junto a ella, saludaba a la muchedumbre desde la plataforma del vagón. Lentamente el tren empezó a moverse y aceleró la marcha. Los rostros de la gente se fueron confundiendo, luego desapareció. Kit se sentó. Alberto tocó la campanilla. Apareció el mozo.

—Llévese todas esas flores y arrójelas por la ventanilla —le ordenó.

—Sí, señor —dijo el mozo desconcertado.

Recogió con grave semblante los ramos de flores y salió.

—Ahora disponemos de un poco de sitio para acostarnos —dijo Alberto.

Kit no protestó. Una pobre mujer había conseguido abrirse paso entre la muchedumbre para ofrecerle un ramo de rosas caseras.

—Son de mi jardín, querida —le había dicho—. Las cultivo yo misma, y si pudiera ponerlas en su habitación... Me sentiría feliz al pensar que la había alegrado a usted con estas flores. ¡Querida, tiene un marido tan guapo!... ¡Les deseo que sean siempre tan felices como ahora!

—Gracias, gracias —había respondido Kit.

Pero ahora había dejado que el mozo se llevase aquel ramo con todos los demás. Al día siguiente encontraría otra multitud, y otras pobres mujeres le harían la ofrenda de sus flores, contemplando absortas a Alberto.

¡Oh, la sensación de reposo que producen las ruedas del tren, corriendo a través

del campo desierto, y la sensación de que en torno nuestro sólo la máquina tiene vida! Con todo, durante aquella jornada, Alberto había representado su papel con empeño. Había superado todas las pruebas con un tenaz silencio de resignación. Empezaban a acostumbrarse a su porte taciturno, y los periodistas daban a ello una gran importancia, presentándolo como la expresión de un sentimiento de dignidad. Tal silencio —se repetía Kit para sí— es símbolo de fuerza. Y quizá Alberto poseía, en realidad, mucha fuerza. No había tenido aún la oportunidad de convencerse de ello; se conocían todavía demasiado poco. Los días habían sido muy intensos, y por la noche estaban tan completamente agotados que, después de entregarse al más simple acto de amor, se quedaban profundamente dormidos. Un día, cuando se sintieran menos cansados y se encontrasen solos, ella aprendería a explorar, por así decirlo, en sus respectivos caracteres, y lo induciría a hablar, a expresar su propio sentimiento. Hasta la hora presente Alberto había hablado muy poco.

«Ni siquiera sé cuáles son sus platos favoritos, ni sus lecturas preferidas, ni lo que le gusta hacer —pensaba ella—. No le conozco todavía».

Por el momento, nada superaba a la importancia de desnudarse y descansar toda la noche. Durante el día había oído tantas voces que su único anhelo era entregarse al reposo...

Alberto no había vuelto a pronunciar una sola palabra. Estaba sentado en un ángulo de la cama, en mangas de camisa, sin parpadear siquiera, como si estuviera completamente ausente. Kit le sonrió, se puso el camisón, se acurrucó en su sitio y cerró los ojos. En seguida se presentaron ante su imaginación millares de personas que se movían de un lado para otro, mirándola con fijeza. Abrió los ojos y miró a Alberto a la cara. Este, con la mano derecha abandonada sobre sus rodillas, parecía tener la mirada perdida en el vacío. Kit bajó los ojos y contempló su mano. Las manos de Alberto tenían siempre algo de fascinador y de repelente a la vez. Eran unas manos fuertes, con los dedos demasiado rollizos. Uno, además, estaba deformado. «Cuando era pequeño me lo dejé pillar entre los engranajes de una trilladora —le había dicho—. Suerte que no perdí el dedo. Yo siempre he sido afortunado».

Ahora, mientras ella se detenía a estudiar su rostro, ocurrió una cosa curiosa. Sus rasgos perdieron su característica nota externa. Alberto se le hizo intolerablemente extraño. Por un momento tuvo la sensación de no haberlo visto nunca hasta aquel instante. Fue tan honda aquella impresión, que sintió la necesidad de oír el sonido de su voz para desvanecerla.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Kit. Él, extrañado, la miró, pero no contestó—. ¿Piensas en algo que no quieres decirme? —insistió Kit.

—No pienso en nada —fue la respuesta.

Así, como siempre, él interponía entre él y ella aquella frase.

—¡Alberto, te diré...! —exclamó, y de repente se detuvo.

—¿Qué?

Ella movió la cabeza y cerró los ojos. No, no serviría de nada iniciar precisamente aquella noche una discusión que podría arrastrarse para siempre. Resonó en sus oídos, entre el fragor del tren, el eco de centenares de voces:

«Quisiera decirles cuán maravillosa nos parece la imagen que nos formamos de su marido...» «Tocar su mano es la dicha mayor de mi vida...» «Escribirá su marido la novela de amor para nosotros, ¿verdad?». Y otras tantas pueriles y conmovedoras frases. Sobre sus oscuras pupilas aquellos rostros reflejaban su imagen, la miraban con envidia, curiosidad, ardor, pensativos y confusos. ¡Pobre gente! Pero ¿por qué no podía evocarla sin experimentar un sentimiento de temor...?

Quizás Alberto no pensaba en realidad en nada.

Hacía tiempo que habían pasado Denver y Chicago. Ya se estaban aproximando a Nueva York, desde donde habían llegado a ellos centenares de telegramas. Un representante del alcalde había subido al tren para decirle cuánto lamentaría la ciudad que Alberto Holm no se detuviera en ella. Se llamaba Horacio Finberg. Era un joven petulante, charlatán y algo cínico. Poco faltó para que Kit y Alberto se convencieran de que era mejor acabar con aquella charla cediendo.

—La gente lo tomará muy mal si no van ustedes —manifestó Finberg con brío—. Hasta le diré, señor Holm, que su negativa podría ser perjudicial en todos conceptos. Por ejemplo, sé de alguien que tiene la intención de invitarle a asumir la presidencia honoraria, mediante una compensación. Bien, sé que esta persona dirá que no es a mí a quien incumbe darle a conocer la cifra; pero sé que se trata de una cifra importante. En cuanto al pueblo, está ansioso de organizar un desfile en Broadway en su honor. Siempre es aconsejable un hermoso desfile; hace bien al pueblo, le brinda la oportunidad de desahogarse. Hay ciertos impulsos a los cuales conviene dejar una válvula de escape; de lo contrario, se tornan agrios. ¡La muchedumbre odia a uno con la misma facilidad con que lo ama, téngalo presente, si no se le da cuanto ella pide!

Se echó a reír a carcajadas pero Kit no tomó parte en sus risas, además ya habían tenido ocasión de respirar una ligera atmósfera de odio por parte del populacho en una ciudad del mediodía. El tren se había detenido cinco minutos y ellos se habían apeado para respirar un poco el aire fresco del campo. Un muchacho de doce o trece años, reconoció inmediatamente a Alberto.

—¡Eh, Berto! —gritó.

Pero Alberto, agotado ya, se limitó a mirarlo fijamente con el ceño fruncido.

—¡Descarado! —murmuró.

Los pocos viajeros que también se habían apeado, dirigieron una mirada de animosidad a Alberto.

—Un poco más de condescendencia no haría mal a nadie —dijo un hombre en

voz bastante alta para ser oído.

—Es un chiquillo, Alberto —observó Kit con dulzura.

—Tan chiquillo como quieras, pero descarado —repitió Alberto. Luego, fijando la mirada en el individuo que había hablado, añadió—: Y he de decirle que empiece a fastidiarme el hecho de que cualquiera se crea con el derecho de hacer de mí lo que se le antoje.

El muchacho, entre tanto, se había armado con un hermoso tomate maduro, y mientras Alberto, llegada la hora de la partida se disponía a subir de nuevo al tren con Kit, lanzó su proyectil con la mayor puntería sobre el traje gris del héroe, dejando en él una enorme mancha roja. Los espectadores se echaron a reír, y a Kit no le resultó agradable el sonido de sus risas. Hasta el mozo había dado muestras evidentes de su regocijo, mientras se entretenía limpiando la mancha.

—Buena puntería —había murmurado entre dientes.

En Chicago no había faltado la nota acre en el comentario de un periodista:

«Alberto Holm —había escrito— lleva hasta el extremo la teoría americana del austero individualismo...».

—Será conveniente que nos lleguemos a Nueva York, Alberto —dijo en aquel momento Kit, haciendo gala de buen sentido.

No sentía ningún temor, pero comprendía que podía producirse algo desagradable, por poco que no anduviera con cuidado.

Horacio Finberg se puso en pie.

—Voy a telegrafiar —dijo; y se precipitó a la puerta.

Kit conocía Nueva York desde el día de su nacimiento, pero ahora la ciudad le parecía desconocida. La visión que tenía de Nueva York era la de una ciudad de hermosas calles tranquilas, a pleno sol; de gente bien vestida, teatros, grandes edificios y voces corteses. Ésta era su visión y Norman, su ex prometido, con todas sus prédicas contra los ricos, no había conseguido atraerla. Pero totalmente distinta era la ciudad que la recibía ahora con Alberto.

Había tomado asiento en un gran automóvil negro descubierto, y recorrían Broadway entre dos hileras de un pueblo en delirio. Desde su niñez, Kit, siempre había sentido miedo de todas las fuerzas indomeñables. Por esta razón le resultaba imposible soportar el viento; más que por su rumor, por su furia insensata. El océano tenía también la misma absurda fuerza potencial, y aparte el placer con que se entregaba a la natación y a la navegación a vela, se había mantenido siempre latente en ella el horror hacia todo cuanto pudiera desencadenarse por poco que el mar se enfureciera. Una vez, siendo chiquilla, la habían llevado a ver las cataratas del Niágara. Contaba sólo seis años, pero fue presa de un terror tal que resultó imposible calmar la crisis de llanto y pánico que se apoderó de ella. ¿Por qué? Ni siquiera ella

lo sabía. Tan sólo sentía la presencia de una fuerza que allí, a dos pasos, palpitaba, privada de dominio, en aquella agua, que para precipitarse en el abismo, formaba un arco liso y potente.

Ahora, sentada junto a Alberto, experimentó aquel antiguo, profundo y ciego sentimiento de horror que invadía todo su ser. La muchedumbre la rodeaba... algo de frenético e indomeñable ululaba tumultuosamente. Sintió temblar sus rodillas, y cruzó las piernas. Humedeció sus labios, esforzándose en cobrar ánimos.

«Sólo se trata de un gentío cualquiera —pensaba—. Gente que siente simpatía hacia nosotros. No tiene deseo de hacernos ningún daño y están contentos de poder saludarnos de regreso a la patria».

Trataba de desintegrarla, de individualizarla en seres humanos, de separar sus rostros; pero no lo conseguía. La muchedumbre permanecía formando una unidad compacta y furiosa, salvajemente falta de remordimientos, como un océano.

Comprendía que la muchedumbre se mantenía quieta, que la sensación que experimentaba de que toda aquella masa se movía a su alrededor era tan sólo una ilusión. Los que se movían eran Alberto y ella. Pero por muy consciente que estuviera de todo esto, quedábale la impresión de que eran como unas briznas impelidas por una mugiente, espantosa e insensata fuerza. Sentía escalofríos y, sin embargo, tenía la impresión de estar como paralizada. Ni siquiera conseguía moverse para librarse de aquella lluvia de papeles que caían sobre ella. El aire estaba lleno de papeles volantes: hojas arrancadas de las guías telefónicas periódicos hechos pedazos y billetes de tranvía. Un fragmento de periódico cayó revoloteante y ella tuvo tiempo de leer, en gruesos caracteres: ALBERTO HO...

Sus oídos recogían los gritos y los aullidos que se fundían en un único e intenso estremecimiento. Vio moverse los labios del alcalde, sentado frente a ella, pero no comprendió lo que le decía. Se vio obligada a sonreír y distribuyó saludos con la cabeza. De pronto vio que el alcalde hacía señas a Alberto para que se levantara, ¡para que se levantara!

El terror le hacía ser estúpidamente sumisa.

¡Alberto! —le gritó al oído—, ¡levántate!

Lleno de turbación, él se puso en pie sobre el coche que se abría paso con fatiga a través de la muchedumbre, Kit se hizo cargo de aquella turbación. El aire de gravedad de Alberto parecía la actitud más convincente y más digna que podía tomar. De pronto el clamor se elevó hasta el cielo: todos aclamaban, y en medio de aquel tumulto de locos se destacaban las agudas notas de las voces femeninas. Los platillos de la banda vibraban con golpes estrepitosos, rítmicos y repiqueteantes.

En cierta ocasión, durante el invierno, Kit realizó un crucero con sus padres por el sur de África, un África dócil y pacífica, más tranquila que cualquier otro lugar del mundo. Pero, por la noche, cuando el viento de tierra soplaba hacia el mar, llevábase

consigo el eco de sonos oscuros y profundos como estos que procedían ahora de los platillos de la banda. ¡Inolvidable son! Desde entonces le había sido imposible acostarse en África sin sentir el temor de ser despertada por ese son profundo y lejano que llegaba de las invisibles selvas. Acabó por marcharse de África antes del tiempo prefijado por sus padres, y no supo explicarles por qué.

Pero allí no cabía la posibilidad de una fuga. Allí estaba en casa. Apretó sus manos enguantadas, y, sentada en su sitio, se quedó contemplando como hechizada a la muchedumbre. ¿Qué estaba haciendo ahora ella, Kit Tallant, que no podía sufrir las masas y a quien ni siquiera agradaba sobresalir en las tertulias de un salón, en medio de calles negras de gentes a quienes jamás había visto antes, y de quienes no había huida posible?

Luego el buen sentido le sugirió pensamientos más serenos. No siempre sería así y el tiempo la liberaría de aquella prueba; esto, por lo menos, era cierto. Aquel día tocaría a su fin, como todos. La noche dispersaría a la muchedumbre y ella volvería a encontrarse sola, como si hubiera surgido otra vez de aquel abismo. Y, de nuevo sola, volvería a sentirse segura.

Alberto se despertó a primeras horas de la mañana con un curioso sentimiento que se había hecho ahora habitual en él, un sentimiento que le paralizaba la lengua y lo insensibilizaba. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía en un lujoso hotel, en medio de aquel ruido? Cuando por la noche se dejaba caer sobre el lecho, se sentía tan agotado que aseguraba no se levantaría hasta el mediodía. En cambio, se despertaba sobresaltado cada mañana, permaneciendo desvelado en medio de un gran alboroto, sintiéndose atontado.

Se incorporó sobre un codo y miró a Kit. Era su mujer, pero aún le resultaba difícil creerlo. A aquella hora Kit dormía inmóvil y como muerta. Dormía siempre en la misma postura, boca arriba y con la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. En aquella hora matutina, vista así, era tan solo una parte de los curiosos acontecimientos que le habían ocurrido. ¡Él, Alberto Holm..., casado con una Tallant!

«¿Quién sabe lo que ocurriría si me marchara?», se decía contemplando aquel rostro inmóvil.

Kit, cuando estaba dormida, daba la impresión de no respirar siquiera, tan inmóvil estaba. Y él no la conocía. Enamorado como estaba de ella, encontraba que no tenía siquiera la mitad de la consistencia de la otra, de Liliana. ¡Una figura irreal! Pero quizá esto provenía de su odio por Liliana. La gente odiada es siempre real, concreta.

¿Qué ocurriría si se iba para no aparecer nunca más? se preguntó de nuevo. La Liga de los Exploradores daba un gran banquete en su honor. ¿Y si no se presentaba?

Inmóvil sobre el lecho, prestó oído a los ruidos de Nueva York, que empezaba a

despertar. Odiaba el ruido y quizá fuera este sentimiento el que lo impulsó a escalar la cumbre de la montaña silenciosa. Y la primera simpatía que sintió por Kit, ¿no tenía acaso esta misma razón? Kit tenía un temperamento tranquilo y él jamás había encontrado hasta entonces mujeres de este carácter. Su madre hablaba desde la mañana hasta la noche, y Liliana lo mismo. Liliana se quedaba hasta muy entrada la noche charlando —de tonterías, claro está—, mientras Kit era tranquila hasta en su sueño. Había mucha gente a la que le resultaba imposible hablar sin armar un gran ruido, y la mayoría de las veces Alberto se quedaba sin entender la mitad de su discurso. ¡Y este ruido de Nueva York no podía continuar siempre! Más tarde o más temprano (Kit se lo había asegurado) esto se apaciguaría, se terminaría, y ya sólo quedarían los beneficios de todo ello. Presidente honorario... ¿Que era presidente honorario? ¿Por qué había gente que deseaba pagarle por no hacer nada...? Era asunto de ellos, no suyo. Era muy cómodo asegurarse una buena renta para el resto de su vida, por haber escalado, sencillamente, la cima de una montaña... ¿Cómo podía haber gente que se entusiasmase de manera tan absurda por semejantes empresas?

Lo que le resultaba más molesto era la pretensión de la gente por saber qué opinaba sobre cosas acerca de las cuales jamás se había detenido a pensar. Cuando todo terminase, él y Kit se irían a cualquier lugar, y él le haría construir una hermosa casa, amueblada con los objetos más modernos. No habría una casa igual a la suya. Y a fuerza de montar la guardia, escopeta en mano, dejarían de rondar por los alrededores periodistas que se ganaban el jornal a costa suya, como había tenido la desfachatez de decirle uno una vez, recriminándole porque se negaba a ser explícito.

—Supongo que no creerá que nos interesa lo que pueda decir —habíale dicho—. ¡Pero hemos de ganarnos el jornal!

—¿Y qué tengo yo que ver con su jornal? —había protestado en vano Alberto.

Volvió a mirar a Kit, y la oscura mirada de ella estaba fija ahora sobre él. Estaba despierta; se había despertado silenciosamente, como siempre le ocurría, sin los bostezos, los desperezos y los guiños con los cuales, en otro tiempo, Liliana le anunciaba su despertar. ¡Qué extraño! Cuando Kit le miraba, siempre él se daba de repente cuenta de ello. Algunas veces se preguntaba si sería conveniente hablarle de la otra, de Liliana. Este pensamiento le resultaba molesto. ¿No había repetido antes mil veces a los periodistas que no era casado? Esta negativa había escapado la primera vez de sus labios, no considerando que su caso pudiese interesar a los curiosos; pero después de aquella primera ocasión le convino continuar insistiendo. Por otra parte, no estaba en realidad casado. Un divorcio obtenido en Reno había disuelto los lazos, sin que siquiera se reclamara su presencia. Liliana, en cambio, debía haberse encontrado muy a gusto en Reno... Era aquella una ciudad apropiada para ella. Suerte que todo esto había terminado y sido liquidado antes de su conquista del Therat. Por lo tanto, hoy esto no tenía la más mínima importancia, salvo la de

tener que confesar a Kit una cosa que nadie sospechaba. Si la ocasión se presentaba, entonces hablaría. Probablemente nadie le había precedido en la vida de su esposa. Kit era una de esas muchachas apacibles a quienes los jóvenes no prestan gran atención...

—¿En qué estás pensando, Alberto, cuando me miras de este modo? —preguntó Kit, de improviso.

—En nada —repuso él, volviéndole la espalda.

Ella no insistió.

En una ocasión había contestado del mismo modo a una pregunta que Norman le había hecho, y él había protestado enfurecido: «Nadie puede decir que no piensa en nada. Dime más bien; No quiero decírtelo». En aquel momento recordó perfectamente lo que había estado pensando. Pensaba en la excesiva belleza de la boca de su amado. Norman no era tan guapo como Alberto, pero ahora, recordándolo, volvía a ver su boca... Y no había sido cierto que ella no hubiese querido decírselo. Sencillamente, él no insistió, y en aquella época ella era algo reservada. Con el tiempo fue perdiendo esta timidez hasta el día en que él le confesó que ya no la amaba. ¡Bah, ahora todo había terminado!

Consultó el reloj. Eran las cinco y media. Demasiado pronto todavía para levantarse.

Alberto se volvió de pronto.

—¿Nos levantamos, Kit? —preguntó inquieto.

—Pero ¿para qué? —protestó ella.

—En casa ya es de día.

—Aquí apenas si empieza a amanecer.

Él le volvió de nuevo la espalda y escondió la cabeza en la almohada. Ella aguardó, inmóvil, prestando gran atención. ¿Alberto sentía algo sin que ella lo supiera? Pero si se obstinaba en callar, ¿cómo podría saberlo jamás? Su madre lo había comparado con una estatua de piedra.

«Es incapaz de articular una sola palabra, Kit —había dicho—. Tendrás que hacer uso de tu dinamita para animarlo».

Cuando su madre expresó este pensamiento, a ella no le pareció que esto fuera un defecto. Tampoco lo era ahora. Pero ¿qué podría hacerse cuando un hombre se encierra en sí mismo, convertido en una simple criatura animada? Ella estaba acostumbrada a personas que hablaban, que hacían uso de las palabras para expresar sus propios pensamientos. Pero para Alberto los pensamientos eran obstáculos que debían evitarse, y las palabras una trampa en la cual uno no debía dejarse coger. Kit suspiró y permaneció despierta, en expectativa, oprimida por el silencio de Alberto como por una fría y densa oscuridad que se interpusiera entre los dos.

Lo veía con más claridad cuando no estaban solos, y lo comprendió la noche siguiente en un gran banquete. La gente, ansiosa de elogiarlo y de expresarle su entusiasmo, lo situaba en un ángulo destacado. Aquellos rostros alzados hacia él, sus miradas intensas, devotas y curiosas, eran para ella como un gran espejo que reflejaba la imagen de Alberto Holm. Ella lo contempló como podía haberlo contemplado uno de aquellos admiradores. Helo aquí al centro de la mesa de honor, erguido, distante, un poco frío, como un hombre que ha realizado una hazaña inigualable. Alberto empezaba a comportarse mejor; había aprendido a ser menos arisco con el prójimo, desde el momento en que ella le había demostrado que su hosquedad le traicionaba tanto como las palabras.

—¿Qué quieres decir? —había inquirido él, lleno de turbación.

Y Kit había descubierto sutilmente que lo que más temía era lo que él denominaba traicionarse.

—Estoy orgullosa de la forma en que acoges todas las tonterías que te dicen —habíale respondido ella indirectamente.

—Explícate —había insistido él, sintiendo despertar un súbito interés por sí mismo.

—Fíjate, has aprendido a decir «gracias» con perfecta tranquilidad, como si te refirieses a cosas que no tuviesen la menor importancia para ti. Me agrada esta despreocupación tuya.

—¡Oh, no sé! —dijo Alberto con evidente malestar—. La gente, al parecer, gusta de las personas que se dan tono.

—Alguna vez ocurre así —concedió Kit—. Pero tú no necesitas darte tono. Sabes que para todos eres un héroe.

—¡Tonterías! —dijo él, sonriendo algo confuso.

—Y lo eres en realidad —insistió ella bromeando—. Un verdadero héroe.

Ahora le parecía enternecedor que él pusiera todo su empeño en hacer lo que ella deseaba, aunque el resultado fuera su arrogante silencio en público. Pero ella había aprendido a no preocuparse por el silencio de Alberto con la gente; su belleza física bastaba para satisfacer a la muchedumbre.

Aquella noche Alberto estaba en gran forma. La sala de baile del hotel más grande de Nueva York estaba adornada con flores y banderas y llena de mesitas. Se sucedían los fogonazos del magnesio de los fotógrafos que enfocaban a Alberto para retratarle en todas las posturas posibles. Alberto era fotogénico, y en todas las fotografías salía a las mil maravillas. Kit sentada a su lado, mirando con ojos tranquilos a los centenares de invitados bien vestidos. ¡Nada había que temer aquí! Ésta era una masa de gente entre la cual contaba con muchos conocidos. ¿Acaso no habían transcurrido en Nueva York casi todos los inviernos de su vida? Aquí y allá, mientras dirigía la mirada en torno suyo, una mano se levantaba y hacía un saludo. Al

final del banquete, grupos de señoras que ella conocía bien o tan solo de vista, acudirían a rodearla, felicitarlos, pero especialmente a comerse a Alberto con la mirada.

—¡Dios mío, qué romántico es! —exclamarían—. ¡Pequeña pícara, que has conquistado a Alberto Holm! —Éstas y otras frases serían pronunciadas. Luego en un susurro—: ¡Pero, querida, es hermoso como un dios! —Ésta era la frase más corriente junto con esta otra—: Parece completamente un dios de la esgrima, ¿no crees? —Y cuándo ella les presentaba a Alberto (que era el verdadero objetivo que perseguían), no le soltaban la mano—. He conocido a Kit cuando era una niña —afirmaban, aun cuando la aludida recordaba haberla visto un par de veces a lo sumo, o nunca.

Su hermana Gail no conseguía resignarse a permanecer en su casa de Glen Barry y que su esposo no le hubiese permitido abandonarla para asistir al banquete. A Gail le habría parecido extraño hallarse entre los invitados; pero de haber estado, en ese momento habrían llegado a creer que era ella la esposa de Alberto, en lugar de Kit, cosa ésta que el marido de Gail sabía muy bien, Gail jamás podía dejar de imponer la propia presencia, y su marido, que no lo ignoraba, había firmemente declarado que no tenía la intención de dejarle hacer correrías a su antojo. Por lo tanto, no le había dejado más remedio que escribir cartas llenas de súplicas, rogando a Kit que llevara a Alberto a Glen Barry. ¡Era tan extraordinario —decía— que la pequeña Kit hubiera contraído matrimonio con Alberto Holm!

Un camarero, lleno de agitación, murmuró algo al oído de Alberto.

—Desde luego... —se apresuró a contestar éste—. ¡Desde luego! —Después, volviéndose hacia Kit, añadió—: Ponen mesitas en la galería —le explicó con orgullo—. El hotel ya no puede dar cabida a más.

Cogió la minuta que tenía delante de él, y la estudió con suma atención. ¿Hasta cuándo duraría la paciencia de los comensales?

Kit, por su parte, tenía la extraña sensación de encontrarse en una atmósfera a punto de explotar; en una iridiscente, lúcida y frágil burbuja de jabón que, de un momento a otro, podía desvanecerse, dejándola sola. Todo cuanto sucedía a su alrededor era demasiado grandioso, demasiado bello, demasiado irreal. Sólo Alberto, que comía con apetito el plato de cordero, era la única cosa estable. Fue acometida de improviso por una profunda ola de afecto hacia él.

—No comas demasiado —susurró para bromear—, acuérdate de que has de pronunciar un discurso.

Él contrajo el rostro con una sonrisa que más bien parecía una mueca y le guiñó el ojo.

Pero ella ya iba aprendiendo a no tener miedo del momento en que él tendría que levantarse para pronunciar su discurso. Al principio había tenido momentos de angustia y de temor... ¿de qué, en realidad? Le torturaba la idea de que los

neoyorquinos, aquella gente que conocía tan bien, pudiesen encontrar en él algo risible, o tal vez, siempre dispuestos para la broma, se burlaran de la simplicidad de su marido. Pero ahora, se sentía más tranquila respecto a Alberto; y, aquella, en el fondo, era una multitud como otra cualquiera.

—Ha llegado la hora de empezar —murmuró, no sin inquietud, el presentador oficial.

Se levantó antes de que los postres hubiesen terminado y dio principio a su larga perorata. Molesto por la abundante comida, tenía los ojos bajos para no encontrarse con la mirada de los comensales. Ningún ser humano merecía o podía merecer lo que él decía de Alberto. En verdad que toda esta retórica acababa por ridiculizarlo. Kit le miró de reojo y vio claramente, por la expresión de su rostro, que no prestaba en absoluto oído a lo que se decía de él. Miró a los invitados, pero con gran asombro observó que no había la menor señal de burla en aquellos rostros que reflejaban, al contrario, una cordial aprobación, mezclada con una expresión de alegría. Todos creían lo que sentían porque deseaban creer de veras en ello.

—¡Y ahora —afirmó en tono dramático— os presento a nuestro caballero sin Miedo, Alberto Holm!

De nuevo Kit encontró que no había motivo para sufrir por la simplicidad de Alberto frente a los invitados. Resultaba aún mucho más simpático a todos al no establecer entre él y los espectadores ninguna impresión de rivalidad. Cuando más sencillo y más balbuciente era su discurso y más tímido e inseguro su continente, tanto mayores eran las simpatías hacia él. Aparecía más «real» a todos los presentes, nostálgicos aún —pese a las sofisticadas pretensiones adquiridas en una generación— de la simplicidad de los zapadores de un tiempo y de lo que comúnmente denominaban «el terruño».

Alberto se levantó, y por un instante se quedó con la vista fija ante sí. Kit sintió que él intentaba anular al público de su imaginación, y recordar, sin meditarlo, su discurso, el discurso que pronunciaba en todas partes.

—Bien, amigos —comenzó a decir lentamente—, no sé a punto fijo lo que he de deciros, sólo que la comida que me habéis ofrecido es una de las mejores que jamás haya probado, comparable tan sólo con las que me prepara mi madre. Es una gran cocinera, pero no estoy muy seguro de si su habilidad llegara a tanto como para prepararme una comida como ésta. En suma, es a ustedes a quienes debo haber vivido aquí unas horas magníficas y siempre recordaré a esta ciudad como la ciudad de las horas magníficas. Imagino que deseáis os diga alguna cosa acerca de mi hazaña sobre la montaña. No tengo, en realidad, mucho que deciros. Cuando sir Alfredo Fessaday dio la orden de abandonar la empresa y de prepararse para descender, a causa de la enfermedad de uno de los miembros de la expedición, tenía cien razones para ordenarlo así. Pero yo me dije: «¡Caramba, he hecho tanto camino para alcanzar la

cumbre...!».

En la pesada atmósfera de la ciudad, la gente estaba pendiente de sus labios. No se perdía una sola palabra de su discurso; todos le veían descender lentamente sobre la pendiente helada. Sentían el terror del momento en que él se precipitaba en una hondura, en una pendiente de veinte metros, saliendo de ella milagrosamente para asaltar las inalcanzables paredes de roca. Superado a su vez este obstáculo, lo veían arrastrándose hasta las enormes grietas, donde se agarraba. Respiraban el aire helado, poseído por la pureza de los años... Ante ellos abríase la visión de la selva de picos nevados, hasta donde la mirada pueda alcanzar, allá, hacia el límite del Tibet. Kit había ayudado a Alberto a extenderse sobre los detalles que le agradaban al público. Así él se encontró en forma para hablar casi por espacio de una hora, con su tono sencillo y vacilante que resultaba tanto más simpático por lo distinto del espíritu de su auditorio lleno de secretos y de silenciosos sobrentendidos. Cada oyente estaba separado de su vecino de mesa por la incesante rivalidad de la vida; pero no del muchacho que estaba hablando. No le hubieran perdonado ser como ellos, y podían amarlo precisamente porque no lo era.

Alberto se sentó, entre una salva de aplausos.

—Tu discurso ha gustado —le dijo Kit, conteniendo su ironía.

—Figúrate —se vanaglorió él con la respiración jadeante todavía.

Después de cada discurso tenía una sed terrible. Hablar tanto tiempo le dejaba sin saliva, pero era innegable que hacía grandes progresos en la oratoria. Hablar no le producía la menor emoción, y la verdad es que le agradaba poder hacer de vez en cuando un discurso en público, contemplar a todos aquellos invitados en traje de etiqueta, a aquellas mujeres que lo miraban como se mira a una personalidad... Cierto que conquistar aquella cima no había sido empresa fácil, y una vez llevada a cabo aquella proeza no volvió a pensar más en lo que había hecho. Pero ahora, a fuerza de hablar de ello, se persuadía de que realmente había efectuado una proeza, ante la cual la misma expedición Fessaday había retrocedido. De esta forma toleraba todas las molestias que lleva consigo la celebridad; sólo le enfurecían aquellos fogonazos de magnesio que los fotógrafos lanzaban ante sus ojos. Lo cogían siempre de sorpresa, y lo sacaban realmente de sus casillas...

—¡Acabemos! —gritó con ímpetu a un fotógrafo—. Por esta vez basta. —Los espectadores que le rodeaban se echaron a reír. Él se volvió hacia el presentador oficial—: Me parece que...

Kit le apretó el brazo con disimulo. Él no terminó la frase.

—Ya está terminado, Alberto —murmuró.

Precisamente en aquel momento un hombrecillo de aspecto refinado se adelantó, sosteniendo sus lentes en la mano. Se volvió hacia Alberto y dijo con una vocecilla agría y tranquila:

—Sólo una palabra, señor Holm: tenga presente que en caso de que se decida usted a organizar una expedición por su cuenta, estoy dispuesto a costearle hasta la suma de cien mil dólares. Le haré mi oferta por escrito. Su servidor Alberto Canty.

El hombrecillo se inclinó tan rápidamente que no hubo tiempo de contestarle, y desapareció.

Desde niña, Kit lo conocía de vista y por haber oído hablar de él. ¡Alberto Canty, el multimillonario americano, hijo de unos agricultores escoceses que ya había patrocinado generosamente varias expediciones arqueológicas con la misión de demostrar la existencia de antiguas civilizaciones; Alberto Canty, cuya bella esposa irlandesa le había dejado plantado para huir con un capitán francés, cuyo hijo se había suicidado en la Universidad y cuya hija, todavía al lado de su padre, vivía tan vigilada como si fuese una monja en clausura! Su delgada figura, apareciendo así, súbitamente, entre el tumulto resplandeciente de los invitados, adquiría la imperiosa fijeza del motivo melódico de una sinfonía que empieza de nuevo después de la disonancia y el estruendo de la orquesta. ¡Hasta Alberto Canty había respondido, y con semejante oferta! ¿Acaso se escondía alguna oculta magia en el hombre con quien se había casado? se preguntó Kit. Mientras estaba sumida en esta reflexión, y antes de que la muchedumbre volviera a sumergirla, Alberto le dijo:

—¡Una expedición organizada por mí, Kit! Jamás lo había pensado. —La idea inesperada parecía trastornarlo—. Aquellas montañas —murmuró meditabundo—. Pero, quién sabe, Kit. ¿Qué volveré a hacer?

—¿Por qué lo hiciste una vez? —preguntó ella.

Él se detuvo un momento, luego rió:

—Lo ignoro —dijo—. Una de mis tantas locuras, me figuro. Me entró un deseo imprevisto de hacer una prueba, y desde luego la hice. Quizá pruebe de nuevo. Pero ahora me encuentro aquí, no tengo el menor deseo de intentar de nuevo ninguna prueba. ¡Bah! —Bostezó ruidosamente—. Quiero irme a casa, Kit. Mañana nos vamos a casa.

Ella no contestó. Debía acordarse de decir a su padre lo que había dicho Alberto Canty; y aquella noche, desde hacía mucho tiempo, le fue imposible conciliar el sueño, asaltada por el recuerdo de aquella figura delgaducha en cuyos ojos cínicos y desesperadamente cansados, había visto por un momento la luz del olvido de sí mismo.

Símbolo que todo lo inexpresado que existía entre ellos era su silencio sobre el temor que le causaba la idea de ir a casa de sus suegros. ¡Ojalá hubiera podido ser como Gail el día en que había ido a casa de los padres de su marido!

—¿No tienes miedo? —le preguntó entonces Kit.

—¿De qué? —había replicado a su vez Gail. Luego había añadido con un pícaro destello en sus ojos—: ¡Estoy segura de que existen muchas más probabilidades de

que sean ellos los que sientan miedo de mí, que yo de ellos... por lo menos después del primer día!

¡Magnífica e indiferente seguridad de Gail! Pero ella, Kit, no tenía seguridad en sí misma. Llegar a aquella casa extraña que forzosamente había de llamar suya, le producía un sentimiento de verdadero pánico. ¿Y quiénes eran aquellos desconocidos que, como consecuencia de su casual matrimonio con Alberto, ella debía llamar padre y madre? Este sólo pensamiento hería en cierto modo una íntima lealtad hacia sí misma. En una situación semejante habría dicho a Norman: «No quiero ir a Misty Falls. Tus padres y yo somos demasiado diferentes». En cambio a Alberto se limitó a preguntarle:

—¿Qué me pongo para ir a Misty Falls?

Era a primeras horas de la mañana, y estaba haciendo las maletas. La noche anterior se había sentido demasiado cansada para prepararlas.

Alberto, acostado todavía, bostezó.

—Cualquier cosa de fantasía, Kit —dijo—. A mi madre le gustan los vestidos de fantasía.

Ella se detuvo consternada. ¡Fantasía! No tenía vestidos de este estilo. Sus vestidos eran siempre de líneas sencillas. Vaciló un momento, luego continuó guardando en silencio los trajes que había pensado llevar a su casa, falda de lana, chaquetas de punto, uno o dos sencillos trajes de noche y un abrigo de líneas sobrias.

En aquellas palabras de Alberto vio muy claramente a su madre, tan claramente por cierto, como aquella misma mañana la vio en persona; y recordó que siempre, al encontrarse ante algo desconocido, se sentía algo esquivada. Sus primeros días en el colegio, su ingreso en la Universidad y la noche de su presentación en sociedad, habían sido otras tantas experiencias, caracterizadas más o menos por un pánico loco. Se dijo que debía acostumbrarse a los padres de Alberto... Cuando se iba acostumbrando a alguna cosa, acababa siempre por reconocer que le gustaba. De pronto, se sintió invadida por la idea de que la única cosa imprevista que había hecho en su vida era la de haberse casado con Alberto.

«¿Quién sabe por qué me he casado con él?», pensó.

Pero dejó que la pregunta se difiriese en su espíritu privada de respuesta.

En la estación de Misty Falls estaba aguardándoles una mujer gruesa llena de excitación, vestida con un traje de flores estampadas y una chaqueta nueva de color mostaza, demasiado ceñida para ella. A su lado estaba un hombre con la espalda encorvada, enfundado en un descolorido traje negro. A la derecha de la pareja veíase un nutrido grupo de gente.

—¡Mira! —exclamó alegremente Alberto—. ¡Todo el pueblo está aquí!

—Si no me equivoco, dijiste que estaríamos tranquilos —exclamó Kit.

Él la miró contrayendo el rostro con una mueca.

—Estaba en un error, evidentemente —admitió—. Pero lo mismo da; han venido todos. ¡Mira, está también aquel granuja de Jacobo Rexall! Trabajé con él una vez. ¡Eh, vieja zorra! ¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! ¡Os presento a Kit!

El tren se había detenido. Kit se sintió estrechada en los mórbidos brazos de la suegra, mientras resonaba en su oído una balbuciente y casi llorosa:

—¡Querida, querida, me parece mentira que Alberto haya traído consigo a su casa una esposa tan bonita! Jacobo, ¿verdad que es una hermosa mujercita?

Kit fijó la mirada en los solemnes ojos azules del señor Holm, y le tendió la mano. Él la tomó entre las suyas, una manaza enorme e inerte.

—Encantado de conocerla —dijo.

Con una sonrisa hueca miró a su alrededor, deslumbrado, mientras la muchedumbre gritaba su entusiasmo a Alberto, que contestaba con alegría, rodeado de hombres que vociferaban y le daban fuertes golpes en la espalda.

—Bien, viejo león. Te empeñaste en alcanzar aquella cima, ¿eh? ¡El Rey de la Escalada ha vuelto a la ciudad! Eh, Alberto, ¿creíste que eras un gamo?

Todos lo miraban con ojos de adoración; con los ojos de todas las muchedumbres precedentes, pero con algo más, con la alegría del que, de rechazo, siente reflejarse sobre él una parte de la gloria del héroe. Una charanga compuesta de un tambor y dos trompetas atacó ruidosamente una pieza.

—¡Eh, un poco de silencio por allí! ¡No soy todavía el presidente de los Estados Unidos! —gritó Alberto.

—¡Cuando desees presentarte en las elecciones, avísanos! —gritó en respuesta un coro de voces.

De pronto Alberto se acordó de Kit, que se había mantenido silenciosa a distancia, esperando, sin saber ella misma qué era lo que esperaba. La atrajo impetuosamente hacia sí y la levantó bien alto, por encima de su cabeza.

—¡Concurrentes, os presento a mi mujer, Kit!

Desde aquella altura ella miró a la multitud con una sonrisa algo forzada.

—Hazme bajar, Alberto —murmuró entre dientes.

Pero él no la oyó, y todos siguieron contemplándola levantando la nariz, moderando el tono de sus gritos, mientras la miraban, hasta enmudecer intimidados. Todos sabían quién era, pues lo habían leído en el periódico de los domingos. Era Catalina Tallant, la hija de Roberto Tallant. Habían visto su fotografía. Había sido presentada en sociedad hacía uno o dos años. Delante de ella, se sentían cohibidos... Era hija de casa rica, y de posición elevada...

—¡Concurrentes, os presento a mi mujer, Kit!

Pero la multitud no consiguió vencer su turbación, ni aun cuando Alberto volvió a dejarla en el suelo y la hubo presentado a docenas de personas. Kit estrechó un sinfín de manos, distribuyendo sonrisas a diestra y siniestra. Pero ni aun así llegó a

desvanecer la timidez que flotaba en el aire.

El padre de Alberto, tranquilamente, se había dirigido, mientras tanto, hacia un viejo automóvil, en el cual tomó asiento junto a su esposa. ¿Qué ocurría? Era como si la alegría de una comitiva, después de haber llegado al punto culminante, hubiese cesado de improviso.

¡Tranquilos, finalmente! La factoría surgía, cuadrada y blanca, sobre el flanco de una colina medio oculta por los árboles. No ofrecía ninguna belleza particular, salvo la de los campos y los árboles que la circundaban, y el inmenso silencio. Pero el silencio, después del alboroto de aquellas últimas semanas y del cansancio agotador de las ceremonias a las cuales se habían visto obligados a someterse, era ahora bien recibido. Kit descendió del viejo automóvil sobre la mórbida hierba que crecía libremente por el umbroso patio de la entrada, y se detuvo un momento, saboreando el silencio.

—Me gusta —dijo.

Alberto gritó:

—¡Mamá, qué alegría encontrarse de nuevo en casa! —y le dio un fuerte y afectuoso abrazo.

—Estoy contenta de que tu vieja casa te guste todavía —dijo la vieja señora Holm.

Lo que más agradaba a Kit era el silencio, aquella inmensa quietud que la rodeaba. Allí el viento sólo traía el eco de sus voces.

Pocos días bastaron a Kit para convencerse de que le sería imposible querer a sus suegros. Y honradamente se confesaba que era culpa suya por lo menos en gran parte. Su olfato, por ejemplo, era demasiado delicado. Era inútil fingir: le resultaba imposible soportar el olor a establo que envolvía al viejo Holm, si bien no era suya la culpa, dada la vida que llevaba en la factoría. Cuando volvía del establo se lavaba siempre con suma paciencia en la pila de la cocina, según una costumbre que no agradaba a Kit. Alberto mismo usó esta pila para lavarse después de la primera comida, a pesar de que en el piso superior hubiese un baño del cual su madre estaba muy orgullosa.

—Alberto, ¿por qué no te lavas en el cuarto de baño? —le había preguntado estupefacta Kit.

La vieja Holm intervino con tranquila decisión:

—No quiero que se me ensucie la bañera.

Alberto miró a Kit guiñándole un ojo:

—Lo sé mamá —dijo.

—Y tú, jovencito, acuérdate de utilizar siempre la escalera de atrás —añadió con autoridad mamá Holm—. Puedes escalar todas las montañas que quieras, pero te ruego que me ahorres el trabajo de limpiar la escalera de entrada.

—Está bien, mamá —aseguró Alberto con tono alegre—. No he olvidado los viejos preceptos. ¡Ea, Kit, vamos a comer!

No había la menor duda: eran buenas gentes que adoraban al hijo, orgullosas de él hasta el fanatismo y dispuestas a amarla también a ella, por poco que se les dejara hacerlo. Kit se odiaba por su altivez. Sobre todo, sentía repulsión por las manos de su suegro, aquellas enormes y horribles manos en forma de jamón, con la porquería que eternamente se anidaba entre sus pliegues. «No puede evitarlo —se decía Kit— dado la clase de su trabajo». Y se esforzaba en comer. «Es un buen hombre, y no tiene importancia que apenas sepa leer y escribir».

Recordó que precisamente estas susceptibilidades suyas habían servido a Norman para reñir con ella el invierno pasado durante el ensayo de una de sus obras. Ella había encontrado algo risible en el vaho que se desprendía de uno de los tramoyistas. Norman, descendiendo de muchas generaciones de burgueses acomodados, había saltado enfurecido:

—Eres insoportable, Kit —le dijo con calma, a pesar de la cólera que se traslucía en sus ojos—. Eres insoportable ¿Qué hay de malo en este olor a sudor?

—Nada de malo —había contestado ella—; si a ti te gusta, a mí no.

Sus disgustos siempre habían empezado con la misma calma; los dos decididos a no ceder, pero sin dejarse llevar por ningún arrebato.

—Este tramoyista es un buen chico —había insistido Norman, empezando a excitarse—. En el café de enfrente he tomado cerveza con él. Tiene mujer y tres hijos, y el invierno pasado se quedó sin trabajo durante tres meses.

—No pongo en duda lo que me dices —había contestado ella con frialdad—. Pero esto no quita que un buen lavado no le haga el menor daño.

—¡Qué palabras más antipáticas, Kit! —había replicado Norman, furioso—. Es un hombre honrado y bueno; un verdadero americano, de buena pasta y...

—Americanos también lo somos tú y yo, Norman Linlay —respondió ella—, y así mismo lo son nuestras familias desde hace varias generaciones, y no por ello apestan como este individuo.

Norman estaba tan furioso que se levantó y la dejó plantada. Ella oyó sus pasos resonar en la escalera y luego detrás del escenario vacío. Sintió deseos de correr tras él y gritarle: «¡Oh, cariño, es ridículo que peleemos así! ¿Qué me importan los olores?». Pero no cedió ni corrió tras él porque sabía que lo que había dicho era la verdad, y también porque sabía que Norman estaba realmente enfurecido.

Más tarde se dijo que quizás la verdad no fuera la cosa más importante del mundo. Pero, en aquel tiempo, a ella y a Norman les había parecido necesario hablarse recíprocamente con absoluta sinceridad. En aquella precisa ocasión, ella esperó un momento, pero Norman no volvió y se vio obligada a levantarse e irse sola a casa. Ésta había sido su primera pelea, pero otras la siguieron, ya que ninguno trató

de enmendarse después del primer disgusto.

—Padre —dijo ahora Kit, no sin gran esfuerzo, volviéndose hacia su suegro—, ¿quiere un poco más de estofado?

Él movió la cabeza.

—No... tengo bastante —repuso.

Sentado en su lugar, comía a grandes bocados mientras su mujer hablaba.

Al principio, Kit había prestado oído a la charla de su suegra y aun intentado contestar, e incluso tratado de entablar una conversación. Pero pronto se dio cuenta de que la suegra perdía pronto la paciencia. Desde hacía muchos años la vieja Holm estaba acostumbrada a hablar, sin que jamás su esposo y su hijo la interrumpiesen. Por esto las intromisiones de Kit la dejaban asombrada. Kit acabó por no desprender prenda y la suegra había proseguido tranquilamente su incesante monólogo.

—Digo, Jacobo, que no sé dónde iré a sacudir las cosas si no te dedicas un poco al jardín. Las dalias están cubiertas de yerbajos, y yo me entretendría en arrancarlos si pudiese doblar aún un poco la espalda. Alberto, ¿por qué no intentas hacerlo tú? Desde que has llegado a casa, no has hecho nada. No lo vicies, Kit; yo siempre he predicado que trabajara.

Alberto se echó a reír.

—¡Es cierto, y precisamente por esto huí de casa, mamá!

—¡No digas esas cosas! —le conminó en tono afable—. Será porque te has convertido en un personaje, pero tengo la impresión de que ya no levantarás nunca más un dedo por tu madre. Si supieras, Kit, qué buen hijo era de niño y cómo se afanaba en ayudar a su madre... Por esto jamás he sentido no haber tenido una niña... Hasta que creció fue dócil como una muchacha. Entonces el demonio empezó a descamisarlo. ¡Bah! Creo que todos los chicos hacen lo mismo y más vale olvidar el pasado, Alberto. Has hecho cosas grandes, y todos nos sentíamos orgullosos de ti.

Al decir estas palabras se inclinó su hijo y le golpeó suavemente el dorso de la mano.

Afuera la paz era profunda. Los bosques donde Kit podía corretear a su antojo y los prados en declive, sobre los cuales le gustaba tenderse, poseían una gran belleza. Aquella intensa calma hacía amables todas las cosas. Kit era demasiado americana para no saber que muchos personajes americanos descendían de casas como aquella, en la que Alberto había nacido. Esta pequeña casa de madera, fría en invierno y caliente en verano, a la que el viento y las tormentas hacían temblar y que era en su esencia indestructible, era también esencialmente americana, y, física y espiritualmente, Alberto integraba todo aquella Mucho tiempo antes de verla como la estaba viendo ahora, desde su observatorio sobre el flanco de la colina, allí, desde aquel recodo, la había visto millares de veces en los periódicos y en las revistas. Era esta la casa tipo que gustaba a la gente. Los héroes de América debían de provenir de

casas como ésta, precisamente porque era una casa como todas. Pero lo que la gente solía olvidar, era que los héroes no habían vivido en aquellas casas, del mismo modo que Alberto no tardaba en cansarse de residir en ellas.

—Cuéntame alguna cosa de tu casa —le había pedido una vez Kit.

Pero él no había sabido decirle gran cosa.

—No sé —había contestado—. Es una casa cualquiera.

—Pero, pensando en tu casa, ¿no recuerdas nada de particular?

Sólo entonces él se acordó de una trivialidad, al fin y al cabo insignificante.

—Mi madre tiene una salita con una vitrina llena de objetos curiosos —dijo, arrugando la frente—. Alguien le mandó un junco de África... Creo que fue un misionero; no lo sé a punto fijo. Mi madre siente una gran pasión por las misiones.

Al domingo siguiente a la llegada de Kit a la casa, la señora Holm le enseñó la vitrina.

—Cuando los platos estén limpios —había dicho durante la comida con un tono de dignidad— quiero enseñarte mis cosas.

Se habían dirigido, pues, a la salita. La suegra apartó las cortinas y, después de abrir la vitrina, empezó a sacar todos los objetos uno tras otro.

—Esto —comenzó diciendo— es un cuchillo que usan en África. No recuerdo bien cómo lo llaman, pero tiene un nombre especial, según me dijo el misionero. Nuestra iglesia de Misty Falls sostiene a un misionero en África..., un santo varón. Esto es un cestito; está hecho con fibra de coco trenzada. ¡Es extraordinario lo que estos pobres paganos son capaces de hacer...! ¡Me entristece pensar que son tan ignorantes! ¡El reverendo Stanley nos ha contado algunas cosas que hacen...! Y todo porque no saben hacerlo mejor. ¡Es la ignorancia! ¡Qué sensible! ¿verdad?

Kit, sentada en una pequeña mecedora, cogía y miraba en silencio cada objeto. Increíble, era increíble... Pero en aquel momento se sentía más compenetrada con aquellos africanos (los había visto vivir tranquilamente tumbados al sol) que con aquella buena mujer, la madre de Alberto.

...Tendida sobre la espesa hierba del prado, en una tarde de octubre soleada y sin viento, recordó sus sensaciones en aquel primer domingo. ¿Qué era lo que hacía semejantes y diferentes entre sí a las criaturas humanas?

Miró a Alberto, echado sobre la hierba junto a ella y con sus grandes ojos cerrados.

...Él pensaba que no hubiera tenido que temer, como había temido, que su casa no fuera del gusto de Kit. La casa le gustaba, y la gente quería a Kit. A fin de cuentas no tenía una gran importancia granjearse simpatías entre los conciudadanos, puesto que pronto llegaría el momento en que tendrían que ir a instalarse en otra parte. Alberto pensaba que establecerse en su pueblo natal significaba, más tarde o más temprano, hablar de Liliana, la mujer de la que se había divorciado. En la estación, en

un momento que pudo llevarlo aparte, su amigo Jacobo le había ya informado de que Liliana había vuelto y trabajaba en un bar. No se había quedado en Reno, y parecía como si nada le hubiese ocurrido.

—Como si tú no existieras —había precisado Jacobo.

—¿Y qué me importa? —había contestado Alberto—. Para mí es un cero a la izquierda.

Y era la verdad; pero un día se vería obligado a confesarlo a Kit, seguro de que si permanecía en Misty Falls, otros habrían de tomarse la molestia de informarla. Menos mal que Liliana había tenido la bastante oportuna idea de no presentarse en la estación. Él, a decir verdad, había esperado cualquier escena por parte de ella, aunque tan sólo fuera para intentar asegurarse una elevada indemnización, ahora que él era rico y todos hablaban de sus proezas. Cuando Liliana obtuvo el divorcio fue lo bastante tonta para no reclamar nada de él; pero en aquel tiempo sabía que Alberto no tenía nada, aunque él había declarado que de haber tenido algo, tampoco le hubiese dado un céntimo. En suma, Liliana lo había dejado por propia voluntad. Pero ahora era rico... o estaba en camino de serlo... Quizás era mejor no fijar residencia en Misty Falls.

Kit estaba diciendo algo y él abrió los ojos.

—Decía —repitió con un tono algo vago— que he esperado mucho el momento en que habríamos de quedarnos un poco solos, Alberto. ¿Te das cuenta de que desde que nos casamos apenas nos hemos podido hablar tranquilamente?

—Es cierto —convino él.

—No nos han dejado ni un momento de descanso —murmuró pensativa.

¿Cómo persuadir a su corazón de que se abriera y a su alma de que hablase? Ahora, ahora era el momento de hablar, de decirse recíprocamente lo que nunca se habían dicho. Algunas veces ella había sentido el deseo de confiarle su noviazgo con Norman. Quizá, se había dicho, si hablara de él a Alberto, su marido la ayudaría a borrar de su recuerdo el último residuo que quedara de él; pero no era cosa para contarla en el breve período de tiempo de un viaje de regreso a casa, extenuados y después de un pesado banquete, con los apresurados preparativos para un recibimiento antes de la comida. Misty Falls le evocaba la figura de Norman, no con amor, sino más bien con la malicia propia de un amor que no se ha desvanecido todavía del todo. Ya no tenía para Norman los pensamientos anhelantes de otro tiempo. «¡Quisiera que se diera cuenta de cómo son realmente las cosas fuera del escenario!», pensaba. Estas ideas y otras por el estilo, la inducían a recordar a Norman de una manera insólita. ¿O era sencillamente porque aquella paz favorecía en cierto modo los recuerdos?

—¡Qué día más espléndido! —suspiró.

El otoño resplandecía con un cálido sol sobre las colinas circundantes y sobre el

fondo de los valles. Le temblaron en sus labios las palabras que deseaba decir a Alberto... Si se las decía, entonces sí que su lealtad habría creado un puente entre ella y él...

—Espléndido, es cierto —asintió Alberto.

Arrancó una brizna de hierba y empezó a morderla. Sobre la colina vio a su padre que conducía las vacas hacia el prado.

—Papá hará labrar este campo antes del invierno —dijo.

—¡Ah! —murmuró Kit.

Por el momento, renunció a sus confidencias. El aire era puro y delicioso. ¡Qué hermoso era aquel valle en declive, y el huerto, a la derecha, con las casas debajo; y al fondo, aquella pálida cadena de montañas! Sentía la tierra tibia bajo su cuerpo. Alargó la mano, cogió la de Alberto y la retuvo entre la suya. Cuando el momento de las confidencias llegase, no lo dejaría huir.

—Alberto, cuando fuiste niño, ¿no soñaste jamás en que un día abandonarías este país para ir al extremo del mundo, y conquistarías allí una montaña jamás conquistada por otro ser humano?

Él siguió mordiendo pensativo la brizna de hierba, con sus azules ojos absortos en el recuerdo.

—No creo que en aquella época pensase mucho —dijo después de una pausa—. Por lo menos no lo recuerdo.

De... —Se interrumpió—. ¿Qué ocurre allá abajo, en casa?

Señaló con la mano, y se incorporó para sentarse, mirando hacia abajo al pie de la colina.

Un automóvil se había detenido bruscamente sobre la empedrada calle de pueblo, delante de la casa. Tres hombres gruesos se apearon de él llevando una enorme máquina fotográfica y un trípode.

—¡Maldición! —murmuró Alberto—. ¡Huyamos!!

Kit se puso de pie, se cogieron de la mano y echaron a correr hacia el huerto, perdiéndose entre los manzanos cargados de frutos.

—Ahora no nos cogerán —afirmó Alberto.

Huir así había resultado una diversión inesperada. A su alrededor, en aquella luminosa tarde, la fragancia de las manzanas maduras producían una ligera embriaguez. Kit se sintió libre, salvaje, excitada. Con la sutileza que se usa para apaciguar un pájaro excitado, había tratado de aprehender al vuelo un instante propicio. Pero este momento, ahora, mientras corrían, estaba más próximo de lo que hubiese podido acercarlo con sus palabras.

—¡Oh, Alberto, te quiero! —exclamó. Se echó en sus brazos.

Él la abrazó y la estrechó contra sí.

—Estoy loco por ti —dijo con pasión—. Loco, loco, loco...

La levantó del suelo, como si fuera una pluma. Era fuerte y ella sentía su fuerza con el escalofrío de un renovado fervor.

Luego, de pronto, quedó roto el encanto de aquel delicioso momento. Alguien andaba sobre la hierba. Era la vieja Holm.

—¡Vaya! —dijo sorprendida—. ¡Estabais, pues, aquí!

Alberto dejó a Kit en el suelo. Ambos trataron de dominar su turbación, evitando la mirada de la madre que había llegado jadeando con el rostro colorado, después de subir la cuesta.

—Te he buscado por todas partes, Alberto —dijo con una ligera irritación—. ¿No has oído que te llamaba? Allá abajo hay unos hombres enviados por el periódico del Condado que desearían hacerte una fotografía...

—¡Al diablo! —comenzó diciendo Alberto—. Que nunca pueda...

—Date prisa, te esperan —le ordenó mamá Holm—, y ciertas palabrotas no son muy convenientes —añadió con severidad.

—Está bien, mamá.

Con su obstinado silencio ambos la siguieron por la colina.

No había manera de tener paz. Los primeros periodistas se habían acercado a Alberto, y otros, envalentonados, siguieron a aquéllos.

No pasaba un solo día sin que una máquina fotográfica llegara a la casa. Algunas veces los fotógrafos llevaban consigo a periodistas, otras veces eran simples turistas deseosos de visitar el lugar donde Alberto había nacido, y arrancarle algún autógrafo. La que los recibía era siempre mamá Holm, que comenzaba ya a disfrutar representando el papel de madre del héroe. Tenía siempre preparado en la cocina un delantal limpio para ponerse encima en cuanto advertía el rumor de un automóvil. Y era la que iba en busca de Alberto y, al encontrarlo, le obligaba a seguirla al salón que ahora limpiaba cada mañana.

Al principio Alberto protestó con vehemencia.

—¡Por Dios, no puedo seguir así indefinidamente! —insistía—. ¿Qué te figuras que soy? No parezco ningún bicho raro... ¿Será posible que llegue a tener paz; un día u otro? ¿Sí o no?

—¡No digas tonterías! —replicaba ella—. No cuesta nada ser un poco amable con personas que se interesan por ti. Lo menos que puedes hacer, Alberto, es dejarte ver.

No se preocupaba en absoluto, de la cara que ponía Alberto y se prodigaba con los periodistas contándoles mil cosas de la niñez de Alberto, y el extraordinario muchacho que había sido.

—Sabía que no era un muchacho como los demás —decía pavoneándose—. Aún no tenía un año y ya masticaba la carne como ustedes y como yo... Tenía todos los dientes.

Alberto, escuchándola, protestaba:

—¡Pero mamá, basta...!

Los visitantes escuchaban, luego preparaban sus objetivos y exclamaban:

—¡Oh, señora Holm! ¿Sería tan amable de posar un momento a su lado?

En pocos días todos los periódicos de América estuvieron llenos de fotografías de Alberto de pie, alto y cabizbajo, junto a una mujer gruesa que reía: su madre.

Los periodistas preguntaban también por Kit.

—¿No está usted casado, Alberto? ¿Dónde está su esposa?

Y las periodistas:

—¡Nos sentiremos tan dichosas de conocerla!

Pero Kit había aprendido a escabullirse por la puerta trasera. Cruzaba el pequeño comedor, y salía a la montaña, entre los árboles, atravesando un pequeño prado cultivado y rodeado por una acequia. Esta acequia era su salvación, pues mamá Holm jamás se hubiese arriesgado a mojarse los pies. Una vez Alberto consiguió alcanzarla. En cuatro saltos estuvo cerca de ella y manteniendo el equilibrio sobre una piedra en medio de la acequia, empezó a parlamentar.

—Kit, mamá dice que vengas. Tan solo por esta vez. El visitante es un conocido suyo. Quiere hacernos una fotografía a todos nosotros en grupo.

—Antes me tiro a la acequia, Alberto. No puedo soportar semejante idea.

—¡Pero yo bien he de soportarla!

—Tú no eres yo.

Él la miró sin saber que decir. Luego preguntó:

—Pero ¿qué le digo a mamá?

—No me importa lo que le digas —exclamó Kit, con ardor—. Sólo que si yo me veo obligada a dejarme hacer fotografías y se me pide que hable con la gente, me voy.

En el fondo de su corazón comprendía que su miedo, sumamente ridículo, obedecía al hecho de tener que aparecer en fotografía al lado de la señora Holm. La idea de la hilaridad que esto hubiera provocado en Gail, apareciendo junto a la suegra, le resultaba insoportable.

—Después de todo, eres mi mujer, Kit —dijo Alberto.

Ella levantó los ojos.

—¿Y qué tiene que ver esto? —preguntó.

—Si mamá está orgullosa de mí, no me parece conveniente que tú no lo estés también —declaró con solemnidad.

—Alberto, ¿supongo que no desearás que haga yo también el papel de tonta? —exclamó.

Comprendió que su réplica le había chocado. Se volvió, y echó a correr al borde de la acequia, sin volverse, hasta que estuvo debajo de los árboles. Desde allí, se quedó observando a Alberto que, descorazonado, volvía sobre sus pasos. ¡Pobre

Alberto! Era lamentable por él..., pero no se podía hacer nada.

El espléndido tiempo otoñal que duró algunas semanas sirvió de atracción a los turistas. Mamá Holm estaba siempre dispuesta para recibirlos. Había rebuscado todo lo que había podido encontrar en el guardarropa infantil de Alberto, y ordenó todas aquellas cosas antiguas sobre la mesa del saloncito, cubierta ahora con un lienzo blanco. Era interesante oír las exclamaciones de las mujeres a la vista de aquellos trajecitos infantiles, amarillentos ya —vestidos de algodón blanco ribeteados con un encaje— o ante un par de zapatitos deteriorados, junto a otros azules más pequeñitos, llenos de remiendos. Que Kit abandonase la casa muy temprano, era ya una cosa que se había hecho normal. Después de la categórica respuesta de Kit, no se había cruzado ninguna palabra entre ella y la suegra. Sólo Alberto se había limitado a decir:

—Kit, le he pedido a mamá que te deje en paz.

—Gracias, Alberto —había contestado ella.

Había sido bueno Alberto defendiéndola contra su madre; por lo tanto era preciso que se fueran de allí cuanto antes. Casi cada día preguntaba:

—Alberto, ¿cuándo crees que podremos irnos a Glen Barry? Mis padres han regresado y tú no conoces todavía a mi hermana, a mi cuñado y a los niños.

Sabía ahora, que el solo hecho de ser la esposa de Alberto no bastaba para hacer de aquella casa su casa y no veía la hora de poder marchar hacia la suya...

Alberto respondía siempre:

—Pronto, pronto, Kit. Mamá, ¿sabes? disfruta con todas estas visitas. Créeme que, ni yo sé bien por qué, pero me duele estropearle la fiesta. Apenas cambie el tiempo, la fiesta tocará a su fin y entonces nos marcharemos.

Su primer furor ante la intrusión de los visitantes, que le habían seguido hasta la casa de los suyos, se había desvanecido, y ya comenzaba a sentirse tolerante. Kit no habría podido jurar que no comenzase ya a vestir realmente su papel de héroe. Su madre tenía, desde luego, un ascendiente sobre él mucho más fuerte que cualquier otra persona. No se irían hasta que terminaran las diversiones en Misty Falls..., de esto estaba ahora segura.

Pero no culpaba de ello a Alberto, cuya madre era una de esas mujeres ante quienes hay que ceder, o de quienes hay que huir. Bajo la apariencia de una gran bondad, y llena de palabras amables, ella, con su gruesa voz y su excitación, dominaba en realidad todo lo que la rodeaba. La suya era una personalidad prepotente, falta de una inteligencia capaz de dominar o encauzar las innatas exuberancias. Era despótica y enérgica. Su fuerza estaba en la afabilidad con que se expresaba y ante la cual cedía cualquier rebeldía. En la soledad de sus días, Kit viviseccionaba, por así decirlo, a su suegra. Norman sufría un error. Si hubiese estado allí habría renovado su vieja discusión, una discusión de la cual ninguno de los dos vería claramente el final, salvo que ella, Kit, sabía que Norman no tenía razón al

afirmar que todo lo bueno se encuentra tan solo en la gente sencilla. La pobreza, el trabajo físico y el origen humilde no tenían por sí solos la mágica virtud de crear almas en los seres humanos, por mucho que lo cacarearan los santurrones de la democracia.

Sabía que este concepto suyo habría merecido la categórica denegación de Norman. A pesar suyo, Kit evocaba el rostro moreno y enérgico de su ex novio, quien, a modo de respuesta le había dicho que él no defendía tanto la gente como su forma de vida, una vida manual y corporal; el trabajo que de ellos obtenía reduciendo las cosas a simples expresiones. Norman era hartamente sutil a la náusea de la inteligencia. Lo era demasiado y demasiado superficial. El espíritu inteligente era aquél que reconocía la propia futilidad, y se entregaba al cuerpo para trabajar y comer: en suma, para vivir.

De repente, se dijo con aspereza que en aquellos días estaba pensando demasiado en Norman. Buscaba pretextos para evocar su imagen. ¿Qué importancia tenía discutir si su ex novio tenía o no razón, ahora que ella estaba casada con Alberto?

Sumida en estos pensamientos vagaba por los bosques encendidos por los más vivos colores del atardecer de otoño. De pronto, tropezó con el padre de Alberto, que intentaba derribar unos álamos. Era la primera vez que se encontraba a solas con él, y la invadió un sentimiento de timidez. Él también, por su parte, fue presa de este mismo sentimiento, como pudo observar Kit al verle enrojecer hasta la raíz del pelo.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días —contestó Kit.

Y él redobló su energía manejando el hacha para dominar su turbación. Kit se quedó por un momento perpleja. No quería ser incorrecta prosiguiendo su camino sin añadir alguna cosa. Pero hubiera deseado poder marcharse.

—¿De paseo? —preguntó él, abandonando un momento su trabajo.

—Sí —respondió Kit, y sonrió—. Más que paseando estoy huyendo.

—No le gustan los turistas, ¿eh?

Ella movió la cabeza.

—Tampoco a mí me gustan —continuó el viejo. Kit por primera vez, se dio cuenta ahora de que Alberto tenía los mismos ojos azules de su padre. El viejo la miraba—. Dígame —exclamó de improviso, apoyándose sobre el largo mango de su hacha—: Si no me equivoco, no le agrada mucho estar aquí con nosotros.

—Claro que me gusta —se apresuró a contestar Kit—. Hay muchas cosas bonitas aquí, los bosques, por ejemplo, y la tranquilidad de las noches. Yo tengo un temperamento muy tranquilo, aun cuando haya pasado casi toda mi vida en Nueva York, donde mi padre tiene sus negocios.

—¿Banquero, eh? —preguntó el viejo Helm, tosiendo con discreción.

Ella hizo una señal de aprobación.

—Yo entiendo muy poco de bancos —añadió aún el viejo.

Kit tomó asiento sobre un tronco.

—Yo también —dijo.

—¿Usted también muy poco? —inquirió con tono amable el viejo—. Yo, por mi parte, jamás he sabido hacer uso de los bancos.

Pareció querer proseguir su trabajo, pasando su índice por el filo de su herramienta, como para probarla. Era imposible descubrir cómo podían haber sido aquellas manos en su juventud, tan ajadas estaban en la actualidad.

—Dígame —comenzó bruscamente—, ¿por qué no se lleva a Alberto de aquí?

Kit le miró con ojos interrogadores, estupefacta.

—¿Llevarme a Alberto lejos de su casa? —preguntó.

—De su madre —respondió con sequedad el viejo Holm—. De su madre, que le hace hacer el papel de estúpido. Toda la vida he luchado contra esta tendencia materna a ridiculizar a mi hijo. Pero ahora parece como si las cosas le fuesen favorables para hacer el ridículo, aun sin el concurso de su madre.

—No creo que le guste a Alberto todo cuanto ocurre —observó Kit—. Toda esta publicidad...

—No tengas demasiada confianza en ello. Tarde o temprano él acabará por aficionarse a esta publicidad —dijo en tono de amonestación el viejo Holm—. Yo, por mi parte, no lo afirmaré; la publicidad engaña. El público se encapricha por alguien y a este alguien empieza a metérsele en la cabeza la idea de que es un personaje importante. Lo bonito del caso es que el objeto de estos fanatismos no se da cuenta de que llega el momento en que estos admiradores suyos se hastían de él para correr detrás de otros.

—Quiere decir usted... —balbució Kit.

De pronto recordó que Alberto se vestía cada mañana como si fuese un día de fiesta. Los primeros días en casa hizo gala de vestirse rústicamente, con pantalones viejos y camisas sin cuello. Ahora al contrario, se afeitaba cada mañana con gran cuidado, se peinaba y se ponía la corbata.

—Desde que nació Alberto, hemos tenido cuestiones sobre él —prosiguió el viejo Holm—. Yo quería que trabajase como un verdadero hombre, y mi mujer, en cambio, repetía que valía demasiado para rebajarse trabajando en las rudas labores del campo como su padre. —Abatió su hacha contra el tronco de un árbol, y la arrancó de un tirón—. Lo gracioso es que ella cree ahora que tenía razón. No se cansa de repetírmelo. Disfruta con estas idas y venidas de la gente. —Su voz elevó el tono y se hizo vehemente—. ¡Gente que viene de todos los lugares a meter las narices donde no le importa! ¿Por qué no se queda en su casa?

Se detuvo, escupió sobre el hierro de su hacha, y con un par de golpes derribó otros dos pequeños árboles. Cuando reanudó su charla, su voz había recobrado su

acostumbrado tono de desaliento.

—Lo que quisiera hacerte comprender es que Alberto es una buena mezcla de su madre y de mí. Hay cosas buenas en él, pero lleva a su madre en las venas. ¿Me explico? Y no sé si su bondad basta para compensar lo demás. Lo que tengo por muy seguro es que, en el fondo, no es de un temple como para no prestarse a hacer el papel de tonto. —Diciendo esto, miró a Kit de un modo extraño, con una sombra de encubierta malicia—. Bien —continuó luego—, que sea como quiera. Según mi opinión, Alberto necesita ponerse a trabajar, hacer alguna cosa. Quizá tu padre pueda darle un empleo, aunque sólo fuera de conserje, o en algo donde no tenga que hacer trabajar demasiado la inteligencia. ¿Por qué no atender el ascensor, por ejemplo? Alberto jamás ha sido una lumbrera en la escuela.

¡Alberto conserje! Kit miró a su suegro. ¿Bromeaba? No bromeaba. Se levantó.

—Gracias —murmuró—. Tendré en cuenta lo que me ha dicho y creo que tiene usted razón. Sea como fuere, comprendo sus pensamientos. —Vaciló—. Yo también creo que Alberto empieza a tomarle gusto a todo esto...

—Esto es —dijo el viejo Holm—. Tú también lo ves. Lo echarán a perder, si pueden, tan sólo para divertirse.

Cambiaron una mirada. De repente, Kit sintió una irremediable antipatía hacia su suegro. Tenía un parecido con cierto personaje de la comedia de Norman.

—Estoy contenta de haber podido conocerle —dijo.

—Lo mismo te digo por lo que se refiere a mí —repuso el viejo; y súbitamente empezó a dar golpes sobre el tronco del álamo. Kit titubeó aún un poco, pero él continuó su trabajo, imperturbable, hasta que ella se decidió a volver al bosque.

En apariencia, los días se sucedieron como de costumbre, pero Kit tenía la percepción suficiente para darse cuenta de que las apreciaciones que había hecho su suegro eran justas. Alberto cambiaba... No, no era una metamorfosis, sino más bien un proceso de maduración de elementos ya latentes en él, que no se habían manifestado hasta entonces. Con gente extraña y en lugares que no le eran familiares, Alberto no tuvo seguridad en sí mismo y había aparentado ser de una modestia llevada hasta la renuncia. Incluso sus arrebatos de mal humor habían parecido formar parte de su modestia.

Pero ahora, cuando la gente acudía a visitarlo en su casa, saludaba a las visitas con efusión, bromeaba sobre sus automóviles y sobre ellos mismos y se recreaba oyendo los relatos que hacía su madre. Últimamente se habían agregado a la solfa materna los viejos amigos. Jacobo Rexall y dos o tres tipos más. Llegaban de Misty Falls el sábado y domingo por la noche y constituían, en cierto modo, el cuerpo de guardia de Alberto, la «claqué», como los denominaba Kit.

—¿Qué es la claqué? —preguntó Alberto en una ocasión.

—La gente indispensable en todos los espectáculos —repuso ella con

impertinencia.

Vio que él no había comprendido, pero no quería denotarlo haciendo otra pregunta. Se sintió mortificada; una leve angustia la roía, y dejó de dar más explicaciones. Asimismo evitó la claqué tanto como le fue posible. Eran unos tipos singulares, con la extraña expresión de quien conoce algo ignorado por ella. Miradas significativas, más furtivas que las groseras miradas que dirigían a sus piernas y a su seno. Lo que ocultaban aquellas miradas, ni siquiera se dignaba pensarlo, aun cuando al día siguiente, en el curso de cierta visita que hizo al pueblo en compañía de Alberto, estuviera segura de que el propio instinto no la engañaba.

Alberto había deseado ir a tomar Un helado en la pequeña pastelería local. Al entrar, vieron a la claqué que estaba comiendo en un ángulo más bien apartado, pero teniendo en los ojos la expresión de quien está en guardia. ¿Contra qué? se preguntó Kit con una leve irritación. Alberto se adelantó con la ostentosa indiferencia de un pachá y saludó a la muchacha del bar.

—Salud, Liliana —dijo con voz potente—. Te presento a mi esposa.

Era una rubia de pronunciados rasgos, que resaltaban aún más bajo una gruesa capa de colorete. Llevaba un cinturón de cuero rojo, que continuamente empujaba hacia abajo.

—Afortunada —dijo; y fijó sobre Kit sus impasibles ojos pardos. No los apartó un instante de ella, y cada vez que Kit levantaba la vista de su vaso de naranjada tropezaba con aquella mirada vacía.

Alberto, en cambio, no había prestado la menor atención a la muchacha, demasiado ocupado en cambiar ruidosos saludos con los que iban entrando. Parecía como si la población entera, apenas se hubo dado cuenta de que Alberto estaba allí, se hubiese citado en el local. Saludaban, gritando también y se paraban a charlar, pero Kit sentía que todos la miraban a hurtadillas. A partir de aquel día ya no bajó con Alberto al pueblo.

El tiempo continuaba hermosísimo. Un otoño luminoso se prolongó hasta fines de noviembre, coa unos días de inusitada tibieza. La madre de Kit, de regreso de la India y de Europa, escribió desde Glen Barry:

«¿Cuándo piensas regresar, querida? No deseo hacerte volver del lugar donde estás, sí te sientes bien allí, pero estamos impacientes por poder abrazarte».

Kit andurreaba por la factoría, no feliz, pero tampoco verdaderamente desgraciada, sino como suspendida en un estado vacío, en el cual no era más que un intelecto sumido en un incesante autoanálisis. Aprendió a hablar de manera que se hicieran inteligibles para los de casa sus sencillas charlas sobre las cosas hechas o por hacer, aprendió a prodigarse en las faenas caseras, a coger frutas, a llevar la leche a casa, a escuchar los discursos de Alberto o de su madre; a vivir, en fin, aquella vida del cuerpo que tanto había ensalzado Norman. No por ello, no obstante, el intelecto

cesaba su insatisfecha vela, su interrogante espera. Jamás había pensado o sentido tan profundamente como ahora, y sus pensamientos o sentimientos no estaban vinculados en lo más mínimo con lo que materialmente hacía. Si hubiese encontrado de nuevo a Norman le habría preguntado: «¿Qué hacemos del intelecto en estos retornos a la simplicidad? Existe, y forma parte de nuestro ser, como las manos. Mientras las manos trabajan, él presta atención. Quizá hubiera sido mejor nacer sin una fuerza racionadora. Pero ¿qué hacer si uno la lleva en su ser como el color de sus ojos o de su pelo?».

Sentía por momentos la tiranía de su intelecto, que la impulsaba despiadadamente a interrogar, a pensar, a sentir, hasta cuando su voluntad cedía al abandono de todo pensamiento y toda pregunta. Ahora estaba dispuesta a conceder a Norman que tal vez era preferible nacer necio, a condición de ser lo suficientemente necio para no darse cuenta.

Pero un día llegó una carta de su padre. Su padre escribía muy raramente. Durante el trienio que había pasado en el colegio tan sólo había recibido, a lo sumo, tres misivas suyas. Así es que cuando él escribía, Kit sabía que tenía realmente algo que decirle.

Con su diminuta caligrafía, más parecida a una sucesión de cifras que de letras, escribía:

«Querida Kit: La publicidad que se está haciendo ahora sobre Alberto es equívoca. Seguramente acabará no siéndole favorable. Tu madre y yo estamos de acuerdo en considerarla de baja calidad y no precisamente digna. Os aconsejo a ti y a tu marido que acudáis a un buen agente de publicidad, recomendándole fiscalizar un poco mejor vuestros asuntos. Os recomiendo a Roger Brame, que cuida desde hace un tiempo de mis intereses. ¿Cuándo tendré la alegría de volver a verte en casa? Con afecto, Tu padre».

Durante el curso de las últimas semanas, entregada como estaba a todas aquellas tareas, no había leído los periódicos. ¿Qué podían haber escrito acerca de Alberto? Era hora de salir de la cáscara, de ver mejor. Dobló la carta de su padre.

—Alberto —dijo aquella noche cuando estuvieron encerrados en su habitación. Él interrumpió la tonadilla que estaba silbando entre dientes y la miró frunciendo las cejas—. Alberto, desearía volver a mi casa.

Estaba preparada para recibir una negativa, o al menos para ver en su rostro una expresión de desgana, pero no hubo ni una cosa ni otra. Él estaba sentado en el borde de la cama, y se quitó los zapatos.

—De acuerdo —dijo con tono alegre—. Pronto. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—¿Mañana? —preguntó ella, y pensó cuándo llegaría a conocerlo de verdad.

—Como quieras —asintió él con tanta calma que ella le miró atónita—. ¿Qué te ocurre, Kit?

—¿Qué quieres que me ocurra? Nada —repuso ella—. Sólo... óyeme, ¿deseabas de veras que nos marchásemos tan pronto?

—No sé —repuso Alberto perezosamente—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque creí que tú no deseabas que nos fuéramos de aquí.

—Desde luego, me gusta estar aquí —dijo Alberto. Luego, riendo añadió—: Según parece, vaya donde vaya, tendré con qué divertirme.

Volvió a silbar:

«¿Qué querrá decir con esto?», pensó Kit.

No quería decir nada. Fue presa de uno de sus bruscos cambios de humor. Era ella la estúpida siendo tan seria y tan profunda. ¡Demasiado! ¿Por qué no conformarse con lo que poseía? ¿Qué importancia tenía que los padres de Alberto fueran como eran? Muchos americanos tenían padres así. Su padre se vanagloriaba de que su abuelo había sido director de un banco en un pueblucho y que, aparte del banco, poseía una tienda y un molino... ¡Un buen americano! En aquellos hombres se encontraba América. La única diferencia entre los padres de Alberto y los de Kit era que los primeros estaban en los comienzos de un proceso, y los segundos ya lo habían superado.

Desechó el recuerdo inesperado en aquel momento, de la ocasión en que Norman la había conducido a la casa donde había nacido; una vieja casa de Nueva York. Su madre era una anciana bondadosa y vestida sencillamente de negro. Había tomado entre las suyas una mano de Kit y había dicho: «Querida, espero que volveréis a menudo a visitarme». Y Kit había respondido: «¡Me sentiré tan feliz!... Me gusta esta casa».

Pero no había vuelto más. En cambio, estaba aquí...

—¡Alberto, quiero sentirme orgullosa de ti volviendo a casa! —dijo apresuradamente. Se acercó a él y, arrodillándose, le ciñó la cintura con sus brazos. Sintió su cuerpo delgado y robusto.

—Te conviene estarlo —respondió él riendo—. ¡Yo soy un marido hecho y derecho, querida!

Ella no contestó, ni se movió. No deshizo su abrazo, y se quedó con la cabeza apoyada contra su cuerpo. Las lágrimas comenzaron a arder bajo sus pestañas. Y él, tomando aquella angustia por pasión, le acarició el pecho. Ella se puso de pie.

—Kit...

—No, esto, no; siempre y eternamente esto.

—Pero Kit.

—Te digo que no.

—¡Como quieras! —exclamó Alberto.

Salió a grandes pasos de la estancia, dando un portazo que hizo temblar las paredes. «Irreal como una escena de teatro», pensó Kit.

Se acercó a la ventana, y le vio cruzar la calle, dirigirse al granero, sacar el coche de su padre y subir por la carretera que conducía al pueblo, levantando tras de sí una nube de polvo que lo envolvió como un temporal.

«Quiere su claque —pensó con sarcasmo—. Quiere elogios, quiere ser mirado y adulado como un bicho raro».

Llena de estos pensamientos empezó a preparar el equipaje, presa de un sentimiento de desolación que la espantó.

Cuando Norman la había abandonado, el dolor había podido combatirlo, pues sabía dónde estaba y cómo era. A su alrededor, dentro de sí misma, delante de ella, no había... nada...

Después de un largo intervalo, oyó a Alberto. Estaba en la escalera. Regresaba. Abrió la puerta y permaneció en el umbral, inseguro como un chiquillo.

—Aquí estoy —dijo.

...Se había sentido tan furioso que hasta le había cruzado vagamente por la imaginación la disparatada idea de volver con Liliana. Se había dirigido hacia la pastelería y había encontrado a Jacobo en el umbral. Jacobo le detuvo.

—¿Qué te pasa Alberto?

—Kit me vuelve loco. Parece siempre obsesionada con esas frases tuyas que no entiendo... Hay para volverse loco.

—Márchate inmediatamente a casa y vuelve a su lado —le indicó Jacobo—, si no quieres arruinar del todo tu vida.

—No vuelvo.

—Por amor a nuestra tierra, te hemos ayudado una vez repitiendo a los cronistas que no había nada de cierto en tu historia. La gente aquí ya no querría defenderte más... América entera se negaría a saber de otro embrollo. Tú ya no eres ahora, sencillamente, el señor Alberto Holm: eres mucho más.

Y diciendo esto, Jacobo le iba empujando hacia el automóvil, y Alberto obedeció porque quizá el amigo tenía razón. Pero no, volvía porque deseaba volver...

Él le miró con tristeza y le tendió los brazos. Él se acercó a ella, abandonó su cabeza sobre su hombro, y sintió que lo abrazaban. El cuerpo de Kit estaba temblando sacudido de sollozos.

—¿Qué te ocurre, Kit? —preguntó. Trató de levantarle la cara y de mirarla a los ojos, pero ella le apretaba contra su pecho.

—No tengo... no tengo nada —susurró.

III

—Las hayas están más hermosas que nunca —dijo Kit con dulzura a su padre, sentado entre Alberto y su madre, en la parte posterior del gran automóvil de turismo que había ido a recogerlos en la estación.

—Coddle me ha informado de que una de ellas tiene una enfermedad —repuso su padre—. He mandado llamar inmediatamente al botánico.

Contemplaban en silencio aquella larga hilera de hayas centenarias, orgullo de Glen Barry. Coddle era el jardinero escocés, y el señor Tallant decía que era, además, su mejor amigo. Coddle no tenía confianza en los bancos, así como tampoco la tenía Tallant, que había invertido su dinero en cosas que nada tenían que ver con ellos, pero a los que pertenecía, según decía, con el único objeto de conservarlos en la mayor honradez que le fuera posible. El banquero Tallant, muy engallado, sentábase ahora frente a su esposa.

Lamentaba no conocer a su yerno, y ahora —se decía— intentaría conocerle a fondo. Kit, pese a la larga temporada pasada en el campo, le había parecido más delgaducha. Se exageraba al considerar las factorías como lugares de reposo. En las factorías se comía mal, y con toda probabilidad se debía beber la leche desnatada. La nata y los huevos se vendían siempre a la gente de la ciudad. Sobre el aspecto de Kit ya hablaría con su mujer. Miró de soslayo a su yerno: era un hombre bien plantado y tan apuesto que, en cualquier hombre, por mucho que lo mirase con benevolencia, provocaba cierto sentimiento de repulsión. No era posible ver otro hombre cualquiera bajo aquella exagerada belleza. ¿Quién sabe, se preguntó el banquero, si Kit, después de todo, se había dejado engañar? Tropezó con la mirada de Alberto, e inmediatamente volvió los ojos hacia otra parte, sin haber conseguido tranquilizarse. Poco podía haber de elevado en aquella cabeza.

La señora Tallant charlaba amigablemente:

—He convencido a Gail para que permanezca en casa una o dos semanas más, a fin de poder estar nuevamente juntos un poco, después de tanto tiempo. Su marido podrá ir y venir de la ciudad en el coche con tu padre. Personalmente, creo que Gail es demasiado condescendiente con su marido aceptando pasar todo el invierno en la ciudad, sencillamente porque a él no le agrada ir en coche y no le gusta el golf, entusiasmado como está con la equitación...

Hablaba con calma y fluidez, reseñando los variados problemas de la familia.

Alberto permanecía callado como de costumbre, pensando en algo que Kit no conseguía imaginar. Pero poco importaba. Le consolaba el retorno a su casa. Cuando el coche se detuvo, le resultó imposible dominarse y corrió inmediatamente a ver las cosas que le eran queridas: su dormitorio, su biblioteca, la piscina y el jardín.

—¿A qué hora se cena, mamá? —preguntó—. ¿Tendremos tiempo de ver primero

todas las cosas?

—Claro está, querida —fue la respuesta—. Tienes todavía una hora de tiempo antes de vestirte. Pero ten cuidado de no ir a dar vueltas en la oscuridad: tendrás tiempo mañana. Está a punto de anochecer.

—Daré una vueltecita sólo por las inmediaciones de la casa —prometió Kit.

Así, cogiendo suavemente a Alberto de la mano, lo había conducido a visitar todo cuanto amaba: el jardín de las rosas, más allá de la piscina, que reflejaba la postrera luz del día. Alberto se inclinó y sumergió la mano en el agua de la piscina.

—¡Vaya, ni siquiera está fría! —exclamó.

—Está calentada —repuso Kit.

Era uno de los lujos del lugar, una piscina al aire libre, calentada artificialmente, a fin de permitir bañarse hasta muy avanzado el otoño y en la primavera.

Alberto paseó coa ella, cogido de su mano, prestando oído a sus locuaces explicaciones. A Kit todo le parecía hermoso, más atrayente de cuanto podía recordar. Las últimas semanas quedaban olvidadas; estaban en casa, por fin; en su casa, con Alberto. Con los trajes que había escogido para él, tenía un hermoso aspecto, más que corriente, aun en un lugar como aquél... Lo llevó hacia la casa. Allí, tras aquella selva de árboles, estaba la casa, enorme y sólida, con todas sus ventanas iluminadas. Ella pertenecía a aquella casa, a pesar de lo que hubiese dicho Norman.

—Ven, entremos —le dijo; y lo hizo entrar, diciendo al portero mayordomo—: ¡Smedley, te presento a Alberto Holm!

El mayordomo ocupaba aquel cargo desde un tiempo inmemorial.

—Mi enhorabuena, señorita —contestó inclinándose; pero Kit advirtió la emoción en su voz.

Naturalmente, Smedley estaba informadísimo acerca de Alberto Holm, ahora erigido en personaje de leyenda entre la servidumbre de la casa.

Kit condujo a Alberto a su dormitorio en el piso superior. Ardía en deseos de volver a ver su alcoba. Bajo un estado de solitaria angustia había dormido en aquel lecho durante el tiempo de sus relaciones con Norman. Con una mano sobre la manecilla de la puerta, se preguntó si encontraría ahora sombras del pasado... Pero al abrirla vio el fuego chisporrotear alegre en la chimenea, vio descorridos los visillos color rosa y todas las luces encendidas. Si quedaban algunas sombras, se habían esfumado. Se volvió a Alberto.

—Ésta —dijo— es mi habitación, la habitación donde he crecido desde niña, donde he vivido todas mis aventuras. ¡Y ahora estás tú aquí!

Le miró con una especie de súplica en los ojos.

—Tengo la impresión de que sigues siéndolo todavía un poco, Kit —dijo lentamente Alberto.

¿Había comprendido sencillamente por qué ella trataba de obtener su

comprensión? Quizá sí, aun cuando resultara imposible decir lo que se ocultaba debajo de aquellos cabellos rubios y detrás de aquel rostro de facciones tan perfectas.

De pronto sonó el gongo avisando para la cena.

—¡Tenemos que darnos prisa! —exclamó Kit—. ¡Sólo faltan diez minutos para cenar!

—¿Crees que en diez minutos puedo hacerme el nudo de la corbata? —preguntó él, y se precipitó en la habitación contigua.

Kit compareció vestida de azul con un vestido que él no había visto nunca. Estaba bellísima.

—¡Maravilloso, Kit! —exclamó Alberto—. ¿Es nuevo?

—No —respondió ella—, es viejo.

—Me parece nuevo.

—No lo has visto nunca —dijo Kit. Y luego—: ¡Hay muchas cosas mías que no has visto aún, Alberto!

Esta acometida era una de las antenas sensibles que ella a veces tendía hacia él. ¿Le correspondía o no...?

Pero él la miraba con las cejas arqueadas, mientras ella de puntillas, a petición suya, con ligeros dedos, le iba anudando la corbata negra. Él la atrajo hacia sí.

—¡Hay muchas cosas tuyas que conozco y amo! —exclamó—. Estas pestañas negras, por ejemplo, jamás he visto otras tan largas y negras. ¡Me conquistaron al instante!

De nuevo sonó el gongo.

—Pronto —exclamó Kit—. ¡Aquí no está permitido llegar tarde!

Cogidos de la mano, corrieron escaleras abajo y entraron en una sala cuyas paredes estaban cubiertas de libros. Hallaron a toda la familia reunida: su padre, su madre, un hombre grueso de rostro alargado, y una mujer bonita, ceñida en un traje de lamé, que no se parecía en absoluto a Kit.

—Os presento a Alberto —dijo Kit a los desconocidos.

Alberto sintió que una mano suave estrechaba la suya.

En la biblioteca, antes de la comida, Kit sintió miedo de su hermana Gail, que, sentada sobre el brazo de la butaca donde estaba Harvey, su marido, sorbía su aperitivo riendo y charlando.

—En verdad ha sido muy humillante no saber decir a los conocidos cómo es tu propio cuñado —decía Gail—. Todos, llenos de regocijo, rivalizaban haciéndome un millón de preguntas. Y yo lo único que podía decir era: «Amigos míos, sabéis tanto como yo misma. Creo que es un hombre guapo»... Y lo es verdaderamente.

Diciendo esto, se inclinó en una casi galante reverencia hacia Alberto.

Todos rieron, menos Harvey, que se limitó a sonreír.

Pero tras aquella charla, Kit veía muy bien los claros ojos color avellana de su

hermana fijos sobre Alberto, escrutadores y admirativos. Se levantó, dirigiéndose hacia el sillón donde estaba sentado su marido, se sentó sobre uno de los brazos y compartió las miradas de Gail. Sentada junto a Alberto, podía protegerlo, podía hacerle comprender disimuladamente lo que no debía decir o hacer. Pero Alberto no dijo nada. Miraba a Gail con su sonrisa franca y amable que descubría sus dientes blanquísimos, bajo su pelo lustroso y sus ojos más azules que nunca.

La mirada de Gail tomó una expresión irónicamente mohína porque Alberto era tan guapo.

...Sea como fuere, pensó Gail fingiendo sorber su aperitivo, Kit se había casado con un hombre verdaderamente guapo. Sintió el conocido, ligero aturdimiento, que se apoderaba de ella cuando se encontraba frente a un hombre apuesto; un atolondramiento que ella llamaba «temporalmente irresponsable». Sabía bien que estaba irrevocablemente casada con Harvey: irrevocablemente, porque él la gobernaba como se gobierna a una esclava. Él se complacía con ello y, en forma de comentario, hacía observar a las amistades que esta rigidez no era habitual en los maridos americanos. Era agradable añadir que, como no era una esclava, se sentía con el derecho de rebelarse de mil modos secretos, como, por ejemplo, preguntarse cómo debía ser la vida conyugal con un bellissimo macho joven del tipo de Alberto Holm. Kit, naturalmente, no comprendía a su marido, no aprendería nunca a conocerlo. Cualquiera podía haberse dado cuenta que se había casado con el hombre menos indicado. Si ella no se daba todavía cuenta, era cuestión de tiempo. Gail había insistido mucho suscitando esta conversación con su madre, pero su madre siempre la había rehuido, lo cual le hizo presumir inmediatamente que había gato encerrado.

—¿Qué tal se entienden, mamá? —preguntaba.

—Son marido y mujer —respondía con firmeza su madre.

¡Como si esto tuviera algún significado! Gail se sentía presa de una viva curiosidad...

—La comida está servida —dijo Smedley desde el umbral, mirando de reojo a Alberto Holm.

En la cocina, el cocinero, el marmitón y las camareras se habían apresurado a preguntarle:

—¿Qué cara tiene?

—Exactamente la misma que se ve en las fotografías —había contestado Smedley. Y era cierto...

—Me sentaré a su lado, Alberto —dijo Gail—. Ahora ya no lo dejaré escapar.

—Encantado —repuso Alberto.

La sonrisa de Gail se hizo imperceptiblemente más irónica.

Detrás de ellos, rozando apenas el brazo que Harvey le había ofrecido, Kit vio el perfil de su hermana graciosamente levantado hacia Alberto. Era el perfil que hace

cinco años había hecho a Gail una de las más populares principiantes en sociedad, un perfil a la vez muy hermoso y un poco demasiado afilado.

Pero aquella noche Gail, con su voz seca y susurrante, distribuía sonrisas entre todos. «Debe de estar contenta por alguna cosa», pensó Kit, y de nuevo la invadió un sentimiento de temor impotente. No obstante, gracias a Gail y a mamá Tallant, la velada transcurrió en la atmósfera habitual de las veladas familiares, una atmósfera afable, ligeramente alegre, íntima sin demasiadas confidencias. Se habló un poco de todo, de los niños, de la situación bancaria, de los empréstitos extranjeros a los cuales los periódicos dedicaban páginas enteras; hubo alguna que otra suave chismorrería dedicada a los amigos. Si Gail rozaba la malicia, inmediatamente su madre o su marido cambiaban el tema, y Gail sonreía, perfectamente consciente de la corrección. Después de la comida, mientras su madre servía el café en la salita, extrajo de una gran bolsa de seda rayada un jersey de punto que estaba haciendo para su último hijo y, entregada a su labor, tenía la apariencia —como ella deseaba— de lo que debía ser en realidad una joven matrona. Kit, observando el grupo, se sintió aliviada: pero no se desvaneció la sombra provocada por Gail.

En realidad, su hermana, tras aquel proceder suyo tan brillante, era peligrosa y lo sabía. Su matrimonio, ahora ya de cinco años de duración, era firme como una roca; pero sobre una roca se podía bailar. ¡Ningún pavimento mejor, por cierto, que la roca! Precisamente de esta consciente seguridad, su corazón caprichoso, alegre y lleno de fantasías, sacaba nuevos motivos para algún tanteo desvergonzado. Desde que contrajo matrimonio con Harvey, no había pensado por cierto en tomarse libertades extraconyugales, lo que acaso realmente deseaba era poder desahogar un poco su íntima jovialidad. Sentía la necesidad de olvidar a los niños, la casa, y hasta Harvey; olvidarlos, sin renunciar a ellos..., pero olvidarlos con alguien.

Esta necesidad, atenuada y como adormecida durante los primeros cinco años de su matrimonio, renació vivaz desde su primer encuentro con Alberto Holm. Se percató inmediatamente de ello, y sentada con aire de gravedad en la biblioteca, pensó:

«¡Dios mío, vuelvo a ser la muchacha atolondrada que he sido!».

Con manifiesta audacia fijó la mirada en Alberto.

«Es exactamente mi tipo: nada de seso, inconsciente, tan sólo un hermoso cuerpo y unos indómitos impulsos».

No le dejó lugar a duda cierta aceleración en los latidos de su corazón. ¿De quién podía haber heredado estos instintos livianos? ¿Qué malicioso antepasado por equivocación en el patrimonio, que asimismo era suyo, de práctico puritanismo, había vertido en su ser la semilla? Alberto apartó la vista y ella volvió a bajar los ojos entregándose de nuevo a su labor de punto. Permaneció así callada por espacio de un cuarto de hora, con los ojos resplandecientes bajo sus pestañas, y la roja boca

ardiente.

Kit, sintiendo algo cálido y tenebroso, confirmó para sus adentros su desconfianza hacia Gail. Aguzando la vista tenía que hablar con su hermana y hacerse explicar aquella brillante e irónica inocencia suya, tan bien iniciada. Sin embargo, aquella noche no tendría tiempo para ello, excepto si aprovechaba los pocos instantes que habrían precedido a la separación de la comitiva, antes de la hora de acostarse.

Poco antes de las once, papá Tallant, levantando la vista dijo:

—Alberto, en tu calidad de miembro más joven de la familia, creo que ha llegado la hora de enseñarte dónde están escondidos los licores.

—Oportunísima idea —replicó jovialmente Alberto, poniéndose en pie. Salieron juntos, Alberto con un brazo alrededor de los delgados hombros de su suegro. Harvey se puso a charlar con mamá Tallant, y Kit miró a Gail que había dejado su labor y bostezaba repetidamente.

—¡Estas labores de punto...! —murmuró—. ¡Las detesto!

—¿Y por qué continúas haciéndolas, tontuela? —preguntó Kit.

—A mi marido le gusta verme entregada al trabajo —repuso con brío—. Le parece que si trabajo en ellas me tiene segura.

Kit se echó a reír, se acercó al sillón de su hermana y se sentó sobre uno de los brazos.

—¿Bien? —preguntó en voz baja al cabo de un rato.

Sí, era de vital importancia conocer los pensamientos que se ocultaban detrás de aquel aire indiferente. La miró a los ojos desmesuradamente abiertos y Gail comprendió.

—¡He de decirte que es perfecto! —dijo con el mismo tono ligero—. Sólo que no quisiera estar en tu pellejo querida, ni siquiera por un millón de dólares.

—¿Por qué?

—Demasiado... demasiado guapo. ¿Sabes que es una gran responsabilidad estar casada con un campeón de belleza?

—Él no le da ninguna importancia a su aspecto físico.

—Ya se la dará cuando millares de mujeres le hayan hecho su elogio —repuso Gail.

—No es como tú crees —insistió Kit.

—¡Oh, querida —protestó Gail, recogiendo su labor—, no seas tan pueril! La única cosa que salva a mi pobre Harvey es que es tan inteligente que no daría crédito a la mujer que le dijera que es guapo. Sabiendo muy bien que es feo, no dudaría que detrás de ello esa mujer perseguiría arrancarle un empréstito bancario o cualquier cosa por el estilo. ¡Pobre Harvey! Gozaría mucho más de la vida, si no fuera tan inteligente.

Kit no respondió, pero la miró con reproche, Gail estaba en uno de sus momentos

perversos y nadie hubiera sido capaz de asegurar cuál era en realidad su verdadero pensamiento.

—No me mires con esos ojos —dijo—. ¿No he dicho acaso que era perfecto, ingratisima hermana?

—¿Perfecto en qué sentido?

—El perfecto Héroe Público número 1 —repuso Gail. Al decir esto se levantó—. ¡Vaya por Dios —añadió—, mi ovillo ha ido a parar debajo de la butaca! —Se inclinó para recogerlo, y por un momento se quedó vacilante sobre Kit sentada. De improviso depositó un beso sobre sus cabellos. Kit lo sintió caer como una flor que olía al especial perfume francés que usaba su hermana—. No seas tonta —añadió Gail—. ¿A quién puede dejar de gustar? Esto es natural.

La puerta se abrió dejando paso a Alberto que llevaba una bandeja.

—¡Aquí estoy! —exclamó, con aquella expresión que le era habitual cuando entraba en algún sitio.

—A propósito, Kit —le dijo su padre a la mañana siguiente—. He rogado a Roger Brame que viniera hoy para tener una entrevista contigo. Cuando antes organice Alberto su publicidad, tanto mejor para él.

—Sí, papá, gracias —murmuró Kit.

Se había levantado temprano para tomar su desayuno con él antes de que se fuera para la ciudad. Durante toda su niñez había permanecido fiel a esta costumbre mientras había vivido en su casa. Lástima que no se hubiese quedado más tiempo allí. La costumbre no había favorecido aquella intimidad que de otra forma hubiera crecido entre ellos dos. Había habido largos períodos de ausencia producidos por la escuela y las vacaciones se terminaban en un abrir y cerrar de ojos. Pero su padre no había olvidado la vieja costumbre, y ahora, al verla entrar en el gran comedor, la miró con afecto, por encima de su periódico.

—Buenos días, querida —dijo—. Veo que el matrimonio no te ha hecho cambiar. Ella movió la cabeza.

—Alberto tiene sueño —repuso—. No está acostumbrado a trasnochar.

—Pero no hemos trasnochado en absoluto —dijo su padre en tono afable mientras Smedley le servía la segunda taza de café.

—Para Alberto es tarde después de las diez —dijo Kit sonriendo.

—¡Ah! —comentó su padre. Y le anunció la visita de Robert Brame—. Puedes confiar ciegamente en él —continuó.

—¿Para qué? —preguntó ella con ingenuidad.

...Su padre, algo extrañado, la miró por debajo de sus pobladas cejas grises. ¿Acaso Kit quería decir que no sabía nada acerca de las cosas que Brame le había expuesto hacía algunos días? Entonces quizá Brame había exagerado. De todos modos, era poco probable que viniendo Kit directamente de Misty Falls, no supiese

nada de nada, si las cosas eran ciertas. Además, esta era una de las confianzas que un hombre debe hacer a su mujer... Kit era excesivamente sensible y se encerraba en sí misma al más leve roce. Había sido así desde pequeña, y jamás había logrado vencer aquella debilidad suya. De todas formas, nadie sabía nunca lo suficiente acerca de estos héroes nacionales. La gente contaba las cosas más absurdas, y especialmente las mujeres, iban locas pregonando por todas partes que su vida estaba llena de aventuras amorosas. Quizá en el caso de Alberto tan sólo se trataba de un error de juventud. Tallant, sin embargo, había agradecido a Brame que hubiese ido a verle con su oferta. Un periodista poco escrupuloso hubiera podido escribir alguna cosa un poco peliaguda. Le había dicho a Brame en una ocasión:

—Gaste usted el dinero de la forma más conveniente para crear la impresión justa.

—El coche espera —anunció Smedley.

—Temo no haber bajado bastante pronto para ayudarte en alguna cosa —dijo Kit con disgusto.

Su padre se inclinó para besarla.

—Agradezco la intención —repuso.

Descubría que sentía un verdadero apego por su hija menor. ¿Qué es lo que no hubiese hecho para hacerla feliz? Mientras la tuvo a su lado, se había prodigado siempre para satisfacer todos sus caprichos. En Pekín había tenido la impresión de que Kit estaba realmente enamorada del muchacho. ¿Lo estaba todavía? Tallant confiaba en que sí, a pesar de que desde que había regresado a casa con su marido, le parecía ver entre estas paredes a un bicho raro en su yerno. Estaba harto de ser interrogado en el banco, incluso por los hombres, acerca de Alberto. Tallant banquero tenía una personalidad demasiado marcada para no encontrar algo fastidioso la idea de haberse convertido, sobre todo, en el suegro de un Alberto Holm. No porque hubiese nada malo en su yerno, pero prefería no pensar demasiado en él. Recordaba con disgusto algunas fotografías publicitarias que Brame le había mostrado.

—Brame estará aquí a las once —dijo. Titubeó un poco y luego añadió—: Será mejor que tú le escuches primero con toda atención. Para un hombre como Alberto resulta difícil darse cuenta de la necesidad de una verdadera y buena publicidad. No se da cuenta de la importancia que tiene su persona; tal vez es mejor que sea así, pero otros, en este caso, han de guiarlo. Alberto cree que es libre de hacer lo que le parece, y naturalmente, no será así. Sólo puede hacer lo que la gente crea que no tiene ninguna importancia, o casi ninguna. —Hizo una pausa, y luego dijo—. Según creo, Brame tiene la intención de hablarte con franqueza.

—Sí, papá —dijo Kit.

Él la miró fijamente.

—¿No te dejas llevar de la mano por nada? —preguntó con desconfianza. Para

Kit, dejarse llevar de la mano significaba una violenta rebelión a corto plazo.

—Por ahora no —repuso Kit con gravedad.

Él continuó mirándola. Luego se echó a reír. ¡Menos mal! Tallant se sintió aliviado.

—Mientras ría —dijo— es buena señal, luego no me disgustaré demasiado.

La besó y se fue.

Pero, a las once, Kit, mirando el rostro grisáceo y lúgubre de Brame en la biblioteca, se preguntó por qué motivo su padre había de disgustarse. Afuera, sobre la hierba del prado, Alberto jugaba con los dos niños de Gail. Kit no le había visto hasta entonces en compañía de chiquillos, y mientras Brame hablaba siguió mirando a la ventana. Alberto se había puesto a gatas, y Enrique, el menor, gritaba de alegría.

—Para llegar a tener una eficacia —empezó diciendo Brame— diré que se trata sobre todo de una cuestión de selección. ¿Cuál es la imagen de nuestro héroe que nosotros tenemos interés en presentar al público? Cuando hayamos fijado este punto pasaremos entonces revista a nuestro material, eliminando todo cuando no esté conforme con la imagen y concentramos, en cambio, toda nuestra atención sobre los elementos aptos para aumentar y reforzar la impresión que nosotros deseamos producir.

Tosió, y miró con ojos escrutadores a la hija de su cliente. Estaba perfectamente preparado para encontrarla tal como ésta era al natural; es decir, una muchacha delicada, más bien hipersensible y, desde luego, sin la menor experiencia de la vida. En suma, el típico producto de una familia rica y conservadora. Por esto reservó para sí muchos argumentos que se había propuesto mostrar a título de prueba. La muchacha parecía inteligente y era la hija de Roberto Tallant, lo cual quería decir que tras el claro espejo de aquel rostro sensible, había una sutil y profunda perspicacia con la cual era preciso contar. Una vez comprendida una situación, ella sabría cómo comportarse cualesquiera que fueran sus sentimientos.

—Nosotros tenemos aquí —prosiguió Brame, revolviendo entre un montón de periódicos— una sarta de historias periodísticas que atañen al señor Holm. De éstas no es posible extraer nada que pueda considerarse como un cuadro concreto. Ahora el público desea tener ideas precisas y poder decir: «Conocemos a Alberto Holm, es valiente, joven y honorable. A pesar de su origen humilde, está sin mácula». ¡En suma, el tipo perfecto del americano!

Hizo una pausa.

—Todo esto correspondería perfectamente a la verdad —dijo Kit con calma.

—Naturalmente —convino Brame.

Su tarea era bastante más ardua de lo que él se había imaginado. Su interlocutora, evidentemente, no sabía nada. Del chisme que iba ganando terreno, era mejor hablar con Tallant padre. No había aparecido aún en la Prensa, pero Brame: sabía que los

periodistas estudiaban con cuidado lo que podían o no podían todavía decir. Y había luego aquellas columnas de los periódicos dominicales, las célebres columnas de las indiscreciones y chismorreos de sociedad que, en verdad, iban más allá de lo que era tolerable. Si él, Brame, hubiese podido decirle: «Señora Holm, todos nosotros sabemos, desde luego, que la historia del primer matrimonio de su esposo ya no tiene la menor importancia; pero, con un hombre de su categoría, todo esto puede parecer importante por muy honorables que hayan sido las soluciones de sus deberes precedentes. Ahora, por desgracia, su marido ha desmentido públicamente, por un motivo que sólo él sabe, su anterior matrimonio».

La aventura había sido un error de extrema juventud.

Mejor hubiera sido si Alberto no hubiese contraído nunca matrimonio con otra antes de Kit. O bien, no; el público hubiera tal vez preferido un precedente matrimonio del héroe, aunque éste hubiera sido seguido de un divorcio, a condición de que los motivos del mismo hubiesen sido tan respetables como, por ejemplo, la llamada «crueldad mental», si, por ejemplo, el marido echaba de casa al gato a puntapiés. En suma, cualquier razón habría sido buena para el público, salvo el adulterio. El público no quería oír hablar en absoluto de esto. Por lo tanto, había que evitar a toda costa las habladurías sobre el primer matrimonio de Alberto. Brame aún no le conocía, pero todo indicaba que él era para ella el mismo héroe que para millones de americanos. De otro modo, ¿cómo hubiese contraído matrimonio con él? ¿Quién sabe por qué, más tarde, Alberto no le había dicho nada de aquel capítulo de su vida? En sus ojos Brame no leía reflejo alguno, nada que pudiera hacer sospechar que ella estaba al corriente de lo que él aludía. Si su interlocutora lo hubiese sabido, le habría resultado imposible disimularlo; no era ese el rostro de una persona capaz de ocultar algo.

La estancia se llenó de improviso con el rumor de un aparato que volaba a poca altura. Brame se apresuró a mirar por la ventana. Una avioneta volaba sobre los árboles, precisamente sobre el prado donde Alberto jugaba con los chiquillos.

—Fotógrafos —dijo fríamente Brame—. En este caso particular —sentenció Brame con voz profesional— no hay nada de malo. Al público le agrada ver a las personalidades jugando con los niños. Pero, mire usted, señora Holm, yo desearía que me dejara a mí la dirección de estas cosas. Fíjese bien como van. Yo propongo para esto tener una entrevista con el señor Holm y formarme un concepto de sus mejores cualidades para presentarlo, valorándolas, al público. Si luego quiere referirme todo cuando pueda revestir un carácter publicitario me sentiré satisfecho de escoger, en su interés, lo que puede contribuir a la impresión que nosotros perseguimos —sonrió, y, complacido, añadió—. La publicidad, hoy en día, es un arte.

Kit le había escuchado inmóvil, sin abrir boca. Había algo en aquel hombre que no le gustaba; algo de furtivo, como un vago e indefinible olor a tabaco. La idea de

una figura con los contornos de Alberto, pero coloreada según los gustos del público, le resultaba desagradable.

—Creo que lo único que debe usted hacer es presentarlo no más ni menos que como es —dijo con un transporte de orgullo herido.

—Desde luego —repuso secamente Brame.

Kit estaba a punto de tocar la campanilla para mandar a Smedley en busca de Alberto, cuando la puerta se abrió dejando paso a su marido. Tenía el pelo en desorden y la corbata torcida.

—Vaya Kit —exclamó—. Me estaba preguntando dónde te habrías metido.

—Iba a llamarte. —Le sonrió y le tendió la mano; perfectamente consciente de los ojos pardos fijos sobre ella, dijo—. Te presento al señor Brame.

—Encantado de conocerle —dijo Alberto en tono jovial tendiéndole la mano.

—Gracias —repuso Brame.

Examinándolo, se dijo que de aquel muchacho se podía hacer lo que se quisiera. Poseía todos los requisitos físicos: guapo, rubio, expresión jovial y cordial: en suma, todo lo necesario para predisponer bien los ánimos en su favor. Pero el problema estaba en valorar todos aquellos elementos. Ahora, al verlo, dudaba de que fuera malo. Con toda probabilidad era más bien fatuo. ¿Cómo decir a Roberto Tallant que su hija se vería probablemente envuelta en un embrollo si las riendas de Alberto Holm no se confiaban a unas manos seguras? ¡Lástima que la muchacha tuviera aquella expresión tan sensible, tan de idealista! La otra hija habría sido una mujer más adecuada para una figura pública; desde luego una consejera más experta.

—Precisamente estaba diciendo a la señora —dijo Brame— que casi no hay necesidad que les moleste, ni a él ni a usted. Tengo una idea bastante clara de lo que agrada al público, y, con los datos que poseo, estoy seguro de que conseguiremos organizar una publicidad del agrado de ustedes.

En los azules ojos de su interlocutor observó una expresión de asombro.

«Mirada más bien vacía», pensó.

Pero Alberto contestó riendo:

—Muy bien dicho. Yo no soy lo que se llama un maestro en publicidad. Todo marcha bien hasta que vienen a molestarme.

Kit pensó que hubiera sido difícil hallar una criatura más bella de lo que era Alberto en aquel instante, con sus ojos llenos de vida y sus mejillas arreboladas por el fresco aire matutino. Tendría que quererlo tal como era; contemplar un hermoso cuerpo, amarlo y gozarlo por su belleza.

Pero, mezclada con estos pensamientos, sintió una tristeza que la envolvía sin motivo, lo mismo que una niebla fría y opaca.

En el piso alto, en su espacioso dormitorio de estilo antiguo, la señora Tallant se disponía a acostarse. Sentada delante del tocador, bostezó. Tenía sueño, pero no

sentía ningún deseo de entregarse a él, aun cuando toda la habitación invitase al reposo. El fuego en la chimenea se había casi apagado y el mullido lecho estaba preparado ya. La señora Tallant sentía aún más amor por el sueño que por el juego. Pero aquella segunda noche había disuelto la reunión más temprano, pues había observado en su esposo algo como una idea inexpresada o un propósito determinado. Mirándole a la cara, adivinaba en seguida cuando alguna cosa no marchaba bien. En tales ocasiones el rostro de su esposo adquiría una expresión impenetrable, semejante a la de una estatua, y el banquero se extendía hablando de los argumentos que poco a poco iban acudiendo a su mente. En cambio, cuando estaba contento, su conversación estaba hecha de una serie de frases humorísticas, distintas enteramente del tono y del estilo que su mujer denominaba «de presidente de banco».

Aquella noche la conversación de su marido había sido tan varia y difusa sobre los temas más dispares, que la señora Tallant, bastante antes de terminarse la cena, se había dado cuenta de que era conveniente disolver cuanto antes la reunión. Ni siquiera la exhibición vocal e instrumental de Gail y de Kit al piano (a pesar de que ambas ejecutaban piezas que el banquero adoraba) habían conseguido frenar aquella corriente de palabras e inducirlo a unir a sus voces la suya, algo desafinada, de bajo.

Ahora, en la habitación, la señora lo miraba mientras anudaba el cordón de su pijama gris. Tenía un rostro solemne; su rostro de estatua. Pensó que si se trataba de negocios, ella nada podría hacer, y, por otra parte, no habría motivo para tomárselo tan a pecho, pues todo llegaría a resolverse. Si, por el contrario, se trataba de otro asunto, él se confiaría a ella, pues nada podía ocultarle.

—¿Qué te ocurre, Roberto? —preguntóle, peinándose los grises cabellos ondulados.

—Nada.

La respuesta había sido la de costumbre.

—¿Preocupaciones de negocios? —preguntó otra vez, sin preocuparse por la respuesta.

—Los negocios no podrían ir mejor de lo que van —repuso el banquero.

—Supongo que no ocurre nada con las chicas, ¿verdad?

Él vaciló un momento.

—Que yo sepa... —dijo luego. Pero este titubeo le traicionó.

—¿Qué otra cosa ha hecho Gail? —preguntó ella apresuradamente—. Me parece que Harvey podría cuidar ahora de sus asuntos familiares, sin tener la necesidad de recurrir continuamente a ti. Después de todo, Gail ya tiene edad para razonar; es madre de dos hijos, y si no ha aprendido a preocuparse de sus asuntos...

—No te excites así... —le interrumpió su esposo—, Gail no tiene nada que ver con esto.

—Si es a Kit a quien te refieres, Kit es feliz.

—No digo lo contrario —convino Tallant. Luego, incurablemente sincero ante la mirada de su esposa, añadió—: Es feliz, por ahora.

—¿Qué quieres decir Roberto?

—Hubiéramos tenido que ser menos confiados con este individuo —contestó—. A tontas y a locas hemos permitido a Kit que contrajera matrimonio en un país pagano donde cualquier hombre blanco parece un hombre de bien, mejor de lo que puede ser en realidad.

—¡Pero, Roberto, en cualquier parte del mundo Alberto sería una buena presa! —exclamó—. Además, insisto en que Kit parece feliz.

—Ella no es en ningún modo la esposa adecuada para él —dijo Tallant, con acusada tristeza—. A Kit le gustan los libros y la poesía; es una criatura delicada. Él, en cambio, ni siquiera mira los libros.

—Esto no tiene importancia en un matrimonio —replicó secamente ella, colocándose sobre su cabellera ondulada una redecilla color de rosa, que anudó debajo de su barbilla, mientras miraba a su esposo—. He de recordarte que yo también escribía versos cuando iba a la escuela pero dejé de hacerlo desde el día en que nos casamos. Además, no he sentido la menor necesidad de volver a escribirlos. Personalmente, creo que Alberto es el tipo de hombre adecuado para llevar un poco de realidad a la vida de Kit. ¿Sabes? Siempre me ha parecido que Kit estaba más bien un poco fuera de la realidad de la vida.

Su marido la miraba buscando las palabras para expresar lo que deseaba decirle. Tenía una inmensa necesidad del apoyo de su buen sentido; los principios de honor familiar de su mujer serían para él un guía instintivo. Pero su esposa era la última mujer con quien él podía hablar sin vergüenza de la conducta erótica de los hombres. A él no le importaban en absoluto las relaciones de Alberto con las mujeres, pero sabía muy bien que hablar de ellas ahora con su esposa significaba hacerle pensar, en cierto modo, que él, como hombre, estaba mezclado de una forma u otra en un asunto semejante.

La señora Tallant comprendió que su marido se hallaba ante un dilema.

—Vamos, Roberto —dijo con firmeza—, creo que podrías decirme sin rodeos qué es lo que ocurre.

—Tienes razón —asintió él—. El caso es que... En resumen, querida, el marido de Kit tiene un pasado, un pasado que, como siempre ocurre, le persigue. Esto, que no tendría la menor importancia si no hubiera hecho la conquista de esa dichosa montaña, al parecer la tiene mucho ahora que todos le consideran un superhombre.

Su mujer le miró con frialdad.

—Prosigue, te lo ruego, Roberto. —Y cruzó sus manos sobre la falda de su bata de seda color lavanda.

—Bien, el caso es que ya ha estado casado antes.

—¡Casado antes! —repitió ella con voz sofocada—. ¿Quieres decir que es bígamo?

—No, no se trata de esto —se apresuró a precisar su marido—. No hemos llegado a este punto. Pero alguien fue a Misty Falls cuando empezó el chismorreó sobre Alberto y allí ha habido quién, según se asegura, se ha ido de la lengua. El informador afirma haber visto a su primera mujer, una camarera o algo por el estilo.

—¿Reclama alguna cosa?

—No —dijo lentamente Tallant, mirando a su esposa—. Dada la condición de la primera esposa de Alberto, cabría sospechar que fuera una charlatana, pero no ha hablado. Cuando el periodista la interrogó, contestó que esto ya no le interesaba. Hasta pareció encontrar ultrajante la curiosidad del periodista. Pero, al parecer, corren unos rumores aunque muy vagos, de que Alberto se casó con esa mujer sólo por... obligación.

La Tallant le miró fijamente y él se ruborizó.

—¿Quieres decir que existe un hijo? —preguntó.

—No, no —se apresuró a contestar él. Y añadió—. El asunto no tuvo consecuencias.

—¿Así, que no hay hijos?

—Esto parece.

Ella pareció quedar aliviada.

—Sin duda alguna —dijo—, se trata de alguna maquinación, una habladuría. No consigo imaginar que una mujer no explote una situación como la de la presunta primera mujer de Alberto. Y hasta si es verdad, si ha habido un divorcio...

—Ha habido un divorcio —dijo en voz sorda Tallant—. Pero, mira, el demonio lo ha estropeado todo, pues recordarás que Alberto ha declarado a todos los periodistas que siempre había sido soltero.

Su mujer no supo qué decir y se quedó mirando al vacío. ¡Vaya una tontería la que había cometido Alberto, el joven sin mácula! ¡Una camarera... un matrimonio por obligación!

—Nadie peor que él —dijo finalmente— podía entrar a formar parte de nuestra familia. ¡Qué sórdido asunto...!

—Pero hubo matrimonio —observó Tallant—. Y esto, para la mayor parte de la gente, tiene un valor.

—Un sórdido matrimonio —replicó ella— y un sórdido divorcio.

—Un divorcio corriente conseguido en Reno —replicó con delicadeza su esposo.

—Cualquier divorcio es sórdido cuando pasa a dominio público —repuso la señora—. Y, además, es ahora un asunto feo cuando, como tú dices, nuestro yerno ha causado una inmejorable impresión, haciéndose pasar... ejem, por soltero y puro... ¿Y quién más ha visto a la mujer? —preguntó a continuación.

—No sé —contestó su marido.

—No es que a nosotros nos interese gran cosa —se apresuró a añadir ella—. Y Kit, ¿está enterada?

—Lo ignoro —contestó Tallant pensativo—, pero me parece que no.

—Estoy segura de que no sabe nada. No habría sido capaz de disimularlo. Me dijo una vez que la familia de él era... Me di cuenta de que no puede sufrir a aquella gente. Pero, muy acertadamente, ha dicho que muchas personalidades americanas descenden de familias como ésta. ¡Mira, por ejemplo, la mayoría de nuestros presidentes! No obstante, si hubiese habido alguna mancha en el marido de Kit, ella me lo habría dicho sin duda.

La señora Tallant se quedó unos momentos pensativa.

—Después de todo —dijo finalmente—, todos tenemos alguna cosa que nos conviene callar. —Siguió una pausa después de lo cual añadió—: Alberto gusta a todo el mundo.

—Esto creo —dijo su esposo.

Se miraron con una expresión de mutua comprensión y apoyo. Luego él desvió la mirada. Los dos pensaban en lo mismo. Una vez, hacía mucho tiempo, cuando eran todavía muy jóvenes, habían ido a ver a una famosa actriz francesa que trabajaba en una comedia. Esto había ocurrido durante su luna de miel en París, y él se había sentido insólitamente alegre, no porque estuviera en plena luna de miel sino porque estaba en París. En aquella época su experiencia en cuestión de mujeres no era muy grande, especialmente en lo que se relacionaba con la mujer que había convertido en su esposa. Se había expansionado hablando de cierta danzarina llamada Raquel, a la que habían visto actuar y había hecho un gran elogio a sus piernas. El resultado fue una crisis de llanto por parte de la graciosa y tenaz americanita, con quien apenas si había acabado de contraer matrimonio. La crisis duró un día entero en la habitación del hotel donde residían y acabó con el ruego de que regresaran inmediatamente a casa. Se reconciliaron decidiendo salir para Alemania. Sabían muy bien los dos que si hubiesen vuelto realmente a casa les habría resultado imposible explicar a sus respectivas familias lo que había ocurrido. Si bien pelearon durante su luna de miel, como rasgo característico de sus temperamentos, poseían, en cambio, una buena reserva de sentido práctico que acudía siempre en su ayuda.

El suceso había terminado allí. Sin embargo, al cabo de tantos años, aquel viejo recuerdo volvió a sus memorias. La señora Tallant se dijo que, de no haberse comportado de aquella manera, quién sabe dónde estaría en esos momentos... Tallant leyó este pensamiento en sus ojos y consiguió dominar un gesto de despecho.

—Roger Brame es el hombre que requiere esta situación —dijo.

—Yo también lo creo así —repuso ella.

Un alto muro rodeaba Glen Barry. Cuando cerraban la verja de la entrada, Kit

estaba segura de no ver a nadie. Delante de la verja se detenían muchos coches; sus ocupantes se apeaban y miraban por entre los barrotes, pero todo terminaba aquí. De la verja hasta la casa había una distancia de medio kilómetro. Lo único que no podían evitar era la vista de los aviones que aparecían a intervalos rozando las copas de los árboles. Era imposible evadirse de ellos, aunque la señora Tallant insistiese en que algo se podía hacer. Sea como fuere, Kit podía imaginar siempre que sólo se trataba de unos grandes pájaros. Además, aquellas visitas aéreas eran muy breves y Glen Barry quedaba de nuevo tranquilo y solitario, recuperando la querida soledad de la infancia de Kit.

De niña, por haber sido de una constitución más bien delicada (por cuyo motivo su madre no la había dejado regresar nunca a la ciudad antes de la entrada del invierno) había vivido largas semanas sola en Glen Barry, con la única compañía de una aya. En cuanto a su hermana Gail, no tardó en ser enviada a un pensionado de señoritas, donde siguió los cursos acostumbrados, necesitaba siempre de compañeros de su edad e imposible, además, de ser gobernada por ninguna aya.

—No te encierres siempre en ti misma, Kit —solía advertirle su madre, cuando, llegado el otoño, se despedía de ella en la terraza.

Se inclinaba y la besaba en las mejillas. Jamás había que añadir, como era necesario hacerlo con Gail:

—Y procura ser obediente con el aya.

Kit era una muchacha obediente.

Era obediente porque éste era el único modo de librarse de la gente. Obedecer representaba quedarse sola y, cuando estaba sola, era libre de hacer lo que quisiera. Glen Barry era el lugar donde la soledad representaba la ocupación más hermosa del mundo, los bosques, las corrientes, los caballos, las pistas, los senderos y los paseos por el campo tenían tanta belleza que los días resultaban siempre demasiado cortos. Durante los días de lluvia se podía recurrir a la biblioteca donde, al lado de los suyos, estaban todavía los libros del abuelo. No habrían bastado años de asidua lectura para leerlos todos. De este modo, Kit había aprendido a soñar con los libros y a escribir con fácil inspiración versos que siempre había guardado celosamente escondidos.

Sólo durante un breve período de tiempo la soledad le había resultado insoportable, y esto había ocurrido cuando Norman Linlay le confesó que había dejado de quererla. Entonces le pareció Glen Barry un lugar insoportable, y la soledad ya no era el cumplimiento de un deseo suyo, sino un destino de cautiverio. Por esto cuando su padre dijo un día que había de ir a China, ella sintió el deseo ardiente de acompañarlo. De no haberse ido, ¿qué habría sido de ella? Vivir esperando a Norman era una locura, y ella, además había perdido la esperanza. Ahora, sin embargo, apenas hubo puesto el pie en Glen Barry, comprendió que lo que más había echado de menos era aquella vieja soledad. El primer día, al despertarse,

sintió deseos de saltar de la cama y salir sola afuera.

Así lo hizo. Pero estaba casada y una mujer casada, no puede comportarse de este modo. Alberto, al despertarse, solo, en la habitación vacía, se lamentó:

—¿Por qué no me has llamado? —le preguntó cuando volvió unas horas más tarde, fresca por el aire matutino.

—Dormías —le contestó.

—Aseguraría que ni siquiera te has molestado en comprobarlo.

Era cierto. Había sentido el deseo de ir sola, y el sueño de Alberto le había servido para disculparse a sí misma. No obstante, no podía confesárselo. Empezaba a comprender que cuando una mujer se casa existe una serie de cosas que es mejor guardar para sí...

Su hermana Gail ya había enviado a los niños a la ciudad, pero ella se demoraba todavía en Glen Barry. De pronto, la tarde del tercer día, su marido apareció con el coche para conducirla a la ciudad.

—Gail se irá conmigo después de comer —dijo con calma a su suegra.

Gail contrajo un poco los labios, mirándolo de reojo y le volvió la espalda.

—Alberto —dijo luego con perversidad, volviéndose hacia su cuñado—, cuando vayas a la ciudad iremos a comer juntos tú y yo.

—Estupendo —repuso inmediatamente Alberto.

No llegaba a comprender todavía a Gail, y de no haber tenido con ella el parentesco que tenía, habría sabido comportarse con más soltura; pero una cuñada no era una mujer.

—El primer día —insistió Gail, mirando a su esposo con el rabillo del ojo.

—Estupendo —repuso inmediatamente Alberto.

Pensó que su cuñado Harvey debía de ser un tonto. Allí estaba, bebiendo su cóctel, con la mirada fija en su mujer y la bondadosa expresión de un perro que guardaba a su dueña.

Pero, después de la comida, Harvey se marchó en seguida, llevándosela consigo, tal como había dispuesto.

—Mandaré mañana a alguien a recoger tus cosas —habíale dicho.

Siguió un hermoso mes de noviembre y luego diciembre, con una fría lluvia. Una mañana, durante el desayuno la madre de Kit tuvo escalofríos y se lamentó a Smedley de que la casa era demasiado fría. Era tarde, y la escasa luz les había tenido adormecidos más de la cuenta.

—Creo que ya es hora de que regresemos a la ciudad —dijo bruscamente—. Ya es hora, ya es hora. La temporada de invierno ya ha empezado allí, y esta fina lluvia da fin al golf de tu padre. No existe ningún motivo para que permanezcamos más tiempo aquí. A menos que..., Dios mío, quizás es mejor que dejemos pasar el fin de semana.

—¿Puedo ayudarte en alguna cosa, mamá? —preguntó Kit.

—No —contestóle su madre—. La casa de Nueva York ya está preparada desde hace varias semanas. He retrasado sencillamente nuestro regreso. Enviaré a Smedley el lunes y nosotros nos marcharemos el martes.

Hablaban como si Alberto no estuviera presente. Éste era un hábito que habían contraído sin apenas darse cuenta. La señora Tallant, viéndole comer turrón de almendras, pensó: «Resulta realmente decorativo. De no ser así, ¿para qué otra cosa serviría?». Desde la noche en que su marido le había hecho aquella confidencia se había sentido siempre poseída de pequeños pensamientos malévolos con respecto a su yerno.

—¿Qué piensas hacer hoy, Alberto? —le preguntó bruscamente.

Él levantó la vista.

—Ni siquiera lo sé. Quizá me dedique un poco a mis sellos.

Había empezado a hacer colección de sellos. Brame había llegado a hacerle comprender que muchos sellos tenían un gran valor y, por fin, le pareció estúpido no coleccionarlos, ya que recibía tanta correspondencia de todos los rincones del mundo. Brame guardaba las cartas y él se reservaba los sellos.

—Si alguien pregunta por mí, estoy en la salita —dijo la señora Tallant. Lavó sus dedos en el aguamanil de cristal que Smedley le presentaba, y salió de la estancia.

Kit, al quedarse sola con Alberto, se apoyó sobre los codos, y le sonrió vagamente.—¿Dónde vas a ir a ordenar tus sellos? —le preguntó.

El rostro de Alberto se le aparecía indefinido, casi como una mancha confusa. Por un segundo ya no vio sus hermosos rasgos bajo los rubios cabellos.

—No sé —repuso él. Pero Kit tenía los oídos llenos de sus propios pensamientos, y no advirtió el tono de ligera impaciencia que había en su voz.—. Podría estar contigo en la biblioteca si no tienes otra cosa que hacer más que leer.

Ella se sintió presa de inquietud, luego se avergonzó. ¿Por qué esto? ¿Cómo podría haberla estorbado dedicándose tranquilamente a clasificar sus sellos en silencio, sobre una mesa? Sin embargo, ella jamás había sido capaz de leer con tranquilidad si no estaba sola en la biblioteca. Y Alberto que sabía permanecer tan quieto cuando se encontraba con otra gente, al estar solo con ella se dejaba oír por ciertos pequeños movimientos nerviosos, insistiendo —y ella se daba cuenta de ello — en atraer su atención sobre él. Era una costumbre que al principio le había parecido enternecedora y a la que ella no tardaba en corresponder. Producía una sensación de bienestar ver que alguien tenía necesidad de ella en aquella casa, donde ella, la más joven, jamás nadie le había pedido ayuda. Había algo conmovedor y a la vez divertido en la actitud de aquel muchachote que se inclinaba para que le hiciera la raya de los cabellos o le abrochase el cuello. Habitualmente ella se sometía a él, pero ese día se sentía sola. La profunda oscuridad de la tarde gris gravitaba como una

niebla entre ella y las cosas. La bondad del tiempo siempre había estado de acuerdo con su estado de ánimo. En los días sombríos no conseguía reanimarse hasta que las tinieblas lo envolvían todo y, cerradas las cortinas de su alcoba, ya no se presentaba a su vista la visión melancólica del paisaje. Aún así le molestaba oír el rumor del viento que dominaba cualquier voz humana. Su habitación se convertía entonces en refugio y renuncia a la vez.

En aquel instante advirtió que el rostro de Alberto no le parecía más próximo ni más suyo que otro cualquiera.

—¿Por qué no vas a la salita? —preguntó—. Te haré llevar allí los sellos y me quedaré un rato contigo.

—Perfectamente —asintió él con docilidad, mirando a través de la ventana.

La lluvia había comenzado a caer copiosamente y los últimos vestigios de luz morían sobre los árboles entre las hojas agitadas por el viento.

...Pero en cuanto estuvieron en la salita no le fue posible a Alberto permanecer mucho tiempo dedicado a su labor. Necesitaba hacer algo, moverse. No era aquel un día propicio para salir a dar un paseo a caballo. Sería mejor ir al gimnasio a hacer un poco de ejercicio con el punch.

—Me aburren hoy los sellos —exclamó de repente—. Siento necesidad de hacer un poco de ejercicio.

Se levantó de un salto. Le era insoportable permanecer sentado ni siquiera un momento más. No tenía nada que hacer y sí la impresión de sentirse como un caballo atado a un poste. La casa era tan tranquila... Si hubiese estado en la suya habría bajado al pueblo a jugar a los naipes. Pero ésta no era su casa. Se inclinó y besó a Kit en la mejilla.

—Hasta luego —dijo—. Quizás volveré dentro de un rato a verte...

Kit se dirigió a la biblioteca y se sintió gratamente invadida por la profunda quietud aterciopelada de los libros. Era una quietud penetrante, más intensa que la simple inmovilidad del cuerpo; era el silencio lleno de recónditos sentimientos, de meditación y de la poesía que emanaba de lo más hondo de su espíritu. Había dicho más de una vez que aquella estancia que su abuelo había hecho construir junto a la casa más sencilla de su bisabuelo, era la más bella estancia del mundo. Estaba toda forrada de madera de encina y envuelta en la penumbra; las luces estaban dispuestas de tal forma que sus rayos iluminaban directamente los libros. Las alfombras eran gruesas, mullidas y verdes como el musgo bajo los árboles del bosque. Un gran ventanal se abría frente a las montañas y los libros cubrían las paredes hasta el techo. Para Kit no existía el tiempo en aquella estancia; lo encerraba tras de sí al cerrar la enorme puerta de encina de la entrada. Nadie —lo sabía por larga experiencia— acudiría allí durante todo el día, salvo el domingo. En la biblioteca estaba segura de no ser molestada.

Se acurrucó en el mullido sillón junto a la ventana, y se quedó mirando afuera, hacia los senderos mojados. De pronto se sintió libre; todo se había desvanecido, excepto su lucha con sus pensamientos. Quedóse así absorta por espacio de varias horas, entregada a su propia tristeza nacida de sus mismos sentimientos, hasta que por fin, empezaron a brotar de su alma palabras rimadas: dos versos, luego otros, y otros más. El fenómeno se acentuó, se extendió. ¿Había terminado ya? Ni siquiera ella lo sabía. Sólo de una cosa estaba segura: se sentía aliviada e invadida por una desconocida paz. Se apartó de la ventana como un pájaro en un valle sin vientos.

Dormía desde hacía largo rato, o así le pareció por lo menos, cuando la puerta se abrió y oyó la voz de su madre que la llamaba con una aspereza que la despabiló instantáneamente.

—Kit, volvemos inmediatamente a la ciudad. He cambiado de parecer.

Abrió los ojos y se incorporó sobre su asiento. El rostro de su madre reflejaba una gran turbación a pesar de que su cuello veíanse unas manchas rojas.

—¿Regresamos ahora? —preguntó.

—En cuanto terminemos de comer.

—¿Ha ocurrido algo?

—No —se apresuró a contestar su madre—. No estará de más que subas a prepararte.

La puerta se cerró. Kit comprendió que su madre había mentido. Era preciso encontrar a Alberto. Algo había ocurrido.

Lo encontró tendido sobre el diván de su habitación, mirando por la ventana, con las manos cruzadas sobre su nuca. Kit observó que seguía lloviendo.

—¡Alberto! —exclamó.

Él volvió hacia ella sus ojos amorosamente.

—Creo que tu madre ha descubierto que soy un... —comenzó diciendo.

—Mi madre sólo me ha dicho que regresamos inmediatamente a la ciudad. Nada más —dijo Kit mirándolo aturdida.

—¿Ni una palabra más? —preguntó él.

—No. Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Nada —repuso Alberto con voz sorda—. Salvo que hemos discutido, una especie de...

—Pero, Alberto...

Él se incorporó y alisó sus cabellos.

—¡Cielos, estoy harto de no hacer nada!

Kit se quedó mirándole, consciente de que algo había cambiado en él.

—Creo que tienes razón —dijo quedamente. Algo había sucedido, pero él no diría nada. Kit sintió que su orgullo se rebelaba y no preguntó nada más.

La señora Tallant, en su dormitorio de la casa de la ciudad tapizado de tafetán, explicaba a su esposo las razones que le habían impulsado a abandonar a toda prisa Glen Barry.

—Naturalmente —dijo—, he despedido en el acto a la muchacha. —Las manchas rojas habían aparecido de nuevo sobre su cuello: las veía en el espejo ante el cual estaba sentada, peinándose para la comida. Aquellas manchas indicaban que la presión sanguínea había aumentado, y el médico le había puesto en guardia contra este fenómeno—. La muchacha está en... —y nombró la localidad— y la hice acompañar inmediatamente hasta la puerta de su casa. Dice que su padre es carpintero. ¡Qué desagradable! Me ha resultado imposible permanecer una hora más en Glen Barry.

—¿No estaba haciendo acaso... algo en particular? —preguntó Tallant, después de una pequeña pausa.

Sostenía en la mano una copia de los textos de propaganda que Brame se proponía publicar en la Prensa de la mañana. Apenas su esposa le hubo telefoneado, anunciándole su regreso a la ciudad, telefoneó a Brame. Cuando la gente se enterase de que Alberto había llegado a Nueva York, las invitaciones lloverían a montones. ¡Adiós entonces a la esperanza de vivir tranquilos! Pero, si esto había de ocurrir, era mejor que sucediera de una forma regulada, con oportunas gacetillas. Ya se había molestado bastante sin aquel ruidoso suplemento sobre Alberto... Sin atreverse a confesarlo decíase para sus adentros que su mujer había dado una excesiva importancia a lo ocurrido y, al fin y al cabo, hasta un hombre felizmente casado como él, y padre de dos hermosas muchachas, podía aún tomarse la libertad de recrearse la vista contemplando a una muchacha bonita.

—¿No entiendo lo que quieres decir con esto de... algo de particular! —exclamó su mujer—. Alberto no hubiese tenido que hacer nada en absoluto, si esto es lo que quieres decir. Tan sólo doy gracias al azar que ha hecho que sea yo, y no Kit, la que los haya sorprendido.

—¿Dónde estaban?

—En el pequeño y sombrío pasadizo que conduce al gimnasio. Siempre he dicho que estaba demasiado oscuro. Él llevaba los pantalones cortos y ella había ido a... limpiar, según dijo. Yo bajé para revisar el funcionamiento del tubo de desagüe de la piscina interna, que no iba muy bien. Naturalmente, ellos no me esperaban; ni yo esperaba encontrármelos en aquel lugar, por cierto.

A Tallant le pareció inútil pedir más pormenores.

—Me pregunto —añadió su esposa, obedeciendo a su pensamiento— si es justo que no digamos nada a nuestra hija. —Luego, volviéndose directamente hacia su esposo, dijo—: Si creyese que Alberto es realmente malo, te juro que no vacilaría un momento en hablarle sin rodeos; pero opino que es un pobre de espíritu, ni más ni

menos. Y ella, ¡tan buena! Si se tratase de Gail dejaría que ella sola desembrollara sus asuntos. Pero ¿cómo dejar a Kit sola frente a un caso como éste? No tiene la menor experiencia sobre los hombres. Y nadie me quita de la cabeza que lo que este individuo necesita es una ocupación. Si pudiéramos encontrarle alguna... ¿No podrías emplearlo en el banco?

—No —repuso Tallant con energía—. No puedo, y deseo que no se añada nada más a este capítulo, querida. No tengo la intención de hacer nepotismo. Es un muchacho de una ignorancia completa, y mi último pensamiento será aceptarlo conmigo en el banco. Precisamente porque se ha convertido en héroe nacional de los Estados Unidos, no sirve para otra cosa que para hacer de héroe...

Su esposa le miró y suspiró con una expresión de desespero en sus ojos.

—¿Y qué vamos a hacer con él? —preguntó.

—Cuidaremos de su publicidad del mejor modo posible —repuso con amargura el banquero.

—¿Y Kit?

—Para ella también servirá este consejo: cuidar de su publicidad —repitió—. Pero no decir nada.

Sacó del bolsillo su estilográfica y escribió «Está bien» sobre la copia que tenía en la mano. Tocó la campanilla y apareció una vieja camarera a quien entregó el sobre.

—Haga llegar inmediatamente este sobre al señor Roger Brame —exclamó.

—Bien —dijo la señora Tallant—. No engañaríamos tan fácilmente a Gail. Se parece demasiado a mí.

Gail miró a su esposo sentado al otro extremo de la mesa, donde estaba servido el desayuno. Sus claros ojos color de avellana centelleaban con picardía. Su marido había pensado que muchas veces los ojos de Gail parecían cubiertos por escamas luminosas. Él los contemplaba, pero conocía a su Gail.

—¿Qué piensas hacer para el almuerzo? —preguntó.

Ella alzó los ojos de la taza que había acercado a sus labios.

—¿No recuerdas? Hoy es el primer día de Alberto en la ciudad. Estamos comprometidos para almorzar juntos.

—Ve con cuidado, Gail —dijo él quedamente. Ella dejó su taza y lo miró con una sorpresa demasiado marcada—. Tú eres una bebida demasiado fuerte para un hombre que resiste mal el alcohol como Alberto— continuó impasible.

Su rostro tenía la virtud de la imperturbabilidad, y ni la misma Gail conseguía penetrarlo.

«Un día u otro —le había dicho en una ocasión— me dedicaré a rajarte tu rostro como los melones, para ver qué es lo que hay dentro».

—¿Yo? —preguntó ahora, con demasiada inocencia.

—Tú —le respondió él.

No se preocupaba en absoluto de la libertad de su esposa. Antes de formalizar su noviazgo, había visto y decidido con precisión la propia línea de conducta con respecto a Gail: mano firme sosteniendo las riendas. Gail tenía que saber que él había de conocer todos sus pasos; pero su inexorabilidad no iba más allá de cierto límite. Gail podía comer con cualquier hombre que le agradase, pero a las horas de las comidas tenía que estar con su marido. Podía conceder una docena de bailes, pero era él, su esposo, el que la conducía al baile y volvía a acompañarla a casa. Toda la vivacidad que él reconocía en suma como de orden vital, había de manifestarse y expansionarse exclusivamente sobre el sólido terreno del hogar y del matrimonio. Ya antes de casarse con ella se había dedicado a convencerla de que necesitaba, como reactivo, el contraste de la estabilidad matrimonial. Él sabía que, de las dos hermanas, Gail era la que vivía más sujeta a las convenciones sociales. Con todas sus exuberancias, en lo íntimo de su ser era dócil y se sentía dichosa de ser fiscalizada... En cambio, Kit... Kit pertenecía a esa clase de criaturas que venden su alma por gusto, pero que naufragan por completo el día que pierden el dominio de sí mismas. Había algo inestable en Kit..., la inestabilidad de un alma demasiado sensible para soportar hasta las propias decisiones.

—¿Por qué? —preguntó maliciosamente Gail con los codos sobre la mesa y la barbilla graciosamente apoyada sobre las manos entrelazadas. Miró a su marido bajo sus largas pestañas doradas—. No pensarás acaso que yo...

—No pienso nada, naturalmente —repuso él—. Veo que mariposeas con todos mis amigos, pero he de decirte que ya están acostumbrados a ello. Alberto, en cambio, no lo está. Bajo el calor comienza a derretirse.

Ella estalló en una alegre carcajada, se levantó, se acercó a él y revolvió sus lisos cabellos color de arena.

—Me gustas —declaró—. Y no comprendo por qué, pues en cuestión de belleza estás muy por debajo de Alberto Holm.

—Es porque yo sé leer en tus ojos —repuso él.

Le cogió la mano y la besó con calma aparente. Pero Gail, aun cuando estaba acostumbrada a su marido, no pudo contener un ligero estremecimiento de admiración. Él sabía leer en sus ojos... En cambio ella no sabía leer nunca en los suyos, aun cuando estaba ejercitada en penetrar los pensamientos de los hombres y las mujeres. Antes de casarse con Harvey, ella había vencido a todos con su inteligencia y su perspicacia. Él, en cambio, jamás le había dicho una sola palabra sobre su persona antes de su matrimonio, y seguiría sin decirle nada, mientras Gail descubría, llena de sorpresa, que más tarde o más temprano ella acababa contándole sus cosas con todos sus pormenores.

Ahora, apoyada sobre el brazo de su butaca, exclamó con humorística tristeza:

—¡Qué lástima que Alberto sea el esposo de Kit! Habría resultado divertido...

—...Bromear un poco con un héroe público —concluyó él. Dobló su servilleta, empujó suavemente a su esposa y se levantó—. Pero en este caso, querida, sería muy torpe por tu parte bromear con tu cuñado. Parentesco demasiado cercano... demasiado «casa Tallant», por no decir a tu propia casa.

Gail suspiró y ofreció sus labios para un beso.

—¿Qué tal sigue el resfriado de Alfredito? —preguntó él.

—No he ido a verle —confesó Gail—, pero la niñera no ha...

—Sube inmediatamente a verle antes de que me marche, ¡vamos! —ordenóle imperturbable.

Gail no era un modelo de madres, pero a él le interesaba ante todo, que fuera su mujer. De los chicos ya se preocupaba él cuando hacía falta.

Ella obedeció, demorándose un instante en el umbral para hacerle una mueca.

—Me pregunto de qué me sirve madrugar cada mañana para desayunar contigo —observó—. No conozco a ninguna mujer que haga otro tanto con su marido.

Él sonrió ligeramente sin contestar. Entre los dos existía un lazo de pasión absolutamente recíproca; de esto él estaba muy seguro. Sabía, y también que Gail no lo ignoraba, que ningún hombre del mundo habría sido capaz de satisfacerla mejor que él. Él penetraba hasta el fondo de sus venas. Ahora la contempló, orgulloso de ella y de sí mismo.

Apenas Gail desapareció en dirección al cuarto de los niños, él salió al vestíbulo y cogió su abrigo. Uno de sus motivos de orgullo era su sentido práctico. Y, desde luego, la única base práctica del matrimonio era la completa reciprocidad. Él poseía a Gail hasta en lo más íntimo de su ser y ella lo sabía.

—¡Gail! —llamó.

—Se encuentra mucho mejor —repuso ella apareciendo en la escalera.

La miró, Gail representaba para él la belleza perfecta. Cada línea de su cuerpo gracioso y esbelto le gustaba. No podía sufrir las mujeres gruesas, pues la grasa había sido siempre su enemigo mortal. Esperó que ella se acercase. La atmósfera entre ambos se hizo más cálida. Él se dio cuenta de ello, y ella también; estaba seguro. Cuando la tuvo delante la atrajo hacia sí y la besó largamente. Gail no pronunció una sola palabra y se abandonó a él. Pero Harvey se apartó de ella.

—No conozco a otra mujer en el mundo —dijo— capaz de inducir a su propio marido a hacerle el amor inmediatamente después del desayuno.

Gail le sonrió.

—Escandaloso, ¿verdad? —afirmó.

Él no insistió. Gail era capaz de aprovecharse de cualquier cosa para tomarle el pelo.

—He de ir al despacho —dijo.

La besó ligeramente sobre los labios, y se fue.

Apenas hubo salido, Gail se dirigió al teléfono y llamó a casa de su madre.

—El señor Holm, por favor —dijo a la camarera que le contestó. Y cuando la voz ansiosa de Alberto sonó en su oído, se apresuró a decirle—: Alberto, me es imposible ir a comer contigo, como habíamos quedado. Lo había olvidado y tengo otro compromiso.

Se sintió satisfecha al oír la protesta de él, al otro lado del hilo:

—Pero, Gail...

¡Qué fácil le resultaba a una mujer hermosa suscitar tales sentimientos!

—No, mañana tampoco es posible. Almorzaremos los cuatro juntos, la semana próxima, tú, Kit, Harvey y yo. Cualquier día de la semana.

Y colgó el auricular. ¡Pobre Kit! Con un destello áureo en sus ojos de tigresa dio unas vueltas por la habitación inundada de luz.

...Alberto, al oír colgar el auricular, se sintió de nuevo poseído por el acostumbrado sentimiento de melancolía que lo embargaba. He aquí un día malogrado, uno de esos días vacíos como los que había vivido a veces de niño cuando su padre faltaba alguna vez a su promesa de llevarlo al pueblo. Resultaba extraño cómo aquella dinámica Gail hacía parecer tranquila por contraste, a Kit. Demasiado, demasiado tranquila era Kit, a pesar de que él le hubiese dicho en una ocasión que hasta su temperamento tranquilo le agradaba. Seguramente Kit estaba ahora en la biblioteca sumida en la lectura de algún libro. Tuvo la intención de ir a su encuentro, pero de repente se dijo que ella levantaría del libro aquellos ojos suyos perdidos en la lejanía... Cuando él deseaba que Kit le acompañase a una parte, o hiciera algo, ella contestaba invariablemente: «Desde luego, desde luego»; pero se comprendía perfectamente que en realidad no era este su deseo. Y Alberto sentía el afán de hacer algo por su cuenta, pero con alguien que participara de lo que hacía. Gail —y se consideraba dispuesto a apostar— habría estado resuelta a hacer cualquier cosa.

Se dirigió hacia el comedor. Abrió el aparador y encontró una jarra vacía. Sonó largo rato la campanilla imperiosamente, y apareció Smedley como proyectado por un resorte, poniéndose rápidamente la chaqueta y con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué diablos le ocurre para que me mire usted de este modo? —le preguntó Alberto.

—Nada, nada, señor, le ruego me perdone —se apresuró a contestar el mayordomo—. Lo que ocurre es que nadie llama así, salvo el señor Tallant, que a esta hora está en el banco.

—Tráigame un poco de aquella bebida que tomamos anoche —le ordenó Alberto.

—No está en este aparador, señor —repuso Smedley con premura febril.

—En éste o en otro, poco me importa —replicó Alberto—. Vamos, apresúrese.

Al poco rato Smedley compareció con una botella que llevaba la etiqueta dorada y le sirvió una copita de licor.

—Es muy fuerte, señor —observó con cautela.

—Sírvame otra —pidió Alberto—. Yo mismo cuido de mi persona. Es mi lema, y me lo repetía cuando escalé aquella montaña. Smedley, alguna vez me digo que hubiera sido mejor no haber ido allí.

—¡Señor!

La voz de Smedley parecía atónita.

—Así es —repitió Alberto—. Por ejemplo, aquí me tiene vestido de punta en blanco... y no sé dónde ir. Porque no resultan muy divertidas estas reuniones familiares de aquí, ¿verdad, Smedley?

Smedley tosió discretamente llevándose la mano a la boca, rumiando para sí sobre su actitud en el caso de que Alberto le pidiese un tercer vaso del mejor whisky del señor Tallant. Era una lástima que el muchacho no tolerase mejor el licor; el señor Tallant le llevaba en esto una gran ventaja; nada conseguía derribarlo. Además, estaba acostumbrado a beber.

—Smedley —comenzó diciendo Alberto—, si estuviese usted en mi lugar; es decir, si se encontrase en mi pellejo y hubiese tenido el plan de salir con una señora que a última hora le dijera que no podía acudir a la cita, ¿cómo ocuparía su tiempo?

Smedley tosió de nuevo. «Caso complicado», pensó. Pero el muchacho era decididamente simpático.

—Lástima que no hubiera sido para esta noche, señor —observó—. Hay un excelente match de boxeo en cierto lugar que conozco.

—¿De veras? —preguntó Alberto con entusiasmo—. ¡Vayamos juntos, viejo!... No hay un solo perro con quien pueda ir a algún espectáculo en la ciudad. ¿Comprende lo que quiero decir?... Un verdadero hombre...

—¿Alude usted a ir de incógnito, por así decirlo, señor? —preguntó Smedley, obedeciendo a un íntimo pensamiento.

¿Por qué no podía ir con Alberto? ¿Acaso no se había vanagloriado de conocer personalmente al héroe? La única persona que le imponía respeto era la dueña de la casa, pero si lo ignoraba, no podría decir nada.

—Esta noche ha de asistir como huésped de honor al banquete que da el Círculo Alpino —le recordó a Alberto Holm.

—¡Qué más da! Abandonaré temprano la compañía —dijo Alberto lleno de emoción—. ¡Vamos! ¡No me he tomado un poco de libertad desde el día que rompí las relaciones con el viejo Fessaday!

Sentía la necesidad de liberarse, de salir por su cuenta, de mezclarse entre la gente de su clase. A menudo, mientras Smedley servía la mesa, había pensado que éste

debía de ser un buen elemento... y que, además, debía tener más conchas que un galápago.

—De acuerdo, señor —dijo Smedley después de una breve reflexión—. Ahora le anotaré la dirección. —Sacó de su bolsillo un bloc y un lápiz, escribió algo sobre una hoja y se la entregó a Alberto—. Me encontrará allí a las diez y cuarto —dijo.

—¡Muy bien! —exclamó Alberto, y le golpeó con tanto vigor la espalda que poco faltó para que la botella le cayera de la mano, Smedley no dijo nada. Al fin y al cabo era algo poder salir con Alberto Holm, y los clientes de aquel local tenían el mismo derecho que los demás a ver al héroe.

En lo posible trató de restablecer el equilibrio comportándose durante el resto del día con extremada ceremonia como si Alberto fuera un príncipe, y fingiendo no darse cuenta del guiño que éste le dedicó mientras servía la ensalada durante la comida. Al fracasar su cita con Gail, Alberto se vio obligado a comer en casa, en compañía de Kit y la señora Tallant.

—¡Alberto! —exclamó Kit con dulce reproche—. ¿Dónde has estado? —Asombrada se incorporó sobre su lecho. Él, de pie en el umbral de la puerta que separaba sus dos habitaciones, le sonreía. Ella saltó de la cama, y se acercó a él—. Pero... pero ¡si tienes fiebre! —exclamó.

—Mucha... fiebre —asintió él con melancolía. La miró con ojos embobados, mientras ella se acercaba—. Quiero acostarme —dijo a continuación. Se volvió y se dejó caer sobre la cama. Luego se incorporó de repente—. Vete, Kit —ordenó—. Me encuentro mal... y quiero estar solo.

Kit salió corriendo de la habitación para llamar a su madre. Pero afuera encontró a Smedley, que parecía estar esperándola.

—No se le ocurrirá ir a llamar a la señora, ¿verdad? —preguntó.

—¡Precisamente voy en su busca! —repuso Kit, todavía asombrada—. ¿Cómo lo sabe?

—No la llame, señorita —insistió Smedley—. Su marido se pondrá bien en seguida. Se ha excedido un poco en la comida... tomando algo más de lo justo; Se encontrará bien en cuanto... Perdone, señorita, pero tiene el estómago revuelto.

Oyeron a Alberto en el baño, haciendo violentos esfuerzos.

—Será mejor que entre yo —dijo con dulzura Smedley.

Kit, llena de dudas, volvió a su habitación. Al cabo de un rato, cuando se hizo de nuevo el silencio, se asomó al cuarto de Alberto. Le vio tendido sobre la cama, al parecer dormido, con Smedley junto a él.

—¿Está mejor? —preguntó.

—Todo marcha bien, señorita —fue la respuesta. Luego Smedley añadió—: Ahora necesita dormir. —Tosió suavemente—. Es un muchacho realmente animoso, señorita, un temperamento que no sabe nunca cuándo ha de dominarse —dijo.

Miraron a Alberto, ambos inclinados sobre él. Cuando dormía, su rostro se volvía infantil. Las mejillas aparecían más lisas, y sus labios sobresalían. Imposible no sentirse enternecido al verlo tan joven.

—Es extraordinariamente simpático, señorita —dijo Smedley, sonriendo... Después de todo, la conocía desde niña.

Kit, al quedarse sola con Alberto, le tocó la frente. Su rostro que antes aparecía congestionado, estaba ahora casi pálido y húmedo al tacto. Quizá tenía frío; Kit lo cubrió mejor con el edredón, dulcemente, para no despertarlo. Pero él ya estaba entregado a un profundísimo sueño.

Se sentó al borde del lecho y se puso a observarlo. Durante toda la noche había sentido cierto deseo de él; efecto de la música. Había ido con sus padres a una representación de Tristán e Isolda, y la ópera la había trastornado con su melodía. Hubiera deseado tener a Alberto a su lado, aunque sabía que a él no le gustaba la música. Pero aquella ópera era algo más que música..., era un símbolo... Alberto había ido al banquete del Círculo Alpino, y ella había tenido presente su imagen durante toda la noche. Él había aprendido a llevar el traje de etiqueta con perfecta desenvoltura, y aquella noche, vestido así le había parecido extraordinariamente hermoso. El traje de etiqueta le favorecía muchísimo, como a todos los hombres altos y rubios. Aquella noche se había divertido...; siempre resultaba simpático a los hombres. Así Kit, sentada en su butaca del teatro, tranquila respecto a él, se había dejado transportar cada vez más profundamente por la música, y al finalizar el espectáculo había regresado a casa en un silencio casi sepulcral. Besó a sus padres, deseándoles las buenas noches, y se dirigió a su habitación. En algún momento tuvo la impresión de que sus padres estaban aquellos días más afectuosos que de costumbre. Era casi como cuando de niña sufría alguna contrariedad. Pero ahora no existían contrariedades. Se había desnudado, tomado un baño, y acostado esperando el regreso de Alberto.

Estaba ahora sentada, acurrucada a sus pies, a un extremo del lecho, evocando la música que había escuchado. Los amantes habían encontrado en el amor lo que todos perseguían. Cuando el amor llegaba, cesaban todos los problemas y la vida cobraba su aspecto definitivo. Con el amor el horizonte aparecía despejado. Esto decía el refrán.

En realidad, no se ve nunca claro. Y Kit veía ahora menos que nunca. Lo que nadie dice es que después del matrimonio la confusión aumenta. ¿Qué sentido tenía, por ejemplo, la vida que Kit llevaba con Alberto? Él no sabía mejor que ella qué es lo que debían hacer. Estaba aún más desorientado porque no sentía la incapacidad que ella sentía. Si hubiesen sido pobres y se hubiera visto obligado a trabajar para vivir, el trabajo habría sido, por lo menos una necesidad, ¿qué es lo que poseían? El amor no constituía un fin, una conclusión. El amor era únicamente un estado del ser humano,

un modo de existir: y podía no tener tal vez ningún significado. Alberto la amaba, pero con un amor que no constituía para ella ninguna orientación.

Permaneció largo rato en silencio. Oía la respiración de Alberto dormido y, en la lejanía, la voz de Tristán.

Gail, por encima de los anchos hombros de Harvey, bailando con su marido en la recepción que habían dado en honor de Kit, observaba el espectáculo de Alberto Holm víctima de un creciente estado de embriaguez. Ahora que Harvey había puesto el veto sobre Alberto, lo observaba, todo lo más, con un solo vago sentimiento de curiosidad. Era una lástima que Kit no lo vigilara bastante para frenarlo a tiempo en el camino de la intoxicación. Ésta era la tercera vez que ocurría en un mes. La primera había sido en casa de Whitefield y la otra en casa de los Van der Meer. La situación había sido embarazosa. Alberto no resistía el alcohol y no se daba cuenta de cuándo era conveniente cesar de beber.

Gail observó ahora el inevitable efecto que la bebida producía en él. No le hacía cometer ninguna grosería ni armar escándalo alguno, sólo suscitaba en él una picardía infantil que se manifestaba dando tirones de pelo a las mujeres, o divirtiéndose en desabrochar los tirantes que sostenían los escotados trajes de noche. Si las señoritas estaban también algo ebrias, estallaban en sonoras carcajadas. Pero casi siempre, hasta las más jóvenes, al hallarse perfectamente serenas, se limitaban a apartarse de él y a lanzarle una réplica con jovial indulgencia. Al fin y al cabo, hiciese lo que hiciese, él siempre era Alberto Holm.

—Si estuviésemos en un local nocturno —murmuró Gail al oído de su esposo— no me atrevería a levantar un dedo. Pero en nuestra casa. ¿No te parece que sería conveniente que hiciéramos que se retirase de una forma u otra?

Alberto bailaba con Rita Blakeslee, una joven apenas salida del colegio. Pataleaban como dos potros, completamente locos pero sin que ninguno de los dos diera importancia alguna a ello. La dueña de la casa se había limitado a invitar a un íntimo círculo de gente moderna. No obstante, Alberto no podía hacer naturalmente lo que a otros hombres era permitido, dados los comentarios que comenzaban a circular sobre él. Pese a la labor de Roger Brame, se murmuraba, por ejemplo, que la semana anterior, en una fiesta en que se sirvieron abundantes licores, él había vaciado un vaso de agua helada en la espalda, de la anfitriona. Otros aseguraban que Alberto Holm, completamente ebrio, gustaba de hacer su aparición en lugares extraños y vulgares, a altas horas de la madrugada.

—No recuerda nada —dijo Kit, llena de angustia, al día siguiente del episodio del vaso de agua.

Naturalmente, algunos se habían reído; pero no precisamente los que interesaba. Gail misma, a pesar de su ostentoso desprecio por el conservadurismo y por los que denominaba «la vieja guardia», sabía que sus ademanes despreocupados le eran sólo

tolerados por ser la esposa de un hombre como Harvey. De otro modo...

—¿Dónde está Kit? —preguntó Harvey algo irritado—. ¿Por qué no lo vigila?

—Está bailando con alguien —repuso Gail—. Además Kit es la última persona que se da cuenta, si no se lo dicen. ¡Esta chica parece estar siempre en las nubes!

En aquel preciso instante encontró la mirada de Kit y le hizo una ligera seña con la cabeza señalando a Alberto.

Kit comprendió en seguida. Naturalmente, no debía demostrar que se había dado cuenta de que Alberto se encontraba en aquel estado. Pero un sentimiento de espantosa impotencia —ahora ya latente en ella— la invadió por completo. ¿Qué haría si Alberto se entregaba a la bebida, como había hecho un tío suyo? Pero no era el mismo asunto. El tío Enrique había sabido beber con inteligencia, decidiendo muy fríamente emborracharse un par de veces al mes. Alberto, en cambio, se entregaba al alcohol sin comprender bien qué era lo que hacía. ¿Y qué se podía hacer con un hombre que nunca se daba cuenta de lo que estaba haciendo?

Apenas terminó aquel baile, Kit se dirigió hacia Alberto, pasando por entre los grupos de los invitados. Lo encontró solo algo vacilante, junto a una ventana.

—¿Alberto, querrías acompañarme a la terraza? —le suplicó—. Me da vueltas la cabeza.

Él la miró con gravedad, con ojos algo encendidos.

—¿No has bailado demasiado, Kit? —preguntó.

Ella sonrió, lo cogió por un brazo y lo condujo hacia la puerta. Afuera, bajo la fría y clara noche invernal, Alberto comprendería mejor lo que estaba haciendo. Kit abrió la puerta de cristales, salió a la terraza y Alberto la siguió hasta la balaustrada. Detrás de ellos quedaba la hermosa risa de Gail, llena de luz, de flores y de calor.

Miraron hacia abajo, hacia el Parque Central, hacia las miríadas de luces de la ciudad. La atmósfera sin viento estaba helada. Era como una de las incomparables noches de Nueva York.

—¡Bah! —murmuró Alberto, reaccionando bajo el aire frío—, hay algo en todo esto que me recuerda la cima de aquella montaña...

—¡Oh, Alberto! ¿Qué es? —preguntó Kit.

Inútil decirle en aquel instante la locura que cometía bebiendo de ese modo. Kit, además, evitaba instintivamente pensar en la deplorable figura que tenía cuando había bebido. En una época en que una gran parte de los individuos de su generación aceptaban la embriaguez como un inevitable accidente ocasional, parecía hasta falso decirle que ella detestaba aquel vicio. Sin contar que sabía muy bien que Alberto era víctima de él porque no tenía ninguna ocupación en que emplear su tiempo. Sin embargo, cuando hablaba con su madre de la casa que habían proyectado y de un lugar donde poder vivir con más tranquilidad que en Nueva York, la señora Tallant contestaba invariablemente:

—Todavía no, querida Kit, no es ahora el momento, precisamente cuando el señor Brame está organizando, para el bien de tu esposo, su publicidad. Este invierno, tanto tú como Alberto debéis dedicarlo al público. El interés público no durará, además, mucho tiempo: nada dura, lo sabes muy bien, querida. Lo que importa es que este interés concluya dignamente... quiero decir para nosotros, querida...

—Parece el cielo —dijo ahora Alberto sobre la terraza levantando los ojos—. ¡Qué grande es! ¿O quizá son los rascacielos? Tienen un poco el aspecto de montañas, ¿no te parece?

—Es cierto —murmuró ella.

Era fácil imaginar, mirando a su alrededor, hacia las cúpulas de las torres, que éstas eran peñascos de alguna cadena alpina. A la altura en que se encontraba —el piso trigésimo— la tierra parecía ahondarse en un valle. Kit se quedó por unos momentos embelesada. ¡Si Alberto y ella pudiesen marchar, ir hacia las montañas!

—Estos licores que sirve Gail son muy fuertes —dijo Alberto, con desagrado—. Confío en que no me harán daño. Me da la impresión de estar algo ebrio.

Kit volvió en sí de su fantasía.

—¿Por qué bebes tanto? —preguntó con humildad.

—No sé —repuso él, ausente.

Contemplaron en silencio la ciudad.

—Tengo la impresión —dijo él por fin lentamente— de que sería mejor partir... irnos de aquí.

—¡Oh, sí, Alberto!

—Me gustaría volver donde estaba antes de que diera comienzo mi aventura.

—¡Me sentiría tan dichosa de poder irme contigo, Alberto! —dijo ella.

¿Y por qué no? Quizás allá arriba, sobre las montañas que él amaba, Kit encontraría a Alberto, el hombre con quien se había casado. No lo había encontrado en otro lugar. ¿Por qué no marchar, abandonar aquella existencia? La tierra estaba llena de una libertad de la cual no participaban allí. Vivían su vida en medio de un vértigo de gente, recepciones y entrevistas, entre un banquete y el asalto de los fotógrafos; todo, desde luego, muy bien fiscalizado y dirigido por Robert Brame, pero... No hacían nada sin él, sin el Domador de Leones, como lo llamaba Gail, burlándose de él. Pero lo que Brame domaba realmente era la muchedumbre. Kit veía siempre interpuesta entre ellos y la muchedumbre su escuálida figura de hombre práctico. Mientras estuviera Brame para entretener al público, estaban tranquilos. Cada invitación era severamente fiscalizada antes de ser aceptada o no.

Y, no obstante, era una esclavitud. Los días estaban regulados hora por hora, desde el desayuno hasta medianoche. En medio del lujo y de las comodidades, vivían esclavos de Roger Brame. No, no de Roger Brame, sino del superhéroe Alberto Holm. Modelado por el sagaz agente, Alberto Holm comenzaba a asumir la inmensa

potencialidad del héroe popular que gracias a sus preciosos dones empezaba a ser algo más que la efímera figura del momento. Kit conocía a la figura presentada por los periódicos. Alberto Holm era un hombre amante del hogar, su adhesión a la tranquila y más bien frágil esposa, era bella y noble. Por todas partes se les veía siempre juntos. Siempre que su alta figura aparecía retratada en algún periódico, la imagen de ella, algo tímida, le sonreía al lado. Contemplando los dos rostros, Kit pensaba con una especie de sorpresa: «Parecen realmente felices».

Y pensaba que podían serlo en realidad si hubiesen podido únicamente quedarse solos. Pero no estaban nunca solos, ni lo habían estado nunca. Y de no haber sido por Brame, este destino suyo les habría hundido. El público andaba siempre a la caza de ellos, les aguardaba ante todas las puertas, solicitaban autógrafos para sus álbumes, o sobre algún trozo de tarjeta, ofreciendo ellos mismos el lápiz. Los muchachos subían en el estribo del coche, cuando las señales luminosas les obligaban a detenerse, e insistían con voz ronca ante la portezuela:

—Anda, Alberto, danos tu autógrafo... No te cuesta nada, va.

Pero Brame le había aconsejado que no firmara nada. Nadie podía saber jamás lo que se podía escribir sobre una firma.

Todo aquello había acabado por hacerse intolerablemente fastidioso. Lo que en un tiempo había parecido divertido, y hasta enternecedor —pensaba Kit evocando los millares de rostros de la muchedumbre— se había convertido ahora en un insoportable descaro: las atenciones demasiado pegajosas de unos extraños a quienes aún pertenecía con Alberto.

De pronto, ante su gran asombro, Alberto se echó a llorar sobre su hombro.

—¡Alberto! —exclamó—. Pero ¿qué te ocurre querido?

—¡Pareces tan triste! —sollozó él—. Y es porque yo no soy digno de ti... ¡Soy una podredumbre!

—¡No es verdad! —exclamó ella abrazándolo—. ¡Piensa en toda la gente que te admira!

—No conocen nada de mí —sollozó todavía él—. Tú eres la única que comprendes y conoces algo de mí, y a quien importo un poco.

—Pero yo también tengo de ti la misma opinión que los demás...

—¡No, no es verdad, Kit! —y se abrazaba a ella—. ¡No podrías! ¡Tú eres tan dulce, tan buena!... ¡En cambio, yo!... ¡Quién soy yo! ¡No tienes la más mínima idea de lo malo que soy, Kit! Yo...

Así, sollozando, estaba a punto de balbucir algo cuando se abrió la puerta de cristales. Era Gail, con su traje escarlata.

—¿Qué estáis haciendo los dos? —preguntó—. Romeo y Julieta están aquí junto a la balaustrada de la terraza. ¿O acaso tenéis la intención de echaros abajo?

Su voz actuó como un viento gélido sobre la emoción que embargaba a Alberto.

—Alberto no se encuentra bien —repuso Kit molesta.

Gail se acercó unos pasos y lo miró.

—¿Sabes? Sólo está un poco ebrio —dijo, y se echó a reír.

Kit sintió estremecerse el cuerpo de Alberto contra su espalda. ¿Sollozaba? No, ¡reía! Se apartó instintivamente mientras él, levantando el rostro, miraba a Gail.

—¡Tiene razón! —balbuceó—. Estoy horriblemente borracho!

Y se echó a reír como un estúpido.

A pesar de sus carcajadas Gail había estado muy amable. Kit, sentada en el borde de la cama de Alberto, le sirvió un vaso de agua helada, Gail les había hecho salir por otra puerta y puesto en el ascensor; luego los hizo conducir a casa. Smedley, al abrir la puerta, no dijo una sola palabra y se limitó únicamente a ayudar a Alberto a llegar hasta su habitación.

—¿Manda algo más, señorita? —preguntó después de haber acostado a Alberto.

—Nada más, gracias —había contestado ella.

Se podía tener la seguridad de que Smedley, a la mañana siguiente, no recordaría nada de lo ocurrido.

El teléfono sonó.

—¡Oh, Dios! —masculló Alberto.

—Estate quieto —suplicóle Kit. Y descolgó el auricular.

Era Gail.

—¿Cómo está?

La voz de Gail llegaba a través del micrófono con un calor atenuado, como una esencia de la propia voz. Pero Kit estaba habituada a este tono que Gail usaba por teléfono.

—Naturalmente, tiene muchísimo dolor de cabeza.

—¡Claro! —convino Gail. Titubeó, y luego, bruscamente, dijo—: Kit; no sé si debo decírtelo, pero anoche, cuando estuvisteis fuera, Rita dijo a todos que Alberto le había propuesto huir con él.

—¿Cómo? ¡Oh, Gail, pero esto es estúpido!

—Claro que es estúpido, pero lo único que puede decir como excusa en su favor, es que estaba borracho como una cuba y no sabía lo que decía. —Aguardó en vano a que Kit contestara, y continuó—: Por esta vez saldremos bien librados. Pero Rita, al salir de casa, fue a terminar la noche en un club nocturno. Esta mañana he ido a verla y le he rogado que no hiciese más comentarios. He de confesar que ha sido muy prudente. Ha dicho que ella también estaba ebria y que no recordaba muy bien lo que había dicho. Pero asegura que Alberto le hizo esta proposición. Yo le he contestado que hasta los grandes hombres cometen alguna vez un desatino. —Gail rió y permaneció a la escucha—. Kit, querida, ¿me oyes? —preguntó, al no oírla.

—Sí, te escucho —repuso Kit.

—¡No hables con ese tono fúnebre, Kit! Al fin y al cabo, no es culpa suya si no tolera la bebida.

—Sí, Gail, gracias.

Colgó el auricular y se volvió hacia Alberto. Estaba tendido y con los ojos cerrados.

—Alberto —le preguntó—, ¿qué dijiste anoche a Rita Blakeslee?

—¿Rita Blakeslee? —farfulló él—. Jamás la he visto ni conocido.

—Pero Alberto... —comenzó Kit. En aquel momento alguien llamó a la puerta—. Adelante —dijo.

Era Sara la camarera más antigua.

—El señor Brame está aquí, señorita —dijo—. Dice que le es preciso hablar con usted.

—Voy inmediatamente —repuso Kit.

Se levantó, fue al baño, cogió una bolsa de goma, la llenó de trozos de hielo, la colocó sobre la ardiente cabeza de Alberto, corrió un poco los visillos para amortiguar la luz y se dirigió hacia abajo a ver a Brame.

En cuanto entró en la biblioteca, comprendió que algo había ocurrido. Encontró allí a sus padres. Algo grave debía de ser cuando su padre había dejado de ir a Wall Street. Sentados en la hermosa estancia envuelta en la penumbra, sus padres parecían formar parte de ella, y la figura de Brame completaba el grupo. Eran tres personas reunidas para deliberar —así lo comprendía— sobre Alberto Holm. Kit entró más bien con cierta timidez.

—Buenos días, señor Brame —dijo.

Su voz brotó tan débil que, para excusarse, se aclaró un poco la garganta.

—Buenos días —repuso con gravedad Brame—. Me disgusta tener que molestarla tan temprano por un asunto semejante, pero esta mañana ha aparecido un artículo publicitario más bien desagradable... No en los periódicos importantes, que nosotros fiscalizamos muy bien, sino en una pequeña columna de chismografías firmada por una mujer, de un periódico de segundo orden. Todos saben que esta persona carece de seriedad, pero sus artículos son leídos por cierta fama de espiritualidad que le dan a ella. Ahora bien, todo lo que puede inducir al público a reírse de Alberto Holm, resulta lamentable. Últimamente han circulado demasiadas fábulas que proceden de fuentes completamente inesperadas. Y permítame decirle, señora Holm, que cuanto ha declarado su esposo el martes pasado sobre el problema demográfico es muy desagradable. Ha de saber que mucha gente no quiere ni oír hablar de semejante teoría. Añado que una personalidad pública debe evitar tomar una posición en una cosa que suele ser discutida.

Kit interrumpió la locuacidad del agente de publicidad.

—A Alberto no le interesan en absoluto todas estas cosas de las que usted me

habla.

—En este caso —replicó Brame— es una verdadera lástima que haya expresado una opinión sobre ella.

La madre de Kit intervino bruscamente en la discusión.

—Querida, el señor Brame tiene la opinión de que es necesario estudiar alguna cosa para Alberto (una expedición o algo por el estilo) con la finalidad de apartarle por el momento de la escena...

—Más bien, si me permite explicarme, señora Tallant —intervino Brame—, más bien para volver a situarle favorablemente a los ojos del público.

—¡Pero Alberto no ha hecho nada realmente grave!

Aun aquí, en casa de sus padres, donde por lo menos se había sentido segura y protegida, continuaban las intrusiones. ¡Ni siquiera Brame conseguía mantener a distancia a los intrusos! Una vez, de chiquillas, las habían llevado a ella y a Gail a hacer una excursión a Coney Island, complaciendo a sus repetidas insistencias. El chófer las había conducido hasta allí con la aya, que había desaprobado la excursión. Se habían entregado a una desenfrenada alegría, y Gail, en particular, se había divertido extraordinariamente. Lo único que Kit recordaba era el gentío, el gentío que miraba lleno de curiosidad, que sudaba, comía y gritaba. ¡Ésta era la muchedumbre a la que Alberto había de agradar!

—No creo que sea preciso que expliquemos los pormenores —dijo en voz alta—. Casi todo el mundo, hoy en día bebe demasiado, mamá; no la gente como tú y papá, desde luego, pero la mayoría, una mayoría que no le da importancia a las cosas.

—Tiene usted muchísima razón —convino Brame.

Kit les vio cambiar una mirada de inteligencia y sintió como la presencia de algo que le era desconocido.

—No es solamente la bebida lo que perjudica a Alberto —dijo su madre—. Después de todo, uno de tus tíos había sido un solemne borracho, y ninguno de nosotros lo ignoraba, pero no por ello era menos estimado, aun cuando estuviera en estado de embriaguez.

—Pero Alberto no está acostumbrado a beber —replicó Kit con tono suplicante, mirando, uno tras otro, los tres rostros graves de sus interlocutores—. Irá progresando; ya se comporta mejor. Casi siempre... está razonable. Y no hace mucho tiempo todos elogiaban aún su dignidad y su manera de comportarse.

—Si se hablaba así hace algunos meses —dijo Brame con voz maliciosa—, existen ahora suficientes motivos para no repetirlo. En el ciclo de la popularidad de su esposo ha empezado el período de evolución. El más pequeño incidente se convertiría ahora en un escándalo.

El señor Tallant no había dicho nada todavía y se limitaba a escucharles sentado, mirando por la ventana la esplendorosa mañana de sol.

—Sin contar, Kit —continuó su madre—, que se trata de una cuestión importante para nuestra familia. Tu padre ha de pensar en mantener su prestigiosa posición, y más ahora, con estos empréstitos internacionales y con toda la situación general tan incierta en los bancos. La gente está pendiente de él, y no le favorece en absoluto que su yerno diga... haga... En suma, estamos en pleno período conservador para los particulares, aunque no sea más que como reacción al radicalismo del Gobierno. Todos lo dicen.

—El muchacho no tiene en que emplear el tiempo —interrumpió de pronto Tallant— y por esto hace el tonto.

A Kit le temblaron los labios. Todos eran severos con Alberto, y probablemente la censuraban por no haber sido capaz de gobernarlo mejor. ¿Cómo poder decirles que Alberto era variable y caprichoso como un chiquillo, que ni él mismo sabía lo que iba a hacer una hora más tarde, que no sentía el más mínimo interés por nada, que no leía nunca un libro y que ella no sabía cómo despertar su interés por alguna cosa? Alberto era inquieto como los leones del parque zoológico.

El señor Tallant miró a Kit, y casi apostrofó a su mujer y a Brame.

—¡Oh, por Dios! —exclamó—, al fin y al cabo no veo tanta gravedad en este asunto. Nos lo tomamos todos demasiado en serio.

—Roberto, no podemos compartir tu opinión —replicó con dureza su esposa.

—Comparto su opinión, señor Tallant, pero con ciertas reservas —dijo Brame—. Si su familia fuese una familia cualquiera, podríamos abandonar a Alberto Holm a su destino; eso es, que su ciclo siguiera su desarrollo y que desapareciese así como han desaparecido otros héroes populares. Pero la familia Tallant es demasiado conocida, y para ella tiene más importancia mantener la figura de Alberto Holm que para él mismo. Si todos los hechos pasaran al dominio público, serían los Tallant los que harían el papel de... engañados.

Se miraron como si Kit no hubiese estado presente. Ella se volvió a uno y a otro tratando de adivinar el significado oculto de lo que ellos callaban.

—Me ocultáis algo —dijo—. Papá, mamá, vosotros sabéis alguna cosa que yo ignoro. ¿Por qué ha dicho el señor Brame que los Tallant se arriesgaban a hacer el papel de engañados?

—Engañados es quizás una palabra demasiado fuerte —se apresuró a decir Brame. Se dio cuenta de que, para un cliente tan valioso como Tallant, había ido quizás un poco demasiado lejos; pero era un hombre honrado y, realmente, habría considerado que sería una falsa política no serlo. Además, empezaba a dudar de la conveniencia de mantener algo oculto a aquella joven dama que lo miraba con sus ardientes ojos oscuros. Después de todo, ella era la principal interesada en Alberto Holm. Y todo dependía de la forma en que ésta gobernara a su esposo.

—Personalmente —dijo el señor Tallant— opino que hay que enfrentarse con el

público y batirse en su propio terreno. Si le hacemos saber que estamos al corriente de todo, ya no puede hacernos nada.

—Pero ¿lo sabemos todo en realidad? —murmuró la señora Tallant.

—¡Mamá! —exclamó Kit—. ¿Qué quieres decir?

Tallant consultó su reloj.

—¡Debo irme! —dijo—. El consejo de directores me está esperando y ya les he hecho perder media hora. Hemos prometido al presidente en Washington un informe para hoy al mediodía. Decide tú las cosas, querida. Pero te aconsejo que te lleves a Kit a tu habitación, se lo digas todo y le demuestres qué es lo que tiene delante. Es su esposa y ya no es una niña. Brame, ya le avisaremos. Pero me parece que su idea acerca de una expedición es acertada. Estoy seguro de que no tendremos ninguna dificultad en financiarla.

—Confío que no —dijo Brame, recogiendo sus papeles—. Pero no crea, señor Tallant, que todos los fondos prometidos con tanta largueza hace unos meses estén aún dispuestos. El público es así.

—¡Al diablo con el público! —dijo tranquilamente el banquero.

Se inclinó para besar la mejilla a su esposa; luego besó a Kit y se dirigió a la puerta.

—Siempre será el mismo —dijo Brame con énfasis—. Hasta la vista, señora... Buenos días, señora Holm... Siempre a su disposición.

Hizo una reverencia y siguió a Tallant.

—Vamos a mi salita, pequeña —dijo la señora Tallant a su hija cuando se quedaron solas—. Allí estaremos bien, y nadie vendrá a estorbarnos.

Lo cual quería decir: «Allí, por lo menos, no irá Alberto». La cogió por la cintura y Kit, al sentir aquel firme apoyo, se sintió invadida de una gran paz interior. Cuando su madre parecía tan decidida a conservar la calma, debía haber ocurrido algo de mayor gravedad que la debilidad de Alberto ante la bebida. Sintió su boca seca, y su corazón empezó a latir con violencia.

—Sí, mamá —dijo tranquilamente.

Cuando salió por fin de la salita de su madre era casi mediodía. Tenía que ir a ver cómo estaba Alberto, pero no inmediatamente. Deseaba estar sola unos momentos para pensar cómo se acercaría a él, y que había de ser lo que tenía que decirle. Si hubiese sido como Gail hubiera podido dominar los impulsos del corazón, y con la mirada y la voz firmes habría podido preguntar a Alberto con una cáustica sonrisa:

—¿Por qué no me has dicho nada, tontuelo? Ha tenido que decírmelo mamá... y parecía que me estaba confesando algún pecado suyo.

De haber sido Gail habría podido hablar de este modo a Alberto; y también con la ruda vivacidad de su hermana, se habría dicho:

«¡Cuánto ruido para nada! ¡Como si todos no tuviesen una locura u otra que

esconder!».

Muchas mujeres preferían que sus esposos no les contaran nada de lo que habían hecho antes de conocerlas. En el colegio, las chicas hablaban de esto y afirmaban que era preferible olvidar, porque, después de todo, cada hombre tenía sus aventuras y, ¿por qué no, al fin y al cabo?

Las aventuras les hacían ser más interesantes.

Se sentó en el borde de la silla, junto a la ventana, y miró afuera, hacia East River. No, Alberto era un muchacho pueblerino que había crecido en el ambiente más sencillo y modesto, y lo que le había ocurrido había sido para él algo muy importante... demasiado importante, tanto que había querido incluso ocultárselo también a ella.

En su interior sintió todavía su corazón que preguntaba con asombro y con una extraña pena: «Pero ¿Por qué no me lo has dicho?».

Por otra parte, ni siquiera su madre le había dicho jamás nada, nunca había aludido a esto. Ninguna señal. La desilusión le pareció, de pronto, intolerable y absurda. Luego se acordó de la mirada de su suegro, su repentina expresión de malicia el día en que se había encontrado con él en el campo, cuando le dijo que era fácil complicar a Alberto. He aquí el motivo por el cual el muchacho no había hablado. Ahora en un destello de intuición se daba cuenta. ¡Era por qué no quería que la gente le tomara por un ingenuo! Su miedo era el sencillo temor de los campesinos; y ella, con una repentina claridad de juicio, lo comprendía perfectamente. Los padres de Alberto le habían enseñado a comportarse de este modo, siempre con el temor de que pudiera parecer un ignorante.

Se ahogaba. Sentía la necesidad de liberarse y despejar la atmósfera de las cosas ocultas. Sin rodeos, le había preguntado inmediatamente a su madre:

—¿Por qué le damos tanta importancia? ¿Por qué no divulgamos nosotros lo que él ha callado?

Pero ella se había apresurado a contestar:

—¡Oh, no, Kit, sería absurdo! ¿Puedes imaginarnos dispuestos a confesar que ya había estado casado, contrariamente a lo que él había dicho? Sería catastrófico para nosotros.

Ella no respondió, al acordarse, de pronto, de los millones de individuos que tenían fe en Alberto, y entre los cuales ella no se incluyó. No tenía sentimentalismos excesivos, ni histerismos siquiera, únicamente se sentía triste y no poco desconcertada al pensar que se vería obligada a confesar a Alberto cuanto ahora sabía. Según su madre, tenía el deber de hacer que aquello que había sido un error de juventud de Alberto no se convirtiera en una historia equívoca que pudiera complicar a toda la familia en Dios sabe qué exageraciones, abriendo de par en par las puertas a las venganzas de un tercero. Nadie sabía a ciencia cierta cuáles podían ser sus

verdaderas intenciones. Hasta la fecha no había demostrado tener ninguna pretensión y probablemente no haría nada, si no se provocaba el escándalo. Caso de que ella se presentase se le diría que la familia Tallant estaba al corriente de toda la historia y que no le concedía la menor importancia. Quedaba la posibilidad de que ella amenazase con vender a los periódicos la historia de sus aventuras, por lo que Brame, como antídoto contra la amenaza, tenía el encargo de mantener muy alta la figura de Alberto.

Esto fue lo que dijo su madre. Kit había prestado la debida atención a todo ello.

—Alberto y yo —manifestó en cierto momento— podríamos construirnos una casa en cualquier lugar, lejos de todos... O bien refugiarnos en algún sitio tranquilo como... Glen Barry.

Su madre la había mirado de un modo extraño y le había contado a continuación la historia de la doncella sorprendida en brazos de Alberto. Kit no había tenido valor para soportarlo, y había sufrido un breve colapso sin importancia, pues su madre se había apresurado a prodigarle todos sus cuidados. Los hombres —habíale dicho—, están siempre sujetos a estas fogosidades repentinas; luego (y al llegar a este punto las manchas rojas volvieron a aparecer sobre su cuello) había añadido:

—Jamás se lo he contado a nadie, Kit, y no hablaría ahora de ello si no fuera para ayudarte a comprender..., pero tu padre...

Y siguió el relato de la artista francesa en París, Kit no supo entonces si reír o llorar, tan curiosa le parecía aquella historia y tan pasada de moda como una aventura novelesca del Ochocientos. Advirtió, sin embargo, que su madre la consideraba similar al incidente con la doncella de Glen Barry...

—Trata de no dejarte engañar —había concluido la señora Tallant con voz otra vez brusca y enérgica—. ¿Por qué no hablas de ello con Gail, querida? Tu hermana tiene una visión tan precisa de las cosas, sobre todo en lo que concierne a los hombres... Al fin y al cabo, ni el matrimonio ni el divorcio cuentan en nuestro caso, sino la situación ridícula en el cual nos han metido.

Kit no había contestado. En su interior alentaba aún la secreta pena por causa de la reserva de Alberto para con ella, pese a que, en cierto modo, y más de una vez, había tratado de expansionarse con él.

Pero ¿de qué serviría —se preguntó— hablar de ello a Gail? Kit no era Gail, y no le era posible ser como ella. Suspiró y tuvo un escalofrío. Vio a un hombre salir por la ventana del palacio de enfrente: era un barnizador. Se ajustó el pesado cinturón de cuero, y dio comienzo a su trabajo, suspendido sobre el abismo. Kit lo observaba sin pensar en él... Si sus ideas y sus sentimientos no eran los de Gail, ¿qué sentido tendría hablar de sus cuitas con su hermana? Sabía de antemano todo cuanto Gail le diría; las sensatas, sanas y perspicaces consideraciones que expondría; consideraciones voluptuosamente libres de todo romanticismo, sueño o idealidad.

Pero ¿por qué había de servir para algo saber que la mayoría de los hombres se habrían comportado exactamente igual que Alberto, no considerando como obligatorio tener que confiarse a cualquiera, convencidos de que lo de la mujer ignorada no la afectaba en modo alguno? Especialmente esta última opinión era falsa, desde luego, pues le afectaba a ella. Aun cuando Kit no hubiese sabido nada, se había sentido ofuscada precisamente porque Alberto, al no confiarse, había adquirido cierta fisonomía particular y se había comportado de un modo que la había hecho sufrir, a pesar de que ella no se había dado cuenta de todo. Sufría doblemente ahora que sabía...

El hombre suspendido en el vacío en la casa de enfrente inclinábase ahora sobre el abismo, y Kit volvió la vista hacia otro lado. ¡Qué horrible levantarse cada mañana sabiendo que se tenía que pasar el día entero al borde de un precipicio! ¿Acaso no le ocurría lo mismo a ella?

De pronto, en el preciso instante en que se disponía a ir a su habitación, apareció Alberto tambaleándose, envuelto todavía en el pijama que ella le había regalado porque era azul como sus ojos. Sus cabellos rubios estaban en desorden, su rostro congestionado, y sus ojos la miraban llenos de tristeza.

—Kit, ¿dónde has estado metida todo el día? —le preguntó con voz pastosa—. Te he llamado, y no me has contestado una sola vez. Me he encontrado tan mal como un perro. —Cayó arrodillado ante ella y abandonó su cabeza sobre su regazo, aferrándose a su cinturón—. ¡Oh, estoy ardiendo, estoy en el infierno! —farfulló, y Kit apoyó su mejilla contra su frente.

—¡Pero si tienes mucha fiebre! —exclamó—. ¡Alberto, vuelve en seguida a la cama!

Se levantó y lo llevó hasta el lecho. Recostado sobre la almohada, él la miró con ojos vacíos y brillantes.

—He llamado, te he llamado tanto... —dijo.

—Pero ¿por qué no has tocado el timbre? —preguntó ella, arreglándole las mantas—. Te habrían dicho dónde estaba.

—No se me ha ocurrido —respondió él; y se rió de sí mismo—. ¿Sabes Kit? No estoy acostumbrado a los timbres.

—¡Tonto! —exclamó ella sonriéndole tristemente como respuesta—. Tranquilízate, voy a avisar al médico.

Descolgó el teléfono.

—No me dejes —le suplicó él.

Kit movió la cabeza, esforzándose en sonreír.

—No te dejes —contestó.

El doctor, levantando su calva cabeza del pecho de Alberto, declaró:

—Pulmonía, aunque no grave por el momento. —Se incorporó y escribió

rápidamente una receta—. Enviaré una enfermera dentro de media hora —elijo.

«Es una perversidad estar contenta por la enfermedad de Alberto», pensó Kit.

Pero la enfermedad, fuera como fuera, le enseñaría a conducirse bien; era una especie de norma. Alberto había de curar, no podía pasarle nada; tenía que estar a la cabecera de su cama y hacer lo que el médico le había dicho mientras llegaba la enfermera. Era infinitamente mejor esto que cualquier otra cosa. Había algo claro en la confusión. Alberto tenía demasiada fiebre para advertir cualquier cambio en ella. Hasta la curación de su marido continuaría procediendo como si no supiese nada.

Su madre, siempre maravillosa cuando alguien estaba enfermo, la dejó después de decirle que se cuidaría ella de organizar el servicio para el enfermo. Una vez sola, Kit se inclinó sobre Alberto, que parecía dormir, aun cuando ella no hubiese podido afirmarlo con seguridad. No obstante, advertía que respiraba con creciente fatiga. Sus cabellos despeinados le cubrían la frente. Ella se los ordenó con dulzura.

—¿Alberto? —susurró.

Pero él no parecía oírla. De pronto sonó el teléfono. Kit cogió inmediatamente el auricular para evitar que el enfermo fuera molestado.

—¿Dígame? —murmuró.

Era Brame.

—¿Señora Holm? En lo que se refiere a la expedición tengo otra observación que hacer...

—Inútil, señor Brame. Alberto está gravemente enfermo. Pulmonía.

—¿Cómo? —Kit advirtió claramente su sorpresa—. ¡Oh, le pido mil excusas, señora Holm, pero es realmente una sorpresa..., una desgracia! Es lamentable, muy lamentable...

—No nos hemos dado cuenta hasta ahora; el doctor acaba de salir. Por esto, de momento no podemos hacer ningún proyecto...

La voz de Brame llegó hasta ella con un tono de alivio.

—No quisiera apenarla señora —casi reía—, pero, desde el punto de vista publicitario, esta enfermedad es un acontecimiento afortunadísimo. Una enfermedad despierta siempre la simpatía del público. Confiemos en que no sea nada grave. Le agradecería me tuviese al corriente, señora Holm; y para cuando su esposo esté curado, permítame aconsejarle que se aproveche sin dilación de la simpatía del público y organice la expedición...

—Kit, Kit —murmuró afanosamente Alberto.

—Perdone, señor Brame —dijo ella apresuradamente, y colgó el auricular.

«¡Maldito, maldito sea el público!», pensó. ¡Pobre Alberto! Tenía los labios secos a causa de la fiebre y le sirvió un poco de agua.

—Toma, querido, toma —dijo, acercando el vaso a sus labios. Cualesquiera que fueran sus defectos, Alberto era suyo y nadie tenía derecho de entrometerse. En aquel

mundo de locos él no tenía a nadie más que a ella, ella que haría los imposibles para ser una mujer mejor de cuanto él podía esperar. Se arrodilló junto al lecho y abrazó al enfermo.

La puerta se abrió. Levantó los ojos hacia quien entraba: era una enfermera de aspecto arrogante, vestida de uniforme, gruesa y de mediana edad, que la miraba fríamente con unos ojos gris plomo.

—Soy la enfermera de día, señorita Prynne —anunció—. ¿Éste es el enfermo?

—Sí, mi esposo —murmuró, y se levantó con cierta vacilación.

—Perfectamente, señora Holm —repuso la señorita Prynne—. Ahora déjele a mi cuidado, tengo las instrucciones necesarias del doctor.

Y permaneció expectante, mientras Kit, insegura, se levantaba.

—Pero ¿no puedo hacer algo yo también? —balbuceó.

—No, gracias —repuso la señorita Prynne—. Prefiero muchísimo más quedarme a solas con mis pacientes. La pulmonía es mi especialidad.

No quedaba más remedio que irse. Kit salió de puntillas. Cuando estuvo junto a la puerta, se volvió. La enfermera se prodigaba ya alrededor de Alberto y ni siquiera se había dado cuenta de que ella había ya abandonado la habitación. Cuando estuvo fuera, se detuvo un instante y, con una mezcla de repulsión, nostalgia y confusos sentimientos, recordó los acontecimientos de la mañana. No obstante, tenía una clara y simple conciencia de que todavía los extraños arrancaban a Alberto de su lado. Aún había de pasar mucho tiempo antes de que pudiese pedirle algo e incluso hablarle.

Transcurrieron los días. Cuando llegaba la noche ocupaba el lugar de la señorita Prynne una muchacha joven y bonita, cuyas extremadas atenciones no resultaban para Kit menos dolorosamente soportables que la enérgica práctica de la señorita Prynne. Cuando Kit iba a ver a Alberto, antes de acostarse, encontraba a la enfermera de noche junto a él observándolo. Ahora Alberto estaba en pleno delirio, el médico se había ido antes de comer y pronto estaría de regreso. El delirio, había dicho, no era grave en sí, dada la constitución de Alberto, fácilmente propensa a accesos de delirio.

—Créame, señora Holm —había dicho, mirándola solemnemente con sus ojos salientes—. Yo sé cuál es mi responsabilidad y la gente, si le ocurriese algo a Alberto Holm, me consideraría un verdadero asesino. Tanto la Prynne como la Weathers son dignas de toda confianza.

La Weathers, pensó Kit, debía ser la muchacha de rubios cabellos que asomaban en forma de suaves bucles desde su gorro de enfermera. Al oír su nombre —estaba allí presente— se puso de pie.

—¿La señora Holm? —murmuró ansiosa—. ¡Oh!

Kit no sonrió.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Tiene una constitución maravillosa —repuso solícita la joven enfermera—.

Estoy segura de que marcha muy bien y no pueda ser de otra manera, ¿verdad, doctor? Es un hombre cuya vida tiene una gran importancia.

Kit asintió. Luego, después de una pausa, no pudiendo soportar más el estertor del enfermo, añadió:

—¿Podría ser útil en alguna cosa?

—No, señora, gracias —repuso con prontitud la señorita Weathers—. Yo estoy aquí para hacer cuanto sea necesario. Se ha de estar especializada en la cura de la pulmonía. No se preocupe señora.

Lo mismo que la otra enfermera, también la obligó a salir, con su diáfana sonrisa ésta, porque Kit, nada podía hacer por Alberto.

Se dirigió a su habitación, se desnudó, apagó la luz y, en silencio, se tendió sobre su cama, cubriéndose con las mantas hasta la barbilla. Así acostada, aguzó el oído, pero el estertor de Alberto no se filtraba a través de la gruesa puerta de encina que la separaba de sus habitaciones. Suspiró y, de pronto, porque era joven y estaba cansada, fue perdiendo la noción de las cosas y cayó en un sueño sin sueños.

IV

La casa Tallant estaba entregada plenamente al cuidado de Alberto, velado por las dos enfermeras como por dos centinelas. Al cabo de pocos días ambas se odiaban ferozmente, cada una convencida de que el mínimo empeoramiento del enfermo debía atribuirse a algún error de la colega. La señorita Prynne se quejó una vez a la señora Tallant, asegurando que se sentía capaz de asistir por sí sola al enfermo.

—¡Es absurdo! —atajó la dueña de la casa—. No podría aunque quisiera. Y además, la señorita Weathers habla de usted en los mismos términos que usted de ella.

No quería bromear con las enfermeras porque a la más leve flaqueza estaban siempre dispuestas a lanzarlo todo por la tremenda. Las cosas ya marchaban bastante mal de por sí. La casa estaba llena de flores; llovían cartas y telegramas de todas partes. En medio de aquella confusión ni siquiera había tenido tiempo de hablar con Kit. Quizás era una suerte que Alberto hubiese caído gravemente enfermo. La enfermedad arreglaba todas las cosas y en el intervalo se evitaban las complicaciones.

Kit, al dejar aquella mañana a su madre a la puerta de la habitación de Alberto, había bajado y se había encontrado con Brame en la biblioteca. Al verla, él se levantó, atento y reservado como siempre, aludiendo respetuosamente —en su porte más que en sus palabras— a la situación de ella como esposa de Alberto Holm. Las enfermeras le habían informado hora por hora del curso de la enfermedad, a fin de poder tener al corriente a la Prensa. Por este motivo no tenía necesidad de interrogar a Kit.

De un bolsillo de su traje gris, extrajo un sobre sencillo, completamente arrugado, que llevaba en gruesos y bastos caracteres la dirección de la señora Holm.

—Me ha disgustado grandemente que esta carta —manifestó— haya sido abierta por equivocación en mi oficina.

Kit la cogió y, al abrirla, vio inmediatamente que era una carta de sus suegros. Se sintió presa de un repentino sentimiento de culpabilidad. ¡En medio de todo aquel trastorno había olvidado a los padres de Alberto! Y ellos se habían enterado por la Prensa... Leyendo aquellos borrones casi ininteligibles, supo que sus suegros estaban muy intranquilos con respecto a Alberto y le anunciaban su llegada.

—No he podido evitar leer por encima, de qué se trataba —dijo Brame. Y tosió ligeramente detrás de su immaculado pañuelo de batista.

—Vienen —dijo Kit—. Llegarán aquí mañana.

—No deben venir —se apresuró a decir Brame—. Hemos de impedirlo.

—Pero no veo... —comenzó Kit.

—Créame, es una visita que debemos evitar —repitió con firmeza el agente—. Sería un desastre. Está muy bien vanagloriarse de un origen rural, y éste es, de hecho,

uno de los mejores títulos de nuestra democracia. Pero no es eficaz que sus suegros comparezcan en Nueva York. Sería desastroso...

—No es preciso que se sepa... —dijo Kit.

—¿Me haría entonces el favor de mirar por la ventana? —dijo Brame.

Kit obedeció. Por la acera de la casa de enfrente se paseaba un joven con una máquina fotográfica.

—Ha retratado a todos los que entran y salen de esta casa —declaró Brame—. ¡Hasta a mí me ha retratado!

—Sacó el pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente. —De veras, no me siento con ánimos de asumir también la vigilancia de los padres de su esposo —declaró—. Son un tema difícilísimo y resulta imposible hacerlos figurar en una buena publicidad, excepto como personajes de fondo. Pero el fondo es el fondo y como tal ha de ser considerado.

Sí, Kit, lo sabía. Los suegros no cuadrarían jamás en aquella casa. Su padre los habría comprendido, pero su madre no, y se sentirían horriblemente a disgusto, tanto más cuando que el médico había declarado que, antes de poder dar una clara respuesta sobre el curso de la enfermedad, habían de transcurrir todavía muchos días.

—Pero tienen el derecho de ver a su hijo —murmuró Kit.

—Derecho privado; no público —declaró Brame, con impaciencia. Luego, en tono persuasivo, añadió—: Usted misma se da cuenta —dijo—. Sus suegros aquí ni siquiera se darían cuenta de que pueden ser objeto de posibles bromas irrespetuosas, con un resultado totalmente negativo para el prestigio de Alberto, y se encontrarían en una falsa posición. En su puesto poseen una dignidad; pero han de permanecer en su puesto.

—Comprendo —dijo Kit a pesar suyo.

¡Monstruosidad del público, cuyos caprichos pesaban tanto en sus vidas!

—¿No hay salvación para nosotros? —le preguntó a Brame.

—¿Salvación? —repitió él atontado.

—¿No es posible huir del público y convertirse de nuevo en gente cualquiera?

El agente movió la cabeza.

—Imposible —repuso—. No se ha dado jamás un caso semejante. Más tarde o más temprano, naturalmente, conseguirá un poco de alivio, siempre y cuando surjan nuevos motivos de admiración, otros ídolos para la masa. Yo también lo espero así, El mes pasado, y usted debe estar ya enterada, se observó cierto movimiento en favor de un muchacho que ha emprendido la vuelta al mundo en una canoa automóvil. Pero no ha atraído el interés de la muchedumbre como Alberto... No, yo dudo que el público llegue jamás a olvidar del todo a Alberto Holm. Su esposo llegó en el momento preciso con una empresa que es algo más que una simple aventura, sin contar con que le ha arrebatado la victoria a un inglés, hecho de gran importancia y

de verdadero reclamo para las masas, bajo el aspecto de la guerra de liberación de Inglaterra. Y ha habido algo más todavía; algo que ni yo mismo llego a entender, pero con lo cual, naturalmente, los razonamientos nada significan.

Interrumpió su fluida charla al observar la expresión evidentemente ausente de Kit, que no le prestaba atención.

—Podría ir a ver a mis suegros —dijo Kit pensando en voz alta—. Puedo hacerlo; aquí no son necesarios mis servicios.

—¡Excelente idea! —exclamó Brame con jovialidad—. ¡Magnífica solución! Sólo le ruego que vaya muy tranquila. Y evite, se lo aconsejo, que el joven que monta guardia en la puerta la vea saliendo de noche.

Se levantó, le estrechó la mano con cierta afectación y salió.

Cuando estuvo en el coche, Kit se acurrucó en el asiento posterior, bajo el calorcillo de la manta. Sus padres se habían despedido de ella detrás de la puerta cerrada de la casa; luego salió sola a la calle, y dos manzanas más allá encontró al hombre de la máquina fotográfica que estaba aguardando.

—Rápido, Curry —habíale ordenado al chófer, subiendo al coche.

El viaje duraría toda la noche, pero era preferible hacerlo en automóvil, no en tren. Llegando al anochecer evitaría pasar por el pueblo, y llegaría a la factoría a campo traviesa. No había enviado ningún telegrama sabiendo perfectamente que el telegrafista de Misty Falls habría divulgado a los cuatro vientos la noticia de su llegada. El pueblo la asediaría entonces para tener noticias de Alberto.

Durmió ininterrumpidamente, acurrucada en su asiento. El estado de Alberto era estacionario; ni mejoraba ni empeoraba. Ella estaría ausente tan sólo un día y dos noches, y él no sedaría cuenta de su ausencia, postrado como estaba por la fiebre y bajo la directa mirada del doctor y de las dos enfermeras. ¡Qué extraño! Kit dormía mejor en el coche que en casa, en su cama, donde un tristísimo sentimiento de inutilidad la había mantenido en un estado de agitación. La decisión de ir a visitar a los suegros le había causado la impresión de que, por lo menos, tenía algo que hacer.

Dos horas antes del alba estaba ya despierta. Inmóvil, en su asiento, pensaba en lo que durante todos aquellos días, con Alberto enfermo, había dejado de pensar. Durante este período de tiempo, estando Alberto enfermo y en la impasibilidad de hablar en defensa propia, le había parecido casi deshonesto dejar que cualquier pensamiento de condena fermentase en su corazón. Pero ahora una idea había cruzado por su mente, si tenía que pasar el día entero en la factoría, ¿por qué no intentar averiguar por sí misma toda la verdad? ¿por qué preguntar en realidad a Alberto lo que siempre se había negado a referirle por su propia iniciativa? Era posible que la historia fuese inventada... Podía dirigirse a los suegros y preguntarles, como por casualidad: «He oído ciertas habladurías sobre un matrimonio de Alberto, seguido de divorcio». O quizá fuera mejor decir con menos rodeos: «¿Es cierto que

Alberto contrajo matrimonio y se divorció antes de conocerme?» ¡Ese estúpido corazón que latía con tanta violencia en su pecho! ¿Qué importancia tenía saberlo? ¿Por qué se procedía así con ella, por una cosa tan antigua ya?

Una vez Gail había manifestado, riendo, que le habría gustado que su esposo hubiese estado casado por lo menos un par de veces antes de contraer matrimonio con ella, porque, en este caso, decía, no pretendería tanto de ella.

—Dos o tres matrimonios —había dicho mirando a Harvey con sus pícaros ojos—. Uno antes de cumplir los veinte años para desilusionarlo, y otro para hacerle comprender que las mujeres están locas. Toda mi vida habría sido entonces distinta, aun cuando yo también sea una loca. ¡Mejor, mucho mejor ser loca! ¿Por qué las mujeres inteligentes no se dan cuenta de ello? ¡Cuanto más locas menos explicaciones!

Pero aquella maliciosa alegría de Gail provenía de que su matrimonio con Harvey era, en el fondo, aunque de una forma muy curiosa, un matrimonio acertado. De no haber sentido admiración por Harvey, ¿le habría amado acaso de aquel modo? En Gail no había nada de maternal. Tenía sus propios hijos alejados, cuidándolos, pero como si no le perteneciesen. Y si Harvey, en vez de ser su dueño hubiese estado dominado y fanatizado por ella, Gail le habría recompensado con una dureza intolerable. Era una suerte para su familia que su marido la dominase como la dominaba. A Gail le gustaba decir que ella le guiaba, pero todos sabían que, en realidad, su guía consistía en adaptarse a él. ¡Qué cosa más compleja era el matrimonio! El viejo sueño que en su tiempo Kit había acariciado de un amor sencillo y espontáneo, no era, ¡ay! más que un sueño, un sueño del que, sin embargo, no se resignaba todavía a despertar.

Lo que Alberto había hecho la atañía directamente. No tanto por el hecho en sí mismo, sino porque él le había mentado con tanta obstinación. ¿Por qué motivo? Era ésta la esencia de su dolor. Alberto estuvo lleno de secretos mientras ella se sintió dispuesta a jurar que su fuerza estribaba precisamente en su infantil campechanía. Aquella franca sonrisa, el azul transparente de sus ojos y toda su aparente sencillez..., ¿todo ello carecía de valor? Kit pensaba constantemente que habría sido muy fácil para él decirle: «Kit, ¿no sabes? me encuentro metido en un buen lío», y contárselo todo. En cambio, no le había dicho nada, no decía nunca nada, ¡callaba, callaba, callaba! ¿Qué hacer frente a semejante silencio? ¿Cómo romperlo y llegar a profundizar y descubrir en él todo cuanto hubiera? Entre los ecos de las miles de tonterías que las mujeres le habían dicho acerca de Alberto —mujeres que formaban una infinita hilera de rostros pálidos y ojos nostálgicos— uno acudía constantemente a su memoria: era el eco de la voz de una muchacha que decía en voz alta a otra, prescindiendo de la presencia de Kit: «¡Es tan robusto y callado! ¡A mí me gustan los hombres altos y taciturnos!».

Pero ¿y si su silencio no fuese ni siquiera un signo de falsedad? ¿Y si tras el silencio de Alberto no hubiese habido... nada? Ésta era la pregunta de la cual dependía su matrimonio. Tenía que encontrar la respuesta y enfrentarse a ello. En su rostro se perfiló un poco de la dureza que su padre llevaba dibujada en los labios. Tenía que descubrir al hombre con quien se había casado... De pronto, se incorporó sobre su asiento, se arregló el vestido y los cabellos, se colocó el sombrero y se miró al espejo. Estaba pálida, pero ¿qué importaba?

El alba estaba próxima. Un pálido reflejo se vislumbraba en el cielo que paulatinamente íbase aclarando por oriente. Kit se sintió reanimada y con unos pensamientos más precisos nacidos de una repentina decisión. Comprobaría por sí misma la verdad sobre Alberto, y obraría luego en consecuencia. Aquellas horas de soledad le habían hecho bien. Parecía haberse liberado de la gente que dominaba su vida. ¡Qué tonta había sido soportando aquella dominación! Su madre, Roger Brame, y las enfermeras... Ella había dejado que todos la deprimiesen. Y ninguno de ellos tenía razón.

Fundamentalmente, se pertenecía a sí misma. No tenía necesidad de seguir siendo la esposa de Alberto si no lo deseaba; es decir, si la respuesta a su pregunta fuera negativa. La vida tenía demasiada importancia y todas las cosas no eran más que un paso dado hacia atrás. Quizás incluso su matrimonio, por poco que le hubiese sido dado la facultad de poder contemplarlo en perspectiva, no era más que un pasaje, un tránsito. Pero Kit pronto perdía el sentido de la perspectiva. Para ella la eternidad estaba, siempre encerrada en el momento fugaz. Siendo niña, en Glen Barry, en un día radiante de felicidad, le había resultado siempre imposible imaginar que podía llegar un día en que ella, ya mayor, había de alejarse de allí. Y más tarde en el colegio, la idea de tener que abandonarlo la había llenado de consternación. El amor de Norman le había parecido indispensable para la eternidad, y cuando aquel amor llegó a faltarle, la eternidad se había convertido en una desesperación sin fin. Sin embargo, cada una de aquellas eternidades en las cuales había creído, no habían sido eternas; se habían desvanecido, dejándola a ella intacta. Por primera vez en su vida, se daba ahora cuenta de ello.

—Dé la vuelta a la derecha, Curry —le dijo al viejo chófer.

—Sí, señorita —contestó Curry.

Durante toda la noche no había dicho una sola palabra. Por lo menos, pensó Kit, con un pálido reflejo de humorismo, el silencio del chófer resultaba consolador.

Desde hacía media hora estaba sumida en la contemplación del cielo, y en aquel momento el sol apareció en el horizonte. Muchas veces de niña había visto la salida del sol, y siempre le había parecido que surgía de repente en el horizonte. Asimismo ocurrió en aquel momento. De pronto el paisaje fue inundado de una pálida luz solar. Se había formado mucha escarcha durante la noche y el campo adquiriría un brillo de

plata.

—Ya estamos llegando —le dijo a Curry.

—Sí, señorita.

—En cuanto lleguemos será conveniente que baje usted al pueblo a desayunar —prosiguió ella.

—Sí, señorita.

He ahí la casa de los suegros. No presentaba mal aspecto, tan blanca entre los árboles desnudos. Pero su íntimo pensamiento la llenó de un sentimiento de rebeldía.

—No deje de volver inmediatamente después del desayuno —le dijo al chófer—. Es posible que tenga necesidad de volver a marcharme en seguida.

Él asintió con la cabeza. Sí, tenía que tener, por lo menos, la posibilidad de poder marchar en cualquier momento.

La casa de los suegros le pareció completamente extraña sin Alberto. Atravesó el césped cubierto de escarcha y llamó a la puerta. No se sintió autorizada para abrirla sin llamar, ni aun estando ella sola afuera. Era la casa de Alberto; pero, ahora, más que nunca, era la suya.

La puerta se abrió y apareció mamá Holm. Iba envuelta en un vestido de lana gris, con un delantal blanco y negro.

—¡Qué sorpresa...! —exclamó, y le echó los brazos al cuello—. Entra —dijo— estoy tan contenta de verte... Pero ¿cómo estás? Precisamente estábamos preparándonos para irnos hoy.

—Lo sé... y por esto he venido.

Hasta aquel momento no había pensado en la manera de decirles a los suegros que no fueran a Nueva York.

—No le autorizan a ver a nadie —se apresuró a contestar—. Las enfermeras ni siquiera me lo permiten a mí...

La señora Holm la condujo hacia el interior y cerró la puerta. La casa trascendía olor a colada.

—Precisamente estaba acabando de hacer la colada y pensaba tender la ropa afuera para que se secara con ese frío durante las cuarenta y ocho horas de nuestra ausencia —explicó—. Ven a la cocina conmigo; estamos desayunando. Ahora cuéntame todo. Pero ¿quién es ese individuo que está ahí fuera?

—Es Curry, nuestro chófer —se apresuró a contestar Kit.

—¿Querrá desayunar también? —preguntó la señora Holm.

—No, no... iré al pueblo. No se moleste por él.

—No es ninguna molestia: se trata tan sólo de añadir un par de huevos, y basta.

Así hablando, la llevó a la cocina donde papá Holm estaba comiendo, sentado a una mesa cubierta por un hule, junto a la cocina económica.

—¡Mira quién ha venido! —dijo su mujer.

Él levantó la cabeza y miró a Kit con sus ojos azules de mirada vaga.

—¡Buenos días! —dijo.

—Buenos días —repuso Kit.

—Siéntate y come.

—Gracias —dijo Kit.

Se quitó los guantes y el sombrero, y se sentó.

—Ahora cuéntame —insistió mamá Holm.

En un gran recipiente de cinc estaba la ropa a punto ya para ser tendida. Invadía la cocina un olor a colada y huevos fritos.

—Les hablaré de Alberto y luego iré a lavarme —repuso.

Quizá soportaría mejor aquella atmósfera después de haberse refrescado un poco.

E inició su relato sobre el estado de Alberto. Luego, una vez hubo terminado, dijo con cierta vacilación:

—No sabría como decíroslo, pero, al parecer, en Nueva York tienen la opinión de que las visitas no le hacen ningún bien. A mí apenas me está permitida la entrada en su habitación.

Ambos suegros se miraron sin pestañear.

—Desde luego, no seremos nosotros quienes hayamos de causarle un perjuicio —dijo el viejo.

Kit sintió una gran aversión por cualquier cosa que no pudieran entender.

—Comprendo sus sentimientos —dijo—. Yo también pienso lo mismo que ustedes. Algunas veces parece como si Alberto fuese otro..., alguien que no nos pertenece ni poco ni mucho. Es como si perteneciera a los demás.

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo papá Holm—. No podríamos. Tengo que cuidar las vacas. Sólo puedo aquí contar con que alguien me sustituya durante un par de días, al cabo de los cuales tendré que estar de vuelta.

—Es que, ¿saben? los fotógrafos, el público... —murmuró Kit—. Desde que se ha puesto enfermo las cosas han ido empeorando, con la Prensa...

—A mí no me importan gran cosa —dijo la vieja Holm con vivacidad—. Ya estoy acostumbrada, yo...

—Las enfermeras no les autorizan a estar con él... —comenzó Kit.

—¡Espero que me será permitido cuidar de mi hijo! —exclamó la suegra.

—No —dijo explícita Kit. Era mejor hacérselo comprender—. Alberto ha de estar al cuidado de una persona competente. No podemos permitirnos hacerle correr ningún riesgo. El médico se irritaría mucho. Todo ha pasado a ser ahora del dominio público: las enfermeras especializadas, los cuidados que se le prodigan día y noche y todo lo relacionado a su curación...

—Mi madre murió de una pulmonía —declaró enérgicamente la vieja Holm—. Y a mí nadie me la da sobre esto. Paños de lana sobre el pecho y cataplasmas... y, ¿han

cerrado herméticamente las ventanas?

—Me han enviado para que les diga que no vayan —expuso Kit sin rodeos.

—Es extraño —comentó con voz imperceptible la suegra.

—Todo lo que es preciso hacer por su hijo está ya hecho —añadió Kit.

—¿Sabes? —dijo de repente el viejo Holm—, tengo la impresión de que no nos quieren.

Kit no negó. Hubo un silencio.

Luego papá Holm dijo:

—Creo que no será preciso que busque un sustituto para cuidar las vacas.

—Entonces, ¿no piensas ir? —preguntó mamá Holm.

Él sacudió la cabeza.

—No me gusta ir donde no desean mi presencia —repuso con sencillez.

Kit se arrepintió de haber obedecido a Brame. Había que permitir a los viejos que fueran, si así lo deseaban... ¡Al diablo con Brame!

—Ninguno tiene razón —dijo Kit—. Tienen que ir. Haremos el viaje juntos, en mi coche. Alberto no les reconocerá. Supongo que no le molestará, ¿verdad? Y las enfermeras, aunque son muy fastidiosas, no les dejaran permanecer en la habitación. Pero ustedes tienen el derecho de ver a su hijo.

El viejo Holm movió de nuevo la cabeza y se levantó pesadamente de su asiento.

—No, no voy —dijo—. Comprendo lo que usted dice. Alberto no es... ya no nos pertenece. Es como usted dice.

—Yo voy —manifestó mamá Holm.

—No, no irás —le replicó el marido—. En el estado en que se encuentra Alberto, una visita nuestra no le haría ningún bien. Déjalo en paz.

—Yo...

—¡Déjalo en paz, te digo! —le gritó de repente.

Cogió una vieja boina del clavo en que estaba colgada y salió. Mamá Holm se sentó.

—Lo siento —dijo Kit.

—Algunas veces desearía que mi hijo no hubiese conquistado aquella cumbre —dijo con voz sorda la vieja—. Me ha horrorizado siempre tanto... con esa pasión suya por las escaladas. Se le antojaba escalar cualquier cima y, en seguida, marchaba sin decirme jamás una sola palabra hasta que había llevado a cabo su deseo. Yo no quería que se fuera a aquel país pagano; he deseado siempre tanto que se convirtiera en ministro de Dios, y permaneciese aquí en nuestra tierra... He rezado para que llegara a ser un predicador y poder ir algún día a vivir con él. Esperanzas frustradas... Se fue y... —se detuvo—. Voy a tender la colada —dijo tristemente.

—¿Qué hizo? —preguntó de pronto Kit—. ¿Qué le ocurrió antes de irse de casa?

Mamá Holm quitaba los cubiertos de la mesa. Kit oyó un nervioso chocar de

platos en la fregadera.

—Oye, Kit —dijo—. Ve a arreglarte y, mientras tanto, te prepararé un huevo como a ti te gustan.

Tan firme era la despedida de la vieja suegra que parecía como si Kit fuese una niña. No pudo contenerse.

—Ya lo sé —dijo con voz tranquila.

Sí, deseaba a toda costa saber quién y cómo era Alberto; después obraría en consecuencia.

Pera la suegra le repuso:

—Aun cuando le haya ocurrido cualquier cosa, no por ello ha cambiado.

Y le volvió la espalda, Kit salió y subió al piso. Estaba decidida. Después de desayunar, iría a ver a la muchacha de la pastelería, Liliana como la llamaba Alberto. Liliana Roos era su verdadero nombre, según Brame. Por primera vez Kit se dio cuenta de por qué tanta gente había acudido a la pastelería en aquella ocasión en que Alberto la había llevado allí. ¿Cómo se había atrevido a hacerlo? Sin duda la gente había regresado riendo a su casa. Se sintió envasada en la vulgar e insensata conjura de aquel silencio. ¡Intolerable! Y, por contraste, le pareció ahora admirable la sinceridad con que Norman le confesó un día, sin rodeos, que no la amaba. Había demostrado valor y gentileza. Podía confiar en un hombre así, la amase o no.

Después del baño, arreglada y peinada, volvió a bajar. La cocina estaba vacía. Tomó asiento y comió su huevo, con pan, mantequilla y leche. A través de la ventana podía ver a mamá Holm de pie, luchando ferozmente contra el viento, tendiendo la ropa limpia. Curry ya había regresado.

Abrió la puerta y gritó:

—¡Voy al pueblo!

El viento se llevó su voz. Mamá Holm se volvió y asintió con la cabeza. Kit, con el corazón palpitante, se dirigió hacia el coche.

—Lléveme a la pastelería —le ordenó a Curry.

—¿Dónde he desayunado? —preguntó el chófer.

—Sólo hay una.

El auto aceleró silencioso la marcha por la carretera en pendiente, mientras Kit luchaba contra un malestar que la ahogaba. Era desagradable pensar en aquella otra mujer, la primera esposa de Alberto. Todo lo que había en ella de susceptible, por educación y temperamento, surgía ahora en un ímpetu de purificación. Tenía que meditarlo bien, pues jamás Alberto, una vez restablecido, diría nada. Si había podido callar el día de su matrimonio, si había callado cuando la llevó a su casa, y luego, más tarde cuando fueron a Glen Barry, podía estar segura de que tampoco hablaría nunca. Y ella, desde luego, no se rebajaría a arrancarle una confesión frase por frase...

El coche se detuvo delante de la pastelería. Kit se apresuró a entrar. Temía que le

faltara el valor necesario para llevar a cabo su proyecto. La tienda estaba vacía, a excepción de una muchacha que se hallaba detrás del mostrador, que le daba la espalda, entretenida en lavar la vajilla. Mientras se entregaba a su faena, cantaba con voz potente y alegre. Se interrumpió al oír la puerta que se abría, y comenzó a parlotear.

—¡Hola, buenos días! No hay un alma hoy, y no creo que comparezca nadie antes de una hora, salvo en el bar. Sabía que había usted llegado; su chófer ha venido a desayunar aquí. «¿Quién es?», le pregunté, «Su rostro me es desconocido». Entonces él me dijo quién era y con quién había venido. ¿Y ahora, qué desea?

Pasaba el estropajo por el mostrador, hablando, sin fijar nunca sus inquietos ojos pardos en los de Kit.

—Deseaba tan sólo cambiar con usted unas palabras.

—Cuando guste —asintió graciosamente la muchacha. Si estaba sorprendida, ninguna señal de asombro se traslucía en su rostro. Se secó las manos y salió del mostrador—. ¿Nos sentamos a una mesita? —preguntó.

—Sí, quizá será mejor —convino Kit.

Tomaron asiento. Kit miró la cara redonda, vulgarmente graciosa de su interlocutora, quien empezó a masticar la bola de chiclet que tenía en la boca.

—Me juzgará usted extraña —balbuceó Kit—. Ni siquiera sé cómo empezar. Pero nosotros... Bueno, me han dicho que usted y Alberto...

Quiso decir «mi marido», pero le fue imposible pronunciar la palabra.

—¿Le ha contado Alberto? —preguntó la muchacha. Detrás de la mesita donde estaban sentadas había un espejo y, mientras hablaba, se contemplaba en él.

Kit movió la cabeza.

—¡Hubiese apostado a que no había dicho nada! —exclamó la primera mujer de Alberto—. Le dije a Jacobo que si lo hubiese usted sabido, no habríais venido aquí, comportándoos como si nada hubiera ocurrido. —Se detuvo, arregló mejor sus cabellos y se echó a reír, contemplándose en el espejo—. ¡Es muy propio de Alberto no soltar nunca prenda! —exclamó.

—¿Quisiera explicarme usted... qué es lo que ha ocurrido?

—Desde luego —repuso la mujer—. Llámeme Liliana, o mejor todavía Lily, ¿eh, Kit? Todos me llaman así. Y no existe, en realidad, ninguna razón para que nos odiamos. Quizá usted ve en Alberto algo especial que yo no he visto. No hay nada malo en ello. Cuando alguien me pregunta qué opino sobre el nuevo matrimonio de Alberto, contesto siempre que seguramente usted ha visto en él lo que yo no he visto. Y añadió: «A mí no me importa en absoluto». Obtuve mi divorcio en Reno y es un divorcio en regla, como el de cualquier gran señora. Me divertí una barbaridad en Reno ¿sabe? y si lo hubiese querido habría podido contraer matrimonio con un cowboy, pero no quise porque, ¿ve usted? ya me enamoré en una ocasión de un hombre

guapo, y no di en el clavo. La próxima vez me enamoraré de un verdadero hombre que sepa cuidar de su mujer. Basta, me digo muchas veces, basta de melindres y de debilidades, no volveré a engañarme nunca. Una sola vez es suficiente.

—¿Duró mucho tiempo su matrimonio con Alberto? —preguntó Kit en voz baja.

—¡Me pareció una eternidad! —exclamó con rudeza Lily, riendo a su propia imagen en el espejo—. En realidad, no duró más de un año. ¡Qué le vamos a hacer! No nos comprendimos. Oramos demasiado a la ligera. Ya sabe cómo ocurren ciertas cosas. Usted es un tipo fácilmente impresionable y Alberto es una beldad. Además, cuando quiere, sabe muy bien cómo pescar a una chica. —Apartó la mirada de Kit—. Pero yo, ¿ve usted? no he querido nunca las cosas a medias. Tengo mucha experiencia con los hombres Para mí, o el matrimonio o nada. Así se lo dije un día en una excursión que hicimos con la escuela dominical. «Oye, me dijo él, ¿estás bromeando?». Y luego añadió: «Si tú lo deseas así, yo estoy dispuesto». A lo cual le respondí: «Está bien, llévame ante el cura». No creí que aceptara; pero usted ya sabe cómo es un niño que acepta un desafío. Aceptó; nos metimos los dos en un coche y, antes de que me diera cuenta yo misma, me encontré ante el cura pronunciando el sacramental «sí». —De nuevo lanzó una carcajada—. Sí, desde luego, yo creo en la celosa salvaguarda de la virtud. Es todo cuanto una chica posee y poco me importa si los hombres dicen que estoy chapada a la antigua. He de velar por mí misma. ¿Me explico?

Era evidente que no diría toda la verdad sobre su aventura con Alberto. Por un momento se contempló con aire solemne en el espejo.

—¿Y luego? —preguntó Kit.

—¡Oh, nada de particular! —explicó Lily, con indiferencia, arreglándose un rizo de sus cabellos—. Dejé mi empleo aquí y me trasladé a la factoría. Dígame, ¿cómo se encuentra usted allí abajo? El primer día que llegué discutí con su madre. Alberto tomó su partido y continuó tomándolo siempre; así es que un día acabé diciendo: «¡Eh, esta no es vida para mí!». Volví aquí y recobré mi empleo. —Hizo una pausa y se miró de nuevo al espejo—. Con todo, no sé si Alberto hubiese consentido en divorciarse, si realmente hubiera tratado de atraerme a la vieja.

—¿Por qué entonces... por qué? —murmuró Kit.

—¡Oh, ya estaba harta de Alberto! —dijo Lily con franqueza. Y volvió a masticar con energía el chiclet que tenía en la boca—. No sé por qué. No me pregunte... Son cosas que ocurren, ¿No le parece? Un día un muchacho la hace estremecer a una y sonrojar con una sola mirada; otro día no nos causa ya ningún efecto, ni aunque nos besara, como yo entiendo. Creo en resumen, que Alberto es demasiado joven para mí. A mí me gustan los hombres más maduros que él, no puedo remediarlo. Un tipo como él será siempre niño hasta la hora de la muerte, y a mí no me gustan los hombres a quienes hay que prodigar cuidados maternos. Compréndame bien; él no tiene nada

de malo, pero, sencillamente, es mudo.

Hablaba con mucha tolerancia. La puerta se abrió, y apareció Jacobo con el traje de mecánico lleno de grasa.

—¡Lily! —llamó.

—Perdone —murmuró Lily a Kit—. ¡Es un amigo que viene a tomar su cerveza! —Y se levantó. Luego se inclinó hacia Kit tanto como para que ella pudiera sentir su fresco aliento al que el chiclet que mascaba daba una buena fragancia.

Se incorporó, mostrando a través de su franca sonrisa una dentadura blanca y perfecta. Corrió luego al mostrador, ajustándose su cinturón de cuero rojo.

Kit se levantó. No veía el momento de encontrarse fuera y, con una leve señal de saludo, salió. Curry, correcto y grave, le abrió la portezuela del coche. Kit se sintió llena de regocijo cuando volvió a hallarse en el interior del coche y el fiel Curry la cubrió con la manta de viaje. Se sentía feliz por poder huir de allí en silencio, a lo largo de la carretera, lejos de Misty Falls.

—Lléveme a casa —ordenó.

—¿No volvemos a...? —comenzó Carry.

—¡No, a casa! —repitió con firmeza.

—Sí, señorita.

Las horas se sucedieron lentas. Kit, sentada inmóvil en su asiento, pensaba como petrificada en la desdichada, sórdida y loca aventura que Alberto le había mantenido secreta. «Un tipo como él será siempre niño hasta la hora de su muerte», había dicho la mujer, aquella mujer que no quería volver a saber nada más de él.

Ya era de noche. De la oscuridad invernal pasó al vestíbulo cálido e iluminado, jamás había estado tan consciente de la belleza del lujo y del formulismo previamente ordenado como cuando Smedley le abrió la puerta de su casa. Las puertas del salón estaban abiertas de par en par y a través del pavimento cubierto de espesas alfombras vio el fuego encendido, las luces que brillaban y el esplendor de las flores.

—¿Alguna novedad en el señor Holm? —preguntó.

—Creo que sigue igual, señorita —dijo tristemente Smedley—. La comida estará servida dentro de media hora.

De momento estuvo tentada de contestar que no bajaría a cenar, pero luego se dijo que tomaría un baño, se peinaría hasta hacer brillar sus cabellos y vestiría su traje de noche de terciopelo azul oscuro. Se sintió exigente y meticulosa hasta en lo más profundo de sí misma.

Había varias cartas sobre la mesita y las miró rápidamente. Una cincuentena eran para Alberto y dos para ella. Las cogió distraídamente, pero, de pronto, sintió helársele la sangre en las venas. Una era de Norman Linlay; reconoció al instante su caligrafía. ¿Por qué esta emoción al leer su nombre en aquella apretada escritura? No, no era su nombre... Por primera vez Norman dirigía su carta a la señora Holm. Ella

se había convertido ahora en otra mujer.

Subió la escalera apretando la carta en la mano. No conseguía imaginar el motivo por el cual Norman le escribía; quizá no era nada, quizá se tratara tan solo de unas entradas para algún «estreno» teatral. ¡Quién sabe! Ignoraba si Norman había escrito o no una nueva comedia. Entró en su dormitorio, cerró la puerta, se apoyó un momento contra ella y rasgó el sobre. El habitual papel blanco de Norman contenía un escrito de pocas líneas.

«Kit (su nombre estaba escrito como siempre, sin dirección o fórmula alguna). Un trabajo encarnizado y una comedia que he estado montando me han impedido mandarte antes estas líneas para decirte cuánto lamento que tu marido esté enfermo. Mi comedia es la mejor que jamás he escrito. Debes verla y procura confirmarme mi opinión —nada de elucubraciones críticas, te lo ruego—. Deseo oír de ti que es la más maravillosa comedia de nuestra generación; ni una palabra menos, porque lo es en realidad. Esta vez no se trata de ningún tema rural. He abandonado ya para siempre este género; quizá, después de todo, tenías razón sobre los argumentos. ¿Recuerdas nuestra famosa discusión? Con mis mejores augurios de curación para tu esposo. Tuyo siempre. Norman».

Dobló la carta. Un temblor se había apoderado de todo su cuerpo. Todo aquel estudiado desapego de los últimos meses se había derrumbado ahora. Deseaba oír la voz de Norman; tenía que comprobar sencillamente que él seguía existiendo. No se trataba de amor; era sencillamente la necesidad de saber que él, Norman, era siempre Norman. Poder contemplarlo y oírle hablar... Muchas cosas volverían a quedar equilibradas en ella.

Se acercó rápidamente al teléfono y marcó el conocido número. No había vuelto a pensar en él, pero había permanecido imborrable en su memoria. Contestó un criado.

—¿Está en casa el señor Norman Linlay? —preguntó.

—Creo que sí, señora. Un momento por favor.

Era imposible que Norman fuera tan accesible y estuviera tan a disposición de cualquiera. ¡Durante tanto tiempo se había obligado a imaginarlo fuera, muerto, infinitamente lejos de donde ella estaba! Pero él había permanecido siempre cercano a ella. ¿Por qué le había parecido siempre tan importante que él no la amase? Lo que importaba sencillamente era que Norman existiese.

Luego la voz conocida, invariable:

—¿Diga?

—Soy Kit —repuso, esforzándose por no llorar. No había ningún motivo para llorar, si Norman seguía estando vivo. No obstante, en lo profundo de su ser sentíase

aniquilada, desalentada casi. Se sentó, concentrando toda su atención en el esfuerzo de oír bien su voz.

—¿Qué hay, Kit?

—He recibido tu carta.

—Muy bien. ¿Cómo se encuentra tu marido?

—Regular...

—Mala suerte. Pero ya saldrá de ello... Ha de salirse; todo el público está pendiente de él ¿Sabes? Este sentimiento colectivo crea una atmósfera de defensa. Esto dispersa el mal.

—Sí.

No tenía nada que decirle; la necesidad se limitaba a oír su voz.

—Imagino que has de estar muy ocupada, Kit, ¿verdad?

Si se lo preguntaba, ella tenía...

—No, las enfermeras no me autorizan a permanecer junto a él. Es terriblemente aburrido tener que esperar sin tener nada que hacer.

—¿Quieres que cenemos juntos mañana? Ya sabes que yo no acostumbro a ir a comer.

—Lo sé. Sí, Norman, me gustaría cenar contigo.

—¿En el mismo sitio?

—Sí.

—Adiós, Kit.

—Adiós —murmuró.

Oyó que él colgaba el auricular. Se había ido, pero le había dado una cita para el día siguiente.

Comenzó a desnudarse con un sentimiento casi exultante de alivio. Vertió en el baño una abundante cantidad de sales aromáticas y se bañó lentamente; luego se vistió con un cuidado minucioso y bajó despacio la gran escalinata hasta el salón. Encontró a sus padres que tomaban el aperitivo, y a Smedley que había oído sus pasos y acudía con un vaso.

—¡Ya estás aquí, querida! —exclamó su madre—. Estás muy bonita esta noche. Bésame.

—Con mucho gusto —contestó con tono alegre.

—El viaje te ha sentado bien —intervino su padre—. Entre paréntesis, podrías besarme a mí también.

Los besó a ambos.

—¿Lo has hecho... todo?

—Sí, gracias —repuso—. Todo.

Se sentó junto al fuego, bebió lentamente su aperitivo, y comió una pasta. Todo era delicioso: su cuerpo lindo y fragante, el fuego, el vino... ¡y mañana!

Miró a sus padres y sonrió. Los dos estaban admirables: su madre luciendo un vestido de encaje plateado, y su padre con sus blancos cabellos cuidadosamente peinados hacia atrás y su faz rosada por el calor del fuego y del vino que tomaba como aperitivo.

—Estoy segura de que todo se resolverá de la mejor manera —dijo la madre de Kit.

—Todo marcha muy bien —repuso ella.

Se levantaron y salieron, ella entre sus padres, teniendo a ambos cogidos de la mano. Sentía los mórbidos dedos de su madre, llenos de sortijas, oprimir ligeramente los suyos, y la mano fuerte y delgada de su padre. Y allí delante de ellos estaba el comedor, la mesa que lanzaba sus brillantes reflejos bajo límpidas luces. Pensó apasionadamente que ya no acogería como naturales ninguna de aquellas cosas, aun cuando siempre las hubiera tenido... ¿Qué había tenido? Mirando a su alrededor, comprendió que no le faltaba el lujo, ni las comodidades. Necesitaba algo mucho más fundamental; sentimiento e inteligencia, he aquí las cosas esenciales.

Pasó una velada tranquila. Su madre confeccionaba algo para uno de los chiquillos de Gail, y hablaba. Smedley apareció con una botella de whisky y un sifón y los dejó sobre la mesa. Le oyeron cerrar la enorme puerta de la entrada y retirarse a descansar. Finalmente, mamá Tallant arrolló su labor de punto.

—Voy a acostarme, queridos —anunció—. Kit, supongo que irás a ver a Alberto antes de irte a la cama.

—Sí, mamá —repuso sin decir que aún no le había visto.

Con su sentimiento incorruptiblemente honrado comprendía que quizás hubiese tenido que ir a verle, pero no fue inmediatamente. Se dirigió a su habitación en el piso superior y trató de leer. Sólo una hora más tarde abrió la puerta del dormitorio de Alberto. La señorita Weathers, la enfermera, se levantó llevándose un dedo a los labios.

—Acaba de dormirse ahora —murmuró con una voz apenas perceptible.

Kit asintió con la cabeza y se acercó al lecho del enfermo. Se evidenciaba en él que estaba muy mal. Poco en sus facciones le recordaba al Alberto que conocía; y, no obstante, se quedó impasible.

—¿Mejor? —murmuró en un soplo.

La enfermera movió con gravedad la cabeza.

—Siempre igual —dijo entre dientes, sin dejarse apenas oír.

Kit se retiró como había venido. Era inútil pensar en el porvenir, por lo menos en el porvenir del día siguiente. No había ningún mal en pensar en el mañana porque Norman ya había dejado de quererla. Si él la hubiese amado todavía, desde luego ella no habría ido a su encuentro. Pero también era cierto que si la hubiese amado, no habría ocurrido nada de lo que había sucedido. Ella no se hubiera convertido en Kit

Holm, sino en otra mujer cualquiera.

Podía pensar en el día siguiente con perfecta tranquilidad.

Era como si las viejas costumbres no hubiesen sido jamás interrumpidas. No había vuelto a aquel local desde hacía mucho tiempo y, sin embargo, al entrar le pareció que la última visita la había efectuado el día anterior. Bajo la superficie de otro tiempo y otra actividad sus verdaderas costumbres alentaban todavía. Por esto sus pies no habían olvidado el bajo peldaño de la entrada del pequeño restaurante, ni su mano la familiar resistencia de la puerta que se abría. Cuando entró, su mirada se dirigió instintivamente hacia el ángulo bajo de la dudosa pintura mural que representaba a caballo un héroe de la Independencia americana. Bajo aquella pintura al fresco, Norman y ella habían reído como locos. Él pretendía que el héroe tenía el aspecto de un gallo belicoso.

En aquel lugar lo había esperado muchas veces. Norman siempre llegaba con retraso, y en ocasiones, si había algún ensayo, no acudía a la cita. Quedaba acordado que si surgía algún contratiempo él no podría ir, pero saberlo no hacía menos fastidiosa su ausencia. Hoy, en cambio, ya estaba él allí aguardándola. Kit le vio en seguida. Hasta su corazón había recordado la vieja costumbre: latía con violencia en su pecho. Trató de reprimirlo para evitar que le traicionara, haciéndole brillar los ojos y dando a sus palabras un tono de alegría. La costumbre no era más que un ciego instinto físico y nada en ella era realmente como lo fue en otro tiempo. Pasando por entre las mesitas que llenaban el local, se dirigió hasta él. Norman alzó los ojos, se levantó y le estrechó apresuradamente la mano.

—No recuerdo haber visto jamás tanta gente —dijo ella.

Él tenía su mismo aspecto habitual. Nada había cambiado en él. Kit tenía ante sus ojos aquel rostro conocido y franco y aquellos ojos que siempre miraban frente a frente.

—El dueño —le contestó— ha mejorado mucho económicamente desde hace algún tiempo.

Se sentaron. Él tomó la minuta.

—¿Cómo de costumbre? —preguntó frunciendo ligeramente sus cejas oscuras.

Kit asintió...

En lugar de Tom, el camarero y viejo ex mayordomo que les sirvió en otro tiempo y les aconsejaba escoger cordero, había ahora otro, un español pequeñito y vivaracho.

—¿Dónde está Tom? —preguntó Norman.

El español murmuró con una mueca trágica:

—Ha muerto. Hace dos meses murió aquí como una casa que se derrumba.

—¡Oh, pobre Tom! —murmuró Kit.

Quizá murió ignorando lo que les había ocurrido a ellos, a la joven pareja que frecuentaba diariamente el local, que comía con tanta voracidad y que no dejaba

nunca de discutir.

—¿Ustedes dirán? —preguntó el nuevo camarero; y escribió rápidamente en su bloc lo que Norman encargaba.

—Bistés para dos, ensalada, queso y café. Los bistés bien crudos —precisó Norman.

Ésta había sido su invariable minuta. Norman no quería hacer nunca experimentos con la comida; única excepción pues en lo demás era un experimentador nato. El camarero se alejó rápidamente. Kit observó que Norman lo seguía con la mirada frunciendo la frente.

—Espera —le ordenó cuando ella iba a decirle algo—. No llego a ver bien a qué se parece... Esta nariz larga, estos ojos salientes, sus codos afilados... ¡Ah, sí! Ya lo tengo, parece un saltamontes con un delantal blanco. ¿No has visto nunca un saltamontes, Kit?

—No —repuso ella, riendo porque realmente encontraba que Norman no había cambiado.

—Observa uno el verano próximo. Verás una gran prudencia en él, una gran satisfacción de sí mismo. Un cangrejo, por ejemplo, está siempre deseoso de algo; insatisfecho, busca constantemente alguna cosa. Lucha contra su coraza, es inquieto, nervioso y parece huir continuamente de sí mismo. Pero el saltamontes es un ser satisfecho.

—Háblame de tu nueva comedia —le dijo ella—. Si no te interrumpo, no acabarás con el saltamontes.

Él la miró de pronto, distraído y como ausente.

—¡Oh! —dijo reacio—. Es una obra que no gusta a nadie excepto a mí: pero estoy seguro de que se trata de una buena obra. A ti no te gustaría.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Trata de un espíritu inquieto que se libera poco a poco de todo lo que le ata.

—¿Con que finalidad?

—La de ser libre.

¿Cuántas veces habían discutido sobre el significado de la libertad? Kit decía: «No tiene ningún sentido destruir una tradición como se derriba un árbol, por el solo placer del gesto». Y él: «Sí, tiene un sentido, porque únicamente cuando el árbol ha sido derribado se puede valorar la importancia de la sombra que proyectaba».

—Pero ¿qué hace tu personaje? —insistió ahora Kit.

—Nada —repuso él, encogiéndose de hombros.

—No me parece que tu comedia tenga una gran consistencia.

—Sin embargo es una obra teatral desde el primer acto hasta el último —declaró Norman—. ¡Una magnífica obra!

—Pero ¿cómo termina?

—El personaje obtiene su libertad.

—Norman, ¿qué final es... si no ocurre nada?

—¡Tontuela! ¡Pero si este es el único final feliz que existe!

Mirándolo, se dijo que ésta era ya para ella una felicidad suficiente. Ya volvía a ver aquellos conocidos cambios de expresión en el rostro de Norman. Su boca era aún hermosa... aún demasiado hermosa, más hermosa —¿por qué?— que los siempre maravillosos y arqueados labios de Alberto. La boca de Norman no estaba nunca en reposo; no habría sido posible señalarle una forma definitiva. Variaba con la expresión de su rostro. Dura, cruel y ardiente. Pero raras veces Kit la había visto tan milagrosamente tierna, poseída por una ternura que la obligaba a contemplarla.

El pequeño camarero saltamontes llegó con los bistés, cuyo aceite hervía aún, sobre un plato de metal, cubiertos con setas y pimientos colorados. Con gran rapidez cortó la carne con el cuchillo y colocó delante de cada uno su porción.

—Mírale las manos —susurró Norman.

Kit las miró. Parecían dos pequeños tentáculos peludos. Cuando hubo terminado, se las frotó un momento, y al frotárselas produjeron un rumor seco. Norman miró a Kit, frunciendo una ceja.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó. Luego, tras una pausa, añadió—: Hablemos de Alberto, Kit. ¿Qué haces con tanta belleza? ¿Es realmente como aparece en las fotografías?

—Sí —dijo Kit.

—¿Y cómo le describen? —insistió él, tranquilo. Comía con apetito, mientras hablaba. Era siempre así, un gran consumidor de los platos que escogía, y capaz, sin embargo, de no probar en absoluto un plato que no fuera de su elección.

—En todo y por todo —respondió Kit en guardia.

—Entonces es como vivir con un retrato famoso —prosiguió Norman.

—Con un retrato favorito —corrigió ella—. Con un retrato que he escogido, querido, y que conservaré siempre.

—¿Cómo adorno? —preguntó él con candor.

—¡No empieces! —replicó Kit—. No tengo la intención de continuar con ese tono. ¡Está enfermo de gravedad y, por cierto, yo no debería estar aquí!

—Como tú quieras —dijo Norman—. Pero si he de hablarte claro, allá va: Sólo al oír tu voz he comprendido que eras desgraciada.

—No lo soy.

—Lo eres; de no ser así no me habrías telefoneado. Una mujer feliz jamás me telefonaría.

—Quizá te he telefoneado porque no quería escribirte.

—Si tú hubieses sido feliz, no te habría importado escribirme o telefonarme. No

hubiese tenido para ti ninguna importancia.

—Podría ser feliz, no obstante, sin haberlo olvidado... todo.

—Tú no, Kit. Gail, quizá. Ella es el tipo que recalienta de nuevo los residuos de un antiguo amor sólo por fría curiosidad. Pero tú, desde luego, no.

—No debes humillarme... otra vez —murmuró Kit, apartando el plato.

Él movió la cabeza.

—No te he humillado jamás. Al contrario, te he venerado. Habría podido casarme contigo por compasión, pensando tal vez en descuidarte más tarde. Pero sabía que no me sería posible desairarte luego como se desaira a cualquier estúpida... ¡Dios sabe que entre las mujeres el porcentaje de estúpidas es enorme! —Frunció el entrecejo y encendió nerviosamente un cigarrillo—. Kit, no tengo intención de meter la nariz en tus asuntos, ¿por qué he deseado que vinieses aquí? Lo ignoro y digo la verdad. He deseado que vinieras; esto es todo. Y tú también lo has querido, pues de lo contrario no estarías aquí. Todo lo que he de decirte queda resumido en esto: No creí deber ligarte a algo en la vida. Tú, pensándolo bien, no estás ligada a nadie y de este modo perteneces a todos. Yo, por mí parte, trato de evitar cualquier atadura. Y no esperes hasta encontrarte al borde del precipicio. ¡Decídate a romper antes el lazo y libérate!

Se inclinó de pronto hacia ella y le tendió la mano a través de la mesa.

—¡Un pavo real blanco! —dijo—. Alberto es como un pavo real blanco. He visto centenares de fotografías de él. ¡Kit! En muchas de aquellas fotografías había junto a él una mujer, una mujer que se parecía vagamente a ti, ¡y que no eras tú! —ella no respondió ni aceptó su mano—. ¿Qué te indujo a casarte con él? —preguntó Norman con una sencillez que la llenó de repentina irritación.

—Tú no tienes el derecho de hacerme semejante pregunta... ¡Tú menos que cualquier otro!

—¿Por qué menos que cualquier otro?

—¿Por qué? Porque... no me has querido.

Hubiese deseado retener esta palabra hasta el último instante, pero ya se había escapado de sus labios.

—¿Qué tiene que ver esto? —preguntó todavía Norman.

—Antes que el suicidio...

Con un sentimiento de terror se oyó pronunciar estas palabras. Brotaban como sangre caliente que manara de una herida de nuevo abierta. Era preciso taponarla so pena de sucumbir. ¡Oh, si por lo menos Norman se las hubiera dado de chistoso hablando así! En esta situación, hubiera usado de una sátira que le habría sido de alguna utilidad. Pero él no estaba bromeando como acostumbraba a hacerlo. Al contrario, con una especie de tristeza desconcertante dijo:

—No tengas la opinión de que yo sea siempre y exclusivamente despiadado. El motivo fue... ¿Sabes? No quería aventurarme con un bagaje inferior a tus

pretensiones. Tú pretendes mucho, Kit... más quizá, de cuanto un hombre puede ofrecer a una mujer. Conmigo habrías sido desgraciada.

Ella vibraba y se estremecía ante aquella gentileza. Si hubiese bromeado o adoptado una actitud teatral habría podido mantenerlo a distancia; pero de ese modo se sentía desarmada, sin defensa. Cogió sus guantes y empezó a ponérselos, mirándolo con una especie de amor iracundo. Él, sentado, la miraba con gravedad, pero estudiándola con disimulo. Ella pensó que, cuando menos, lo había visto; que, cuando menos, lo había oído hablar, y dijo con voz apenas perceptible:

—He de irme.

Él prosiguió rápidamente:

—Quizá hubiese tenido que ofrecerte la alternativa de la infelicidad, Kit. Quizás este es el punto en el cual he faltado respecto a ti. Concediendo que tú jamás serás feliz, ¿qué infelicidad prefieres, la actual o la que habrías encontrado conmigo?

De pie, ella se anudaba el cinturón en torno a su abrigo de paño pardo.

—Te recuerdo que me dijiste que no me amabas lo suficiente —dijo con brusquedad.

—Es cierto —admitió él con honradez—. No lo suficiente en relación a tus pretensiones, A este precio no podría amar a ninguna mujer. Pero tú ahora no has encontrado lo que necesitabas, ¿o acaso me equivoco?

Le lanzó la pregunta de una forma tan brusca que ella reaccionó casi físicamente.

—Tengo lo que he elegido —replicó.

—¿Lo que escogerías todavía?

—Yo... sí, todavía.

Él pagó la cuenta dejando un billete debajo de un vaso, y se levantó.

—Me has demostrado que cometí un error —dijo—. Creí entonces que lo mejor que debía hacer era devolverte la libertad.

—Tú tienes la idea fija de la libertad —dijo Kit confusamente.

Él la cogió del brazo y la condujo por entre las mesitas.

—Yo también lo digo —contestó—. Pero si tu destino es la desgracia, tanto importaba que te hubieses quedado conmigo.

—¡No soy tan desgraciada como supones! —replicó ella con ardor.

—Lo eres —insistió él—. Te digo que te he visto retratada junto a él centenares de veces. Siempre tienes el aspecto de la perfecta infelicidad.

—¡Si soy desdichada no me doy cuenta de ello!

Estaban en la calle y casi disputaban como en otros tiempos, precisamente bajo el mismo farol. Él estaba frente a ella, con la cabeza descubierta, y el viento despeinaba sus cabellos negros. La miraba con ojos de poseído, furioso.

—¡Enhoramala; te digo que eres desgraciada! —gritó de pronto—. Ojalá no hubiera tenido escrúpulos y me hubiera casado contigo. Habría conseguido, por lo

menos, poner un poco de buen sentido en tu cerebro.

Se encasquetó el sombrero de un manotazo y desapareció en la oscuridad, sin volverse, mientras ella lo seguía con la mirada, como había hecho otras veces. Pero Norman jamás volvía la cabeza. Nada entre ellos dos podía nunca sufrir cambio alguno. Ésta era la certidumbre que ahora Kit había de llevarse consigo. Lo amase o no hasta la hora de la muerte, siempre uno y otro se habrían comportado de la misma manera. Tenía ahora la sensación de que sus huesos eran de la misma sustancia que los de Norman y de la misma arcilla su carne. Poco importaba que hubiese o no amor entre ellos. Pero había verdad.

Con su llave abrió ella misma la puerta de su casa. Al entrar no vio a nadie.

Estaba a media escalera cuando oyó unos pasos rápidos en el vestíbulo, a sus pies. Se volvió y vio a Smedley que corría con una vasija.

—El señor Holm está muy grave, señorita —dijo.

En su habitación encontró a sus padres que la esperaban.

—Una crisis —dijo su padre—. Sobrevino de repente hace una hora. No hemos podido encontrarle.

—Por fortuna estaban en casa las dos enfermeras —interrumpió su madre.

—Hemos logrado traer al médico, que ha venido con otro especialista. Se hace todo lo posible. Los médicos no quieren que estemos en la habitación del enfermo.

—¿Crees que... se muere? —preguntó Kit, y su corazón latía precipitadamente en su pecho. ¡Morir Alberto!

—No digas esto, Kit —se apresuró en contestar su madre—. Mientras hay vida... Y, además, es tan joven...

Pero Kit ya había desaparecido.

Se dirigió al dormitorio de Alberto y entreabrió con sigilo la puerta. Todos estaban en la alcoba y vio a Smedley con el rostro contraído, sosteniendo la vasija. Kit no pudo ver a Alberto; todos estaban inclinados sobre él. De repente uno de los médicos, el doctor Leavett, levantó la cabeza.

—Creo que podríamos trabajar con mayor tranquilidad si usted no estuviera presente, señora Holm —dijo—. Hágame el obsequio de esperar en la habitación contigua, por favor. Si se presenta un peligro inminente, la avisaremos.

Kit dio media vuelta y volvió a su habitación. Encontró a Gail y a Harvey, además de sus padres. Sonó el teléfono y su padre descolgó el auricular: era Roger Brame. Kit oyó la voz seca de su padre que decía:

—No, ninguna novedad; está grave, esto es todo. Los médicos están preparados para suministrarle más oxígeno... nadie puede verle todavía. —Colgó el auricular—. ¡Malditos periódicos! —comentó brevemente.

Kit tenía solidarizados a su alrededor a todos sus familiares, dispuestos a ayudar a la Kit que conocían y consideraban como cosa suya. Pero, sin embargo, había un ser

que no les pertenecía y que ellos ni siquiera conocían, un ser que debía decidir de su propia vida o muerte.

Sin embargo —¡curioso don que poseía Alberto!— él conseguía siempre, cuando sobrevenía una crisis, evitar las decisiones finales. No se le podía culpar en absoluto por su enfermedad. Pero si moría, su muerte sería la solución para Kit. Sufriría, pero en ningún caso su sufrimiento podría ser más intenso que el que la había atormentado durante aquellos últimos días... un sufrimiento por algo que no existía, que quizá jamás había existido. La muerte de Alberto significaría tan sólo que este algo tampoco podría existir en el porvenir. Quizás era precisamente esto, la muerte... el final de un sueño. ¿O acaso era tan sólo la libertad? Sobre este capítulo de la libertad, Norman, no obstante, no tenía razón. El simple hecho de tomarla no lo hacía libre a uno. Si la libertad era concedida, si la vida cambiaba de modo que, sin faltar al propio deber, todo terminaba y comenzase la libertad entonces sí, naturalmente, se la aceptaría como se acepta el dolor. La vida daba o no daba; esto era todo. No existía la elección. La vida le había dado a Alberto, pero únicamente tal como era. Si Alberto moría, ¿qué ocurriría entonces? ¿Volvería, quizás, a verse sumida en otro vacío?

Volviendo en torno suyo su mirada, triste y vaga, se fijó en los penetrantes ojos de su hermana Gail fijos en ella. He aquí a Gail llevándose los dedos a los labios y enviándole un beso. Ella se apresuró a sonreír como para defenderse.

El teléfono volvió a sonar. Ahora fue Harvey quien contestó con su voz firme y baja.

—Es desagradable; no sabemos nada. Agradecemos el interés. Si quisiera usted llamar, mientras tanto, al señor Roger Brame, representante del señor Holm...

—Es intolerable; esto dura todo el día... —murmuró en voz alta la madre de Kit.

Las noticias sobre Alberto parecían difundirse espontáneamente en el aire.

—Es así desde luego —intervino Gail—. Figúrate que cuando veníamos aquí en taxi el chófer quiso saber cómo se encontraba.

—Es extraño el hechizo que ejerce sobre la masa —murmuró Tallant padre.

—Un hechizo, indudablemente —replicó Gail—. Todos lo sienten. Es una especie de fluido que emana de él.

Kit alzó los ojos.

—¡Fluido! —repitió.

—Entendámonos, no quiero decir que esto equivalga a sinceridad —precisó Gail—. ¡Nada tan complejo! Más sencillamente, él obra sobre uno con espontaneidad en cualquier lugar en que haya de encontrarlo. Espontaneidad tanto más grande en él cuando que acostumbra a olvidar el día de ayer, esta mañana y todo cuanto ha ocurrido tal vez sólo hace cinco minutos. Sin embargo, todo lo que pertenece al momento, él te lo da, seas quien seas.

—¡Cielos, qué compleja eres, Gail! —se asombró mamá Tallant.

Alguien llamó a la puerta y Smedley hizo su aparición.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la señora Tallant.

—¡Oh, señora! —balbuceó el mayordomo con voz que se iba tornando estridente

—. Comprendo que he de confesarlo, y a usted señor, y a usted señorita...

Le miraron estupefactos. Nadie le había visto jamás en aquel estado.

—¡Smedley! ¡No sea usted ridículo! —le amonestó severamente la señora Tallant.

—No, señora —murmuró el infeliz—. Pero si el señor Holm se... muriera —se pasó rápidamente una mano por la nariz, y sollozó—. No me lo perdonaré nunca, señora, pero temo que sea a consecuencia del exceso de cierta noche... Una noche salimos juntos...

—¿Juntos? ¿Los dos?

La voz asombrada de la señora Tallant parecía deslizarse por la espina dorsal de Smedley como si fuera hielo.

Tragó saliva con dificultad y prosiguió:

—Sí, señora; salimos para ir a ver un match de boxeo en el estadio. El señor Holm se acaloró y luego no quiso ponerse el gabán. Dijo que tenía calor.

Aquí Smedley, ante su propia consternación, volvió a sollozar.

La señora Tallant dirigió una mirada a Gail y se mordió los labios. Realmente había sido una empresa digna de Alberto, decían sus ojos. Pero ¿habíase visto jamás cosa semejante? ¡Con un mayordomo! ¡Y ahora, por añadidura, se moría; es decir, se ponía a salvo de cualquier reproche o reprimenda!

—Lamento que haya tardado tanto en hablar, Smedley —dijo con severidad.

—Me rogó el secreto —balbució el culpable —pero a menudo he pensado en ello muy consternado.

—Ya basta, márchese —intervino de pronto el señor Tallant.

Smedley estuvo tan contento de que todo hubiese terminado, que se apresuró a salir murmurando apenas:

—Sí, señor.

—En otras circunstancias habría motivo para echarse a reír —observó Gail.

—Yo no veo nada cómico en esto —replicó mamá Tallant—. Más bien algo... bajo.

—¡Basta! —ordenó Tallant—. No se hable más de este asunto.

Miraba a Kit. Ella no había pronunciado una sola palabra; estaba sentada, pálida e inmóvil, con los labios temblorosos, como si se esforzara en contener el llanto.

—Kit, no contengas tus nervios —casi le ordenó su madre—. A Alberto no le hace ningún bien esta reserva tuya. Te consumes únicamente y él sigue siendo el que sería de todas maneras.

Kit se sobresaltó al oír las palabras de su madre. ¿Qué tonta desilusión era la

suya? Pero ¿por qué Alberto había sentido la necesidad de ocultarle su deseo de ir con el mayordomo a un match de boxeo?

Antes de que pudiera bailar la respuesta, el médico apareció en el umbral. Se quitó las gafas y sonrió.

—Me siento realmente feliz al poder decirles —anunció— que nuestro enfermo está fuera de peligro.

V

Al ir recobrando la conciencia de sus actos, Alberto advirtió el primer vislumbre de la luz que volvía, al ver una suave aureola dorada en torno a la mancha difusa de un rostro.

«No es Kit», pensó mentalmente con dificultad.

Todavía no podía pensar claramente; le faltaban las fuerzas. Pero le incomodaba la necesidad de determinar de quien eran aquellos rubios cabellos. ¿Lily? El esfuerzo que hacía para pensar le hizo sentirse mal. Sufrió una contracción espasmódica. Una voz exclamó alarmada:

—¡Oh, no, no debe hacer esto!

La voz le acercó más el rostro. Lo miró con fijeza, tratando en su estado de extrema debilidad de distinguir sus rasgos.

—No es Kit.

Aquellas tres palabras le costaron un inmenso esfuerzo, en su estado de extrema debilidad, de distinguir sus rasgos.

Pero no fueron oídas. Finalmente la voz dijo:

—Ahora descanse, no hable.

—Me siento... derecho —dijo luego ya con mayor claridad.

Una mano se posó sobre su frente. Luego sintió que le hacían acostar sobre un lado; pero se resistió un poco, pues no quería que le cambiasen de postura... ¿Por qué no le daban de comer? ¡Un bisté para hacerle recobrar las fuerzas! De nuevo alguien se inclinó sobre él. Era otra persona; tenía los ojos oscuros; los veía, eran los ojos de Kit y suya era la voz que decía:

—Alberto, ¿por qué lloras? ¿Qué quieres?

—Un bisté —balbució él—; estoy acabado.

Alguien rió. No era Kit. Era Gail que dijo:

—Está vivo; todo va bien. ¿Por qué no darle un bisté?

Le secaron el rostro, y él se echó a llorar. Después de una larga espera, alguien le dio caldo que sabía a carne.

La habitación quedó tranquila. Sólo se había quedado una persona que le daba el alimento. Él volvió a abrir los ojos. No era Kit. Era la enfermera rubia.

—¿No eres Lily? —preguntó.

La enfermera sacudió su rubia melena.

—Soy su enfermera, Constancia Weathers.

Alberto quiso decir alguna cosa..., pero no sabía qué era. Durante un momento no consiguió pensar en nada. Sólo cuando la enfermera terminó de darle de comer y le hubo arreglado las mantas, pudo articular con dificultad:

—Encantado... de conocerla.

—Duerma, ahora —le dijo la enfermera.

Quería discutir, resistir; pero, antes de que sus labios pudiesen articular una palabra, se durmió.

Estaban todos en la biblioteca, a punto de separarse, cedida ya la crisis que los había reunido.

—¡Un bisté! —dijo Gail riendo—. ¡Es la primera palabra que ha dicho!

Brame sonrió discretamente.

—Aconsejo que no se divulgue esto —dijo. Había acudido inmediatamente después de la llamada telefónica de Harvey, que le había informado de que Alberto había superado la crisis. Naturalmente, ya tenía todos sus planes bien preparados para todos los casos. Le había dictado a su secretario dos esquemas publicitarios, uno en caso de catástrofe y otro para el más afortunado de que se salvara la vida. Estar siempre preparado era su especialidad...

—Si da su aprobación, señor Tallant, enviaré a los periódicos de la mañana un simple y digno comunicado para anunciar que el señor Holm ha superado la crisis de su grave enfermedad y se encuentra ya fuera de peligro.

—Me parece bien —dijo cautamente el señor Tallant.

Brame prosiguió con su voz áspera y en tono insinuante:

—Dentro de uno o dos días quisiera poder exponerles mis proyectos para aprovechar al máximo grado la gran oleada de renovado interés que vierte el público hacia el señor Holm. Les aseguro —y al decir esto miró uno tras otro a todos los presentes— que nunca durante el transcurso de mi carrera (y he tratado con algunas de las mayores personalidades de nuestro tiempo) he visto una avalancha tan imponente de cartas, telegramas de augurio y aflicción. Semejante tributo hubiese tan solo podido renovarse —tosió— en el caso de la muerte, tan felizmente evitada, del señor Holm. Ahora la cuestión...

—Perdone —le interrumpió Gail con los ojos brillantes de malicia—, pero nosotros hemos de irnos a casa, Harvey...

—Desde luego, querida —dijo Harvey.

Cuando hubieron salido, Brame dijo en la biblioteca, donde se habían quedado los señores Tallant y Kit:

—¿Quieren, pues, que nos encontremos mañana? No quisiera parecer precipitado, pero jamás insistiré lo suficiente sobre la necesidad de aprovechar al público entusiasmado del momento. Los periódicos, como ustedes saben —y con una mirada envolvió a Kit y a sus padres—, han ilustrado como convenía la valerosa lucha cotidiana del señor Holm por la vida, dado que, como dicen los periódicos de la mañana de hoy, él tiene una misión que cumplir en la vida. Es opinión general que Alberto Holm debe realizar proezas aún mayores de la que ha realizado.

Kit tuvo miedo de la tranquilidad que la había invadido en el instante en que supo

que todo quedaría inmutable. ¿No presintió, ciertamente, la muerte de Alberto? Se levantó, incapaz de resistir siquiera sus propios pensamientos.

—He de acostarme —dijo.

Su madre se levantó a su vez rápidamente.

—Todos, todos hemos de ir a acostarnos —dijo—. ¡Qué día! Usted señor Brame...

—Desde luego —repuso el agente, retrocediendo un poco.

—Entonces, hasta mañana —dijo el señor Tallant, que apenas había despegado los labios desde que el médico se había ido.

¡Quién sabía si Kit odiaba a su marido!

Kit yacía inmóvil sobre su cama. Su padre le había dado un beso, tácito augurio de buenas noches, y su madre le había subido un poco las mantas, pues las noches se habían hecho frías; luego la había besado a su vez con afecto, y había salido sin pronunciar el nombre de Alberto.

Kit pensó con lúcida claridad los acontecimientos del día. Alberto curaría. Había estado segura de ello desde el primer momento en que había visto sus ojos azules mirarla desde su pálido rostro. No había sido posible todavía cortarle los cabellos, y los había visto caer en desorden sobre la almohada, como los de un chiquillo. Pero habían afeitado con sumo cuidado sus mejillas, lo cual le daba más que nunca el aspecto de un niño. Durante toda su vida conservaría esta expresión suya, casi infantil, porque reflejaba su íntima naturaleza. Nada podía turbarlo. Todo lo que sucedía, sucedía para ella, dejaba sobre ella su huella. Kit no podía olvidar nada. La hora transcurrida al lado de Norman había hecho revivir todo un pasado. ¿Deseaba ahora no haber acudido a aquella cita? Pero si el pasado estaba todavía oculto en ella, como el fuego bajo la ceniza, lo mismo daba saberlo y atenerse a ello.

Inmóvil en su lecho, respiraba el aire fresco que entraba por la ventana abierta. ¿Cómo vivía la otra gente? ¿Tropezando a cada paso como le ocurría a ella? Sin embargo, sus exigencias eran pocas. Poseía casi todas las cosas por las cuales la gente luchaba loca de deseo; dinero, posición, cultura, todo. No obstante, poseyendo todas estas cosas, no conseguía apreciarlas; le faltaba algo esencial: una fundamental y necesaria compañía, este bien que nada tiene que ver con la pobreza y la riqueza. En la vida no había encontrado a nadie en el estado de dárselo, salvo Norman, y Norman no la había amado bastante. ¿Acaso no se lo había confirmado implícitamente aun aquella noche?

Pero esta frialdad afectiva de Norman no le causaba ya, como en otro tiempo, la angustia que tanto la había hecho sufrir. En otra época él la había humillado y ahora ella sabía que Norman se sentía, aun cuando resistiéndose, ligado a ella. De todo esto nacía otro sentimiento más inseguro, pero no demasiado distinto del amor. Él había dicho algo sobre la elección de la felicidad. Esta elección existía. Ella la tenía ahora

ante sí. Cuando Alberto se hubiese restablecido, podría decidir ser o no ser desgraciada. ¡Si al menos hubiese podido ser despiadada! Pero no había en ella sentimientos despiadados, y en ello estaba su debilidad. Lily y Norman, estos dos seres opuestos, sosteníanse ambos por una inútil dosis de ruda energía. A ella, en cambio, que todo lo toma en consideración, nada llegaba a serle intolerable. Su vida estaba llena de consideraciones. Suspiró y trató de apartar sus pensamientos de sí misma... Si hubiese ido cuando menos a ver la comedia de Norman... Habría sido una diversión asistir de nuevo a los ensayos. Había pasado horas interminables sentada en teatros vacíos y oscuros siguiendo el ensayo de alguna obra, atenta a la locura de la gente que trataba de encerrar todo el universo en una sola disertación, en un movimiento...

Pero Alberto curaría. Cansada, se adormeció, pero el cerebro permanecía desierto y fue recordando fragmentariamente. Alberto curaría... Pero existía Norman que jamás había olvidado. Profundos dilemas la aguardaban. Vio su propia minúscula figura emergiendo de un sendero entre dos enormes peñascos. ¡Las montañas de Alberto!

De repente el teléfono sonó junto a su lecho, despabilándola. La voz de Norman sonó en su oído.

—¿Kit?

—¿Eh? —repuso ella.

—No sé porque te he llamado.

—Ya estaba casi dormida.

—Yo en cambio, no consigo dormir. He estado trabajando hasta ahora en un ensayo. Tú, ¿qué has hecho?

Ella se apresuró a contestar:

—Alberto está mejor. Cuando regresé a casa estaba gravísimo. Pero ahora la crisis ha sido superada.

Norman guardó silencio un instante. Luego con muchísima calma, dijo:

—Quizá por eso he llamado... para saber lo que me has dicho.

—La ciencia —prosiguió diciendo Brame— la ciencia es, quizá lo que más agrada por su seriedad.

Y colgó el auricular.

Kit no había conseguido conciliar el sueño hasta el alba; luego había dormido hasta muy tarde, pero no había conseguido sacudirse de encima el malestar que le había dejado un sueño insuficiente. Ella y sus padres, rodeados de flores, estaban de nuevo sentados en la biblioteca.

Durante todo el día la servidumbre había luchado, por así decirlo, con las flores. Desde que los periódicos habían anunciado la curación de Albert, las flores no habían cesado de llegar en avalanchas procedentes de todas partes. La señora Tallant no

pudo evitar hacer la observación de que no se habrían recibido menos si se hubiera tratado de los funerales del yerno. Ahora que Alberto estaba realmente fuera de peligro, había muchas cosas sobre las cuales ella tenía que tomar cuanto antes sus medidas. El asunto de las enfermeras, por ejemplo. La cocina se hallaba en pleno caos por las contradictorias disposiciones de las enfermeras que estaban siempre como el perro y el gato. La señora Tallant se había abstenido de discutir mientras Alberto estuvo grave; pero ahora que él mejoraba era preciso arreglar un poco las cosas... ¿La ciencia? decía Brame. La señora concentró su excitada atención en lo que hablaba.

—Es preciso —continuó Brame, sentado ante la gran mesa de caoba—, es preciso consolidar la posición del señor Holm. En nuestro país la ciencia es lo que se desea. Nada tan digno y eficaz para atraerse el público respeto como el estudio de cualquier cuestión científica. El público respeta siempre aquello que no entiende. Por eso sería necesario orientar al señor Holm hacia algún trabajo científico afín, en cierta manera, con sus dotes y, por otra parte, no demasiado definitivo, pero suficiente para que ocupara el resto de sus días. Esto serviría perfectamente para nuestro caso y, ante los ojos del público, lo colocaría a él en una posición a la vez firme y digna.

—¿Qué es lo que usted propone? —preguntó blandamente el señor Tallant.

Era preciso, y lo sabía muy bien, llegar a una concreción formal. Por eso precisamente había recurrido a los servicios de Brame, porque era un hombre que acababa siempre de llegar a algo sólido, por poco que se tuviese paciencia para esperar.

—Propongo una segunda expedición —repuso rápidamente el agente—. Pero de ningún modo como la primera. No, en otros términos, una aventura, sino una expedición científicamente organizada. —Volvióse hacia Kit—. ¿Le ha hablado a usted alguna vez de una segunda expedición? —preguntó.

Kit se acordó de la noche en la terraza de Gail, cuando Alberto contemplaba la ciudad.

—Una vez me dijo que le gustaría volver a sus montañas —repuso.

—Sería lo mejor —se apresuró a contestar Brame—. El público ama la repetición de todo original con adición de aventura, pero siguiendo siempre la antigua tendencia. Las modificaciones, en cambio, no le gustan. Pongan por caso que el señor Holm se dedique a una investigación académica o científica completamente solo. Esto no haría ningún bien al mantenimiento de su posición. El público se desorientaría. Al señor Holm le conocen como explorador y así lo califican. Ha de continuar siendo explorador. Pero tenemos necesidad de examinar esta actividad suya desde distintos puntos de vista. La ciencia...

—¡Pero Alberto no entiende de ciencia ni poco ni mucho! —exclamó la señora Tallant.

Estaba sentada en una gran poltrona forrada de cretona, en una actitud majestuosa e irritada.

—¡Ah, señora, aguarde! —exclamó Brame. Extrajo de su bolsillo un pañuelo blanquísimo y limpió con él sus gafas—. No es preciso que entienda; nosotros podemos emplear casi gratis a los científicos que sean necesarios. Científicos los hay a montones... sólo escasean quizás, los matemáticos. No, el verdadero problema estriba en lo siguiente: ¿qué hay digno de estudio en las grandes altitudes? Una cuestión pura y simplemente investigadora no ofrecería ningún atractivo para el alma popular, siempre ardientemente sentimental. Es preciso que exista un algo con visos de humanidad, o excelsamente científico, en torno a lo cual sea posible centrar la finalidad de la expedición. Al público, cuando se trata de héroes jóvenes, le agradan los héroes serios. ¿Me comprenden?

—¿A partir de qué edad Alberto puede comenzar a prescindir de la seriedad? —preguntó Kit con una sonrisa algo forzada.

—No entiendo bien —repuso Brame, con una gravedad algo desconcertada.

El señor Tallant sonrió al encontrar de pronto la mirada de su hija. Ella le devolvió la sonrisa, y luego suspiró.

—¡Pobre Alberto, que sin darse cuenta de que efectuaba un acto de heroísmo haya arruinado su propia existencia!

—Esto es vida —dijo Alberto, sonriendo al gracioso rostro inclinado sobre él. ¡Qué felicidad, mejorar! Antes no había estado nunca enfermo y ahora veía a todo el mundo ocupándose de él. No tenía ganas de leer; una de las enfermeras de día lo asistía, se pasaba casi todo el tiempo durmiendo; pero de noche, cuando la sustituía la otra, la muchacha rubia, quería que le leyeran durante largas horas. Todos habían salido, Kit le había deseado las buenas noches... Kit era muy cariñosa en aquellos días... Cuando Alberto se despertaba, hallábase junto a la cabecera de su cama, sonriéndole. Todavía convaleciente y falto de fuerzas, podía permanecer como adormecido, sin pensar nada en absoluto ni darse cuenta siquiera, por ejemplo, de cierta expresión de desconsuelo que había en Kit y que se veía claramente en las comisuras de sus labios.

—¡No se preocupe por nada! —habíale recomendado el médico—. Comer, dormir, recuperar fuerzas... He aquí toda su obligación.

Y él no se preocupaba. Pero se sentía dichoso cuando todo el mundo se había ido, y la casa permanecía sumida en la tranquilidad y, al cerrarse las puertas, él se quedaba solo con la enfermera rubia que lo preparaba para pasar la noche (¿cuándo había soñado jamás que podía disponerse de tantas cosas para estar cómodo?). Finalmente la enfermera se sentaba sobre la silla bajo la luz de la lámpara.

—Quítese la cofia para que pueda verle los cabellos —le pedía cada noche. Pero la enfermera sacudía la cabeza—. ¡Vamos, Constanca, sea buena! —insistía él—.

¡Me gusta verlos inundados de luz!

—No puedo, señor Holm —respondía Constanca.

Incluso este modo de dirigirle la palabra suscitaba sus protestas.

—¡Pero si hasta los periódicos me llaman Alberto! —decía.

Pero ella se mantenía firme. Era una enfermera terca: como, por otra parte, todas las mujeres rubias.

¡Qué curiosos sus sentimientos hacia ella! ¿Estaba acaso enamorado? Sea como fuere, resultaba maravilloso renacer después de una catástrofe como aquella y encontrar a su lado una muchacha graciosa para atenderle y velarle.

—¿Recuerda en qué punto estábamos de nuestro libro, señor Holm? —preguntaba la enfermera, ajustándose el rígido delantal blanco.

Él contestaba bromeando. Ella le sonreía con afable malicia y, con su voz suave y graciosa, daba comienzo a la lectura:

—«La estrechó entre sus brazos...» ¿Es aquí dónde estábamos?

—Para mí la frase suena bien —contestaba él—. Es una idea que me gusta.

Se divertía haciéndola sonreír y sonrosarse. Bostezaba y se desperezaba. Se sentía revivir hasta los huesos. Unos días más y sería de nuevo un hombre. Cada noche se sentía mejor que la anterior. Una semana más y se despertaría en él la furiosa impaciencia por salir y andar... ¿Hacia dónde, por cierto? Había durado tanto tiempo su olvido de todas las cosas... Una vez estuviese restablecido, podría, quizá, volver a emprender sus escaladas. Hacía tanto tiempo que no pensaba en las montañas, ¿por qué? Era extraño: volviendo a pensar en ellas, sentía despertarse otra vez en su alma la manía de las ascensiones.

Aquella noche la enfermera comenzó leyendo:

—«Él la estrechó entre sus brazos y la besó largamente en los labios. Era la primera vez que el amor lo arrastraba de aquella manera, haciendo de él un hombre puro y bueno».

Alberto contemplaba el hermoso perfil bajo la luz de la lámpara y escuchaba la voz gentil que, como una límpida corriente, llevaba consigo las ardientes palabras. Quién sabe si... No, basta de tonterías. Había tomado una resolución muy firme la noche que, en casa de Gail, aquella mujer —¿cómo se llamaba?— había querido bromear diabólicamente con él, proponiéndole —ebria ella también— que se divorciara de Kit. ¡Cómo podía divorciarse de una mujercita como la que él tenía! ¡No, basta de tonterías! Estaba satisfecho de que Constanca no fuera tan fácil como otras muchachas. En el silencio de la enorme mansión, la escuchaba medio adormecido, con un sentimiento de cálido bienestar. Esto no le había ocurrido nunca mientras no estuvo enfermo. Pero en aquella amplia estancia, rodeado de gente que lo cuidaba, se sentía maravillosamente. Y no se había equivocado casándose con Kit Tallant... ¿Cómo diablos podía esperarse, pues, la extraña actitud de la muchacha

cuando había decidido precisamente no cometer más locuras? Y no había hecho ninguna locura; únicamente —esto era todo—, a la mañana siguiente le había cogido las manos cuando la enfermera de noche se disponía a abandonar su turno. Desde luego, aun cuando hubiese tenido otros propósitos, no hubiera sido tan estúpido como para arriesgarse precisamente en aquella hora, con el peligro de ver aparecer, de un momento a otro, a la vieja Prynne, la enfermera de día. No, se había limitado a coger la mano de Constancia y a estrechársela mientras ella cepillaba sus cabellos. Había hecho lo mismo otras veces, y Constancia había tratado siempre de evitarlo, diciendo:

—¡Por favor, señor Holm!

En cambio, en aquella ocasión, ¿qué había ocurrido? La muchacha lo había mirado con el rostro alterado y, sin pronunciar una sola palabra, se había abandonado sobre su lecho, ocultando su rostro en el cuello de él, ¡y en el preciso instante en que la vieja Prynne llegaba para hacerse cargo de su turno!

—¡Constancia! —susurró Alberto—. ¡Levántese!

Y ella se había levantado.

¡Bah! Confiaba en que la suerte no le reservara un espectáculo tan desagradable como el de una escena entre las dos mujeres.

—¡Señorita Weathers! —dijo la Prynne, con la voz del que muerde una manzana agria.

Y Constancia, agresiva como una víbora, saltó:

—¿Qué pasa señorita Prynne?

—¡Podría hablar con quien yo sé! —chilló a su vez la otra.

—¡Pues bien, hágalo!

—Lo haré, pero antes me despediré de esta casa.

—¡No lo hará antes que yo, porque yo me despido ahora mismo!

Lo asustaron.

—¡Constancia —suplicó—, no se marche!

Hubiera sido mejor que se hubiese callado, pues la Prynne le lanzó una mirada fulminante y, dando media vuelta, salió. Constancia ocultó su rostro entre las manos y empezó a llorar. ¡Mujeres! Siempre tomaban las cosas por lo trágico. Se volvió de lado y cerró los ojos. ¡Que se fueran todas al diablo! Para él pertenecían al infierno...

La señora Tallant, dispuesta ya muy temprano para salir de compras con Gail —que llegaría después del desayuno con su esposo—, se paró delante de la puerta, a través de la cual oíanse gritos de mujer en la habitación de Alberto.

—Pero ¿qué demonios sucede? —exclamó. Mas antes de que tuviera tiempo de comprobarlo, la señorita Prynne irrumpió como un bólido en el rellano, dando un portazo tras de ella—. ¡Señorita Prynne! —le reprendió severamente la señora Tallant. La enfermera se volvió con el furor pintado en su faz enrojecida y cuadrada.

—Me despido, señora Tallant —dijo furiosa—. ¡No estoy acostumbrada a casas

de este género!

La indignación de la señora Tallant se hizo majestuosa.

—¡Me refiero a casas donde la enfermera de noche se comporta de un modo escandaloso! —añadió con voz potente la señorita Prynne—. Yo soy una profesional, señora Tallant, y he estado acostumbrada a no permitir que el enfermo entregado a mis cuidados se tome ciertas libertades inadmisibles. ¡Y precisamente ahora, señora, en la habitación del señor Holm, cuando iba a hacerme cargo de mi turno, he podido comprobar que no todas piensan lo mismo que yo!

—Hágame el favor de venir a explicarse en la biblioteca —dijo la señora Tallant, apresurándose a bajar.

Gail se hallaba a la entrada en aquel momento. Acababa de llegar, y estaba encantadora, tan alta, esbelta y atractiva con su abrigo de piel lisa y oscura, y el pequeño sombrero rojo. Al ver a su madre la saludó alegremente con la mano. La señora Tallant se mostró más que satisfecha al encontrarse en aquel momento con su hija mayor.

—Ven tú también a la biblioteca —murmuró—. Hay no sé qué lío entre Alberto y las enfermeras.

Podía hablar con toda franqueza a Gail, y Gail, frunciendo sus finas cejas, la siguió.

Pero la señora Tallant no esperaba encontrar a Kit en la biblioteca, acurrucada en el gran sofá, con sus pies apoyados en el suelo y abierto sobre sus rodillas el libro que había estado leyendo. Al ver entrar a su madre y hermana, se incorporó sobre su asiento y las miró con una mirada vacilante.

—¿Ya estabas durmiendo a esta hora? —le preguntó bruscamente su madre.

—No, vine aquí inmediatamente después de haber desayunado con papá. Había un libro que me interesaba.

La señora Tallant reflexionó rápidamente. Lo mismo daba que Kit lo supiera. Ya era hora de que dejara de servir de tapadera. Un día u otro, Kit, sola, tendría que hacer frente a la situación.

—¡Hola, Kit! —dijo Gail con su tono habitual.

Tomó asiento y encendió un cigarrillo. Los ojos le brillaban. Se estaba preparando una bonita escena... Veía ya el momento de contársela aquella noche durante la cena a su marido que disfrutaba tanto como ella con los chismes. Gran parte de la bondad de su recíproca compañía nacía de este gusto común.

—Kit, se ha producido algo turbio entre las enfermeras —comenzó su madre.

Precisamente en aquel momento alguien llamó a la puerta y entró la señorita Prynne con la cofia puesta y arrogante como siempre. Con los labios fruncidos miró a las tres señoras.

—Diga pronto lo que tenga que decir, señorita Prynne —le ordenó la señora

Tallant—. Tengo mucho que hacer hoy.

—Sencillamente, deseo marcharme, señora —repuso con tono frío la enfermera—. Yo soy una mujer respetable.

—Le ruego que me diga lo que ha ocurrido —dijo la señora Tallant con firme paciencia.

—Cuando entré esta mañana en la habitación del señor Holm, encontré a la enfermera de noche en brazos del enfermo —declaró sin rodeos la señorita Prynne—. Yo, realmente, no estoy acostumbrada a escenas de este género.

—¡Cómo! —exclamó aterrorizada la señora Tallant, casi arrepentida de pronto por haber pedido una información demasiado precisa, Kit pareció a punto de desmayarse.

Pero Gail se echó a reír alegremente.

—¡Ahora ésta! —exclamó—. ¡Alberto es verdaderamente irresistible! ¿Quiere apostar señorita Prynne, a que toda la culpa es de la enfermera de noche? ¡Pobre Alberto..., todas se comportan así con él! ¡Estoy admirada de usted, señorita Prynne, de usted que ha resistido al hechizo fatal! Pero ¿cómo? ¡si todas las mujeres se enamoran de Alberto!

El rostro de la señorita Prynne volvió a congestionarse.

—Yo no me permito... —comenzó; pero una nueva risita de Gail le cortó la palabra.

—¡Oh, usted también! ¡Qué divertido, qué divertido! —exclamaba Gail entre risas—. Kit, ¿qué te había dicho? ¿No te dije que las dos se enamorarían de Alberto antes de que se curase?

—Tanto usted como la señorita Weathers pueden irse —dijo con dureza la señora Tallant a la enfermera—. Pediré al médico que me recomiende otras enfermeras. ¿Gail, estás lista?

Se levantaron juntas, y la señorita Prynne se encontró fuera de la biblioteca, sola y ante una puerta cerrada. Ya estaba.

...No volvió a subir. Se dirigió a la escalera de servicio; se puso el sombrero y el abrigo y salió a escondidas. Las mujeres que dejaba tras sí eran mujeres malas, mujeres ligeras: todas las ricas eran así, las ricas que no tenían nada que hacer. Lo que más le había ofendido fue aquella frase de Gail... sí, ¡todas las mujeres se enamoraban de Alberto! ¡No resultaba fácil enamorarse de una mujer de su edad! Ella había tratado de imaginarlo como un hijo suyo, esto había sido todo; el hijo que hubiese podido tener si se hubiese casado. He aquí por qué aquella mañana, al entrar y ver la escena, se había exaltado tanto. Desde hacía mucho tiempo se había dado cuenta de que aquel tipo de muchacha, la Weathers, no era adecuado, no, para un muchacho como Alberto... ¡Pobrecillo! Evidentemente, era joven e inocente. Pero era mejor no volver al verle. Quizá, cuando estuviese restablecido, le escribiría una

carta para decirle el honor que había sido para ella poder cuidarlo. ¡Bah! Era mejor llamar al médico y explicarle el caso. ¡Pobre muchacho! Sabía ella que cualquier cosa que le ocurriese no sería culpa suya... con las mujeres que corrían...

Detrás de la puerta cerrada, la señora Tallant y Gail miraron inmediatamente a Kit. Estaba tranquilísima.

—Gracias, Gail —dijo—. Has sido muy amable.

—Siempre es mejor reírse de cosas como estas —repuso su hermana—. Además, es algo de lo cual no puedes culpar a Alberto, Kit. Es un hecho que se repetirá.

—Lo sé —dijo Kit. Miró a su hermana, luego a su madre, y continuó con su voz tranquila habitual—: Precisamente porque es así —sus labios la traicionaron con un leve temblor—, precisamente porque es así, he decidido no resignarme más a ello.

—¡Kit! —exclamó su madre.

—No me resigno —añadió Kit.

Sólo en aquel preciso instante había terminado de tomar aquella decisión. A partir de aquel momento se sentía dispuesta a cortar por lo sano, a liberarse. Norman tenía razón, tenía siempre razón. Ser libre bastaba; era el único final feliz. Ella había perdido la fe en el amor o el derecho a la felicidad; por esto, desde luego, podía obtener la libertad.

Gail se sentó. Conocía aquella expresión en los ojos de Kit, y se dijo que su decisión estaba tomada seriamente. La primera vez que había visto en ella esta expresión había sido años atrás cuando Kit, que sentía un verdadero pánico por el agua, se decidió a efectuar una gran zambullida.

—¡Kit —había exclamado entonces Gail, riendo—, te ahogará, ve con cuidado!

—No me importa ahogarme —había contestado la pequeña Kit; y se había lanzado al agua.

Gail miró fijamente a su madre y la señora Tallant se sentó a su vez.

—Kit, no hablas acaso de divorcio, ¿verdad? —preguntó.

La miró, y en aquel instante sintió Kit que Gail estaba a su lado. En efecto, la vio levantarse, quitarse el abrigo y el sombrero y volver a tomar asiento sobre su silla.

—¿De qué he de hablar entonces? —preguntó Kit con sencillez.

—Vamos, Kit —comenzó la señora Tallant. Tenía que reflexionar rápidamente y evitar que su hija fuera víctima de uno de esos estados de ánimo que la hacían irreflexiva, obstinada y sorda a cualquier razonamiento—. Alberto no es tan malo como para que te veas obligada a solicitar el divorcio. Es exasperante, lo sé; pero, querida, encontrarás defectos en todos los hombres. Sabes muy bien, tú misma lo confesaste una vez, que aquel joven escritor (¿cómo se llama, a propósito?) te fastidiaba hablándote continuamente de sus obras.

—Esto no tiene nada que ver ahora con lo que ocurre —replicó Kit.

Hubiese deseado añadir algo más, pero guardó silencio.

—No existen matrimonios perfectamente dichosos, como en las novelas —prosiguió la señora Tallant con mucha gravedad—. Existen, en cambio, matrimonios acertados, esos en los que la mujer ha decidido adaptarse a ignorar mucho y a hacer un tesoro de lo poco. Me atrevo a decir que por esto Gail se amolda a ciertas debilidades de Harvey. ¿No es cierto, Gail?

—Así es —murmuró Gail. Y al decir esto casi cerró los ojos—. Algunas veces lo detesto.

—Precisamente —apoyó la señora Tallant—. Cualquiera a quien preguntes te dirá lo mismo. A menos que no sea tan tonta como para temer el divorcio; algunas veces es la única solución. Pero a la gente, aquí en América, no les gusta el divorcio... Me refiero a la gente que tiene formado un concepto tan elevado de Alberto.

Gail apoyó a su madre aportando una serie de casos que confirmaban cuanto ella estaba diciendo. Pero casi al instante su madre la interrumpió para continuar hablando.

—No quiero oír hablar de divorcio; no, por lo menos de un divorcio repentino, Kit. Sería pedir demasiado a tu familia. ¡Piensa en el escándalo! Porque no sería un divorcio como todos los demás; saldrían a relucir quién sabe cuántas habladurías. Todos se preguntarían por qué, y esas estúpidas mujeres enamoradas de él no creerían jamás que el divorcio se hubiera pedido por culpa suya. Tú perderías, Kit, y también nosotros, todos nosotros; nos desacreditaríamos.

—Claro está, Kit, que si no le quieres... —intervino Gail.

Kit miró a su hermana y se mordió los labios. No tenía que permitirles que fueran demasiado lejos, por lo menos en estos momentos que ni ella misma sabía aún a punto fijo lo que quería.

Gail tuvo un sincero rasgo de simpatía hacia Kit. ¡Si hubiese podido hablarle de mujer a mujer! Pero jamás se había revelado a su hermana bajo este aspecto, e ignoraba hasta qué punto podía fiar en el poder de soportación del poder de Kit para cierta confidencia escabrosa... Por esto ahora hablaba exclusivamente como una mujer juiciosamente casada, defendiendo todavía la causa de Alberto.

¡Era tan bueno, y el divorcio estaba tan poco de moda! Aquella muchacha, la enfermera, ¿quién era, al fin y al cabo? Muchos hombres cometen tonterías; cosas sin importancia...

—Kit —le pidió su madre—, prométeme, por lo menos, que no tomarás ninguna decisión antes de haber meditado bien las cosas. Hazlo por todos nosotros.

—Lo prometo —dijo Kit.

—Se inclinó, recogió el libro y lo apoyó abierto sobre sus rodillas. Era una obra del poeta William Blake. Había sentido deseos de leer cualquier cosa que la alejara de la realidad... ¡Había demasiada realidad en su vida aquellos días! Y a diario ésta la apremiaba más.

—Así está bien —dijo con vivacidad su madre; luego, con un suspiro, añadió—: ¡Me siento tan fatigada! ¡Ni siquiera sé si me conviene salir o no, Gail!

Gail se estaba poniendo de nuevo el abrigo.

—¡Vamos! —dijo con firmeza—. No hay como ir de compras para recobrar los ánimos.

—Pero... —dijo su madre resistiéndose. Se acercó a Kit y la besó—. Cuento con tu discreción —murmuró.

—Quiero hacer lo que sea justo —repuso Kit, en voz alta.

—Lo sé, querida —contestó su madre—. ¡Oh, he de telefonar al médico para las enfermeras! —añadió.

Salió acompañada de Gail, dejando a Kit sola. Kit sintió la necesidad de una amistad, de una guía, aunque fuera fría y despiadada —pero no la de Gail— que ordenase las confusas directrices de sus complicadas aventuras. Si alguien conseguía hacerlo, ella vería con mayor claridad. No había que fiarse demasiado de los sentimientos. ¿No había confiado acaso en los de Norman y se había visto luego abandonada? Y, siguiendo un ciego impulso del alma, ¿no se había entregado a Alberto? Si un largo y penoso monólogo interior no le había proporcionado un esclarecimiento de las cosas, quizás algo externo y frío podría hacer el milagro. Tenía necesidad de claridad, de una fría claridad que la guiase. Reflexionó un momento. ¿Por qué no recurrir a Roger Brame? Nadie en el mundo era tan claro y frío como él.

Pronto decidió hacerle una visita.

Andar sola le había sentado bien. El aire puro y penetrante de aquel día de invierno le despejó el cerebro y reavivó la circulación de la sangre. Entró en el ascensor.

—Treinta y tres, por favor —dijo.

Vertiginosamente se sintió transportada hacia la altura, Hacia el piso pedido. Al salir del ascensor, vio unas palabras con letras de oro: «Roger Brame, Oficina de Publicidad». Entró en una minúscula antecámara donde una mujer de mediana edad, sencillamente vestida, escribía a máquina. Un poco más allá, en un pequeño despacho, entrevió la cabeza casi calva de Brame que se levantó para mirarla. Luego Brame se puso bruscamente de pie, tratando de dominar su sorpresa.

—¡Señora Holm! —exclamó—. Me siento honradísimo. —Salió de detrás de su mesa y ella sintió el rápido contacto de su mano en la suya—. Pase, haga el favor, ¿En qué puedo servirle?

Kit entró en el despacho tapizado con innumerables fotografías de gran tamaño con sus respectivos autógrafos. En la habitación sólo había una mesa y algunas estanterías.

—Mis clientes —dijo Brame, señalando los retratos.

Cien rostros miraron a Kit; rostros sonrientes de artistas o caras pensativas de

escritores famosos, conferenciantes y exploradores. En aquel sórdido cuartito, Roger Brame había elaborado sus planes de publicidad para numerosas personalidades destacadas.

Algunas de ellas eran conocidas de Kit; otras muchas, en cambio, no lo eran. Pocas vivían ya e incluso éstas, ¡cómo habían cambiado! En aquella pared, elegida por ellos o por Brame, figuraba su efigie recogida en el breve y más destacado momento de su fama.

—A propósito —continuó Brame—, desde hace mucho tiempo tengo la intención de pedirle permiso para exponer también un retrato del señor Holm.

—Desde luego, puede hacerlo —murmuró ella.

¡Ah, Alberto pertenecía también a aquel grupo; era una criatura del señor Brame!

...

El agente abrió un cajón y extrajo una gran fotografía.

—Ésta es la que he escogido.

Se la mostró.

—La recuerdo —dijo Kit; y se quedó contemplando a Alberto.

Era una de las fotografías más logradas; estaba de pie con las manos en los bolsillos, despeinado, mirando hacia ella con sus claros ojos sonrientes. Al mirarlos ahora, le pareció que se iban tornando azules.

—Creo que personifica exactamente la imagen que hemos creado de él —dijo Brumo con tono crítico.

—En efecto —repuso ella, dejando el retrato.

Era realmente la fotografía precisa, la más adecuada para figurar en las paredes del cuarto de Brame.

Brame tomó asiento ante su mesa, esperando que Kit abordase el objeto de su visita. Ella le miró y, rompiendo con toda vacilación, dijo de pronto:

—Señor Brame, quisiera que me contestase, en la forma más concreta, sobre cuáles serían las consecuencias públicas para mi familia y para Alberto si yo solicitase el divorcio.

Le miraba fijamente, Pero Brame no contestó en seguida. Inmediatamente se dijo que un accidente semejante no había entrado en sus previsiones. Todo tendría que hacerse de nuevo, y, ¡qué enojoso resultaría por cuanto el banquero Tallant era su cliente! Por otra parte, sería prudente y además lógico, considerar a ambos en una justa medida... Pero ¡qué penoso, qué confuso y difícil asunto!...

—Me temo un verdadero desastre —dijo con calma.

Kit, satisfecha de que no le hiciese preguntas, aguardó a que se explicara.

—El público —prosiguió Brame— exige a sus héroes mucho más que cuanto pide a un hombre cualquiera. Ahora es tan común el divorcio que no provoca escándalo ninguno, a menos que se trate de un personaje como Alberto Holm. En tal caso sólo

se tolera una libertad mínima por la sencilla razón de que el público desea creer que su héroe es, es... —Buscó la frase adecuada, y finalmente, sonriendo, añadió—: «Un caballero sin miedo y sin tacha», ya me comprende usted. Al público no le cautiva la idea de que su héroe es víctima de sus mismas tentaciones y menos que sucumba a ellas. —Tosió, la miró fugazmente y prosiguió—: No sé muy bien, señora Holm, si le han dicho... si está al corriente de un caso precedente, llamémosle así, en la vida del señor Holm...

—¿Se refiere a su primer matrimonio? Sí, estoy informada —le interrumpió.

Él pareció aliviado. ¡Así, pues, lo sabía! Y, por lo que podía comprobar, estaba tranquila. Pero nadie estaba en condiciones de adivinar qué era lo que pasaba por la cabeza de las mujeres decididas y de ojos oscuros como Kit.

—Que el caso se repitiera —añadió— sería tanto más deplorable cuando que el primer divorcio, hasta ahora afortunadamente ignorado por el público, saldría de nuevo a relucir y bajo su aspecto menos edificante. Hoy por hoy, si la noticia del divorcio se difundiese, yo ya tengo preparado un contraataque con objeto de atenuar el efecto que produciría en el ánimo del público. Pero una repetición, y esta vez para divorciarse de la hija de Roberto Tallant —aquí movió la cabeza—, le socavaría peligrosamente el terreno. Por mi parte, me sentiría prácticamente impotente.

—Lo comprendo —contestó Kit con firmeza.

—En cuanto a su familia —la mirada de comprensión de su interlocutora lo había evidentemente animado—, en cuanto a su familia, las consecuencias serían también... difíciles. El motivo del divorcio sería la crueldad mental de su esposo hacia usted. Pero ¿qué quiere decir «crueldad mental»? El campo es tan vasto como para que el público pueda lanzarse a todas las interpretaciones que quiera. En su caso, señora Holm, es preciso que usted recuerde que no goza de la libertad comúnmente concedida en nuestro país a un individuo cualquiera. No existe ninguna ley que pueda impedirle obrar como guste. Pero tenga en cuenta que hasta usted se debe al sentimiento del público; un público que ¿cómo decirle? sentimental como es, condenaría a usted o al señor Holm según en la forma en que se presentara el caso. Y no puede excluirse del todo la posibilidad de que les asocie a ambos en la misma condena.

Se detuvo. Kit no dijo nada y se limitó a mirarlo con sus ojos oscuros e impasibles. Imposible saber cuáles eran sus pensamientos. Brame se apresuró a llegar a la idea concreta que había ido meditando.

—Si me lo permite, quisiera proponer que aplazara usted su decisión hasta después de la expedición que estoy estudiando ahora en todos sus pormenores. Podría ocurrir —y aquí hizo una pausa y frunció sus delgados labios— que la expedición consolidase en modo tal la figura de Alberto Holm que le permitiera recibir el golpe del desastre sin consecuencias graves para su popularidad. No lo sé en absoluto y

habría que estudiarlo. Si me permite hacer una reflexión, le diré que, considerando cada aspecto y en interés de las dos partes, me parece justo que se aplazara cualquier acción por un período de siete u ocho meses. ¿Puede hacer usted esto, señora Holm?

—Sí.

Brame pensó que ni siquiera en aquella circunstancia descubriría ella sus sentimientos. Kit se levantó y le tendió la mano. Era pequeña y él la sintió arder bajo su palma fría.

—Adiós —dijo—. Y le doy las gracias, señor Brame.

Había una palidez tal en su rostro que él tuvo miedo de dejarla salir sola.

—A propósito —dijo para retenerla un momento, el tiempo necesario para pensar en lo que podía hacer—, ¿sabe usted algo acerca de la cuestión financiera para la expedición?

Kit le miró, tratando de ordenar sus propios pensamientos.

—Hubo una vez un individuo —repuso—. Un hombrecillo insignificante, que dijo estar dispuesto a contribuir hasta la suma de cien mil dólares. ¿Sería suficiente? La oferta fue hecha durante un banquete oficial, en ocasión de nuestra primera visita a Nueva York. Creo que su nombre es Alberto Canty.

—¡Alberto Canty! —repitió Brame.

Kit asintió.

—Es uno de los más poderosos hombres de negocios —comentó con solemnidad Brame—. Un eremita, un excéntrico, pero... Perdone, señora Holm, permítame tomar nota. Es muy importante.

—¿De veras? Pero no me es posible esperar más.

Y salió. Brame se dejó caer resoplando sobre su asiento. ¡De buena se había librado! Había trazado el plan de la expedición, pronta a salir en cuanto Alberto estuviese restablecido, y he aquí que ahora llegaba el dinero. Tenía que ir a ver inmediatamente a Canty. En el caso que hubiese habido divorcio toda su labor se habría convertido en humo. Pero la esposa de Alberto Holm era una mujer razonable; por algo era hija de Roberto Tallant.

Bajo el sol radiante, Kit, caminando hacia casa, entre toda aquella gente atareada, compartía la clara frialdad de Brame. El aplazamiento era justo. Sabía que estaba hecho a conciencia, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias. Pensó con orgullo que había de ser recto cada paso dado hacia la consecuencia de su actitud. Continuaría andando en línea recta, jugando con lealtad, hasta que Alberto no hubiese explotado todas sus posibilidades. Esto quería decir que por un tiempo al menos había de evitar otras decisiones.

Con esta disposición de ánimo llegó a casa. Fue informada de que su padre había preguntado por ella. Evidentemente, su madre y Gail ya habían hablado. Se dirigió al teléfono, marcó el número del despacho paterno y aguardó la voz de su padre.

—Kit.

—Soy yo. ¿Qué hay, papá?

—¿Qué ocurre? Tu madre y Gail...

—No te disgustes papá; yo no... No, por lo menos antes de la expedición...

—Pero tu madre me ha dicho...

Ella advirtió la ansiedad en la voz paterna.

—Lo sé. Esta mañana había decidido en realidad sí... Pero he ido a ver a Brame y me ha convencido de que hoy por hoy sería... desastroso.

—Claro, claro, y estoy contento de que tú lo veas así.

—Lo veo, papá.

Él vaciló.

—Pero si te sientes desgraciada, Kit, tenemos que examinar, naturalmente, lo que conviene hacer.

—Esperaremos, papá. Ya verás. Mientras, es mejor que no se hable de ello, que no se diga nada a nadie, ¿verdad, papá?

—No diré nada, se comprende —prometió él—. A menos que tú desees...

—He decidido demorarlo —repuso Kit.

—Eres una buena chica.

El cumplido fue hecho con voz cálida y cordial. La conversación terminó aquí.

También su padre juzgaba que su conducta era justa, y esta opinión acabó por sellar su decisión.

—¡Gracias a Dios! Menos mal que esas mujeres se han ido —dijo Alberto a Kit aquella noche, aludiendo a las enfermeras.

Kit, a continuación, le informó de la expedición y él acogió la idea con verdadero entusiasmo.

—¡Espléndido! —exclamó—. ¡Ésta es una idea razonable!... Durante las largas horas de mi enfermedad, quién sabe cuántas veces me he preguntado qué es lo que haría una vez estuviese restablecido. Esperaba precisamente algo... algo tonificante. Créeme, mis piernas me hormigueaban; estoy dispuesto a ir al otro lado del mundo. No puedo soportar más esta inmovilidad.

—Estate quieto, Alberto —le dijo ella sonriendo.

Y luego, al verla algo abatida, se apresuró a repetir que estaba contento de que aquellas mujeres se hubiesen marchado. Quizá aquella mañana la vieja Prynne había hablado; algo desde luego, había trascendido. No había vuelto a ver a la señorita Prynne, y cerca del mediodía había aparecido un hombre de mediana edad con una cara parecida a la de un pájaro: el nuevo enfermero. Alberto lo había acogido con una sonrisa mueca, y había dicho:

—Apuesto a que la vieja se ha encargado de buscarle.

El individuo se había limitado a responder en tono seco diciendo que se llamaba

Brown. Resultó realmente desagradable que unas manos masculinas le incorporaran sobre las almohadas. Luego llegó la noche y no hubo la menor traza de la enfermera rubia. La asistencia nocturna, le informó Brown, había sido suspendida. Él, Brown, dormiría en el cuartito contiguo sobre un diván. Alberto había permanecido largo rato tristemente pensativo, diciéndose que no volvería a ver a la enfermera rubia, a menos que consiguiese obtener su dirección una vez estuviese curado. Luego apareció Kit y le informó de la nueva expedición de la cual él sería jefe. ¡Al diablo con la rubia!, se dijo Alberto de repente. No quería saber nada de ella, ¡que se fueran todas al infierno! No veía la hora de recobrar la salud y lanzarse a la nueva empresa. Deseaba sentir bajo sus pies la tierra de las montañas. La manía de las ascensiones volvió a poseerlo. Si Kit se había molestado por el asunto de la enfermera rubia, él se apresuraría a decirle que esto no tenía la menor importancia, que la amaba siempre y que siempre le había sido absolutamente fiel. Él creía en la fidelidad hacia la mujer propia y se decía que su conciencia no le permitiría jamás dormir con otra mujer, mientras estuviese casado. En tanto no ocurriese lo peor, su mujer —se decía—, tenía que sentirse contenta. Muchas mujeres no tenían un marido como él. Estaba preparado para defenderse, pero Kit no dijo nada que dejase traslucir sus sentimientos o que demostrase que estaba enterada de alguna cosa... En cambio, habló largamente de la expedición, y no había transcurrido mucho tiempo cuando ella le hizo una curiosa pregunta...

—Alberto —preguntó—, ¿puedes justificar una expedición como ésta con un buen motivo científico?

—Yo —dijo sonriendo—, sólo conquisto montañas por deporte.

—Está bien, pero ¿qué cosas se pueden encontrar sobre las cimas? —insistió ella.

Él se dio cuenta de que estaba hablando en serio y por esto, algo preocupado, se puso a la defensiva como le ocurría siempre cuando Kit no bromeaba.

—No se encuentra gran cosa —afirmó—. El viejo Fessaday hablaba de algo que podía ayudarlo a predecir el tiempo para el año próximo, pero yo no le hice nunca mucho caso.

—¿Meteorología?

—Algo por el estilo —repuso Alberto con indolencia. Luego, con un brillo inesperado en los ojos, dijo—: No, Kit, la meteorología no es lo que verdaderamente atrae. Es en cambio, el riesgo y ese jugarse el todo por el todo. El viento parece llevarte hasta arriba; el frío atenaza tus huesos y no puedes fiarte de la niebla que de un momento a otro puede abrirse debajo de ti en una vorágine que te traga a cien o quizá mil metros de profundidad. Hay, entre las paredes de hielo, tan azules como el cielo, algunos abismos que no tienen fondo. ¿Qué es lo que hace la nieve tan azul? Realmente no lo sé.

La miraba con ojos de un éxtasis infantil.

—Supongo —dijo ella— que es azul porque el agua, en su estado de pureza, es siempre ligeramente azul.

Sí, ahora comprendía lo que Gail quería decir cuando aseguraba que el hechizo de Alberto se hallaba en su candor.

—¡Ah, ya! —dijo él. Luego, estirando una tras de otra sus piernas—: ¡Bah, no veo la hora de poder salir! ¿Puedo empezar mañana?

—No mañana precisamente —repuso Kit—. Pero sí en cuanto estés restablecido y todo lo demás esté listo.

De pronto se quedó inmóvil sobre su lecho.

—De acuerdo. Dame un lápiz y un poco de papel, Kit. Quiero empezar a coordinar un poco las ideas. Para una empresa como ésta es preciso tener los planes bien estudiados.

Kit pensó que se necesitaba otra cosa para estudiarlos. Tal vez él consideraba la empresa como una expedición completamente suya...

Pero fue a buscarle papel y lápiz.

Alberto se reveló inesperadamente como muy hábil organizador. Mejoraba cada día y el estudio de los detalles de la expedición obraba sobre él como un tónico. En lugar de permanecer tendido sobre su lecho, aguardando que alguien le llevara un vaso de naranjada a los labios o le arreglase la cama, comenzó a llevar a cabo secretos esfuerzos para poder levantarse. Brown, con la agitación de un pájaro, se apresuró a comunicar al médico que el enfermo infringía las órdenes.

—¡Eh! —le respondió con afecto el médico—. Tendrá que quedarse en la cama. ¿Pretende acaso echar a perder su corazón?

Todos sabían que Alberto se preparaba para una importante expedición a la inexplorada región del Himalaya. Roger Brame había llevado las cosas muy bien, enviando algunos comunicados que la Prensa se había encargado de divulgar por todas partes. Aquellos comunicados eran lo que él llamaba «entremeses estimulantes». Las informaciones más sustanciosas vendrían más adelante.

Mientras tanto, Alberto no se concedía un minuto de reposo en la elaboración del plan para la expedición. Repetía un aforismo suyo predilecto asegurando que en una empresa de esta clase el jefe tenía que ser amado por todos. Por esto la elección de los miembros para la expedición era una tarea fácil. A medida que iba recobrando las fuerzas, sentado en una butaca, envuelto en un suntuoso batín de brocado azul, recibía a numerosos aspirantes. Sus armarios estaban atestados de batines obsequio de sus admiradores, y él, entre tantos, había elegido ocho; los demás, siguiendo el consejo de Brame, pensaba regalarlos al Hospital de Inválidos. Sería una buena acción, ya que por lo demás, no podía restituirse a sus donadores, puesto que, en la mayoría de los casos, habían sido regalos anónimos. Casi siempre, en efecto, llegaban con un billetito que decía: «De una ardiente admiradora», o bien con frases análogas.

Entre todos, aquel batín azul era su predilecto.

Envuelto en él, pronto estuvo en condiciones de dirigirse con paso incierto hacia la habitación de Kit, transformada ahora en un salón para él donde recibía a los aspirantes a formar parte de su expedición. Los había a centenares. Sólo unos treinta y tantos fueron admitidos. Las solicitudes de los que sobrepasaban los treinta y cinco años no fueron tomadas en consideración. Alberto no quería admitirlos para no correr el riesgo de tener que malograr la expedición por causa de alguna enfermedad, como le había ocurrido a la expedición Fessaday con el meteorólogo.

—¿Cómo te arreglarás para encontrar compañeros. Alberto? —le había preguntado Kit.

Pero él repuso, con indiferencia:

—¿Cómo me encontró a mí el viejo Fessaday? Pues del mismo modo yo encontraré compañeros.

Aunque no lo confesó, a Kit no dejó de chocarle aquella seguridad. Apenas se supo que Alberto Holm estaba decidido a efectuar una nueva empresa arriesgada, las solicitudes llovieron bajo la forma de cartas, telegramas y visitas personales, sin previo aviso. El secretario de Alberto era el encargado de seleccionar a los aspirantes: nadie que contara más de treinta y cinco años de edad, nadie que no tuviese una experiencia alpina, nadie que no estuviese en perfectas condiciones físicas. Luego los seleccionados fueron introducidos en la habitación de Alberto. Eran jóvenes y animosos, dispuestos a prestar cualquier servicio, mientras pudieran conseguir con ello formar parte de la empresa al lado de Alberto Holm. Con casi todos ellos hizo uso de la mayor severidad, confiando únicamente en su olfato.

—Cuando miro un rostro cualquiera —decíale a Kit— me parece que olfateo su carácter, es instinto. Recuerdo los nombres de los que me resultan simpáticos; en cambio me olvido de los otros. Así me ocurre ahora. Luego procedo a una selección entre los que me han resultado agradables, No quiero más que una docena de hombres en total y todos absolutamente seguros.

No obstante, Brame insistía con firmeza en favor de cierto candidato, un tal Juan Baker, científico impuesto por Canty, un hombre muy simpático. Baker tenía, entre otros cometidos, el de efectuar unos estudios botánicos sobre los rododendros y las orquídeas; y de estas últimas había prometido a Canty más de un ejemplar para su colección.

¿Qué motivo podía encontrarse para Alberto? Entre todas las montañas tan sólo el Everest reunía las condiciones suficientes para estimular la imaginación del público; pero Alberto no poseía la experiencia necesaria para montaña semejante. Todos se entregaron de lleno a la labor de imaginar un motivo satisfactorio que sirviese de tema para la publicidad de Brame, hasta que un día el mismo Brame se decidió a telefonar a Kit proponiendo una reunión de tres: entre él, Kit y Juan Baker. En

cuanto a Alberto, convenía por el momento dejarle aparte, ya que él, como jefe nato, no tenía ninguna afición por las ciencias.

—Cosa muy natural —se apresuró a añadir por teléfono el agente de publicidad con voz áspera—, muy natural, mis clientes suelen...

Y cerró su discurso con frases vagas e inconcluyentes.

De esta manera Kit se encontró una mañana frente a Juan Baker y Brame en el saloncito en el cual Smedley los había introducido. Apenas vio el rostro rudo y la alta y tosca figura de Baker, exclamó impulsivamente:

—¡Oh! Hagan el favor de pasar a la biblioteca, es imposible hablar en este chiribitril.

Una vez en la biblioteca, Brame expuso las razones por las cuales había llevado consigo a Baker, escuchado en silencio por el interesado, cómodamente sentado en su butaca. Sólo al cabo de un rato Baker intervino:

—El alpinismo, si es a esto a lo que se refiere, Brame, no sirve de gran cosa. Lo que impulsa al hombre a escalar las cimas de las montañas es una especie de psicosis, un instinto de evasión de la vida común, y hasta de uno mismo. Pero es un instinto, y como tal es parcialmente ciego.

Brame pareció algo desconcertado.

—¿Quiere decir —preguntó Kit— que las expediciones a cimas muy elevadas no sirven de gran utilidad a la ciencia?

—Precisamente —repuso Baker—. Y, concretamente, me refiero a lugares en los que no existe la vida vegetal. Fessaday afirma tener preparados para su publicación los datos conseguidos en grandes altitudes, útiles para las previsiones meteorológicas; pero no los conozco, y mi especialidad, como saben ustedes son las plantas.

—En nuestro caso —declaró ansioso Brame— es esencial que tengamos una buena razón para nuestra expedición. Alberto Canty está dispuesto a suscribir la suma necesaria.

Juan Baker emitió una risita seca:

—¿Cómo ha logrado llegar hasta Canty? Yo lo he estado trabajando durante años, y durante años me ha repetido que no tenía intención de financiar más expediciones después de su experiencia con yo no sé qué arqueólogo, el cual, después de haber gastado cincuenta mil dólares volvió con una bañera de la época pre-romana, que parecía... una bañera americana. Ahora está en el museo.

Todos rieron. Brame dijo con modestia:

—No es obra mía, lo confieso. El señor Canty vio al señor Holm a su regreso de China, y en aquella ocasión le prometió financiarle una expedición. Fui a verle días atrás y nuestra conversación ha dado resultados muy satisfactorios.

—Sería prudente que yo viera al señor Holm —dijo Baker, volviéndose a Kit.

Kit se dijo que se trataba de un hombre honrado.

—Estará encantado de conocerle —repuso con tono tranquilo.

Profundamente abstraído, Brame se mordisqueaba el labio inferior.

—Creo —dijo lentamente— que podremos presentar como motivo de la expedición que Alberto Holm va a salir a la búsqueda de plantas raras. —Luego mirando a Baker con una luz de esperanza en los ojos, agregó—: ¿Plantas medicinales, por ejemplo? Sería un buen estímulo.

Pero Juan Baker movió la cabeza con decisión.

—Las plantas por las que yo me intereso no valen un pepino para la humanidad —replicó.

Kit se echó a reír, pero Brame declaró con sobria energía:

—No me desanimo por esto. La expedición tendrá que tener una finalidad y la encontraré, y, además, haré que el público la encuentre justa.

Garrapateó unas líneas de apuntes.

—¿Qué les parece esto? —dijo. Y leyó—: «La expedición Holm, que piensa salir para el Himalaya el 3 de junio del año en curso, tiene, entre otras finalidades científicas, la de llevar a cabo una investigación, por parte de Juan Baker, sobre aspectos hasta la fecha ignorados de la vida vegetal en aquellas regiones. El señor Holm se dedicará en modo particular a más amplios aspectos de la vida en las grandes altitudes». —Kit lo miró maravillada. Brame evitó su mirada, y prosiguió—: Lo que interesa en un caso como éste es dar al público la idea central de la ciencia; ya trabajaremos luego los pormenores. —Se levantó y estrechó la mano de Kit—. La dejo con el señor Baker, señora Holm. Si su esposo se encuentra bastante bien para...

—Está perfectamente hoy —repuso Kit.

—¡Tanto mejor! Tomo nota de ello.

Una vez sola con Juan Baker, Kit dijo:

—¿Quiere que subamos a verle?

—Estoy a sus órdenes —contestó él.

Ella le precedió y abrió la puerta de su antigua habitación donde, en el lugar que ocupaba la cama, había ahora una enorme mesa escritorio. Encima de ésta había un montón de cartas que Brame había ojeado y enviado a Alberto, una vez estuvo éste restablecido. Pero Alberto no las había abierto todavía. Tendido sobre el diván, hacía tamborilear el lápiz sobre sus hermosos dientes, mientras se absorbía en la lectura de los nombres de los jefes de avituallamiento, garrapateados con su caligrafía inclinada.

—Alberto —dijo Kit—, te presento a Juan Baker.

—Buenos días —dijo, mirando a ambos con sus pupilas azules.

Juan Baker se inclinó, no sin cierta afectación y tomó asiento.

—Les dejo para que hablen —dijo Kit, dirigiéndose hacia la salida.

En aquel instante, miró a Alberto de soslayo e inmediatamente comprendió su mirada. Alberto sentía uno de sus «instintos».

«¡Odiará a Juan Baker! », se dijo asombrada.

—Te digo que siento una invencible prevención contra ese fulano —repetía Alberto, obstinado como un mulo—. No me interesa; es uno de esos pozos de ciencia... Le he dicho que no necesitaba de él.

Todos habían acudido a la habitación de Alberto a consecuencia de una agitada llamada telefónica por medio de la cual Brame había presentado la dimisión a Tallant...

—¡Pero no puede usted dimitir, Brame! —había gritado Tallant al teléfono—. ¿Quiere decirme qué vamos a hacer con Alberto?

—No vacilo en decirle a usted, señor Tallant —había contestado el agente con una voz que parecía estallar a través del hilo telefónico—, lo que no me he atrevido a decir esta mañana a Baker, y es que sin el concurso del mismo Baker, el señor Canty no invierte en la expedición un solo centavo. Canty ya no siente hacia el señor Holm el entusiasmo de otros tiempos. No es un alpinista y se ha enterado de ciertas cosas que no son precisamente de su agrado. Sin contar con que es excesivamente católico y abstemio. Esto demuestra que hemos de hacer inmediatamente publicidad con algún elemento concreto, dado que el sentimiento popular está actualmente reaccionando contra la inmoralidad. Canty sabe que Baker es leal, y ha acabado por declarar que se mantendría fiel a la promesa que le hizo en otro tiempo al señor Holm, a condición de que Baker forme parte de la expedición, sabiendo muy bien que Baker no se prestará nunca a peregrinos motivos publicitarios. Repito que temo bastante que el interés del señor Canty hacia el señor Holm haya disminuido mucho. He intentado sugerir el nombre de otro científico de fama, pero éste no siente interés por ello; mejor dicho, no desea formar parte de la expedición, no teniendo la intención, según dice, de sobresalir en la expedición de Alberto Holm.

—Siga trabajando, Brame —había gritado Tallant al agente.

Luego, furioso, había colgado el auricular y tomado un taxi para ir a su casa, donde con Kit y su esposa subieron a ver a Alberto. La discusión duró una hora.

—En resumen, escucha —acabó diciendo Tallant frente a la testarudez del yerno —: Las cosas están de esta manera; si Baker va, vais todos; si no va, no va nadie. Es inútil que le des vuelta.

—Alberto, no seas tonto —dijo con brusquedad mamá Tallant, que no veía la hora de que la expedición saliese. La casa ya no sería la casa hasta que Alberto se hubiese ido. Ya no podía con tantas flores. Había llegado hasta el extremo de que si se abría por casualidad un capullo de rosa en su presencia, gritaba de desdén.

—A mí, Juan Baker, me ha resultado más bien simpático —dijo quedamente Kit.

Y era cierto a pesar de que la gravedad de Juan Baker, al terminar la conversación con Alberto, había sido tan profunda que había producido en ella la sombra de una previa advertencia.

—Hasta la vista señora Holm —había dicho el botánico con mucha cortesía y le había estrechado bruscamente la mano sin decir nada sobre su encuentro con Alberto.

—Decídetelo, Alberto —insistió Tallant.

Alberto, finalmente, cedió.

—¡Al diablo! —dijo con petulancia—. Que venga si quiere; lo mismo me da.

Estaba en la cama y se volvió hacia el otro lado sin mirar a nadie. Kit se sintió de repente disgustada con él y, cuando sus padres hubieron salido, se acercó y le tocó en el hombro.

—Alberto —murmuró.

Pero él le contestó encogiéndose de hombros. Kit aguardó un momento más y luego, al ver que no se movía, salió a su vez en silencio.

VI

La decisión de Kit de acompañar a Alberto en su expedición al Pangbat no fue tomada en un momento particular en que pudiese estar evocando el pasado. Como todas las necesidades imperiosas, pareció formarse como una niebla en un valle y, al igual que la niebla, fue más bien vaga al principio. Alguien tenía que ayudar a Alberto a coordinar los cien elementos para una expedición, y fue ella quien comenzó a hacerlo. Alberto pensaba en las cosas por separado.

—Kit, necesitamos para la ascensión zapatos ligeros y que sean calientes. Lo que Fessaday llamaba zapatos, pesaban dos kilos cada uno, ¡yo los pesé! ¡Y sé lo que quiere decir llevarlos en los pies cuando se hunden en el hielo!

«Zapatos ligeros y que sean calientes», escribió ella en el pequeño bloc que siempre llevaba ahora consigo.

—Sacos forrados de piel —dijo un día Alberto, de pronto, durante la comida—. No me he ocupado todavía de comprarlos, Kit. No deben ser pesados, pero sí calientes. Y lo suficientemente grandes para que uno pueda dar vueltas dentro de ellos. Los de Fessaday eran tan estrechos que cuando se encerraba uno dentro no se atrevía ni a toser. Y cuando los cierres no funcionaban, entonces sí que estaba uno bien fresco.

«Sacos forrados de piel, calientes y ligeros, sin cierres», escribió Kit.

La lista se fue alargando. Ella discutía sobre estas cosas con su madre, con Gail y con Juan Baker, tomando nota de todo cuanto le decían. La imaginación de Gail era ardiente por todo cuanto se refería a las comodidades personales. Y no acababa nunca de hacer proposiciones.

En el amplio salón de la casa de Nueva York, cuyo pavimento estaba cubierto de mullidas alfombras, la señora Tallant y Gail, que jamás habían sabido lo que era el hambre, el frío o la fatiga, sostenían largas charlas imaginando y proyectando las comodidades necesarias del equipo para una expedición sobre las nevadas pendientes del Himalaya. Ante todo, ligereza, porque todo debía ser llevado a hombros durante largos trechos por lugares helados; luego calor, porque el frío allá arriba eran tan intenso como en las regiones polares; y, por encima de todo, sencillez en los pormenores, en el sistema de atado de los zapatos, en la forma de levantar las tiendas de campaña y en la de cocer los alimentos, teniendo en cuenta que en aquellas latitudes el cerebro estaba entorpecido por la escasez de oxígeno y las manos parecían privadas de dedos.

Kit contemplaba a su madre, dignamente envuelta en su bata y a la elegante matrona, su hermana; y las admiraba.

—No sé cómo os arregláis para pensar estas cosas —decía.

—Nosotros, los Tallant, no estamos tan lejos de los tiempos heroicos de los

zapadores, cuando toda la casa estaba sobre cuatro ruedas —respondía la madre—. Recuerdo perfectamente a mi abuela, cuando me contaba cómo solía cargar todo sobre un coche de lujo, dispuesta a cambiar de lugar según hiciera frío o calor.

Kit sentía también aquella sólida herencia. Compraba libros sobre ascensiones alpinas y expediciones al Himalaya, y hacía comparaciones entre lo que ellos decían y las afirmaciones de Alberto. En cuanto a él, no le agradaba leer; esto no le evocaba ningún recuerdo, mientras las fotografías le arrancaban entusiastas exclamaciones. Con el índice seguía las líneas de la fotografía, y un día condujo así a Kit por las pendientes del Everest.

—Mira, este es el recorrido de la última expedición hasta esta cresta septentrional. Tres veces la expedición intentó superar estos inmensos plastrones, totalmente cubiertos de nieve. Los jefes murieron a trescientos metros de la cima. ¡Yo apuesto a que hubiese encontrado el camino! Si en lugar del Therat me hubiese encontrado sobre el Everest... Habría sido una empresa muy elevada, ¿No es cierto Kit? —Los ojos azules estaban llenos de luz—. ¿Apuestas a que un día u otro conquistaré el Everest?

—¿Por qué quieres arriesgarte en semejante empresa, Alberto? —preguntó ella.

En aquellos momentos parecía que él estaba por salir de su cáscara, por articularse, exprimirse y confiarse. Algo temblaba en sus ojos, como si su alma estuviese por despertar de su letargo. Pero siempre se diría que, con una risa breve, volvía a sumergirla.

—¡Pues quizás es porque a mí me gusta preceder a todos los demás! —repuso.

—Será también alguna otra razón —insistió con dulzura Kit.

—Tal vez; no sé —dijo—. No es tampoco tan divertido; ¡si tú supieses cómo conquisté el Therat! Efectué la ascensión medio congelado, con los ojos que parecían salirme fuera de las órbitas, padeciendo para respirar, preguntándome qué demonios me impulsaba. El oxígeno faltaba, y... A propósito: hemos de proveernos de oxígeno y llevar con nosotros más de una botella. Fessaday decía que resultaba muy poco deportivo llevar oxígeno consigo. Pero yo no veo otra alternativa. Si quiero alcanzar la cumbre, de un modo u otro, tenemos que llevarlo con nosotros.

«Oxígeno», escribió Kit en su bloc. «Preguntar a Baker», añadió.

«Preguntar a Baker» era ahora la coletilla que seguía a casi todos los apuntes. Juan Baker le proporcionaba los nombres de las casas comerciales a las que tenía que dirigirse, de las personas que convenía consultar, y visitaba con él, despachos polvorientos, hojeaba catálogos y examinaba muestras. Él discutía los precios con su voz átona, opinando sobre sacos forrados de piel y tiendas de lona lo suficientemente largas para poder sujetarlas, aunque fuera con gruesas piedras.

—Tenéis que pensar en el viento —decíale a Kit—. Cuando el viento sopla en aquellas altitudes, su fuerza es capaz de hacer volar una casa.

Escogió del muestrario el color pardo, mantas, sábanas y piezas de goma que habían de servir de pavimento y yacijas bajo la tienda.

En el piso bajo de la gran mansión de los Tallant, la carga se fue acumulando en enormes pilas cubiertas de etiquetas. Alberto fue un día a inspeccionarlo todo.

—Es preciso reducirlo —dijo.

Juntos, Kit, Alberto, Baker, la señora Tallant y Gail procedieron a una revisión general, eliminando los objetos dudosos. Baker era el más avisado, y sólo él estaba en condiciones de rebatir las sutiles objeciones de Gail. Cuando Gail hablaba, él ni siquiera se dignaba mirarla. Ella, picada, acentuaba la charla; no le había ocurrido jamás tropezar con alguien que no la mirase... Baker examinaba hornillos de alcohol o la batería de una pila eléctrica, o el tapón de un termo que él había comprado y, una vez examinado, decía:

—No es preciso —y lo rechazaba.

De este modo fueron descartados un día una escalera, una nueva marca de menestra en comprimidos y otros artículos dudosos. Gail salió de sus casillas.

—Enciéndame el cigarrillo, por favor —le ordenó imperiosamente. Y cuando estuvo cerca de ella, con el encendedor encendido a pocos centímetros de sus graciosos labios, frunció las cejas y lo miró. Él ni siquiera le devolvió la mirada—. Espere, aún no está encendido —dijo, cogiéndole la mano como para sujetársela.

Él no la apartó. En cambio, su mano no temblaba, y fijó sus ojos en ella. Bajo aquella mirada desdeñosa, la zorra que había dentro de Gail se ocultó de nuevo en su guarida. Después de unos instantes él expresó con palabras lo que Kit había vislumbrado como una neblina ascendente, como un vapor incierto, una pregunta y una curiosidad entre ansiosa y reticente. Volvió de Gail a Kit y dijo con voz clara:

—¿Por qué no nos acompaña en nuestro viaje, señora Holm? Con una mujer como usted, nos entenderemos.

La miraba como jamás había mirado a Gail, y Kit aceptaba su mirada triste, una mirada distante y neutra, clara e impersonalmente agradecida como la luz crepuscular sobre los montes.

—Me gustaría ir —dijo; y sentía que decía la verdad.

La idea de partir para el Himalaya donde no había gente, donde no se veían más que montañas, la atraía de un modo inesperado. Además, desde el momento en que su presencia no era necesaria en ningún lugar, desde el instante en que no convenía que permaneciese donde estaba Norman, ¿por qué no aventurarse con Alberto?

Cuando se supo que la mujer de Alberto Holm participaría en la empresa, la sensación que se produjo inmediatamente fue enorme y comenzó en la casa. Su madre desaprobo lisa y llanamente la idea.

—No tienes una constitución bastante fuerte, Kit —dijo.

—¿Y qué es lo que tiene? —protestó su padre—. Nunca estuvo enferma.

Tampoco él, por otra parte, aprobaba la idea, compartiendo la opinión de su esposa, pero por motivos diferentes. Él se negaba sencillamente ante la idea de que su hija, por sana que fuera, tuviese que estar sometida a privaciones.

—¡No, Roberto! —se resistía su mujer—. ¡El alpinismo de esta clase es terrible! ¡Imagínate que agota a los hombres!

Y él protestaba.

—Los hombres se fatigan mucho antes que las mujeres.

—¿Por qué no te limitas a ir hasta el pie del Himalaya, a Darjeeling? —sugirió Gail a Kit—. Siempre he deseado ir a esta ciudad. Dicen que la gente se divierte allí mucho.

Harvey, que participaba también de aquel cónclave familiar, no dijo nada. Él no veía la hora de que la expedición saliese. Los hombres de la expedición, todos ahora en el umbral de la aventura, tenían a Gail trastornada. Los conocía a todos y con todos —por lo que los ojos de su marido podían ver— coqueteaba más bien descaradamente. Estaban siempre en su casa; él los espiaba para darse cuenta de si alguno se mostraba en particular más desenvuelto que los demás; pero no consiguió vislumbrar en la actitud de Gail ninguna preferencia particular.

—¡Pobres muchachos, quizá no regresen más! —había contestado cuando él se lamentó—. Es como si se les enviara a la guerra. —Y luego—: ¿Hay algo que no marcha?

Y él había contestado con un gruñido:

—Te doy demasiada libertad.

—Pero no me extralimito —había respondido ella riendo.

A Harvey no le era posible imaginar a Alberto y a Kit sobre los montes del Himalaya. ¿Cómo lo harían? Se atarían el uno junto al otro. Kit amarrada a Alberto. ¡Su vida ligada a la de él! La solemnidad del símbolo le hizo quedar un momento pensativo. ¿Cómo habrían reaccionado sus sentimientos si se hubiese tratado de Gail? Pero Gail estaba casada con un hombre de bien, y menos aventurero. Por esto decidió intervenir ahora en la conversación, rompiendo una vieja costumbre abstencionista.

—A mi modo de ver —dijo—, creo que Kit haría mejor en esperar al pie de la montaña.

En su interior pensaba que existía la posibilidad de que una avalancha se abatiera sobre Alberto.

Kit escuchaba sentada sobre una silla baja de raso verde. Cuando se encontraba en esta clase de reuniones callaba siempre hasta que no estaba segura de sus resultados. Si las cosas se desenvolvían a medida de sus deseos, era inútil participar en las conversaciones; si, en cambio, ocurría lo contrario, esperaba anunciar lo que tenía intención de hacer. Ahora debía hablar.

—Creo que iré hasta donde me lleven mis piernas —respondió tranquilamente.

Miró a su alrededor y sonrió. Sabía que ninguno de los presentes tenían gran fe en su capacidad de enfrentarse con arduas empresas, ya que nada podía cambiar su pequeña figura y su carita infantil. Y ella no los culpaba. Probablemente no era capaz en realidad, pero no tenía gran empeño de tener fama de persona enérgica y poco le importaba lo que los demás pudieran pensar de ello. Tras su afectuosa tolerancia sabía continuar viviendo encerrada en sí misma, según su voluntad.

—No os preocupéis demasiado por mí —añadió con tono superficial—. No haré nada con lo que pueda arriesgarme a correr algún peligro.

Complacidos, todos rieron de pronto, como debieron de reír, sin duda alguna, el día en que se había aventurado a dar su primer paso.

—Kit me parece una chiquilla. ¡Ven aquí y bésame! —le ordenó su madre.

Ella se acercó sumisa y en aquel instante su mirada se fijó en los serenos ojos grises del cuñado Harvey. Y en ellos leyó el desaliento.

Kit no preveía la reacción que su decisión de tomar parte en la empresa habría producido en esa extraña presencia ante la cual vivía conjuntamente con Alberto; la de los millones de personas que se interesaban por los pormenores de la vida de su marido. Ella era precisamente uno de esos pormenores y como tal era objeto de cartas, telegramas y artículos periodísticos. Brame en el curso de una de sus visitas diarias, rió silenciosamente y, enseñándole un mamotreto, le enseñó la etiqueta con la dirección: «Señora Holm». Sin pronunciar una palabra, ella le indicó el correo del día, que aún no había abierto.

Brame contó las cartas.

—Hoy hay cincuenta y siete más que ayer —dijo; y hurgando en su cartera extrajo un folio cuidadosamente escrito a máquina—. Creo —le dijo— que se divertirá enterándose de las cosas que escriben de usted. La mayoría son mujeres, pero no faltan los hombres. He aquí un resumen semanal.

Kit cogió el folio y ojeó tímidamente su contenido. Ciento veintisiete hombres habían «expresado admiración» ; así resultaba de la ordenada relación mecanografiada y un número mayor de mujeres le habían enviado recetas y consejos y le comunicaban que se entretenían en hacer prendas de lana para Alberto. Algunas pedían la medida del pie de su ídolo; otras aseguraban a Kit que también rogaban por ella, al rogar por él. Otras, en fin, confesaban la envidia que Kit les inspiraba, confiando en que ella se diera cuenta de las extraordinarias dotes de su marido. No faltaban aquellas que querían saber si Kit creía en Dios. A Kit le pareció ver surgir de la hoja una multitud de rostros, rostros pensativos, borrosos, tímidos o audaces. Pero también los tímidos podrían volverse audaces cuando imaginaban que nadie sabía... Kit devolvió la hoja a Brame.

—Creí —dijo él— que le divertiría.

Pero ella sacudió la cabeza.

—Estoy más contenta si no se me dice nada de todo lo que escriben —repuso. Luego añadió—. Estoy contenta de irme lejos de todos ellos.

Aquella noche, buscando en sus cajones, encontró el sello de marfil que había comprado en Pekín. Había hecho uso de él durante algún tiempo, luego lo había dejado y olvidado por último. Frotó la blanca figurilla de marfil hasta que, en su mano, pareció adquirir, junto con una mayor ligereza, un calor artificial. La colocó sobre la mesa, y contemplándola, volvió a tener la vieja ilusión de las perfectas proporciones. La minúscula montaña pareció infinitamente alta, y sobre ella, el átomo que representaba al hombre, ascendía fatigosamente. Cuando la adquirió se dijo que esta figurilla significaría algo para ella. Pero luego perdió toda su importancia y, de regreso a Nueva York, la había relegado al olvido. Quizá ahora significara realmente algo. Y, de pronto, decidió llevársela consigo.

Llegó por fin el día de la partida. El buque estaba a punto de alejarse del muelle. Kit, al contemplar desde el puente los blancos rostros que los contemplaban, observó a Brame que se movía feliz entre el gentío. Durante toda la mañana no había hecho más que gustar las emociones mientras ella aguardaba a Alberto, y ahora, lo saludaba con aclamaciones en el momento en que, más atractivo que nunca en su traje primaverl de franela, llegaba y subía a bordo. La enfermedad le había favorecido; parecía un poco más delgado y con una expresión de cierto envejecimiento. Había aprendido a acoger las aclamaciones sin muestras de malhumorada timidez, y helo allá arriba, ahora, apoyado en la barandilla del puente, de cara al viento marino que despeinaba sus cabellos. A intervalos, una voz surgía de la muchedumbre:

—¡Ahí está Alberto! ¡Ahí está! ¡He, Alberto!

Él alzaba el brazo, lo agitaba sonriente y su blanca dentadura resplandecía entre el grupo de los jóvenes componentes de la expedición. Cerca de él estaba su paisano Jacobo Rexall! La timidez le ponía un nudo en la garganta y le impedía pronunciar palabra.

Más cerca de Alberto que de Kit, estaba Gail, bellísima, con su vestido pardo con adornos de oro mate. Llevaba un sombrero con el mismo adorno y un velo también pardo le caía a un lado de la cabeza. Pero también estaba su marido, y dondequiera que su fotografía apareciese al día siguiente, también la figura maciza de él destacaría su presencia. Los Tallant se mantenían, en cambio, a una prudente distancia de los objetivos, y lo mismo Kit, hasta que un fotógrafo se acercó a ella para decirle:

—Por favor señora Holm, ¿quiere colocarse un instante al lado de Alberto? El público se interesa también por usted.

Kit obedecía siempre a aquellas invitaciones y sonreía hasta el momento en que se cerraba el objetivo. Brame se lo había enseñado a hacer:

—Le aconsejo que sonría en las fotografías, señora Holm. Un rostro grave no es una buena publicidad.

Le daba lo mismo sonreír con tal de que todo terminase cuanto antes. Los fotógrafos eran exigentes y decían: —Deseamos una sonrisa... una hermosa sonrisa... —Y aguardaban hasta que ella obligaba a sonreír a sus recios labios —. ¡La gente desea verla contenta!

Tan sólo Juan Baker no figuraba en los grupos. Kit le vio un par de veces sobre el puente, con una expresión de sarcasmo en los labios... y mirando hacia otra parte. A los periodistas que acudían a su encuentro viendo en él al hombre que seguía en importancia a Alberto, les respondía sacudiendo la cabeza:

—No tengo ninguna declaración que hacer. Confío encontrar alguna especie rara de rododendros y un par de nuevas orquídeas. Eso es todo.

—¿Y qué hará con ellas?

—Nada. Voy a buscarlas, esto es todo.

Alberto era un tipo mil veces más agradable. Era pintoresco y franco y ya no tenía necesidad de que Kit hablara por él, sabiendo muy bien que ya no existía ningún motivo de temor. El público lo quería así y demostraba su entusiasmo por su forma de expresarse.

—Naturalmente, voy por deporte —decía riendo—. Las ascensiones han resultado siempre una diversión para mí. Sólo que... —¡tenía que acordarse de Brame! —confío en que de la expedición puedan conseguirse buenos frutos científicos. Para este fin cuento con Baker y con los demás. ¿Cómo? ¡Oh! Ciertamente yo también contribuiré con mediciones, observaciones meteorológicas y demás... Desembarcaremos en Bombay y de allí nos dirigiremos a través de la India Septentrional hasta las montañas... Sí, desde luego, será una segunda luna de miel para Kit y para mí...

Había pasado los meses de abril y mayo en Glen Barry, tostándose bajo el sol. Su piel estaba bronceada, sus ojos más azules que nunca y jamás había sido tan bien fotografiado. Gail, contemplándolo admirada, susurró a su madre:

—Es realmente maravilloso, ¿sabes? No sé cómo consigue ser tal como es aún en medio de tanto alboroto.

—Estoy de acuerdo —dijo la señora Tallant—, pero lo que vale...

—¡Mamá! —exclamó Gail con una maliciosa e imperceptible sonrisa.

La señora Tallant no dijo nada. Apenas le fuera posible, iría a cualquier parte a tomar las aguas para que disminuyera su presión sanguínea. Su marido le murmuró al oído:

—Tengo la intención de doblar el sueldo a Brame. Desde luego, ha quedado magníficamente.

—Realmente se lo merece —convino ella.

Harvey, fielmente junto a su esposa, con gran sorpresa por su parte, ardía de cólera interior. ¿Por qué aquella fama, aquel hechizo, aquel reclamo de gestos y

expresiones de Alberto Holm? Alberto era el sueño de las mujeres. Era inútil fingir, ignorando que hasta Gail habría estado satisfecha si él, su marido, hubiese tenido, aparte de todos sus dones, el de parecerse al héroe. La vida era inescrutable...

Sonó el último golpe del gongo.

—Es hora de bajar —le dijo a Gail.

Fue lo bastante tonto para disgustarse cuando su mujer ofreció sus frescos labios al entusiástico beso de Alberto. Precisamente en este instante oyó el chasquido del disparador de una máquina fotográfica y se irritó de un modo que jamás hubiese podido imaginar. Pero su cólera no era algo de que tuviese que dar parte a su mujer, y por ello decidió guardársela para sí.

—Adiós —dijo con cierto formalismo a Alberto, satisfecho una vez más al pensar que el Himalaya se encontraba en los antípodas.

—Kit, querida —murmuró la señora Tallant—, no te aventures nunca sola por calles desconocidas; esto no me ha gustado nunca.

—Adiós, Kit —le dijo su padre—. Haz lo que te dé la gana y diviértete.

Y le dio uno de sus besos peculiares, estrechándola contra sí.

—¡Adiós! ¡Buena suerte! —saludó Brame con inusitado fervor—. Señora Holm, no se preocupe por nada. Apenas el señor Holm se haya ido, comenzaré inmediatamente a preparar la campaña publicitaria para su retorno.

Kit tendiéndole la mano, se sintió cómicamente compungida.

—Gracias por todo cuanto ha hecho —le dijo.

—No he hecho nada, querida señora —le aseguró él, conmovido por su gentileza. La gente olvidaba a menudo darle las gracias.

—Es usted quien lo ha hecho todo —dijo ella, una vez más con tono pausado.

—Está bien, pero... —Aquí Brame tosió con modestia. Luego miró a Alberto con ojos críticos. Alberto se liberaba, riendo, de los últimos periodistas—. Desde luego, es un buen elemento publicitario —dijo aún Brame—. Con la cara que tiene —añadió— la gente creerá siempre en él. Y esto es lo que tiene importancia... lo esencial: hacer que la gente tenga fe.

Kit lo miró para descubrir si había alguna ironía en él. Pero no la había. Brame contemplaba a Alberto con honrada admiración.

Alberto se dijo que aún no estaba del todo bien. Después de todo aquel ajetreo, sentía necesidad de descansar.

—Me acostaré en la toldilla, sobre una silla plegable —le dijo a Kit. La nave se dirigía a alta mar. Era a primeras horas de la tarde y faltaba mucho todavía para la hora de la cena—. Me acostaré en la silla, y tal vez me haga servir un poco de caldo o alguna otra cosa.

—Ahora voy a llamar al camarero que está de servicio en la toldilla —dijo Kit.

Él la dejó hacer. Se sentía cansado y la esperó apoyado en la barandilla, absorto

en la contemplación de la línea del horizonte. La toldilla estaba casi desierta. Todos debían de estar en los camarotes, ocupados en deshacer el equipaje. Un sueño... he aquí lo que necesitaba. Se metió una mano en el bolsillo e inmediatamente la retiró. Allí estaba la carta de Constancia, la enfermera rubia. La había leído a hurtadillas, sólo para medir la insensatez de aquella pobre tonta. No, rompería la carta y lanzaría los fragmentos al mar. Cada día le llegaban docenas de cartas de ilusas admiradoras, pero jamás se había sentido turbado leyendo cartas de mujeres nunca vistas ni conocidas. Y tampoco le produjo ninguna emoción la carta de Constancia..., una carta estupenda, por otra parte. La releyó rápidamente, la hizo trozos, y se quedó mirándolos, mientras el viento los hacía revolotear bajo el sol, a lo lejos. No volvería a verla nunca más... No quería volver a verla. Pero ¡pobrecilla! ella le adoraba. Inútilmente, pues él permanecía fiel a Kit y tenía la intención de serlo siempre. Precisamente la víspera, durante su última conversación, Brame había dicho algunas curiosas palabras. Cuando Kit se hubo marchado del salón, el agente le sermoneó con un singular tono de reproche: «He de prevenirle de una vez para siempre, señor Holm, contra el peligro de aventuras amorosas durante el viaje. Serían fatales para su reputación y para el plan publicitario que estoy preparando para usted. Lo único que el pueblo americano no tolera es la descarada inmoralidad». Y él había contestado, claro y conciso: «Brame, deseo que sepa que soy fiel a mi esposa».

Era la verdad; pero Brame lo había mirado como si hubiese tenido en los labios algo que no quería decir. ¿Liliana? Pero Alberto ya casi no se acordaba de ella... Había transcurrido tanto tiempo... Imaginaba que la vieja historia estaba liquidada para siempre... Si no había salido a la luz hasta el momento presente, ya no saldría nunca más. ¡Pobre mamá! Ella hubiese deseado ir a despedirlo, pero una indisposición imprevista del padre se lo había impedido. Él, Alberto, había ido a hacerles una visita y permanecido un día en casa, durante el cual había tenido que oír las lamentaciones de su madre, ahora completamente ocupada a causa de la indisposición de su esposo. ¡Llevando en sus espaldas el peso de todo el trabajo de la factoría, incluido el de ordeñar las vacas! Él se había ofrecido para pagar a un hombre que la ayudase. Nada le parecía bastante bueno para su madre. Ahora pensaba con afecto en su abrazo blando y fuerte.

—Ya no te veo casi nunca, mamá —habíase lamentado. Le parecía haberse convertido de nuevo en un chiquillo.

—Yo digo lo mismo —había contestado ella con tristeza—. Pero no me es posible mover a tu padre de aquí.

—Yo me quedo donde estoy —había contestado su padre, desde la cama donde estaba acostado.

—En cambio, tendrías que moverte —le había amonestado Alberto—. Ahora podría hacerte conocer un poco de mundo.

Pero el viejo había meneado la cabeza.

Alberto vio aparecer de nuevo a Kit en la toldilla, con su abrigo blanco. Tenía el sombrero en la mano y el viento despeinaba un poco sus cabellos rizados. Era tan bonita que sintió inflamarse en su corazón una oleada de afecto y le tendió los brazos. ¿Cuánto tiempo hacía que ya no había hecho aquel ademán? Ella sonrió, pero no se precipitó en ellos, como habría hecho en otro tiempo. Por un instante él se sintió extrañado. Pero luego, viendo a dos mujeres que les estaban mirando con curiosidad, dejó caer los brazos.

—¡Al diablo! —comenzó.

Pero Kit ya estaba junto a él.

—He mandado preparar una silla para ti en un sitio resguardado del viento —dijo—. Te he traído también tu manta. Al camarero le he encargado que te sirviera un té con bollos y dulces.

Producía tanto bienestar olvidar... Después de todo, tenía que pensar en sí mismo, se dijo Alberto.

Abajo, en su compartimiento, Kit pasó revista al correo y a las flores. Su madre había deseado que se llevara consigo a una camarera, por lo menos hasta su llegada a la India, pero ella no había aceptado. Ni siquiera por un momento habría permitido a la vieja Sara, o a Rosa, que se ocupasen de deshacer los paquetes. Si lo hacía ella ahora, dividiría en grupos las cartas y telegramas, atándolos en paquetes, y luego, salvo la correspondencia familiar, lo entregaría todo al joven que debía desempeñar el cargo de secretario de Alberto, llamado Harden Coombes.

Trabajó tranquilamente por espacio de una hora hasta que al final del montón de la correspondencia, vio un sobre largo que inmediatamente reconoció; era de Norman. En muchos lugares del mundo había esperado aquel sobre centenares de veces. Algunas, había llegado; otras, no. Pero ahora no había previsto ni deseado su llegada. Después de la llamada telefónica nocturna, no había oído de nuevo la voz de Norman, ni vuelto a verle porque, por atención a Alberto, las cosas tenían que quedar tal como estaban hasta el final de la expedición. Kit sentía desprecio por las mujeres casadas que se divierten con los hombres, y no había podido estar de acuerdo sobre este tema con su hermana Gail.

—¿Qué importancia tiene? —había dicho Gail—. Harvey sabe muy bien que sólo me ocupo de él.

—Pues entonces, ¿qué necesidad tienes de pasear con otros? —había preguntado Kit.

—Para divertirme, oh, pequeña puritana —le había respondido Gail de mala gana—. Yo hago muchas cosas por diversión.

Era una gran verdad. Gail era de una ligereza incurable superficialmente, pero infinitamente sana en el fondo. Sin embargo, Kit no era Gail. Quizá hubiera sido

mejor si hubiese podido parecerse algo más a su hermana, ser distinta de como era, puesto que para ella las cosas o tenían demasiada importancia o no tenían ninguna.

Rasgó el sobre, y leyó las pocas líneas trazadas por Norman con su menuda caligrafía.

«Kit, veo que estás de viaje para el otro lado del mundo. Dios sabe por qué me intereso tanto por todas tus cosas. Te deseo que te diviertas y toda clase de otras posibles satisfacciones, dado que puedes encontrarlas en el Himalaya. Por otra parte, no creo que te haya preguntado jamás qué es lo que tú entiendes por satisfacciones, y házmelo recordar en nuestro próximo encuentro: seguramente tendré interés en saberlo. Mientras tanto, ¡Buena suerte! P. S. El estreno de mi comedia ha sido aplazado. Se me han ocurrido ciertas posibilidades de modificación. Será más que nunca un gran éxito».

Siempre hacía lo mismo. Su descontento le hacía aplazar el estreno de sus obras para añadirles algo más. Los empresarios protestaban, pero si Norman estaba convencido de la necesidad de hacer alguna modificación, prescindía de ellos sin ninguna clase de miramientos. Una vez, Kit había oído gruñir a uno:

—Con este individuo es jugar al azar. De todos modos, la comedia será casi un fracaso y de nada sirve este empeño suyo en añadir otras cosas. El público no se da cuenta de si figuran o no las adiciones y no las agradece. ¡Mal rayo lo parta! Lo dejaría plantado de buena gana si no temiera que se dirigiese luego a otro con alguna obra de éxito. ¡Esta clase de suerte la tienen los locos de este calibre!

Kit leyó y releyó varias veces las breves líneas. Norman estaba peligrosamente al borde de sentir de nuevo amor hacia ella. Quizá la amaba ya de verdad y no quería confesárselo. Ella lo adivinaba, pero no por ello se regocijaba. Si se hubiese parecido a Gail habría acercado un fósforo a la pira para hacer la prueba. Pero Kit nunca sería capaz a menos de estar muy segura de quemar su vida en la hoguera así encendida. Releyó la carta. ¿La rompería? Ya no quería conservar nada que la hiciera soñar: de una sola cosa estaba segura: «no hay que fiar en los sueños...».

Vida monótona a bordo. Alberto tomaba la expedición muy en serio. Brame la había concebido a su manera, pero, para Alberto, cualquiera que hubiesen sido las ideas del empresario, la expedición era la cosa más importante que efectuaba hasta la fecha. Minuciosamente comenzaba a vigilar sus alimentos y bebidas y, entre otras cosas, eliminó los alcoholes.

—No quiero que el corazón me falle —decía— precisamente en el momento en que, a punto de alcanzar una cima, aferrado a una roca, pueda tener la máxima necesidad de él.

Comía vorazmente, pero con moderación; se acostaba temprano y recorría

kilómetros y kilómetros sobre el puente siguiendo un programa trazado sobre una hoja que había clavado detrás de la puerta del cuarto de baño. Cada mañana, a las once, reunía a todos sus hombres y sostenía con ellos una llamada «charla polémica», rica de libres y acaloradas discusiones.

—Donde Fessaday fallaba completamente —díjole a Kit— era en su incapacidad para despertar el entusiasmo en sus hombres. ¡Dios sabe si a nosotros nos interesaba poco o mucho que él alcanzara la meta que había fijado! Distribuía a cada uno de nosotros las órdenes, y no se dignaba luego dirigirnos siquiera una mirada. ¿Cómo podía esperar nuestra particular adhesión o lealtad? Yo, con mis hombres, sigo un procedimiento diferente y quiero que ellos estén al corriente de mis ideas y que todos me ofrezcan su colaboración. Naturalmente, yo soy el jefe; pero hay que dar al César lo que es del César. Cuando la publicidad sobre la expedición divulgue nuestras andanzas entre el público, los nombres de mis agregados figurarán junto al mío. Hablaré de ello a Frisk.

Frisk era el joven periodista que, a última hora, por voluntad de Brame, había sido incluido entre los hombres que formaban la expedición. Quiero que la publicidad —habíale dicho a Alberto— venga fiscalizada por un solo individuo. Deseo puntualizar, señor Holm, que nadie, fuera de Frisk, pueda divulgar nada con respecto a la expedición. Frisk es un buen chico, uno de los mejores elementos de la redacción del «News», y me enviará su correspondencia. Yo examinaré todos los datos y veré si pueden incluirse en mi esquema publicitario.

Jacobo Frisk, designado para hacer los informes cotidianos de Alberto, era un muchacho pálido y vivaracho, con un par de ojos verdosos bajo una cabellera de un denso color ceniciento. No decía nunca nada y era muy reservado. Cada noche entregaba a Alberto para que las leyese unas hojas mecanografiadas.

—¿Le parece bien? —preguntaba cuando éste se las devolvía.

—Perfectamente —contestaba Alberto en tono jovial—. ¡Estupendo en verdad, Jacobo!

Lo había llamado así desde el primer momento, y había insistido para que, a su vez, su interlocutor correspondiera con la misma familiaridad.

—Llámenme Alberto —había dicho, por otra parte, alegremente a todos—. ¡Creo que no les resultará difícil desde el momento en que todos me llaman así!

Todos habían sonreído con la franca cordialidad que Alberto deseaba vivamente de los que le rodeaban. El único que no sonrió fue Baker, que solía sentarse siempre a un extremo de la mesa, con su pipa entre los dientes, que no abandonaba ni un momento desde la mañana hasta la noche.

—¿Le parece bien? —habíale preguntado Alberto la primera vez, cuando hubo hecho la propuesta de que todos se llamaran unos a otros por el nombre de pila, y para subrayar su deseo de que reinara la cordialidad.

—Ya que me lo pide usted, señor Holm —repuso Baker—, le diré que prefiero el uso del apellido. —Y luego, a modo de explicación, añadió—: En una expedición como la nuestra, durante la cual nos veremos obligados a hacer la vida en común hasta sentir náuseas, lo que conviene es menos familiaridad y más reserva.

Alberto no comprendió. Baker, evidentemente, era más frío que un pez. No permitía ser tratado con familiaridad por nadie. Pero Alberto se había limitado a decir:

—Muy bien, Baker. Y vosotros, muchachos, acordaos de que en mi expedición, mientras no se trate de cosas especiales, deseo que cada uno obre a su antojo.

A Kit, cuando volvió a aparecer luego en la toldilla, le dijo.

—Acabaré por enfadarme con Baker.

—No, Alberto —exclamó ella—. ¡Es demasiado prematuro!

—No ha ocurrido todavía nada, tranquilízate —le dijo—. Pero ojalá hubiese obedecido a mi instinto. Ninguno de mis instintos me ha engañado jamás.

—¿Qué ha hecho Baker? —preguntó Kit.

—Nada —insistió Alberto—. Sencillamente, no le agrada colaborar. Creo que va por este camino.

Kit comprendió que, de pronto, se había hecho evasivo y no quiso volver a insistir. Cuando Alberto se retraía obstinadamente —cosa que formaba parte de su naturaleza— ella, como ahora, se daba cuenta en seguida, y aun cuando se tratase de alguna cosa sin importancia, desistía de preguntar.

Con mayor razón, además, cuando esta característica suya le hacía recordar que jamás él le había hablado de Liliana. Pero ¿llegaría a hablarle alguna vez? La pregunta hacía insistente y unas veces le parecía poder responder en forma negativa y otras creía que más tarde o más temprano él acabaría por hablar. Del pasado con Liliana ya nada le importaba. En cuanto tuvo conocimiento de él, se conformó. Recordando la mañana de su encuentro con ella en la pastelería, llegó incluso a decirse que Liliana era una muchacha honrada, aun cuando su alma fuera poco más compleja que un microorganismo. A pesar de todo esto, había veces que, al encontrarse sola con Alberto, deseaba que él le hablase de aquel episodio lejano, aunque sólo fuera para disminuir la distancia que sentía entre ella y él. En aquellos momentos, cuando recordaba el secreto de Alberto, llegaba a obsesionarse únicamente porque él no quería confesárselo y porque, por otra parte, ella no podía decirle que lo sabía. Él era quien tenía que hablar primero; sólo así podrían restablecerse muchos delicados equilibrios. Durante mucho tiempo había estado dándole vueltas a estos pensamientos, persuadiéndose cada vez más que el primero en hablar tenía que ser Alberto. Intolerable era la visión de la repentina expresión furtiva de sus ojos cuando se le obligaba a confesar uno de sus instintivos secretos.

Sin embargo, ahora, tendida sobre su silla en la toldilla junto a la de Alberto,

contemplaba el rítmico movimiento de la nave que surcaba las olas espumosas con sus flancos poderosos, se le ocurrió pensar que jamás había hablado a Alberto del otro, de Norman, y se dijo que este silencio era injusto. No había mucho que contar... Además, ¿qué ventaja le reportaba el hablar? ¿Servía de algo desenterrar el pasado? A decir verdad, quería que Alberto desenterrase el suyo; y no había diferencia entre el amor que ella había sentido en un tiempo por Norman y el que conduce al matrimonio. Había deseado contraer matrimonio y hecho sus preparativos para ello... Como una imprevista revelación, se dio cuenta de que había sido monstruosamente injusta al no haber hecho por su parte lo que pretendía que Alberto hiciera. ¡No se había dado cuenta hasta ahora! Se incorporó en su silla, y con un ímpetu de arrepentimiento que imponía una reparación, dijo impetuosamente:

—Alberto, hay algo que no te he contado... quiero decir algo que me concierne.

Ahora que había empezado se decía que era tonta y se sentía cohibida; pero era preciso que prosiguiera; no había ya escapatoria posible. Él no cambió de expresión, tanto es así que ella estuvo dudando si le había oído; él continuaba tendido sobre su asiento, con los ojos cerrados.

—Hubo un tal Norman Linlay, dramaturgo, de quien estuve terriblemente enamorada antes de encontrarte a ti.

Él abrió los ojos sorprendido.

—¿Fuisteis novios? —preguntó con solemnidad, después de una pausa.

—Sí.

Kit le vio asimilar, por así decirlo, en su imaginación, esta revelación inesperada. Sí, estaba impresionado. Ella se apresuró a continuar.

—Pero él decidió... de... —No, la fórmula era evasiva—. Quiero decir...; él se dio cuenta de que no sentía... —«¡Adelante!, se dijo casi con rabia, adelante, di la palabra justa»— No me quería lo suficiente —concluyó.

¡Ya estaba! ¡Parecía que se había clavado un puñal en el pecho! Sea como fuere, era una tontería sentirse humillada, pero superar el sentimiento de humillación era un trabajo más arduo. Alberto la miraba con una expresión de profunda piedad. Piedad, nada más que piedad.

—¡Oh, pobre Kit! —dijo. Y alargando una de sus manos, cogió la suya.

Ella no pudo soportar su piedad. Resultaba repulsiva.

—¡Oh, lo mismo me da ahora! —se apresuró a declarar.

Era conveniente reír, hablar con indiferencia, rápidamente, para abreviar la tortura. Retiró la mano.

—Así es mejor —dijo él, y se volvió a mirarla a la cara—. No te preocupes por ello. Y, además, Kit, si no hubiese sucedido lo que ha sucedido, piensa cuál habría sido la consecuencia para nosotros; ¡no nos habríamos casado!

¡Éste era todo su consuelo! Ella no se sentía capaz de responderle. Permaneció

sentada donde estaba, bajo el claro sol de aquella mañana de junio en el mar, tan inesperadamente vencida por un sentimiento de miseria y de fracaso al verse obligada a confesar la verdadera causa por la cual había hablado. Mirando el azul horizonte marino dijo:

—Alberto, algunas veces te encierras en ti mismo, incluso para mí. ¿Te das cuenta? Quisiera que sintieses deseos de decírmelo todo... aunque fuesen tonterías, tan sólo por hablarme.

Apartó la mirada de la línea lejana donde el cielo y el mar se encontraban y la posó fijamente sobre él. Pero sólo vio en los ojos azules aquella infantil expresión furtiva que tanto temía.

—¿Te refieres a Baker? —preguntó—. Te he dicho que no tiene intención de colaborar de ningún modo. —Y luego, con su antiguo gesto huraño, añadió—: No entiendo bien de qué estás hablando, Kit.

Ella no contestó. Hubiera podido evitarse lo que había dicho, pues habían quedado los dos en el mismo punto y nunca irían más allá. Habría deseado ardientemente poder retirar las propias palabras, pero se le habían escapado... palabras perdidas que nunca más habrían de repetirse.

Y no obstante, si reconocía un error fundamental en la vida, era sorprendente comprobar también cuánto aún la vida reserva de bueno. Supo que podría dividirse en dos personas: una era la señora Holm y la otra la Kit Tallant de un tiempo y de siempre, aquella que algunas veces podía resignarse a no preocuparse de las dificultades de la otra, de la señora Holm. Las dos criaturas se repartían el día. Por la mañana Kit se levantaba temprano y se bañaba en agua de mar, luego subía sola a la toldilla, mientras Alberto continuaba durmiendo. Iba paseando de proa a popa, pasando de una toldilla a otra, a medida que los marineros, armados de cepillos y mangueras, las iban dejando limpias y húmedas. Cielo, viento y mar, en una trinidad de impetuosos movimientos y de simples colores, eran siempre los mismos y sin embargo, jamás del todo iguales. La ventaja del mar sobre la tierra consistía en este cambio, según sus propios humores, que hora tras hora variaba.

Si levantaba los ojos para cruzar la mirada con la de Alberto Holm, inmediatamente desaparecía Kit Tallant, y la mujer de Alberto Holm pensaba rápidamente: «Los pasajeros se levantan. Es preciso que baje junto a Alberto».

Bajaba, abría la puerta, y lo encontraba sentado sobre el lecho, comiendo pan tostado y té.

—Buenos días —exclamaba él—. No te he oído levantarte. ¡Dios mío, cómo duermo!

Ella se inclinaba, lo besaba en la mejilla, se sentaba sobre su litera y le escuchaba.

—Di, Kit, ¿viste ayer a la vieja de los cabellos blancos? ¡Hubieses tenido que verla! Primero se me acercó y me pidió un autógrafo. Bien se lo di. Luego me explicó

cuánto le recuerdo yo a su querido hijo muerto, valiente como yo, según dice. Pero lástima que se haya muerto durante la guerra mundial. La primera vez que vio mi fotografía, dice que fue como si hubiera visto al hijo resucitado. Cuando leyó que pensaba hacer el viaje en este buque decidió embarcar ella también. Lleva unos brillantes gruesos como huevos de gallina. Debe de tener mucho dinero.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Naturalmente, he estado amable con ella. Pero si tuviese que ser hijo de todas estas viejas señoras que creen que me parezco a sus hijos, estaría aviado. ¿Por qué las mujeres son así, Kit? Las jóvenes desean que las divierta y las viejas quieren ser todas mi madre. —Reía e hincaba el diente en una enorme tostada—. ¡Tú me gustas, Kit! Y me dejas solo. Coge la bandeja, por favor. Es mi primer bocadillo antes del verdadero desayuno.

Ella cogía la bandeja, la colocaba sobre la mesita junto al lecho, y se sentía abrazada por Alberto.

—¡No exageres luego, Kit, con este juego tuyo de dejarme siempre solo!

Sentía los largos brazos estrujarla contra su cuerpo robusto y el fresco olor varonil que trascendía su piel. Uno de los dones de Alberto era tener siempre la piel fresca y suave. Resultaba imposible sentir repulsión de su carne. Hasta la parte de ella que se llamaba Kit Tallant, recelosa y huraña, comprendía y sentía. El cuerpo de Alberto era diáfano como la mañana sobre el mar y por esto era imposible que no gustase; era imposible separar a Alberto de su cuerpo. Su espíritu formaba una unidad con su carne, tanto que todo cuanto hacía o decía más parecía la expresión de su cuerpo floreciente que la de un espíritu reparado de él. La misma simple unión de movimientos y colores que constituían el alma del mar, era también el alma de Alberto, de Alberto Holm, que no era nunca más complejo de lo que eran su cuerpo, sus deseos y su energía...

—¡Bueno! —decía, y la dejaba nuevamente de pie—. ¡Buen principio de jornada! Saltaba de la cama, despojábase del pijama y corría al baño.

Por nada del mundo Kit habría confesado a su madre que se había visto obligada a presionar mucho a Alberto para persuadirlo de la necesidad del baño cotidiano y del consiguiente afeitado, como de limpiarse las uñas y hacerse cortar el pelo con cierta frecuencia.

—Eres peor que mi madre —había refunfuñado él una vez—. Mi madre encontraba suficiente un baño los sábados y en verano me iba a nadar. —Pero, a su manera, había acabado por aprender las lecciones de Kit y, si olvidaba alguna vez hacerlo, ella no podía menos que echarse a reír ante su expresión de culpabilidad y su relativa prisa en repararla. Hacía sinceramente cuanto podía para complacer a su esposa, circunstancia esta que Kit jamás llegó a olvidar del todo. Salía del baño envuelto en un enorme albornoz blanco, esbelto y apuesto de verdad. Ella le

observaba mientras él se dedicaba a examinar sus trajes. ¿Este? ¿Aquél? ¿Y de qué color me pondré hoy la corbata?

—Alberto, te estás convirtiendo en un petimetre —decía ella—. ¿Recuerdas que en Glen Barry salías siempre sin corbata? ¿Y cómo refunfuñabas cuando se trataba de cambiarte de traje antes de cenar?

Él la miraba con un mohín sonriente.

—No tenemos que desilusionar a las señoras viejas —respondía.

—Entonces ponte ésta —decía ella; y escogía una corbata de un hermoso color azul reluciente—. Hace juego con tus ojos —añadía.

Él se contemplaba complacido en el espejo, silbando una cancioncilla.

—¿Me dices que estoy guapo? —le preguntaba mirando el rostro de ella reflejado en el espejo.

—¿Tú no crees que lo estás? —preguntaba ella, sin variar la grave expresión de sus labios.

—Bastante —confesaba él.

Ella se echaba a reír, se cogían de la mano y salían corriendo a desayunar.

La señora Holm, al hacer su entrada en el comedor, parecía la estampa de la felicidad, y tenía motivo, por estar casada con aquel guapísimo muchacho. La vieja señora Townsend, alzando la vista, sentía humedecerse sus ojos.

—No creo una sola palabra de las habladurías que circulan sobre él —díjole a su hermana Emilia—. Con esta cara no puede ser malo... La misma cara de mi pobre Felipe —añadía.

—Salvo que Felipe no era precisamente rubio —corrigió Emilia.

En su interior se decía que Felipe se parecía mucho más a cualquier otro.

—¡La tez de Felipe era admirable! —sentenció con voz cortante la señora Townsend—. ¡Exactamente igual a la de este muchacho!

Y miró a Alberto con ojos tristes, llenos de pesar. Si Felipe hubiese sobrevivido a la horrible guerra, habría podido casarse con una muchacha tan bonita como la que estaba al lado de Alberto. Y ella no sería ahora una vieja solitaria que cada año hacía un viaje a Europa en compañía de Emilia. Ya estaba harta de Europa y de Emilia... pero ¿no estaba, acaso, hastiada de todo? Sus sueños, llenos de cosas que no se realizarían jamás, circundaban la cabeza luminosa de Alberto con los colores del arco iris. ¡Ya estaba riendo otra vez, y a ella le gustaba tanto verle reír!

Alberto, después de haber comido pastelillos con jalea de fruta, disertaba sobre Baker, sobre los nombres latinos de sus plantas, sobre cierto proyecto, encaminado a estudiar las condiciones de un futuro sanatorio en las altitudes para la construcción del cual se recolectarían fondos en su nombre..., tal vez lanzando sobre la Unión unos sobrecitos especiales dirigidos al héroe del Himalaya.

—Sí, creo que la idea es buena —dijo Kit.

Imaginaba la consternación de su madre al ver América inundada de sobrecitos con fines filantrópicos, dirigidos a Alberto Holm.

—¿Qué es lo que te hace tener este aspecto preocupado? —preguntó Alberto—. El aire sobre las montañas, donde sólo hay nieve, es purísimo. Uno se siente muy distinto allá arriba. Come y duerme como un lobo. Naturalmente, escogeríamos una localidad que no estuviera demasiado elevada... lo necesaria para asegurar un aire puro. Jacobo Rexall considera acertada mi idea del sanatorio. Podría hacer de él el director comercial de la empresa, y de Frisk, el periodista oficial. Sería una empresa grandiosa, con la construcción de todo lo necesario. Estos orientales trabajan casi por nada.

Kit le observó mientras hablaba. ¿Lo decía en serio, o Rexall, para hacer dinero, le había metido este proyecto en la cabeza? Kit no se fiaba del amigo de Alberto; tenía más conchas que un galápago. Rexall no le dirigía nunca la palabra y se limitaba a saludarla con un movimiento de cabeza algo frío: una forma de saludo, por otra parte, que ella sabía estaba en auge entre la comunidad masculina de Misty Falls y con respecto a las mujeres casadas y respetables. Alberto se levantó.

—Ven, Kit. ¿Has terminado? Vamos a hacer un par de kilómetros de marcha por la toldilla.

Kit lo siguió fuera del comedor, consciente de los cien pares de ojos vueltos hacia ellos. Pero ella, cruzando por entre las mesas, no miraba a nadie. Sólo aquel día, al pasar entre las mesas, donde estaban sentadas las dos ancianas de pelo blanco, sonrió a un par de trémulos ojos azules.

Fue la señora Townsend la que, por primera vez, hizo comprender a Kit que el público —al que Brame describía como una gran comunidad tiránica— no era en realidad tan monolítico. Kit estaba en la toldilla, tendida en su silla, soñando desde un librito de versos de un joven poeta desconocido, cuando oyó una voz, la dulce voz bien modulada de una anciana y, al levantar la vista, vio a la señora a quien había dirigido una sonrisa.

—Perdóneme... no sé si puedo hacerlo... —dijo la señora Townsend, ya que era ella. Sus ojos terminaron la frase—: ...sentarme por un momento a su lado.

—Se lo ruego —dijo Kit, librando de un montón de mapas la silla de Alberto.

La señora se sentó en el borde de la silla.

—No me quedaré mucho rato —dijo—. Pero ¡he deseado tanto hablar con usted! Su joven esposo... me recuerda tanto a mí hijo muerto. —Los labios le temblaron.

—Mi marido me lo ha dicho —murmuró Kit.

Su corazón sintió una oleada de afecto hacia la anciana y delicada criatura, que luego conservó.

—Pero, naturalmente, no deseo hablarle sobre esto —prosiguió la anciana—. No quiero afligirla con mis penas personales. Sólo me ha impulsado una cosa..., ¿sabe?

lo que más choca en su esposo; un cierto no sé qué, algo, en suma, que se armoniza con la vida de todos y de cada uno. Un don de simpatía universal. Mi hermana Emilia me ha dicho hace poco que su marido le recordaba al joven con quien había estado prometida y que murió de tifus, hace muchos años en el Sur. Era del Norte. No creo que Emilia hubiese llegado jamás a contraer matrimonio con él... Nosotros somos del Sur y estábamos en guerra con el Norte... Lo cierto es que su esposo es un joven ideal, ¿no es verdad? A todos nos recuerda la criatura amada. —Le temblaron los labios mientras acariciaba suavemente la cabeza de Kit—. Algunas veces querida, debe ser duro para usted tener que compartir, por así decirlo, a su marido con el mundo. Pero también, ¡qué privilegio! Y él la quiere; se le ve. Es un buen esposo, ¿no es verdad?

Se sonrojó ante la sonrisa de Kit.

—Perdone si hablo a tontas y a locas. Pero me siento feliz por la posibilidad que me ha sido ofrecida de viajar en este mismo barco con él y comprobar con observaciones particulares lo bueno que es. Le aseguro que si alguna vez me refieren historias malévolas sobre Alberto, las desmentiré, y deseo que usted lo sepa. Estoy contenta también de que adopte públicamente actitudes sobre tantas cosas justas. Recuerdo cierta afirmación suya hecha una vez con respecto a que todos deberían ir a la iglesia. Sea como fuere, no crea, querida, que yo me atreva a considerar este encuentro nuestro como una amistad. Debe estar usted rodeada de gente que lucha para contarse entre el número de sus conocidos, y yo no quiero figurar en la lista.

—Estoy contenta de que haya venido a hablarme —dijo Kit con vivacidad.

¡Qué bondadosa anciana! Por nada del mundo habría quitado aquella estrella matutina del halo que aureolaba la cabeza inconsciente de Alberto.

—Adiós, entonces; y para todo lo que pudiera necesitar me permítame que me presente; señora Townsend, de Richmond, Virginia.

Y se alejó haciendo un ademán con su mano enguantada de negro.

Un rayo de luz había penetrado en la compacta y confusa solidez de la masa que constituía el público curioso. Y un fragmento se convertía en una criatura humana. Lo que había dicho la anciana era verdad. Cuando, al poco rato, Alberto, animado aún por la importancia de su conferencia matutina, acudió a reunirse con ella, Kit vio detrás de él, a cierta distancia, a una muchacha bonita acompañada de un joven de mediana estatura y de aspecto vulgar. La muchacha, cuando Alberto se detuvo para sentarse, se detuvo a su vez. De codos sobre la barandilla, de espaldas al mar, hablaba riendo con el joven mientras el viento hacía revolotear el pañuelo de seda rosa que llevaba en la cabeza. Kit, un momento antes, habría mirado hacia otra parte, hacia el cielo o las olas; ahora, en cambio, miró a la muchacha.

—«Mira —se dijo—, no habla en absoluto con el muchacho; él no le gusta lo suficiente».

Reía con él, pero no veía más que a Alberto, a quien continuamente miraba de soslayo.

«Este pobre diablo —pensó Kit, observando la expresión de felicidad del muchacho— no se da cuenta de que ella, en realidad, habla y hace tantas carantoñas, sólo por Alberto. Imagino que todo esto es por él».

Pero Alberto, sentado junto a ella, no pensaba en aquel momento en nada más que en sí mismo.

—Kit —dijo—, me han pedido que hablara esta noche, después del concierto, sobre la expedición.

Ella se opuso inmediatamente.

—Ahora no —dijo con desagrado—. No antes de que la expedición se haya llevado a cabo y no tengamos datos concretos. —Lo vio decepcionado e inmediatamente añadió—: Estoy segura de que Brame compartiría en absoluto mi opinión.

—Será sólo... —manifestó Alberto, todavía dudando.

—Te aseguro que se opondría —concluyó ella con tono firme; pero hablando pensaba en la diminuta señora Townsend y en la muchacha bonita, y en todas las demás que eran como ella y en el camarero que la había parado la víspera para preguntarle si el señor Holm tendría algún inconveniente en que le hiciera una instantánea con su pequeña máquina fotográfica. Pensaba en el radiotelegrafista que había preguntado si se le concedía autorización para radiar noticias sobre Alberto o si preferían que no lo hiciera. Kit rechazaba instintivamente la idea de que el público viera en Alberto al hombre ingenuo que se expresaba con dificultad apenas si trataba de decir algo más de lo que decía en los habituales discursos pronunciados en un lenguaje que era una semijerga. Felipe Townsend, el hijo de aquella canosa y dulce anciana, habría repudiado desde la tumba cualquier parecido con él. Y la muchacha de ojos negros habría vuelto inmediatamente junto a su compañero, del todo desconcertada, si hubiese sabido... «No creía que Alberto fuese así», habría dicho; todas hubieran manifestado lo mismo; y Kit les oía transmitirse, en una infinita cadena, estas tristes palabras.

—No, Alberto —añadió apresuradamente—. Estoy segura de que no conviene que hables. Sin contar que resulta imposible preparar un buen discurso en las pocas horas que nos quedan. Tú, ahora, ya no puedes hablar de la pasada expedición.

Él permaneció inmóvil, sin contestar; luego se puso de pie, nervioso.

—Bien, entonces, bajo un momento al gimnasio para boxear un poco —dijo.

Con las manos en los bolsillos se alejó a grandes pasos. Por su aspecto se le habría imaginado capaz de conquistar la montaña más elevada del mundo.

—¡Señora Holm!

Alguien llamaba con afán a la puerta de su camarote. Kit había bajado hacía unos

momentos para peinarse y quitarse aquella pátina salobre que el viento había depositado sobre su rostro y sus manos. Abrió la puerta y se encontró frente a Frisk, el periodista, que estaba consternadísimo.

—Señora Holm, no sé cómo decirle... —empezó—, pero ha ocurrido algo en el gimnasio.

—¿A Alberto? —preguntó bruscamente.

—No precisamente..., es decir, a los dos —balbució Frisk.

—¿Qué?

—Alberto y Baker —repuso Frisk precipitadamente—. Estábamos todos en el gimnasio y creíamos que bromeaban. Alberto, para entretenerse, había ejecutado algunos de sus trucos pugilísticos, y todos reían. De pronto, cuando creíamos que él y Baker estaban haciendo un simulacro, nos dimos cuenta de que, al contrario, se pegaban en serio... y con un ardor extraordinario, por cierto.

—¡Oh! —exclamó Kit.

Y, apartando al periodista, se dirigió casi corriendo hacia el gimnasio. ¡Pueril desenfreno de Alberto! Frisk la siguió rápidamente.

—Desde luego, no debe trascender el hecho —decía el periodista—. ¡Qué hermoso golpe, de todos modos, si se pudiese contar!

—¡No le permito siquiera tener semejante pensamiento! —le ordenó ella.

—No, no —prometió él.

—Confío en usted —dijo ella mientras bajaban las escaleras.

¡Un hermoso golpe! Veía claramente que el espíritu del periodista era víctima de la tentación.

La puerta del gimnasio estaba cerrada y Frisk tuvo que gritar antes de que fuera abierta por Rexall. Alberto estaba tendido en el suelo y alguien, espantado, le echaba agua sobre la frente. Baker estaba inclinado sobre un cubo, y con una mano se lavaba un ojo que se le había puesto negro. Dos o tres hombres contemplaban la escena. Eran todos miembros de la expedición, según observó Kit con alivio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Creíamos que Alberto bromeaba —repuso secamente Rexall—. Siempre le ha gustado bromear, como solía hacer en la escuela; pero —y lanzó una mirada a Baker— siempre dispuesto a batirse lealmente...

—Si pretende decir con esto que yo no me bato lealmente —exclamó con rapidez Baker—, salga y lo comprobará usted personalmente.

—No diga esto. He dicho sencillamente que a Alberto le agrada bromear, pero que, no obstante esto, se ha batido bien. No hemos llegado a comprender cómo ha sido puesto fuera de combate, señora Holm. Cada uno de nosotros, por cierto, estábamos entretenidos en ese momento; y en lo primero de que nos dimos cuenta fue en que Alberto se desplomaba.

Alberto volvió en sí. Tenía el rostro verdoso. Gimió débilmente y luego abrió los ojos.

—Kit —murmuró.

Baker, poniéndose la americana, se echó a reír de pronto a carcajadas.

—Será mejor que vaya a acostarse, Holm —dijo—. Vamos, muchachos, echadme una mano. Se inclinó y levantó a Alberto agarrándolo por la espalda.

—Puedo levantarme solo —dijo de repente Alberto.

Y se levantó con fatiga, tambaleándose aún. De un salto Rexall estuvo a su lado y lo cogió por un brazo.

—Ven Alberto —dijo Kit. Luego se dirigió a Baker—: Nadie ha de saber una palabra.

—¿Qué finalidad tendría? —preguntó Baker con una tranquilidad que la desconcertó.

El gongo para el almuerzo había sonado desde hacía rato; los pasillos estaban vacíos y todos se dirigieron a sus camarotes sin ser vistos por nadie, salvo por una camarera atareada que corría con una vasija en la mano. Auxiliada por Rexall, Kit ayudó a Alberto a acostarse. Estaba aún pálido y aturdido.

—¿Tiene whisky? —preguntó Rexall.

Kit abrió un armarito y le entregó una botella de la cual Rexall vertió un poco de su contenido en un vaso y se lo acercó. Alberto lo bebió y se sintió mejor de pronto. La luz volvió a sus ojos, respiró profundamente y los miró.

—¿Lo he tocado, Rexall? —le preguntó al amigo.

—En el ojo.

Hubo una mueca de satisfacción.

—Enhorabuena —dijo—. Pero este Baker entiende lo suyo en boxeo.

Kit estuvo tentada de sacudirlo por la espalda y reprenderlo ásperamente, pero la dominó un repentino deseo de reír. ¿Por qué reía? Quizá por esa suerte extraordinaria que tampoco en esta ocasión quedaba desmentida: ¡sobre el rostro de Alberto no se veía ni siquiera la señal de un rasguño! Pensar que el pobre Baker tenía un ojo amoratado en su solemne y desgraciado rostro, mientras Alberto en cambio, a pesar de haber sido vencido, no tenía el menor arañazo... Que esperase Alberto, que esperase a que Rexall marchara y ya la oiría. ¡Absurda niñería, dos hombres que la emprendían a puñetazos como dos colegiales!

Estaba a punto de empezar, cuando Alberto se puso en pie sin apenas tambalearse.

—Vamos a comer —exclamó—. Después de un partido de boxeo, siempre tengo apetito.

Kit prescindió de los reproches. ¿De qué servía reñir a un muchacho por una falta que ni siquiera se daba cuenta que había cometido?

—Nos veremos dentro de diez minutos, Rexall —dijo Alberto.

—¿Todo va bien? —preguntó el amigo.

—Perfectamente.

Una vez Rexall se hubo ido, Kit dijo con dulzura:

—Cuéntame qué ha ocurrido, Alberto.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó él con los ojos más azules que nunca.

—Pues me refiero a vuestro pugilato.

—¡Bah, si es por esto...! —repuso él—. ¡No tiene importancia! Pero, desde luego, Baker ha pegado duro. —La miró con un mohín sonriente—. ¡Mi concepto acerca de Baker ha mejorado mucho!

Kit lo miró. ¿Qué podía hacer sino reír? Era imposible no sentir un impulso de simpatía hacia él. Gustaba a todos; le habría gustado también a ella... ¡de no haber sido ya su mujer!

Atraída por la luna, cuyos rayos inundaban su lecho, Kit sin hacer ruido, salió al puente y se apoyó en la barandilla. Todos, sin duda, estarían durmiendo, salvo los que montaban la guardia nocturna. Ella y Alberto, por ser la última noche que pasaban a bordo, tomaron parte en el baile hasta que la orquesta abandonó sus instrumentos para dirigirse hacia sus camarotes. Alberto se entretuvo aún un momento después del baile y algunos que hasta aquel momento no le habían dirigido la palabra, aprovecharon la ocasión para hacerlo.

—Ya que esta es la última noche, queremos confiar en que usted nos perdonará la indiscreción...

Era la fórmula habitual. Algunos, pocos, se habían aventurado a pedirle un autógrafo. La mayoría, en cambio, sólo habían solicitado poder estrecharle la mano y augurarle buena suerte. A la luz de la luna vio Kit en cada rostro el mismo ardor de la muchedumbre entusiasta. Alberto, que estaba más favorecido que nunca con su traje de etiqueta blanco y negro, resultaba —por unánime definición femenil— fantásticamente romántico.

Luego bajaron los dos también. Pero Kit no había conseguido cerrar los ojos y, poco después, se levantó con sigilo, se echó el abrigo sobre el pijama y salió al puente. No había nadie paseando, ni siquiera una de tantas parejas que acostumbraban a rezagarse. Se quedó contemplando la luna en medio de una perfecta soledad. Perezosamente se dijo que a la luna le era necesaria la llanura del mar para mejor revelar su aparición. El mar no tenía sombras que produjeran interferencias a su puro esplendor; ninguna colina, ni valles, ni duras líneas en el horizonte. Sobre el mar la luna resplandecía plenamente y con toda su potencia.

De pronto alguien se detuvo a su lado. Ella se volvió; era Juan Baker.

—Le pido mis excusas —dijo—: espero que no la molestaré. Pero durante toda la tarde la he buscado para manifestarle mi disgusto.

—¿Cómo va su ojo?

—No podría ir peor de lo que va —contestó alegremente Baker—. ¡Vaya «pegada» que tiene su marido en la derecha! No me figuraba que la cosa iba en serio hasta que me tocó. ¡Bromas! Pero a mí no me agradan las bromas. —Titubeó. Kit le vio guiñar su enorme ojo sombreado—. Sentí que mi ojo se iba a paseo y me quedé asombrado y lleno de furor a la vez. Tanto que temo haberme lanzado a matar.

—No le condeno por ello —dijo Kit con tono tranquilo.

Conocía las bromas de Alberto. Cuando se le negaba algo volvía violento. En cierto modo, era ella, Kit, la responsable del ojo amoratado de Baker. Quizá Alberto había deseado realmente poder pronunciar el famoso discurso sobre la expedición; ella se había opuesto y él entonces, en el gimnasio, había empezado a luchar más que por juego con Baker.

—No recuerdo haber cometido jamás semejante estupidez —dijo Baker bruscamente, y se volvió hacia el otro lado.

Ningún hombre podía decir a una mujer que su marido era un tonto; probablemente Kit lo adoraba, siguiendo la costumbre habitual de las mujeres para quienes cuanto más estúpido es el hombre más digno es de amor, a condición de que sea guapo. Un sentimiento de terror lo invadió de repente. ¿Acaso no envidiaba a veces la insulsa belleza de Holm?

—No sé qué es lo que le habrá dicho —comenzó.

—Nada —repuso ella.

—¿Nada de veras?

La pregunta fue hecha en tono seco.

—No es en realidad costumbre suya lamentarse —declaró Kit con orgullo.

Alberto tenía que ser defendido de aquel joven glacial.

—Pues —dijo Baker, mirándola de nuevo, y ella veía muy bien sus ojos, uno penetrante y severo, y el otro que presentaba una ridícula lividez—, pues quería decirle que ya no me dejaré arrastrar más por ninguna insensata estupidez de este género. La culpa es mía... Ya no quiero batirme a puñetazos como un cobarde o un chiquillo.

—No creo que Alberto sea un cobarde —se apresuró a replicar Kit—. Por el contrario, es muy valiente. Me refiero al valor físico, claro está.

—¿Sabe lo que se entiende por valor físico? —preguntó él.

—Yo temo no tener —confesó Kit.

—No admire demasiado este valor —precisó Baker—. Por valor físico se entiende pobreza de imaginación. La mente incapaz de imaginar cualquier cosa no puede tampoco imaginar el desastre o la muerte, especialmente si se relaciona con su misma persona.

Rió y encendió un cigarrillo.

No había en Baker el menor indicio de vanidad. ¡De lo contrario no la habría mirado así con el ojo desfigurado!

—¡La última cosa que yo espero de este viaje —prosiguió— es la fama! La odio, siento por ella una profunda repulsión. La masa no adora jamás al dios verdadero. El verdadero dios está lejos...

—¿El verdadero dios? —Kit estuvo por preguntar dónde estaba, pero se abstuvo. La noche se iba acercando al alba y la luna iba descendiendo hacia su ocaso. Pronto las sombras se enseñorearían del mar. En aquella inmensa quietud sentía al dios de Baker silencioso, claro y gélido como una infinita luz de cristal en el centro del oscuro universo. Para alcanzarlo había que recorrer un largo espacio de sombra. No era, pues, asombroso que la gente no quisiera penetrar en aquella soledad, y se creara otros dioses de menos importancia o más cómodos, frente a cuya soledad poder encender la propia trémula llamita.

—¡La luna desaparece! —exclamó Baker.

La contemplaron en silencio, hasta que en el último instante pareció hundirse en el mar, a lo lejos en el horizonte. Entonces Kit se movió, pero él permaneció quieto con los ojos fijos en la oscuridad. Ella no podía ya ver su rostro, pero sentía su presencia junto a ella, una presencia áspera, intrépida, sarcástica, y un miedo imprevisto la invadió, no por ella, sino por Alberto, que frente a aquel hombre ya no era nada. Alberto no se daría cuenta de que éste lo heriría con frecuencia; sin embargo, la herida se infectaría y provocaría la infección. Y cuando la expedición fuera repatriada, las palabras de aquel hombre aun pronunciadas sin malicia, habrían germinado en las mentes como semillas de desconfianza.

—No se ría de Alberto —se apresuró a decir—. Y no sea cruel con él.

—Olvida —replicó irónicamente Baker— que yo tengo un ojo a la funerala, ¿No es este ojo el que hace de vencedor?

—Ya sabe a lo que me refiero —le replicó Kit—. Alberto está... está indefenso.

—Instinto maternal que se manifiesta. —Ella sintió vivamente su sarcasmo—. La historia de siempre con las mujeres. Son ustedes las que condenan a los hombres a una eterna pericia.

—En mí ni siquiera existe la sombra de instintos maternales —repuso Kit con aspereza.

Él, lentamente, después de una pausa, hablando en la sombra, continuó:

—Gracias, no por él, sino por usted. Si lo hubiese defendido, me sentiría tentado de aniquilarlo. Siempre me ha gustado derribar a los fantoches. Pero después de todo, hay metas más prolíficas.

Estaba sarcástico como siempre y no había que fiarse de él. La incurable sinceridad de Kit la obligó a ir a su encuentro.

—Tiene usted razón —dijo—. Comprendo que sea usted como es.

—Claro que tengo razón —convino él. Luego volviéndose bruscamente, dijo—: Buenas noches, señora Holm.

—Buenas noches —contestó ella.

Baker se alejó a grandes zancadas. Bajo la débil claridad nocturna le vio por un momento dirigirse hasta la más vasta e impenetrable oscuridad y luego desaparecer en ella como si caminara hacia su gélido dios de cristal. Ella no deseaba saber nada más acerca de este dios, pero sabía que se llamaba Verdad. La muchedumbre lo temía, y porque lo temía se creaba otros dioses. Bajó a su camarote y se metió en silencio en la cama. Alberto dormía y no hizo el menor movimiento.

«Publicidad maravillosa, acontecimiento admirable!», telegrafió Brame. Encontraron el telegrama del agente entre un montón de ellos, mientras el buque se iba acercando a Southampton. El viaje por mar tocaba a su fin, pero no se detendrían mucho en ningún sitio. Brame había repartido sanos consejos; ir directamente. Una expedición seria no debía dar la impresión de que se entretenía por el camino. En Londres la escala debía demorarse hasta una o dos semanas durante las cuales se podían adquirir víveres. En París, una escala más breve. Brame aconsejaba, además, aparecer muy poco en público antes del éxito de la expedición. De Londres se dirigieron en avión a París donde fueron huéspedes del embajador americano. Durante una comida Baker se encontró con el famoso botánico francés Delanier y, en áspero y afectuoso francés, se lanzó a una animadísima discusión botánica. Kit, observándoles, se dio cuenta de que Baker acribillaba al colega a preguntas y que, en cierto momento, sacábase del bolsillo una pequeña libreta y tomaba una serie de rápidos apuntes. Su ojo mejoraba rápidamente. Cuando, al día siguiente del pugilato, encontró a Alberto, lo había saludado con una especie de indiferente cordialidad:

—Adiós, Holm.

—Adiós —había dicho Alberto y luego, impulsivo dijo—: Celebro haberle puesto un ojo a la funerala.

—Y yo celebro haberle derribado —había replicado, el otro con presteza.

—Y yo me siento muy disgustado por haberme dejado derribar —había contestado aún Alberto—. Sólo que, como verá, no llevo la menor señal de ello.

—Suerte que tiene uno.

Aquella noche, en la embajada americana, Baker se dijo que seguiría manteniéndose en la actitud bonachona que había adoptado desde la noche en que había hablado con Kit y observado su rostro demasiado sensible, iluminado por la luna. Por la delicadeza de su rostro había comprendido entonces cómo debía ser Kit en la intimidad. Por otra parte, ya no tomaría en serio a aquel fante de Alberto, por lo menos no hasta el punto de llegar a pelear con él. Un día escribiría la historia de la expedición y demostraría cuán tontos son o se vuelven, los héroes populares;

tarde o temprano acaban siempre por revelar la arcilla de la que están hechos... Con una sensación de alivio se volvió hacia Delanier. He aquí un hombre para él. La ciencia fortalece el alma del hombre y lo ayuda a no calentarse la sangre.

Alberto se aburría. Poco después, vio al embajador escuchando un discurso de Baker. Alberto quiso unirse también al grupo.

—¡Eh, Baker! —dijo cuando estaba a su lado—. ¿Le he hablado de mi proyecto de construir un sanatorio?

—Frisk me ha dado a leer el artículo que escribe sobre ello —repuso Baker.

—¿Sí? Pues desde entonces se me han ocurrido nuevas ideas...

Se disponía a hablar de ellas cuando sintió la pequeña mano de Kit sobre su brazo y oyó su delicada voz.

—Alberto, mañana tenemos que levantarnos antes del alba. ¿No sería mejor que nos retirásemos un poco temprano?

Así lo hicieron. Desearon a todos las buenas noches y en un santiamén se encontraron en la calle, dirigiéndose hacia el hotel.

—¡Dios mío, ya me resultaba imposible soportar tanto aburrimiento! —le dijo Alberto en el taxi.

Kit, sin pronunciar una palabra, sonrió de aquel modo que tanto le gustaba a él. Cuando sonreía así, él se sentía tentado de seguir hablando... Pero ¿qué es lo que podía decirle a Kit? Miró a través de la ventanilla del coche. París resplandecía de luz. No tenía ni pizca de sueño. Pero no supo comenzar un discurso cualquiera.

A la mañana siguiente, el avión, volando sobre Europa, se dirigió hacia el Este. Alberto, sentado detrás del piloto, exhaló un suspiro de alivio. Si mal no recordaba, nada había olvidado. Se volvió y gritó a Rexall:

—¿Dónde está la relación?

El interrogado, por toda respuesta le entregó una libreta y Alberto empezó a comprobar los datos con la magnífica estilográfica de oro que la señora Townsend le había regalado al separarse de ella en el aeropuerto. La señora Townsend había querido ir a saludarlo mezclándose con la multitud. Al regalarle la pluma le había dicho:

—Para que escriba para nosotros su historia.

Alberto la probó escribiendo repetidas veces su nombre sobre el bloc, y luego dio comienzo a la verificación.

«Ni un objeto olvidado», pensó con aire de triunfo.

Ninguno de sus hombres podría decir que él no era un buen jefe de expedición. El aparato con el cual volaban era una maravilla. Hasta el avión había elegido lo mejor de Holanda para su ruta. Todos le habían aconsejado tomar un avión, y así lo había hecho. Se sentía insaciable. Se inclinó hacia Kit y le susurró:

—Estoy contento de que Baker haya decidido portarse bien.

Para asombro suyo ella contestó con tono algo enojado:

—¡Oh, Alberto, no digas tonterías! ¿Por qué no tendría que portarse bien?

—¿Sabes? El puñetazo que le di...

—Pero también él te dio uno a ti, si tanto quieres llevar las cuentas.

—Es cierto —admitió Alberto—. Estamos, pues, a la par, según parece.

—Alberto, domínate cuando comencemos la vida en las montañas.

—Ya lo haré —respondió con dignidad—. ¿Acaso no me domino siempre?

—No, no siempre.

—No te comprendo. ¿Pretendes que he de decir siempre que sí, aunque el otro no tenga razón?

—Pero eres tú quien cree tener siempre razón —se lamentó Kit.

—¿Y qué mal hay en ello? ¿Quién me mantendrá en alto si no me mantengo yo?

A esto Kit no respondió y prefirió mirar hacia el otro lado, a través de la ventanilla, hacia los campos. Así él no supo en qué pensaba. Alberto pensó que la mayor parte del tiempo ignoraba cuáles eran los pensamientos que cruzaban por la mente de Kit. En aquellos momentos ella parecía difuminarse y convertirse en otra, como si no fuera su mujer.

Pero quizá era porque se hacía difícil hablar entre el ronquido de los motores.

Kit, contemplando el paisaje, se olvidó de Alberto. La montaña era espléndida. Imposible no sentir ningún deleite al levantarse al filo del alba, correr hacia el aeropuerto y partir en aquel enorme monstruo plateado que aguardaba con las alas tendidas. Volaban todavía sobre Francia, hermosa como un jardín inundado de sol. Pero delante de ellos el cielo aparecía cubierto. Era preciso remontarse para no perderse entre las nubes. Apenas hubo tenido este pensamiento, el aparato se fue elevando hasta que al poco rato, tuvieron encima de ellos el cielo azul y debajo las nubes como el plateado pavimento de un universo nuevo.

Durante todo el día se mantuvieron por encima de las nubes. Luego, al anochecer, se lanzaron bruscamente a través de ellas. Kit vislumbró entonces un paisaje caracterizado por pormenores liliputienses: espesuras de árboles y puntitos que eran casas junto a pequeñas manchas verdes —bosques— y minúsculos lagos. El aparato planeó en descenso y el paisaje gradualmente se extendió, se hizo tan claro como una visión a través de un catalejo. Era un país distinto, Kit se dio cuenta inmediatamente de ello. Lo desconocía y lo miraba ávidamente excitada por la novedad de su belleza. ¿Qué país era? Iba a preguntárselo a Alberto, pero se abstuvo. Que permaneciese sin nombre, como un país de ensueño, como la tierra que jamás existió...

—Ésta —dijo Alberto con animación desplegando un mapa— es Turquía.

Kit miró con fijeza, viendo distintamente, mientras descendían, pueblecillos y ciudades de aspecto árido. Un tren, perezosamente, lanzó a lo lejos una columna de humo. Visto de más cerca no era un país maravilloso. El sueño sólo se detiene sobre

cosas ignotas... La atmósfera encantada se desvaneció. Durante el curso del día, Kit había respirado demasiado aquella atmósfera; era conveniente ahora que volviera a la realidad. ¿Qué le había dicho su madre en una ocasión? «Alberto —había observado— ha de devolverla al sentido de la realidad». Lo miró; estaba sentado delante de ella, muy real y firme. Cuando sólo pensaba en su belleza, ¡qué magnífica era su cabeza! Y aún ahora, si miraba tan sólo la línea de su cabeza, su frente y cómo le crecían los cabellos, sentía despertarse de nuevo en ella los transportes de un tiempo. De repente, él la miró con sus brillantes ojos azules... Kit sonrió. Repentinamente los ojos de él adquirieron una expresión cálida y tímida.

—¿Te ríes de mí, Kit? —le preguntó, inclinándose hacia ella.

—No me río, tonto —le contestó con ternura.

Sí, la belleza inducía a tener sentimientos incluso al corazón más crítico. ¿Por qué despreciar, pues, a la ignorante masa de los adoradores de Alberto? Miró al otro lado y sus ojos se fijaron en las pupilas burlonas de Baker, fijas sobre ellos. Kit le retó con la mirada hasta que él se vio obligado a bajar la vista. Pero, al desviarla, Baker se encogió ligeramente de hombros.

En Bombay la temperatura se mantenía por encima de los cuarenta grados y las calles estaban llenas de gente de piel oscura que caminaban semidesnudos. En el hotel, Kit, trabajando vestida con su ligero pijama de seda —que se le pegaba al cuerpo bañado de sudor—, hacía esfuerzos para evocar imágenes de frío, nieve y hielos, mientras anotaba la relación de los víveres que tenían que adquirir en el lugar. Al cabo de breves semanas, con la nieve helada sobre las pestañas, se hallarían bajo la garra de las tempestades. Una vez, cuando Alberto le había hablado de la molestia que ocasiona la nieve sobre las pestañas, ella se había echado a reír.

—Le está bien a una persona como tú que tiene las pestañas de tres centímetros —había comentado.

—¿Quieres que me las corte? —amenazó él.

—¡Cómo! ¿Para arruinarte a los ojos de todas tus admiradoras?

—Te pregunto qué deseas que haga con ellas —había insistido Alberto.

—Quiero que sean tal como son, tonto.

Él la había besado, y ella le había devuelto el beso que era a la vez cálido y frío, ciertamente lo bastante frío para permitirle preguntarse cómo habría sido su vida si Alberto no hubiese existido. Estaba casada, lo sabía muy bien, podía producir cierta alquimia que nada tenía que ver con el matrimonio en sí. En ella y Alberto había determinado ciertos cambios de los que ella no conseguía medir exactamente todo su alcance, pero, si bien no había destruido a Kit Tallant, la privaron de cuanto era suficiente para hacer de ella este ser distinto que era la mujer de Alberto. ¿Quién sabe si al convertirlo en su esposo había despojado a Alberto de algo, por lo menos en parte? Así había hecho Dios en el Paraíso cuando adormeció a Adán para privarlo de

una costilla. ¡Simbólico sueño del cuerpo entregado al amor, cuando el ser se dividía y el intelecto, privado de la sabiduría del amor, renunciaba por una vez!

De este modo estaba pensando mientras arrollaba, metódicamente, gruesos calcetines dentro de zapatos bien engrasados, y metía, en los ángulos todavía utilizables de las bolsas, jabón de afeitar y tubitos de pasta dentífrica.

—Cuidado con el jabón de afeitar —le dijo Alberto—. Una vez hayamos salido, ya no nos afeitaremos.

—Pero supongo que se utilizará la pasta dentífrica —dijo Kit con tono severo.

—¡Oh, desde luego! —repuso él, si bien antes de conocer a Kit jamás había hecho uso de ella.

Kit sentía el sudor deslizarse a chorro por la espalda y continuaba apartándose los cabellos de su frente. Sin embargo siguió trabajando hasta que Alberto sin preámbulos, se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la abrazó estrechándola fuertemente contra su cuerpo bañado en sudor.

—¿Te quedarás siempre conmigo, Kit? —le preguntó con aparente ligereza.

Sorprendida, ella prometió. ¿Quién sabe si Alberto, se dijo, sentía instintivamente su profunda agitación, su íntimo enojo y su despego? Un sentimiento de piedad invadió su corazón. Con todo, Alberto era cariñoso, y aun ahora, así acalorado, ella percibía el sano y fresco olor de su carne. Se acurrucó contra él y por un momento sintió que Kit Tallant, su otro yo, iba haciéndose cada vez más etéreo hasta desvanecerse como un fantasma.

Así, en silencio, lo siguió. El gobernador de Bombay les ofreció un banquete, el más solemne de cuantos ella había participado y durante el cual estuvo sentada a la derecha del alto personaje que no conseguía disimular su asombro al verla tan diminuta junto a su enorme corpulencia.

—Señora Holm —le dijo mientras servían el pescado, el asado y la ensalada—, ¿tratará realmente de escalar el Pangbat? Nosotros tenemos mujeres alpinistas, se entiende, y hasta famosas, pero...

—Sólo iré hasta donde mis fuerzas me lleven —repuso con dulzura Kit; y comprendió que él pensaba que no iría muy lejos.

Por otra parte, ¿qué le importa lo que pudiera pensar el gobernador? Al otro extremo de la mesa estaba sentada la esposa, una señora esbelta, de expresión dulce y sumisa, que, por así decirlo, había desterrado uno tras otro a sus hijos a la patria escuela de Inglaterra. En el piso superior, en el inmenso dormitorio de paredes estucadas, adonde había conducido a Kit antes de la comida, le había presentado en retrato a sus cuatro hijos.

—No los he visto desde que tenían tres o cuatro años, y el más pequeño fue enviado a la patria cuando contaba dos años porque enfermó de las fiebres —había dicho tristemente—. Pero siempre he considerado mi deber permanecer al lado de mi

esoso, lo cual, querida, me hace comprender por qué ha decidido usted acompañar al suyo. Sépalo bien, los hombres ¡pobrecillos! necesitan de nosotras. ¡Parecen tan fuertes y, en realidad, necesitan de tantos cuidados! Ya me comprende usted.

Le había sonreído con una dulce y triste sonrisa y Kit se la había devuelto sin pronunciar palabra. Las razones por las cuales ella había acompañado a Alberto no eran, por cierto, tan claras para ella.

Pero había demasiado que hacer para poder perder el tiempo en meditaciones y quizás era esto precisamente lo que explicaba su llegada. La mayor parte del equipaje había sido expedido vía marítima y Kit, en compañía de Alberto, de Rexall y de Baker, revisó uno por uno los bultos. Baker, a decir verdad, sólo se preocupaba de los suyos, cuyo cuidado no quiso confiar a nadie. Cuando todo estuvo en orden, se refugió en su habitación donde pasaba días enteros. Solamente al atardecer iba a pasear por las calles de Bombay. En una ocasión, Kit, oyendo a Alberto bajo su ventana —la luna resplandecía—, miró afuera y le vio en medio de una masa de hindúes entre risueños y espantados, junto a una vaca sagrada, un animal blanco que deambulaba lentamente por la acera. La vaca, al tropezar con Baker, se había detenido y lo estaba mirando.

Kit rió. Baker levantó la vista.

—No cedo el paso a una vaca —le dijo.

—No debe tocarla —le repuso ella—. Recuerde que es sagrada.

—La obligaré con la mirada —gritó él por toda respuesta. Se agachó y se quedó mirando fijamente a los ojos del animal. Desconcertado éste emitió por último una especie de lamento, se apartó y prosiguió su camino.

—El triunfo del espíritu —le dijo Baker, saludándola con la mano.

Al día siguiente le confesó que odiaba a las vacas. Casualmente se había encontrado con Baker en la veranda del hotel, después de la comida que habían hecho solos.

—Comen las plantas —le dijo él—. ¡Piense en los estómagos que han de llenar!

—¡Y pensar que la gente les rinde culto!

—Lo mismo da adorar a una vaca que a cualquier otra cosa —replicó Baker—. Éste no es un objeto de adoración menos ridículo que muchísimos otros.

—¿Hemos, pues, de sentir siempre adoración por algo? —preguntó Kit.

—Así parece —respondió Baker con indiferencia.

Mientras hablaban en la veranda, ella contemplaba a los clientes del hotel. Casi todos eran ingleses, mezclados con algunos continentales, algún hindú y un par de americanos. Kit reconoció sentada a una mesa —también porque había leído su nombre en un periódico de la mañana— a una joven heredera americana, hija de un hombre que había amasado su fortuna administrando un trust de drogas. Era de una gracia petulante y la acompañaba un joven español moreno, de quien, según el

periódico, no tardaría en divorciarse.

—¿No es preferible adorar alguna cosa? —preguntó mirando a la americanita que no disimulaba su aburrimiento y su impaciencia.

—Es una verdad para los tontos —replicó Baker con una especie de furia. También él admiraba a la muchacha. En un momento dado se levantó, como si resultase imposible soportar su vista—. Me voy —dijo—. Estoy haciendo hacer unos receptáculos de madera de ciprés para mis plantas y he de vigilar atentamente al individuo que me los está haciendo.

Con su característico andar, dando saltitos, salió a la calle que ardía bajo el sol y Kit volvió a su habitación. Quizás pudiera conocerse a un hombre, conociendo tan sólo los objetos de su admiración... ¿Qué es lo que Alberto adoraba? No lo sabía. Pero millones de personas le adoraban a él. Porque, ¿no es adoración que la gente levante una imagen como una bandera y le atribuya todas aquellas cualidades de que siente mayores deseos?

Estaba en el tren, de pie, mientras los mozos indígenas, parloteando como monos, llenaban su departamento de equipajes.

Algo había fallado en la organización, faltaba un bulto. Alberto gritaba palabrotas a un hindú que, sudoroso, vestido con el uniforme del hotel, alzaba trágicamente al cielo sus enormes y ansiosas pupilas. Acabaron por descubrir el bulto bajo una musulmana que se había sentado sobre él para amamantar a su hijo. El hindú se puso casi a bailar de alegría en tanto la mujer se levantaba aterrorizada pronunciando un torrente de palabras ininteligibles. Los mozos cogieron brutalmente el bulto, mientras Alberto, de un salto, subía al tren y, secándose el rostro, se dejaba caer sobre su asiento.

—¡Dios mío! —jadeó—, si ya hace bastante calor cuando todo va bien, ¡no faltaba más que algo fallara! —Luego exclamó—. ¡Suerte que el tren lleva retraso!

En efecto, el tren se había ya demorado media hora y aún no se daba la señal de marcha. La atmósfera del departamento era sofocante a causa del polvo y del calor. Kit se acercó a la portezuela abierta y miró a la muchedumbre, tan distante de las que le eran familiares. Para aquellas criaturas bronceadas, Alberto Holm era un blanco cualquiera, uno como hay muchos. Si pronunciaban el nombre de Alá a su paso, era, sencillamente, porque así lo hacían atemorizados delante de todos los blancos. A Kit le agradaba aquel anonimato. De pronto, sintió un ligero roce en la rodilla. Era una mujer, una musulmana, que examinaba con los dedos la tela de su falda. Cuando sintió sobre ella la mirada sorprendida de Kit, sonrió mostrando unos dientes y ojos que brillaron como los de un chiquillo. Murmuró algo con voz blanda y quejumbrosa; debía ser una súplica, a juzgar por la expresión del rostro. Kit sólo pudo mover la cabeza y la mujer la imitó. Entre las dos cruzó un pensamiento ininteligible para ambas, un deseo de mutua comprensión que, sin embargo, no consiguieron concretar.

A Kit se le ocurrió pensar que todos los seres deberían hablar la misma lengua; pero ¿acaso bastaba el lenguaje para entenderse?

De pronto, sin previo aviso, el tren comenzó a moverse lentamente. Kit retrocedió un poco. Un ferroviario hindú pasaba delante de las portezuelas cerrándolas. Cuando estuvo ante la de Kit, empujó hacia atrás a la musulmana. La muchedumbre, al moverse el tren, desapareció rápidamente: vendedores, aguadores, peregrinos, gente anónima de todas las especies. Todos desaparecieron después de confundirse en una masa oscura. En aquel silencioso mirar de millares de ojos había algo de familiar para Kit. También éstos demostraban adoración por una máquina que no comprendían... Luego el tren salió de la estación sólidamente construida, cruzó suburbios de casas bajas y cuadradas y aceleró la marcha corriendo a través de los áridos campos. El calor era intenso, la tierra desierta seguiría así hasta la temporada de las lluvias. Alguna vaca enflaquecida husmeaba la tierra seca. Luego el tren cruzó un pueblo de gentes reducidas a esqueletos por los vientos abrasadores y la falta de alimentación.

Alberto bajó las cortinillas.

—No hay nada que ver; voy a dormir —dijo.

Se acomodó en uno de los asientos forrados de piel y se cubrió el rostro con un pañuelo para protegerse contra las moscas.

Pero a Kit no le fue posible imitarlo. El calor era tan infernal que dormir hubiera significado abismarse en un horno del infierno. Sumergió su pañuelo en la jarra llena de hielo y se lo aplicó primero en las muñecas y luego sobre la frente. Después se echó hacia atrás los largos cabellos arrollándolos en torno a su cabeza y se pasó el pañuelo por el cuello. Estaba abrasándose. Momentos después extrajo de su bolso dos cartas expedidas por línea aérea, una de su madre y otra de Gail. Habían llegado poco antes de que abandonasen el hotel y no había tenido tiempo de leerlas.

Ahora, mientras el tren corría sobre los raíles polvorientos, Kit se entregó a la lectura, olvidándose de la lluvia y de todo cuanto la rodeaba. Entre las cualidades de su madre figuraba precisamente la de atraer la atención sobre sí y la casa que habitaba. Leyendo su carta, Kit se sintió transportada a Gleen Barry. Gail vivía allí con los dos niños. Alguna nube —le decía su madre— había entre Gail y su marido. Gail reía, pero él no. Ninguno había querido sincerarse del todo con ella y, por su parte, no había querido hacer demasiadas averiguaciones porque, —decía— tenía muchísima necesidad de un poco de paz. Informaba a Kit de que su padre continuaba jugando al golf como de costumbre y que Brame era «realmente magnífico» en la elaboración de una publicidad digna y hábil. En cuanto a la expedición, podía ya contarse con su más rotundo éxito. Hasta la fecha, la primavera era deliciosa, llovía mucho y estaba todo verde. ¿Qué opinaba Kit de una pequeña casa totalmente suya en Nueva York y de la que podría disponer el próximo invierno? Estaba en venta la casa Tyndal; era pequeña, pero perfecta...

En suma, una larga carta llena de pormenores, como solía escribirlas a sus hijas. Cuando estuvo en el colegio, Kit había recibido otras similares cada semana... Bajo la gruesa caligrafía de su madre, su padre había trazado una docena de rayas a toda prisa: «Kit —escribía—, la situación creada en Europa por la guerra no es buena. Convendría que vinieras directamente a casa a penas la expedición haya tocado a su fin. No escojas itinerarios largos a través de China; mantente sobre las líneas principales. He seguido la correspondencia de Frisk con gran interés: constituye un trabajo bien escrito: es evidente que el periodista admira a Alberto, lo cual, según Brame, es muy importante. Trata de distraerte un poco y gasta algo para ti».

Sus padres la rodeaban de una atmósfera de atenciones, de ternura y encantadora monotonía conyugal.

La carta de Gail salió del sobre con un rumor sedoso. Gail escribía con tinta negra sobre una sutil hoja de papel plateado. Le informaba de cosas mundanas, de chismorreos de sociedad. Y proseguía así: «Harvey, a Dios gracias, navega por buenas aguas. Todos pierden dinero, pero él consigue no perderlo. Su habilidad es increíble. Me hace siempre objeto de toda clase de atenciones, y tú me conoces, Kit».

»He de decirte que Brame considera que sería un estupendo tema publicitario que tuvieras un chiquillo. No lo ha declarado abiertamente, pero lo ha dejado entrever. Dice que Alberto necesita consolidar su posición en el aspecto familiar: esto agrada al público. Le dije que él me producía la impresión de una comadrona y esta frase le sonrojó con uno de sus rubores gris azulados. Bien, Kit, diviértete. Alberto se divertirá seguramente, ¿y por qué no habrías de hacerlo tú?».

Ninguna alusión a sus discordias con Harvey. Kit pensó que, en el fondo, todo se reducía a ciertas exageraciones de su hermana al burlarse de su marido. A veces su madre juzgaba con demasiado pesimismo las cosas, a pesar de que siempre defendiera con calor a la hija. Pero no olvidaba nunca la muchacha que Gail había sido.

Kit hizo pedazos las dos cartas, tiró los fragmentos al suelo y permaneció inmóvil. El calor era sofocante. Se desabrochó la blusa y se acomodó a su vez, no para dormir, sino para evitarse el esfuerzo de permanecer sentada. Notaba el asiento de piel rozarla a través de la fina tela de su vestido. Volvió a mojar su pañuelo y se lo llevó a los ojos. En aquel momento, como en un espejismo, la fantasía creó una visión de montañas que se acercaban cubiertas de nieve, frías y solitarias y de picos helados. Si consiguiera escalarlas en compañía de Alberto, el sentimiento de soledad que desde hacía mucho tiempo se había agudizado tanto en ella como en tanta gente, podría llegar a desvanecerse al fin.

VII

Salvo Juan Baker, nadie sabía exactamente por qué Alberto había decidido conquistar el Pangbat. Alberto había elegido aquella montaña quizá, en parte, porque estaba próxima al Therat y conocía la vía de acceso. Frisk actuaba como un nexo entre Alberto y el público que en la lejana patria leía cada mañana la Prensa a la hora del desayuno y seguía sus vicisitudes con la inquietud de quien es esclavo del propio destino. En cuanto a Jacobo Rexall, se había unido a la expedición porque quería a Alberto y también porque las condiciones eran buenas. Sea como fuera, no contaba ir más allá del campamento base.

—Yo —decía— soy una especie de empresario de un equipo de fútbol—. No sentía curiosidad ninguna en cuanto a la más mínima razón de escalar la montaña. — Alberto —aseguraba complaciente— ha sido siempre un alpinista y ahora irá un poco más arriba; esto es todo. —Su exigua figura, con su enorme cabeza redonda y sus grandes orejas, aparecía por todas partes discreta y fiel. Pero repetía que no pensaba ir más allá del campamento base—. Soy excesivamente propenso a los sabañones — le había dicho a Kit—. En casa no paso un solo invierno sin librarme de ellos.

Ni él ni Kit habían hablado jamás de Liliana. Rexall, al observar el altanero comportamiento de Kit, más de una vez había escupido perplejo. Quizá Alberto había salido de la sartén para caer en las brasas... Por lo menos con Liliana un hombre sabía dónde le apretaba el zapato. Sintió deseos de reír al recordar la despedida de la muchacha.

—No digo nada, querido, no diré nada hasta que estés de vuelta. ¿Por qué había de atarme a un compromiso que me privaría de toda posibilidad de diversión?

Así le había hablado besándolo.

Los otros ocho hombres tenían cada uno una vida que les era propia y una fisonomía distinta. Francisco Brewer era un pacífico muchacho de Virginia, veterano del Himalaya, puesto que ya había llevado a cabo dos ascensiones. Kit lo conocía, sencillamente, porque era preciso llamarle tres o cuatro veces cada mañana.

—¡Francisco, levántate!

—¡Que alguien le eche un cubo de agua!

—¡Por Dios, echadle alguna cosa!

Pero cuando Francisco Brewer estaba levantado trabajaba con un empeño silencioso y rehabilitador. Después, Dick Blastel. Kit lo conocía porque madrugaba, pero estaba siempre de un humor tan detestable que, sin explicaciones de ningún género, ella le servía el desayuno un poco aparte de los demás y lo miraba apenas, mientras él con aspecto feroz y malhumorado, se inclinaba sobre su plato. Harden Coombes había trabajado como encargado en Nueva York en un negocio de artículos para deporte. No había escalado otras montañas, excepto los Adirondacks, y en

ciertas ocasiones alguna cima de las Rocosas. Era un muchacho jovial que Alberto había elegido porque sabía que era un verdadero admirador suyo. Seguía siempre a Alberto como si fuera su sombra, hablando en su habitual jerga de la ciudad. A continuación, en la lista figuraba Bret Calloway, profesor. Estaba ahora en la India y no tardaría en encontrarse en el Himalaya, pero en cualquier parte sería siempre el profesor de una provincia americana del Este. Alto, con la espalda encorvada ya a sus treinta y un años, con pliegues en las comisuras de sus labios y un hablar monótono, era un hombre inmutable a pesar de que en doce ocasiones, reuniendo como pudo algún dinero, había efectuado excursiones en los Alpes.

Lincoln Mayhew, de Kansas, había efectuado muchas excursiones en las Rocosas, pero desde el primer día le había dicho a Kit con toda sinceridad:

—Mi novia me dejó plantado para fugarse con un individuo, sin decirme siquiera adiós. Lo he sabido por otros. Después de semejante experiencia, el Himalaya es lo que me hace falta.

Era de elevada estatura, de aspecto rudo y de un humor dulce y melancólico.

Seguía Bob Pierce, mecánico; Elmer Baum, un robusto médico de Pensilvania, totalmente profano en experiencias alpinas; y Ronald Brugh, un muchacho delgado con el rostro curtido por los vientos, enviado por el gobernador de la India para integrar la expedición. Había formado parte de un par de expediciones a las órdenes de Fessaday, pero no en la que figuró Alberto. Finalmente, Kit cerraba la lista; seguía a la expedición sin formar parte de ella. Para todos los componentes, salvo para Juan Baker, contaba más como parte integrante de Alberto que no como miembro en sí.

Se habían habituado a los pequeños pueblos y a las minúsculas ciudades —los únicos centros habitados de la India septentrional—, y ahora con mayor dificultad, comenzaban a habituarse a las mesetas del Tibet. Todos padecían molestias en la garganta causadas por el aire seco y polvoriento; todos, salvo Kit, que había aprendido a respirar a intervalos más breves y con un más ligero esfuerzo de los pulmones. De este modo también ella sentía secada garganta, pero no padecía ningún dolor. Algo avergonzada de hacer con tanta facilidad lo que fatigaba a aquel equipo de hombres, empapaba en ciertas soluciones las compresas que el doctor le había proporcionado y las distribuía entre los pacientes. Hacía ya mucho tiempo, en la noche de su presentación en sociedad, Gail le había dicho:

—Kit, hija mía, procura no ser nunca más valiente que el hombre a quien acompañes... ¡es fatal!

—¡Pero Gail —había dicho ella—, esta es una verdad tan antigua como la luna!

—Y, como la luna, eterna —había replicado su hermana.

—A mí no me interesa que los hombres sientan o no simpatía por mí —había precisado Kit aquella noche, prendiéndose sobre su hombro izquierdo una flor plateada.

—No seas tonta y no digas mentiras —había respondido Gail.

Por esto, cuando comprobó que iba ascendiendo con poca fatiga, no se vanaglorió de ello, y cuando Alberto le decía que debía de estar cansada, sentábase sumisa... sobre una pequeña silla hecha de varas de bambú, y que un mozo llevaba sobre su espalda. Aun cuando aquellos hombres de piernas delgadas no pareciesen del todo humanos en su complejo, eran sin embargo demasiado semejantes a ella para que disfrutara al ser transportada así sobre sus hombros. La vista de los travesaños de bambú que señalaban sus carnes bajo su peso, le causaba un hondo sufrimiento, y apartaba de ellos la vista para mirar más allá de las desnudas mesetas que se ofrecían en declive a su paso. En cuanto podía, avisaba a los portadores con unos suaves golpecitos sobre una pértiga, indicando así que podían depositarla en el suelo. Éstos obedecían y ella se sentía satisfecha de volver a sentir el suelo bajo sus pies.

—Los acostumbra usted mal —dijo Brugh—. Nos aguarda un terreno mucho más áspero que éste y verá entonces que lamentaciones. Tendría que habituarles a su peso para cuando lleguemos a un terreno gradualmente más difícil.

—¿Y a mí no se me tiene en cuenta? —preguntaba Kit—. ¿No conviene que me canse yo también un poco, que aprenda a caminar valiéndome de mis propios pies?

Él sonrió y siguió adelante, no queriendo perder aliento conversando.

En aquel extraño país montañoso, hablaban poquísimos, resarciéndose con su silencio de los discursos de admiración que habían provocado en ellos las frondosas selvas que atravesaron al cruzar los valles. Hasta Jacobo Rexall había expresado su asombro. Entre todas las flores encontradas en aquellas aún no muy importantes altitudes, las más extravagantes eran las alargadas datura que florecían sobre los árboles en forma de largas trompas blancas. De día resultaban tan solo curiosas, pero de noche resplandecían con fosforescentes lunares, trascendiendo en la ardiente oscuridad exquisitas fragancias. Baker, cuando Kit le interrogó sobre aquel perfume, se limitó a mover la cabeza. Él sólo tenía el pensamiento puesto en las orquídeas y en los rododendros. Lo demás no le interesaba.

—Hay aquí lo suficiente —dijo— para volver loco a un botánico. Es preciso que me fije unos límites.

No obstante, entre aquellos límites ya había recogido raíces y semillas para enviarlas, en cuanto le fuese posible, al jardín botánico que había fundado en la patria. Durante el día habían revoloteado sobre su cabeza las mariposas tropicales, semejantes también a grandes pétalos, pero él ni siquiera las había notado, ocupado como estaba en guardar sus raíces entre musgo seco. Para él los trópicos querían decir solamente orquídeas. Y cuando hubiera superado la altura en que se crían las orquídeas, les sucederían los rododendros. Plateados, violáceos, blancos, anaranjados, rosas, carmesíes y amarillos, los conocía todos.

—Argentium —le oía murmurar Kit—: Falconieri... Y aquí está el

Cinnabarium...

Así, lentamente, ascendieron hasta el valle del Siumbi, dejando tras ellos una India envuelta en la niebla y la lluvia. A sus ojos mostrábase el Tibet plateado bajo su gigantesca belleza floreal de las húmedas selvas, de todos se había apoderado la opresión que produce la India sobresaturada de vida. Pero, a medida que avanzaban, fueron hallados vientos frescos y puros, que soplaban de las mesetas del Tibet, y sintieron así sus pulmones libres de los perfumes demasiado violentos y de los aromas de los valles. Empezaron los bosques de pinos y de encinas y los prados en flor.

—¿Cómo se las compone un botánico para resistir a tanta riqueza? —le preguntó Kit a Baker una mañana.

—Con fatiga —contestó el interpelado.

Verdaderas inmensidades de clemátides, campos de lirios violáceos, de saxífragas amarillas, de rosas amarillentas y de anémonas surgían entre ellos. Eran flores familiares que Kit inmediatamente reconocía. Pero, con la ayuda de Baker, aprendió también a conocer los vibornos y la flor del algodón. Conseguía recordar los extraños nombres que los científicos habían dado a los miles de inocentes plantas silvestres. Pronunciaba sus nombres sin equivocarse, hasta que un día él le mostró las primeras amapolas azules que ella jamás había visto.

—Hubo un tiempo —dijo Baker— en que las coleccionaba. Pero sólo crecen aquí. No viven lejos de este aire, y renuncio a arrancarlas de su tierra y a recoger sus semillas. —Diciendo esto se inclinó sobre una de estas sedosas flores de color azul plateado—. Vale la pena venir hasta aquí tan sólo para verlas —dijo.

Pero fecha memorable fue aquella en que encontró una pequeña orquídea de un color nunca visto hasta entonces. Muy cerca discurría un río sobre un lecho de guijas, y entre los alerces, abetos y enebros revoloteaban numerosos pájaros, entre los cuales veíanse unos extraños faisanes color de sangre. Pero Baker sólo tuvo ojos para la pequeña plantita que se hallaba a sus pies. Inmediatamente comenzó a desenterrar sus raíces. En aquel momento Brugh avistó un gran ciervo tibetano y comenzó a dar gritos. Como una visión apareció de pronto, un enorme animal que provocó los gritos de Kit y de los hombres que se habían ocultado entre los árboles y del mismo modo desapareció. Cuando Kit se volvió de nuevo hacia el camino, vio a Baker que levantaba con delicadeza la pequeña planta; no había oído ni visto nada más.

De no haber sido por los rododendros que se iban haciendo de día en día más minúsculos, los írides cada día más pálidos y las plantas que también se iban haciendo cada vez más raras —los pinos desaparecieron y asimismo los sauces, los enebros y los abedules—, no se habrían dado cuenta de que la tierra volvía a levantarse. Pronto desaparecieron a su vez los rododendros después de haber ido quedando reducidos a la altura del musgo. Empezó así la meseta de Fari. Delante de

ellos, tallado perpendicularmente contra el cielo, como para impedir el acceso al verdadero Tibet, se levantaba, ahora, el pico de Ciomulhari.

En la India, Kit de una manera introspectiva, había estado demasiado consciente de sí. Las noches sin viento y los días demasiado bochornosos y húmedos habían despertado la sensibilidad en cada fibra de su cuerpo. Notaba no solamente cada olor del extraño país que atravesaban, sino que le parecía como si cada persona emanase, acentuado, un olor propio. ¿También acaso ella? Distinguía uno por uno los olores de los distintos miembros de la expedición: el vago olorcillo ácido de Rexall, el olor de Baker, limpio a no ser por las hojas muertas y el musgo seco que llevaba consigo. Luego el olor de Brugh (tabaco); y así sucesivamente. Una noche, riendo un poco, bajo la tienda había definido a Alberto todos sus olores uno tras otro.

—¿Y yo? ¿Qué olor despido? —había preguntado él.

—¿Y yo? —había contestado ella por toda respuesta. Y sin contestar había continuado—: Es como si la India extrajera el aroma de cada uno de nuestros cuerpos.

—¿Cómo es el mío? —insistió Alberto.

Ella husmeó un poco.

—Aceite de máquinas, sudor y vaca sagrada —repuso jovialmente.

—¿Vaca sagrada?

—Por todas partes, en la India, huelo a vaca sagrada.

Él cogió un mapa y lo lanzó por encima de sus hombros; luego la abrazó y la estrechó entre sus brazos.

—¡Me has insultado! —dijo con una fingida actitud cruel.

Apretada contra él sintió que la respiración le faltaba.

—¡Suéltame! —dijo con aspereza—. ¡No puedo más!

Con imprevisto furor la dejó.

—Está bien —dijo—. Pero por ser una mujer de bien, tienes realmente una bonita ciencia.

—Sí —convino ella—. Lo sé y me disgusta. Me sentiré mejor cuando no haga tanto calor.

El Tibet trajo cambios para todos; los horizontes eran siempre altos, y ella también cambió. Sus sentidos, demasiados agudizados, se calmaron bajo el seco aire de las alturas. Se sintió pura y ligera. Superado el paso, no siguió un largo descenso. El Tibet dominaba, excelso, la India y, visto desde el paso, abierto bajo el eterno azul del cielo, sentíase ante él la impresión de que el mapa geográfico se había petrificado en un árido paisaje de montañas. Las mismas lluvias que habían formado en la India los valles profundos y cubiertos de vegetación, se habían detenido allende el Ciomulhari, y las montañas mantenían las nubes lejos del Tibet. No obstante, Kit, siguiendo la dirección de los ojos inquisidores de Baker, vio capullos de incarvilias

—así las denominaba él— que en verano se abrirían en forma de minúsculas trompas de un color rosa violáceo, Y no faltaban írides, en espera ellos también, de florecer. Por todas partes, en los lugares resguardados del viento, encontraban herbazales. Unas minúsculas liebres brincaban entre unas matas raquílicas.

En la India los hombres se habían mostrado irritables y dispuestos a reñir. Kit se había reído de ello, pero vigilaba atentamente la propia irritabilidad. Sin embargo, el Tibet los curó. Cuando, por la noche se refugiaba cada uno bajo su tienda, lo hacía con tranquilidad. Y aquel humor apacible no era una particularidad suya, formaba parte de la misma naturaleza de la región, de las aldeas por cuyas calles pedregosas y azotadas por el viento pasaban. Sus habitantes eran gente bondadosa; muchos llevaban alhajas —gruesas turquesas en bruto montadas en plata— a pesar de tener incrustada en la carne una suciedad que incluso hacía rígidas las ropas que llevaban. Pero las alturas en las cuales moraban les acercaban también al cielo, y el viento y el sol los purificaban. El agua escaseaba. Pero nadie tenía necesidad de bañarse como en los valles, donde el baño se hacía necesario para combatir la propia putrefacción. En el Tibet no se pudría la suciedad, se secaba y el viento se la llevaba. En ningún lugar se percibían olores malsanos.

El tiempo transcurría como en un sueño, pero Kit pensaba que no se efectuaba cambio ninguno en Alberto, en Alberto que dormía en la celda de un monasterio como si hubiese estado en su habitación de la factoría donde había nacido. Se despertaba y expresaba su descontento por la falta del acostumbrado desayuno de café, huevos y jamón. Kit, por su parte, hasta en lo más último, sentíase cambiada por aquel aire suave, por las altas montañas nevadas, allende las oscuras colinas rodeadas de hielos y por la completa sencillez de la vida que ahora llevaba. Pasaba días enteros sin mirarse al espejo. Se levantaba por la mañana al oír sonar la campana del monasterio y desayunaba con los hombres, silenciosa como ellos y dispuesta a ingerir el alimento preparado por el cocinero tibetano. Estaban siempre hambrientos porque el moderado apetito de la India había ya desaparecido. Luego reanudaban la marcha. El país estaba envuelto en una paz inmensa; el viento creaba una especie de muro en torno a cada uno de los caminantes, y en torno a este muro reinaba la calma. Si Kit hablaba, los rostros de los hombres se volvían hacia ella; si callaba, seguían andando absortos. Alguna vez su mirada se cruzó con la de Ronald Brugh y ambos se sonrieron mutuamente sin pronunciar una palabra. Pensó que hubiera resultado agradable si hubiese habido tiempo para expansionarse, pero en aquella continua y metódica marcha hacia una cima lejana no lo había.

Así vivía Kit en la propia soledad casi gozando de ella. Un día en que se quedaron en el campo mientras los hombres se aventuraban en busca de provisiones para la ascensión, ahora ya próxima, se sentó sobre una caja delante de su tienda, abrió su bolso y sacó el negro cuaderno de apuntes en el cual, durante años, había transcrito

sus breves poesías. Durante las últimas semanas había compuesto algunas, meditándolas en el silencio de las jornadas y escribiéndolas luego, por la noche, a la luz de una vela y entre el zumbido de las mariposas, o el resplandor de una lámpara tibetana llena de grasa líquida. En el curso de una de aquellas lecturas evocó súbitamente la imagen de Norman y sintió el deseo de escribirle. Durante todas aquellas semanas había dejado transcurrir el tiempo en una solitaria quietud que podía parecer satisfactoria, pero en su fuero interno había comprendido que, un día u otro, llegaría a escribir a Norman una larga carta. La había aplazado siempre, pero ahora se daba cuenta de que la hora estaba próxima. «Mañana —así había dicho Rexall antes del mediodía— saldrá el último correo».

Había dado fin a su carta. No contaría sus páginas, ni la leería para asegurarse de lo que había escrito. No sabía si lo había dicho todo o si acaso se había limitado a decir algunas cosas. En realidad, no tenía nada de particular que decirle. Había escrito por la simple necesidad de comunicarse con él, sin una descripción definida del lugar donde había llegado. Desde ningún punto de vista su carta era una misiva de amor y no quiso llegar a tanto. No, lo que había hecho había sido lo siguiente: se había trasladado al momento en que Norman le confesó no amarla lo bastante y, paso a paso fue refiriéndole lo que le había ocurrido desde entonces. Describió a Liliana con toda claridad y justicia posible, y no le desagradó. Ahora veía a Liliana claramente y lo veía todo bajo aquella resplandeciente luz tibetana. Pero esto le ocupó tan sólo unas páginas. Donde se extendía, llenando muchas hojas, fue en la descripción de su vida durante las últimas semanas en las que con Alberto, y sin embargo sola, había pasado gradualmente del calor y de la confusión de los valles, hasta aquellos cielos tibetanos que veía ahora sobre ella, azules y perennemente despejados.

«Heme, pues, aquí, Norman —escribió a modo de conclusión—. No sé qué es lo que nos aguarda; quizá ya no recibas más noticias mías o quizá oigas hablar mucho de mí. Naturalmente, la señora Holm no te escribirá, porque odia toda clase de doble vida. Lo que ésta desea es vivir con sencillez y nobleza, sin tener nada que explicar u ocultar bajo esta actitud intolerable con la cual la gente esconde las cosas. Lo que divierte a Gail, a la señora Holm le causa fastidio. Recuerda cómo fue siempre Kit Tallant: una mujer constantemente categórica: o todo o nada. La señora Holm es también así, de un modo aún más acentuado».

Titubeó, levantó los ojos y contempló las cándidas cimas de los montes a lo lejos. La tarde era tan límpida que quizá le permitiera vislumbrar el Everest. Ronald Brugh había dado por descontado que desde aquel punto fuera visible la cumbre excelsa. Así absorta, penetrando con los ojos del alma en la inmensidad del cielo, veía a través del océano y evocaba la imagen de la patria lejana donde estaba Norman. Norman que no la esperaba —él no esperaba a nadie—, pero que, sin embargo, existía allí. Fue un instante, pero lo vivió con tanta claridad que tuvo la ilusión de que él estaba vivo y

locuaz delante de ella. Había creído siempre un poco en la clarividencia y entonces creyó del todo, «¡Norman!» dijo. Él alzó los ojos y le sonrió con aquella curiosa especie de resistencia tan suya. Pero sus ojos oscuros la miraban afectuosos, y sintió que él estaba contento de verla, no contento como acostumbraba a estarlo, sino —y no lo había visto jamás así frente a ella— apasionadamente, ardientemente satisfecho, más bien aliviado, como si hubiese estado deseoso y hasta anhelante de encontrarse con ella. Y con una especie de escalofrío, demasiado repentino para ser felicidad o cualquier otro sentimiento distinto de la pura sorpresa, pensó: «Pero creo que podría amarme... si lo intentase...».

Había desaparecido. ¿Qué haría ella si Norman la hubiese amado, si ya la amase? ¿Y si le hubiera amado durante todo aquel tiempo y sólo hubiese luchado no ya contra ella, sino contra el amor? «Cuando vuelva a casa —pensó con una sonrisa inesperada— creo que me amaré, ¡y de qué modo! si tan sólo levanto un dedo como hace Gail».

Apresuradamente añadió un final particular: «Querido Norman, soy siempre tu Kit». En aquella soledad clara y distante era este el justo final. Dobló la carta en varias partes, porque era muy gruesa, la metió en el sobre, y pegó una serie de sellos hindúes. Sería, en efecto llevada a la India y enviada desde allí.

Luego salió y se quedó contemplando al cielo occidental. A la izquierda, en la lejanía, empezaban a surgir los hombres que regresaban precedidos de Alberto. Ella le vio saludarla levantando el brazo, y se quitó del cuello el pañuelo azul que el viento agitó como una bandera. Se sentía invadida por un sentimiento de paz como si algo inevitable se hubiese cumplido tal como se debía.

El viento, al acercarse el crepúsculo, empezó a calmar. Procedente de una tienda situada más abajo, llegó hasta su nariz el olor de la comida mezclado con el de la tierra seca calcinada por el sol. Abajo, en el valle, había un pequeño lago que, azul durante el día, adquiriría ahora un color cobrizo a medida que se iban extendiendo las sombras. Una alondra parda salió de una mata verde del valle, y voló ascendiendo gradualmente, pero sin alcanzar la altura donde estaba Kit, y se lanzó de nuevo en el espacio... Oyó el trino del gorrión salvaje y el rumor que producía una perdiz entre la hierba; pero no vio ni a uno ni a otra. Los colores, en aquella altura, no conseguían vivir más que en el cielo, vio algo que emergía por encima de ella, lejano como una nube y, como una nube, blanco. Asombrada, permaneció largo rato contemplando aquella aparición hasta que se dio cuenta de que no se trataba de una nube, ya que conservaba su forma inmutable en el cielo. Lo reconoció: era el Everest. Al mirarlo fijamente, se sintió arrastrada hacia la altura, hacia aquella immaculada cumbre nevada, hasta que las sombras del crepúsculo invadieron el cielo.

—He visto el Everest —anunció con solemnidad a los hombres que regresaban; y acogió los comentarios entre envidiosos y escépticos, confirmando con insistencia—:

¡Sólo podía ser el Everest, era mágicamente alto, a medio camino del cenit!

Y aquella noche, bajo la tienda, le dijo a Alberto:

—He sentido que era el Everest.

—¿Eh? —murmuró él, pacífico, metido en su saco forrado de piel.

—¿Deseas aún enfrentarte con el Everest en lugar del Pangbat? —le preguntó.

—No —repuso él, y bostezó—. Me figuro que el Pangbat ya es bastante alto para mí. Tal como se representa es ya una altura que jamás nadie ha alcanzado. Eso me basta.

—Sin embargo, alguien un día u otro, alcanzará el Everest —prosiguió Kit meditabunda—. Desearía ser yo.

—A mí me gustan las ascensiones, pero no quiero morir ni por ellas ni por otras cosas —manifestó Alberto. Y guardó silencio mientras Kit examinaba las lonas de la tienda y apagaba la pequeña linterna. Luego, en la oscuridad, le oyó murmurar en su duermevela:

—Ven conmigo, Kit. Solo, así, tengo frío.

Ella titubeó; luego, segura de su esencial soledad, sintió que podía aún obedecer una vez.

El Pangbat, a medida que se iban aproximando a él desde el lado occidental de la interminable cadena a la que dominaba, parecía una montaña formada por unos declives que a cierto punto se empinaban hasta constituir profundos abismos. Los expedicionarios marchaban ahora en fila, uno tras otro, entre las ásperas alturas. Treinta kilómetros atrás, éstas morían en una serie de bajas montañas; quince kilómetros más adelante convertíanse en montañas cuyas cimas estaban ya cubiertas de nieve. Por encima de ellas, como una gigantesca ola encrespada, surgía el Pangbat.

—Hemos de encontrar un camino a través de esas montañas —dijo Alberto, que de día en día, a medida que se acercaban al Pangbat, se iba haciendo más silencioso.

Cada dos o tres kilómetros se detenía y examinaba la montaña con un catalejo.

—No es tan fácil como parece —anunció una mañana. Esas pendientes no son lisas.

Diciendo esto, ofreció el catalejo a Kit.

—Acamparemos en aquel paso —decidió Alberto.

Baker, que andaba mirando siempre el suelo, levantó la vista.

—Es un lugar demasiado elevado —dijo.

—Lo será para usted —gruñó Alberto.

—Es posible —repuso ecuánime Baker.

Alberto hacía-se más irritable a medida que pasaban los días, pero Baker, ante la inminencia de la ascensión final, había resistido firmemente a la tentación de discutir con él.

—No tiene para mí finalidad ninguna ir más allá del nivel de las nieves —había

declarado.

El imponente paisaje comenzó a influir de modo diverso en todos los miembros de la expedición. Detrás de ellos seguían en larga fila los porteadores y las bestias de carga. Rexall y Ronald Brugh se habían cuidado de conducir felizmente la caravana a través de las montañas, pasando por las pequeñas aldeas y las ciudades fortificadas. En aquel paisaje anonadador, hombres y bestias aparecían extrañamente semejantes, unidos como estaban en la lucha común. Cuando Kit se sentía agotada por el peso de su propio cuerpo, pensaba en aquellas criaturas quebrantadas por el de la carga que llevaban encima, y guardaba silencio, cuando no reaccionaba ante las lamentaciones de Alberto.

—¡Dios mío, soy verdaderamente un estúpido! ¡Pensar que hubiese podido permanecer en una cómoda casa de América!... —dijo en una ocasión, caminando junto a Kit.

—¿Y por qué no te quedaste? —preguntó ella no sin aspereza.

—Porque he dicho que soy un estúpido.

—Si estás persuadido de ello, lo eres de verdad.

—No porque tú me lo digas —gruñó—. Tengo los pies llenos de ampollas —añadió.

—Estoy cansada de oírte hablar de tus pies. —Ella también tenía una ampolla en un talón, pero no quería decir nada—. Estos porteadores —prefirió decir— son maravillosos. Piensa en la carga que llevan.

—Están dispuestos a hacer cualquier cosa por unos cuantos centavos —observó Alberto.

—Pero por lo menos hacen algo —replicó ella, pensando que discutir era, en realidad, una cosa muy estúpida.

Cuando atacaron seriamente los contrafuertes del Pangbat, se apoderó de todos una extraña melancolía. Ronald Brugh resistía mejor que todos los demás, moviéndose con ardor y vigilando a los porteadores. Caminando, observaba a Kit con miradas de inteligencia. Una mañana le preguntó si se sentía triste.

Ella movió la cabeza.

—¿Por qué habría de sentirme triste? —preguntó.

—Porque todos están tristes —respondió él—. Es una especie de perturbación espiritual ocasionada por la montaña; quizá es como un aviso que recuerda a los hombres que no están hechos para las altitudes. El cuerpo teme los lugares donde el espíritu puede dominarlo y se esfuerza en volver atrás.

—¿Por qué sigue vigilando a los porteadores? —preguntó, observando que no les quitaba la vista de encima.

—Porque pronto comenzarán las tentativas de deserción —repuso Brugh—. Los conozco bien, he tenido algunas experiencias de este género. Los blancos aguantan

firme, pero no estos indígenas. Los porteadores tibetanos irán donde jamás uno de los otros se atreverá a subir, porque antes de partir han recibido la bendición de su lama. —Sonrió—. Por esto he pagado generosamente a su lama para que bendiga bien a sus compatriotas —añadió—. Claro que ellos ignoran la circunstancia del pago...

En el límite de las nieves, Baker se detuvo y plantó su tienda.

—Éste —dijo— es el fin del mundo. Me pararé aquí y así tendré tiempo de volver a ordenar mis ejemplares. Luego me dedicaré a explorar la región en el límite de las nieves y veré que es lo que consigo encontrar. —Se quedó con un muchacho tibetano de elevada estatura, hábil en sortear los bordes de los hielos y en explorar las hendiduras cavadas por las aguas subterráneas—. ¿Hay alguien más que desee quedarse conmigo? —preguntó.

Francisco Brewer dio muestras de vacilación: todos admitieron que sentía la tentación de quedarse, porque se había hecho muy amigo de Baker. Luego miró el Pangbat. Era ahora una inmóvil masa azul de cristal.

—Por mi parte proseguiré la marcha —murmuró—. El Pangbat me ha embrujado.

Los demás se limitaron a sonreír a la pregunta de Baker. Cada uno de ellos, por motivos particulares, estaba dispuesto a enfrentarse con la montaña. Ya no era cuestión de seguir a Alberto, puesto que, uno tras otro, habían ido apartándose de él. Kit había seguido atentamente este proceso según el cual la deferencia inicial de la que Alberto había sido objeto, se había ido atenuando hasta transformarse en una reservada cortesía. Dick Blastel ni siquiera se molestaba en fingirla; actuando por su cuenta ignoraba prácticamente a Alberto. Sea que el Tibet los hubiera aprehendido en su propia soledad, o, como había dicho Ronald Brugh, que esto en sí fuese inevitable, la expedición ya no era la misma de un principio.

Ninguno, sin embargo, había sufrido un cambio tan profundo como Frisk, el periodista de cabellos color de arena. En el transcurso de las últimas semanas se había ido encerrando en un mutismo feroz. Kit ignoraba cuáles eran sus sentimientos, pero entre él y Alberto, desde que éste había expresado su descontento por los últimos artículos, había continuos altercados.

—Son artículos escritos sobre las costumbres de este país —había dicho—. Yo deseo crónicas dedicadas en modo particular a la expedición de Alberto Holm. El público gusta de pormenores particulares, no de temas de puro colorido.

—Lo siento —había contestado Frisk secamente—. Este paisaje me ha embrujado —luego, contemplando las grandiosas pendientes del Pangbat, había añadido—: A estas alturas los relatos personales pierden todo su significado.

Alberto había replicado tercamente que Brame no podría conseguir nada de toda aquella prosa. Estaba Alberto más atractivo que nunca envuelto en su pelliza blanca. Cuando se hallaron ya sobre la pendiente del Pangbat, a un día de marcha del lugar donde habrían de establecer el campamento base, los rayos del sol fueron más

calientes y todos se sentaron con la cabeza descubierta delante de las tiendas. Un océano de nubes se extendía iluminado por la luz solar y entre sus vapores emergían picos nevados más allá de los cuales se encontraban las lejanas montañas del Nepal. De todos los miembros de la expedición, sólo Alberto, con su pelliza blanca, y su hermosa cabeza al descubierto —la capucha colgaba por detrás de su cuello— no había menguado físicamente ante la majestuosidad del paisaje circundante. Kit, comparándolo con la minúscula y casi encogida figura de Frisk, se dio perfectamente cuenta de la colérica expresión del periodista por el ataque de Alberto relativo a Brame. La ira de Frisk era una rabia imponente que Alberto no podía comprender.

—¿Por qué no escribes tú lo que deseas que se diga sobre ti? —había dicho el periodista.

—Yo pienso en mi tarea —había respondido secamente Alberto—. Y, además, a ti te pagan para que lo hagas.

—Pues dime entonces lo que tengo que escribir —había insistido Frisk—. ¡Vamos, dame un apunte, indícame cómo quieres que escriba! —Al decir esto palidecía hasta sus labios—. ¡El héroe nacional habla! —había añadido luego, mirando a los asistentes.

Alberto le miró con calma y su belleza y la dignidad de su comportamiento humillaron al desgraciado periodista enfurecido.

—Sabes muy bien que yo no quiero lo que tú me atribuyes —había dicho—. Lo que deseo es un simple y breve relato de lo que en realidad sucede. No me importa si le das un poco de colorido, pero, por ejemplo, bien podrías contar a tus lectores el reconocimiento que hice ayer sobre el itinerario de hoy...

—¡Cuando un fiel porteador indígena se despeñó en una hondura y Alberto Holm arriesgó su vida haciéndose bajar con la ayuda de una cuerda para socorrerle! —resopló lleno de cólera el periodista.

Alberto no contestó. Le volvió la espalda y se retiró bajo su tienda. Kit advirtió que la atmósfera íbase cargando entre los agotados miembros de la expedición.

—¿Qué te ocurre, Frisk? —le preguntó Coombes al periodista. De todo el grupo, Coombes era el único que había cambiado menos. Su fe en Alberto no había disminuido. Era una lástima que no resistiera la ascensión, ya que a cada nueva etapa que la expedición iba cubriendo siempre a mayor altura, era víctima de continuos trastornos. Ahora, a un día de marcha del lugar elegido para instalar el campamento base, le aterraba el pensamiento de no poder seguir a Alberto más allá y tener que ser abandonado en una etapa anterior—. Después de todo, Frisk —añadió—, Alberto acudió realmente en auxilio del porteador, ¿o acaso no es verdad? Es una acción digna de él...

—¡Al diablo! —replicó Frisk.

—¡Pero la acción de Alberto ha sido realmente noble! —protestó Coombes. En el

luminoso esplendor del ocaso, sus ojos, heridos por el reflejo de la nieve, lagrimeaban, y él los secaba con la bufanda.

—¡Demasiado noble! —gruñó el periodista.

—Pero no consigo comprender... —insistió Coombes.

—¡Pues entonces vete tú también al diablo! —exclamó Frisk.

Se levantó bruscamente y, caminando a tientas sobre la nieve semihelada, se refugió bajo su tienda.

Una tarde, entre una discusión y otra, sentáronse todos apáticamente entregados a la contemplación del sol resplandeciente que refractaba sus rayos sobre unos gigantescos bloques de nieve. Las montañas adquirieron tonalidades rosadas y violáceas, y los valles, en las honduras tornábanse de un verde frío. ¡Imponente y extraordinario espectáculo! Algo más abajo del grupo, los porteadores comenzaron a entonar sus plegarias con el ritmo de una letanía. Uno tras otro, los miembros de la expedición se levantaron y se retiraron.

Kit permaneció un instante sola. El único rumor humano perceptible era el débil sonar de la máquina de escribir con la que Frisk despachaba su correspondencia bajo una tienda. Era un rumor insignificante y, sin embargo, parecía romper el silencio en minúsculos fragmentos. Kit se levantó y se dirigió a la tienda que compartía con Alberto. Él estaba tendido en su saco forrado de piel entretenido en contemplar el techo de la tienda. Al verla entrar, la miró con ojos interrogadores.

—No es que me importe gran cosa —dijo—, pero ¿tienes idea de por qué Frisk siente este odio feroz contra mí?

Sus ojos eran inocentes como las azules aguas del lago. Kit casi se asustó de su inocencia. ¿Qué hacer ante ella? ¿Y cómo evitarla? Pensó que nada se podía hacer y en cuanto a evitarla... Sacudió y alisó un saco forrado de piel.

—Quizá las montañas lo hacen un poco extraño —dijo—. Vuelven extraños a todos, salvo quizá a ti, Alberto. Tú pareces indiferente.

—¿Por qué había de cambiar? Yo sólo hago una cosa, y no veo lo que esto tiene que ver con...

—Nada —se apresuró a contestar Kit—. Nada, en efecto.

Él se sintió satisfecho y continuó acostado. Kit pensó perversamente que tenía el noble aspecto de una estatua griega yacente.

—Bésame —le ordenó a continuación.

—¿Sabes? Sigo todavía con mi resfriado —le advirtió ella.

—Ven te digo.

Ella se acercó a él para recibir su beso. Alberto jamás estaba resfriado; ni siquiera esa leve molestia alteraba la perfección de sus rasgos. Dejó que él la abrazase y en este momento se sintió impotente como un insecto bajo una roca.

Dos días de lenta ascensión los habían llevado al reducido espacio que había a la

derecha del Pangbat. Llegados a aquella altura, Alberto prohibió a Kit que siguiera adelante. Escalando la pendiente de acceso, la cima había parecido tan difícil y remota como la cresta que inmediatamente la precedía y que, vista desde lejos, parecía estar muy cerca del paso. Sin embargo, más allá de las minúsculas tiendas, plantadas ahora, el Pangbat parecía haberse hecho remotísimo. Kit no hizo ninguna objeción a las órdenes de Alberto; no era preciso que fuese más arriba. El último telegrama de Brame que, al pie de la montaña, un correo indígena había entregado a la expedición, especificaba claramente la necesidad de obrar con prudencia.

Todos siguen relatos expedición máximo interés, decía el despacho. Kit imaginaba a Brame en su minúscula oficina de Nueva York, en el acto de dictar serenamente: Importantísimo Alberto alcance Pangbat. Evitar pública desilusión. Y todos ellos estaban allí, sobre las nieves del Himalaya, para que un público que se encontraba a miles de millas, instalado en cómodas casas de campo, en confortables pisos de la ciudad y en cálidas casas suburbanas, se entusiasmara de nuevo y, sobre todo, «no sufriera ninguna desilusión». La necesidad de alcanzar la cima prefijada concernía tan sólo a Alberto.

La pequeña meseta no ofreció una buena base para establecer el campamento como desde abajo había parecido. Tenía un declive demasiado pronunciado y no quedaba resguardada de los vientos. Aquella mañana hubo ya un anuncio de próximas tempestades. El viento mordía y silbaba en los tirantes de las tiendas sacudidas por él. Los porteadores estaban aterrorizados y deprimidos y recibieron con desaliento la ración suplementaria de alimentos y ropas que Rexall les entregó. Dando la espalda al Pangbat, no cesaban de mirar nostálgicamente en dirección a los valles de los que procedían.

El viento había inducido a Alberto a precipitar los acontecimientos: el monzón haría la ascensión imposible.

—Mañana llevaremos a cabo la primera etapa hacia la meta —había anunciado a la expedición.

Coombes se encontraba mal. Metido en su saco forrado de piel, las náuseas habían dado una verde tonalidad a su imberbe semblante y respiraba con fatiga. La altura debilitaba a todos. El esfuerzo para levantar una mano era tres veces superior al normal. Pero Alberto no daba ninguna señal de fatiga. Ahora que el Pangbat estaba allí, ante él, había olvidado su mezquina costumbre de lamentarse, y una extraña fuerza lo sostenía. Era insensible a los sufrimientos, al frío a la dificultad de respirar que se apoderaba de todos apenas se movían con cierta rapidez, aún después de un día de descanso. Incansable, pasaba las horas bajo la tienda ocupado en anotar sus planes; de vez en cuando alzaba a intervalos los ojos hacia el Pangbat que destacábase inmaculado contra el intenso azul del cielo.

—Mañana al alba, Kit —ordenó—, yo, Brugh, Brewer, Blastel, Calloway y

Mayhew habremos de desayunar a las cinco. Rexall no nos acompañará. El doctor Baum conviene que permanezca también aquí preparado para un caso de accidente y para cuidar de Coombes. Yo dirigiré la marcha. Nadie sabe avanzar en la nieve como yo. —Sentía inclinación por el halago, pero ahora no se pavoneaba y todos le escuchaban llegado el momento difícil—. Me llevaré porteadores para tres campos. Brugh se encargará de ellos.

Sobre una fotografía del flanco del Pangbat habían sido dibujadas cuidadosamente tres minúsculas tiendas para indicar los campamentos. Tres días más y dormirían en el último y más elevado campamento. Desde él, al cuarto día intentarían el salto hacia la cima. Alberto elegiría entonces los que reunieran mejores condiciones para seguirle.

A centenares de metros más abajo, Frisk seguiría la marcha de la expedición con su máquina fotográfica. Retrataría a Alberto en el acto de escalar, paso a paso, la montaña hasta la hendidura final, sobre la que se sentaba la cornisa de nieve cuidadosamente estudiada en el catalejo, gigantesco balcón sobre el mundo. A Kit jamás le había pasado por la imaginación que alguien pudiera estar allá arriba con Alberto. Únicamente lo imaginaba solo en la cumbre.

El campamento base había sido realmente mal elegido. No solamente la dificultad estribaba en la helada superficie en declive, engañosamente suave y lisa bajo la nieve que una piedra abandonada a sí misma resbalaba varios kilómetros, sino también en el viento que levantaba la nieve y la arremolinaba en blanca borrasca bajo el sol. Las tiendas estaban invadidas por la nieve que lo blanqueaba todo. Los porteadores se lamentaban y Coombes yacía pacientemente medio sepultado ya bajo la blanca capa. Demasiado enfermo para hacer que Alberto se demorara, soportaba con resignación la mala suerte.

—Comprendo que Alberto no pueda esperarme ni un día ni dos —repetía con frecuencia—. Y no hubiera tenido que preocuparse tanto de mi estado si no hubiese recorrido tanto camino para llegar hasta aquí.

—Alberto teme mucho a los monzones —murmuró Kit—. Cada día, cada hora, son de gran importancia.

—Tiene usted razón —asintió dolorosamente Coombes—. No quiero pensar nada más.

Pero sí pensaba.

Alberto sólo se preocupaba de sí mismo. Los días y las noches las ocupaba enteramente en los preparativos para su gran y solitario esfuerzo de alcanzar la cumbre. Hizo una minuciosa inspección de las cuerdas, los picos y las botas, y la última noche discutió largamente con Elmer Baum sobre si debía llevarse consigo una pequeña provisión de oxígeno. Al principio había sido contrario a esta idea.

—Durante el tiempo que emplearé para transportar la carga suplementaria del

oxígeno hasta el punto donde pueda necesitarlo —decía—, habré consumido la mitad de la energía necesaria para llegar hasta la cima. —Luego, de repente, cambió de parecer—. Bueno, quizás el oxígeno sea útil en la última etapa.

Aquella noche el viento cesó repentinamente. Por la mañana Alberto se alejó con cinco hombres elegidos por él. Los demás se reunieron ante el pequeño grupo de tiendas para saludar a los que se iban. Solo Coombes no apareció; estaba demasiado enfermo para poder salir. Faltaba poco para que apuntara el alba. Kit había salido de su saco una hora antes para preparar el desayuno. Empezaba a habituarse a la altura y ya había conseguido respirar sin demasiada dificultad. Incluso había proyectado dar al desayuno un carácter adecuado con el acontecimiento. Pero los hombres no estaban de humor. De pie alrededor de la gruesa piedra que hacía las veces de mesa, comieron apresuradamente. Alberto apenas habló, Kit observó que sus ojos examinaban atentísimos cada pieza del equipo. Ocho portadores le acompañarían a la menor distancia posible de la meta.

Por un momento Kit tuvo la impresión de que Alberto iba a marcharse sin darle un beso de despedida. Y en efecto, había dado ya la voz estentórea de partida. Sintió deseos de echarse a reír. Si Brame supiese que Alberto se separaba así de su mujer, ¡buena impresión hubiese recibido!

—¿No das un beso a tu mujer, Alberto? —gritó Frisk con la máquina fotográfica ya dispuesta.

Riendo todavía, Kit lo abrazó y lo besó apasionadamente en la boca. Los portadores tibetanos contemplaban estupefactos la escena. Estaban evidentemente escandalizados y los demás, al ver las caras de asombro, se echaron a reír, hasta que, en el silencio que los envolvía, las rocas del Pangbat les devolvieron el eco de sus risas.

Alberto se volvió furioso.

—De qué diablos os reís —gritó.

—No nos reímos de ti —dijo Brugh con voz meliflua—; reímos de los tibetanos que, como puedes ver, están escandalizados. Besar a tu esposa delante del Pangbat constituye un reto temerario a los dioses de las alturas. Tendrías que renunciar a alguna cosa, querido. Tu abrazo le traerá desgracia a uno de nosotros.

El rostro de Alberto, enrojecido y tostado por el sol, enrojeció aún más.

—No sé de qué estás hablando, Brugh —dijo secamente—. ¡Vamos! En marcha.

Su rudeza hizo cesar las risas. Todos le siguieron en fila india; primero Brugh, solo; luego Brewer y Blastel y después los demás, mientras Frisk utilizaba de nuevo su máquina.

Contemplando a Alberto a la cabeza del grupo en lenta ascensión, Kit trató de pensar que no podía excluirse la posibilidad de no volver a verlo nunca más. Si Alberto no regresaba, aquél habría sido el último momento en que habían estado

juntos... Extraño momento, en verdad, que no le pertenecía a ella, sino al mundo. Con la imaginación lo veía, en efecto, reproducido miles y miles de veces en los suplementos dominicales de los periódicos, en los noticiarios y en las revistas: «Alberto Holm se despide de su esposa». La muchedumbre leería aquellas palabras y fantasearía sobre ellas para imaginar a su manera aquel romántico beso que se habían dado entre cimas, lo bastante altas para ser morada de dioses. Kit se volvió a Frisk:

—¿Los ha retratado a todos mientras se reían?

—Si han salido riendo, cortaré la película —contestó—. Si ríen adiós romanticismo.

Los labios del periodista estaban tan llenos de grietas e hinchados que Kit no consiguió descubrir en ellos ni siquiera una sonrisa: y sus ojos, que reflejaban a veces una expresión de descaro, estaban ocultos tras la máquina enfocada sobre Alberto y sus seguidores.

Kit permaneció contemplando las figuras cada vez más pequeñas de los hombres que caminaban. De pronto, le pareció que Alberto se volvía y le hacía una señal de saludo. No estaba segura, pero se quitó del cuello el pañuelo rosa y lo agitó en el aire como respuesta. En aquel momento se sintió observada; se volvió, y vio que Frisk se disponía a retratarla.

—¡Bien! —Exclamó el periodista—. ¡Adelante, siga!

—Ni lo sueñe —replicó ella con violencia—. ¡Basta! Usted no tiene derecho de... retratarme a mí. Yo no soy Alberto Holm.

Frisk, estupefacto, se asomó por detrás de su máquina y ella advirtió entonces que estaba ofendido.

—Lo siento. No creí que se molestara —dijo él.

—Me molesta, desde luego —repuso secamente Kit.

Y sin añadir palabra se refugió bajo su tienda, fijó sólidamente las lonas de la entrada y se sentó sobre el bloque de hielo, cubierto con una pelliza, que servía de asiento. Desde luego, era absurdo que en aquella yerma soledad hubiese llegado al límite extremo de la tolerancia hacia aquella multitud invisible ante la cual ella y Alberto habían de cumplir eternamente todos los actos de sus existencias.

—Ni siquiera puedo saludar a mi marido sin que alguien esté mirándome —murmuró ingenuamente.

Era muy posible que Alberto no volviese de su empresa; empresa que era casi una locura por los peligros que presentaba. Desde luego, Alberto, poseído por la locura de las montañas, no se detendría ante ningún riesgo. Kit le había visto otras veces en aquella disposición de ánimo refractaria a los consejos, a las censuras y a la fatiga. Y se daba cuenta de que su voluntad se iría haciendo más obstinada a medida que fuera alcanzando una mayor altura. Al llegar a un lugar determinado los porteadores se

detendrían. Luego irían deteniéndose los demás miembros de la expedición. Pero mientras la cima del Pangbat se mantuviera más alta que él, Alberto apelaría a todas sus energías —que de otro modo jamás hubiera utilizado—, tan sólo para alcanzarla. Kit jamás llegaría a comprender qué hechizo poseía la cumbre de una montaña y qué satisfacción se encontraba en la simple conquista física de su altura. En alguna forma debía de simbolizar una necesidad de esa alma de Alberto que no era sensible a otra clase de satisfacciones.

—Alberto —solía decir a menudo su madre— ha deseado siempre encaramarse. Apenas empezó a caminar, cuando ya no se sentía satisfecho si no había conseguido subirse sobre la mesa. Cuando pudo salir, lo encontrábamos siempre sobre el tejado del granero y más tarde en la cima de la más alta colina. Siempre ha sido un intrépido muchacho.

Kit salió y contempló el Pangbat resplandeciente bajo el sol. La vertiente norte estaba casi cortada a pico. ¡Cuántas veces junto a Alberto la había examinado a través del catalejo! Él había renunciado a utilizar la pared norte, pero el flanco sudoeste presentaba algunas pendientes suaves y menos accidentadas. Alberto había elegido aquella ruta a pesar de que nadie podía adivinar qué es lo que había detrás de aquellas curvas nevadas. Pronto éstas ocultaron a su vista a los expedicionarios y Kit no consiguió ver ya nada sobre la immaculada nieve. El catalejo estaba allí sobre el trípode. Lo adaptó a su vista y miró. El Pangbat pareció precipitarse a su encuentro. Vio que la aparente superficie lisa mostrábase accidentada, llena de rocas y negras vorágines, ¿abismos? Más allá se elevaba un gran ventisquero que parecía habría de ponerse en movimiento al menor rumor. Por mucho que examinara el paisaje, no veía la menor huella de Alberto. Vio, o creyó ver, unas minúsculas marcas sobre la escarpada pared de hielo, como unos peldaños excavados con un pico. Pero luego se dijo que no sería posible distinguirlos a tanta distancia. Además, era demasiado pronto. El Pangbat parecía haberse tragado a Alberto. Él estaba ahora solo en aquella cima. Quizá cuando se hallaba a solas con una montaña se convertía en otro hombre; pero aun cuando así fuera, Kit no llegaría a saberlo nunca.

Aquella noche falleció Coombes de repente. El campo había estado todo el día en calma. El silencio que sucedió al viento, la sensación de reposo hasta el retorno de Alberto y el sol extrañamente cálido, había extendido por todas partes una gran calma. Rexall había mirado muchas veces a través del catalejo, insistiendo en sus observaciones hasta que la claridad le permitió hacerlo; Frisk había desaparecido bajo su tienda y trabajaba con su máquina de escribir. Kit había estado entreteniéndose escribiendo a sus familiares. «Aquí —había comenzado diciendo— existe una sensación de cosas irreales que estoy segura de que esta carta no llegará nunca a vuestras manos». Pero, a pesar de todo, había escrito, y luego, sintiéndose en cierto modo libre y agradablemente ociosa, había comenzado una poesía.

A media tarde, bajo la caricia del sol y la quietud e insólita tibieza de la hora, habíase quedado adormecida.

Se despertó sintiendo frío. Anocheceía, el sol estaba ya en su ocaso, y a pesar de haber cesado el viento, el intenso frío de los abismos llegaba hasta las tiendas como una helada inundación. Iba a levantarse cuando oyó a alguien que la llamaba. Reconoció la voz de Elmer Baum, el médico.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Podría ir a la tienda de Coombes? Me tiene preocupado.

—Voy.

Se despojó de su saco de piel y sintió los miembros entumecidos por el frío. El médico encendió una lámpara eléctrica y bajo su luz como un dibujo animado en el marco formado por su capucha de piel, vio ella su perfil de rasgos definidos y duros.

—Ataque cardíaco. Creo que ha conseguido superarlo, pero sería necesaria la ayuda de una mujer. Los hombres tienen siempre buena voluntad, pero a mí me hace falta una mano delicada que observe su pulso mientras le aplico una inyección...

—Voy inmediatamente —diciendo esto, lo siguió sobre la nieve, acosándolo a preguntas—. ¿Desde cuándo se siente mal? ¿Por qué no me ha avisado? ¡Pobrecillo!

—La crisis sobrevino hace una hora, sin ningún síntoma previo. Creí que empezaba a reponerse. Naturalmente, este no es un lugar para él y el médico de Nueva York no debió haberlo declarado útil. Su corazón no puede soportar las grandes alturas. Además, la disentería que sufrió en la India tampoco le ha beneficiado mucho.

—Ignoraba que hubiese tenido disentería.

—¿De veras? Sin embargo, se lo participé al señor Holm y añadí que Coombes no resistiría estas altitudes.

—Alberto no me dijo nada. Hubiese deseado saberlo, y lo siento.

—Me dijo que Coombes llegaría hasta donde quisiera —respondió Baum—. Y para ser justos con Alberto, he de decirle que fue Coombes quien insistió en llegar hasta aquí a toda costa. Adora a su marido. Es curioso, pero precisamente esta adoración y la idea de que Alberto habría de continuar sin él, han anulado en él todo deseo de combatir. Es lamentable, además, que Alberto, en el último instante, hubiese olvidado despedirse de él. Coombes lo esperaba.

Kit no contestó, hallábase demasiado encolerizada contra Alberto para poder hablar. Estaban ahora ante la tienda de Coombes y entró silenciosamente. El enfermo yacía en su saco forrado de piel con el rostro lívido y ya de un tono azulado. Tenía ahora una cara vulgar. Sin embargo, mientras estuvo bien había conservado una expresión bonachona que se hacía perdonar aquellos rasgos demasiado breves en un cutis un poco basto. Ahora tenía el aspecto de un dependiente que hubiese debido permanecer detrás de su mostrador. Kit se arrodilló junto a él.

—¡Señor Coombes! —exclamó con dulzura.

La tienda estaba iluminada por una lámpara eléctrica. El enfermo abrió lentamente los ojos.

—¿Señora Holm? —murmuró.

—Debí haber venido antes —prosiguió Kit—. Pero tuve sueño y he sido algo perezosa. Alberto me encargó que le saludara... Supo que dormía y no quiso molestarle.

—No... dormía —balbució Coombes, con la lengua demasiado hinchada para poder hablar claramente—. Esperaba; quizá tuviera los ojos cerrados.

—¡Oh, cuánto lo siento! Alberto deseó haberse despedido de usted, y tener unas palabras suyas de augurio. Me hizo el encargo de que le dijera precisamente esto. «Di a Coombes que lo llevo en el pensamiento».

—Sabía que... él... habría dicho algo para mí —murmuró débilmente el moribundo—. No podía hacerme a la idea de que alguien como él hubiese podido irse de este modo.

—No, desde luego —dijo Kit claramente, evitando mirar a Elmer Baum.

—Tengo frío —murmuró.

—Ahora le daré algo que le hará entrar un poco en calor —dijo el médico. Arremangó un poco la manga del infeliz, hizo una seña a Kit, y ésta le tomó el pulso. Era lastimosamente débil y apenas perceptible bajo la superficie de la piel.

—Dígame si nota algún cambio —dijo Baum, con dulzura, mientras le aplicaba una inyección. Coombes volvió a cerrar los ojos; no lo veían respirar. Kit apretó más sus dedos en la muñeca, contando las irregularidades del pulso; luego éste se hizo más regular.

—Es más regular —volvió a murmurar Kit.

El latido se fue normalizando.

—Es más regular —volvió a decir Kit.

El médico bajó la manga y se inclinó para auscultarle mejor. Coombes se había adormecido. Oían ahora su respiración más profunda, como si fuese recobrando el aliento.

—Si hay posibilidad de trasladarlo, lo mandaré abajo mañana —dijo el médico, y añadió—. Es singular, este ataque de Coombes empezó a empeorar esta mañana en cuanto Alberto se hubo ido. ¿Imaginaciones? ¿Desilusión? Lo reanimamos un poco y se calmó. Luego, hace una hora pareció que su último momento había llegado. Evidentemente trató de sostenerse firme durante todo el día. Yo he tenido la culpa; debí haberlo trasladado a un lugar más bajo.

—Lo velaré esta noche —dijo Kit.

—No es necesario. No lo abandonaré un momento; si la necesito la llamaré. Le convendría comer algo y estar bien abrigada. Ahora dormiré.

Resistiéndose a hacerlo, Kit se levantó y se dirigió a su tienda. Afuera la luna resplandecía. Por toda una serie de circunstancias no había vuelto a ver la luna desde que había dejado la India, ya fuera a causa de la niebla, y del viento que los había obligado a resguardarse. Pero ahora había cesado el viento, las nubes estaban suspendidas a media altura sobre los valles, y las cimas circundantes resplandecían como en un sueño. Todas aquellas cúspides parecían dioses que observaran un profundísimo silencio meditativo y contemplasen cosas y formas humanas nunca vistas hasta entonces. Por un momento Kit sintió el terror de una soledad sobrehumana; era un ser en un universo que no le pertenecía. El universo era de aquellos dioses. En aquel momento Alberto estaba luchando con el Pangbat y entonces, sin que ella pudiese darse cuenta de ello, su ida hasta allí, acompañada de su marido, le resultaba tan fantástica como un sueño insensato.

Resonaron unos pasos sobre la nieve. Alguien pasó junto a ella. Era un joven tibetano al que recordaba por sus pendientes de oro y su eterna sonrisa. Pero ahora no reía. Kit lo siguió con la mirada mientras él se acercaba al borde resbaladizo del campamento. Una vez allí se detuvo y volvió su rostro hacia el Pangbat; luego, desabrochando su gruesa pelliza, comenzó a golpear su pecho desnudo con los puños cerrados; luego levantó los brazos y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, dando en él repetidamente con la cabeza. Finalmente extrajo de un bolsillo tres varillas de incienso, las encendió y las plantó en la nieve. Mientras efectuaba todas estas operaciones cantaba algo en voz baja, pero Kit no le oía bien. Aguzó el oído y le oyó pronunciar el nombre de Alberto deformado a lo tibetano: «Bertu Hollem, Bertu Hollem», decía. Oraba por Alberto ante el Dios de la montaña.

Poco después de medianoche, le despertó el reflejo de una luz sobre su rostro.

—¿Quién? —dijo.

Era Elmer Baum que había entrado levantando la lona de la entrada.

—No es agradable tener que llamarla —dijo con tono grave—, pero he creído que era mi deber hacerlo. El pobre Coombes, ha muerto. —Ella se incorporó y ensanchó un poco la abertura de su saco para poder respirar con más facilidad—. Dormía —prosiguió Baum—. Estuve vigilando y, al salir de su tienda, creí que estaba ya bien. Me fui a tomar algo en mi tienda y, cuando regresé, lo encontré casi fuera de su saco... muerto.

—¡Es horrible que ninguno de nosotros supiera lo gravemente enfermo que estaba! —dijo Kit.

—No creí que estuviera tan mal —insistió el médico—. Ni tampoco creí en la catástrofe. En circunstancias normales se habría salvado. Pero esta última hora el pobre tuvo grandes esperanzas. La desilusión lo ha aniquilado. Parece absurdo, pero soy médico y sé lo que digo. La verdad es que un hombre puede morir en cualquier instante a causa de la sola idea de no querer seguir viviendo, idea que se convierte en

voluntad de morir. Naturalmente es más difícil cuando el corazón resiste bien; pero el corazón de Coombes no pudo resistir. Al no estar sostenido por la voluntad, se ha extinguido.

Ella no contestó. Desde luego, la culpa no era de Alberto; Alberto no había prometido nada, se había limitado sencillamente a ser como era. Aquella mañana, lo natural, por su parte había sido marcharse sin pensar en nada, excepto en sí mismo. Llegada la hora de su anhelada lucha con la montaña, no había pensado lo más mínimo en el pequeño dependiente del establecimiento donde había adquirido todo su equipo...

—No creo que haya entonces nada que hacer —dijo Kit.

—Nada —repuso el médico con dulzura. Luego tras una pausa añadió—: Acuéstese. Yo lo velaré hasta que salga el sol.

Cerró con cuidado la entrada de la tienda y Kit volvió a acostarse. No era culpa de Alberto que un insignificante dependiente lo hubiese seguido más lejos de lo que podía resistir y que Coombes, demasiado insignificante para sus grandes sueños, hubiese muerto.

El pobre Coombes, que había llegado con Alberto, no había estado a la altura de la empresa, y ni siquiera Baker que había ido por razones personales. Por otra parte, ninguno de los miembros de la expedición, había estado a la altura de Alberto, cuya estela todos habían seguido. Él, por su propio impulso, había llegado hasta donde estaba ella y aun más allá. «Cuando piso la cumbre de una montaña —le había dicho — sé que la he conquistado y entonces me siento rey».

¡Sentirse rey! Los hombres cortejan y conquistan a las mujeres por este regio triunfo: y se embriagan invocando sobre ellos la sombra de la muerte para gozar del momento en que, antes de sumergirse en la inconsciencia, se sienten triunfalmente poderosos como un rey. Los hombres revolucionaban y oprimían a sus semejantes por la soberbia de sentirse reyes.

Acostada bajo su tienda, Kit sentía todo su ser vibrar en la clara compenetración de Alberto. La atmósfera aquella apaciguaba su sensibilidad física. Era todo cerebro, todo espíritu. En aquellas altitudes se daba cuenta de muchas cosas en las que hasta entonces no había reparado. Ahora había aprendido a respirar perfectamente en aquella atmósfera sutil, ni profunda ni lentamente, sino con breves aspiraciones que alimentaban su cerebro, pero no su cuerpo. Limitábase a hacer los movimientos más precisos, porque carecía de aire suficiente para su cerebro y su cuerpo a la vez; y ella había elegido el cerebro. Refugiada allá arriba, a tanta altura de la gente común, en aquella atmósfera demasiado sutil para el vulgo, sentíase como poseída de una cierta alucinación.

«Estoy casi a la altura de los ángeles», pensó.

Todo el mundo tenía la mirada fija en el Pangbat; millones de criaturas estaban

aguardando dispuestas a crear ídolos. Para ellas, sin darse cuenta, Alberto conquistaba la cima del Pangbat ascendiendo paso a paso. Kit no dudaba de que llegaría él sólo a la cumbre y que tendría que ir abandonando a todos sus compañeros detrás de él. Alberto no se lo había dicho, pero, en cambio, Rexall le había hablado de ello diez minutos después de su marcha.

—Alberto es valeroso. No tendrá ningún rival cuando se encuentre junto a la inaccesible cumbre. La conquistará él solo.

Kit se había sobresaltado tanto a la vista del rostro de Rexall, tan mezquino y azulado por el frío, que no se había sentido capaz de contestarle.

Pero ahora también ella veía que era preciso que Alberto alcanzase solo la cumbre; era necesario para él, pero lo era todavía más para aquellos que hacían de él un ídolo. Moisés había subido solo al Sinaí. Pero Moisés se había entretenido demasiado en su diálogo con Dios y su pueblo se había cansado de esperarlo, teniendo que adorar algo, adoró un becerro de oro. Pero Alberto no se detendría, no cruzaría por su mente la idea de buscar un dios sobre el Pangbat o en otro lugar cualquiera. Lucharía hasta la conquista de la suprema cúspide; se detendría a gozar del momento y descendería para divulgar la victoria.

Kit quedóse dormida vencida por un sueño, en el que las ráfagas del viento ululante convertíanse en el flujo y reflujo de voces humanas, y en millares de caras levantadas, la extensión de nubes que habían sido objeto de sus miradas durante tantos días. A mucha más altura de su anhelante persona, flotando en un espacio vacío, soñó a Alberto —figura indistinta, pero resplandeciente— con una corona de oro en la cabeza.

Las fotografías no habían salido bien y Frisk, ocupado hora tras hora en revelarlas bajo su tienda, estaba de tal modo desesperado que sólo se dejaba ver las horas de la comida, y entonces no hacía más que lamentarse:

—Este maldito viento levanta la nieve como si fuera polvo, y ha helado mis líquidos antes de darme tiempo de mezclarlos.

Así, durante dos días, le fue imposible hacer nada. Finalmente, en la noche del tercer día, llamó a Kit en su tienda para mostrarle las fotografías. Estaban todas veladas, Kit se vio retratada en el momento de besar a Alberto, envuelta en una especie de niebla entre la cual el Pangbat parecía danzar.

—¡Precisamente la que más me interesaba! —gemía el periodista—. No consigo comprender cómo ha sucedido; la máquina estaba en perfectas condiciones.

Diciendo esto la hacía funcionar y en la semioscuridad vieron entonces que lanzaba chispas.

—Pero ¿qué ocurre? —exclamó Frisk. De nuevo manipuló en ella y se repitió el fenómeno.

—A mis cabellos les sucede lo mismo —dijo Kit—. Y también a las telas de seda.

Es la electricidad.

—Tiene usted razón —dijo Frisk—. No había pensado en ello. He aquí la causa de que hayan salido veladas. La atmósfera es demasiado fría y seca. —Se sentó y las miró reconfortado: tenía las manos entorpecidas y llenas de grietas apoyadas sobre sus rodillas cubiertas con una pelliza—. No tengo inconveniente en decirle —prosiguió— que ésta es precisamente la montaña que yo deseaba, señora Holm. Quería fotografiar una montaña que nadie hubiese retratado antes que yo, con escenas animadas o inmóviles. —Silbó tristemente con los ojos fijos en el Pangbat, luego se puso en posición de firmes e hizo a la montaña un bello saludo militar—. ¡Parece que el Pangbat nos hiere en nuestros puntos más sensibles! Le ha arrebatado a Coombes la vida privándole para siempre de las ascensiones y, desde luego, me ha embrujado también a mí. ¡Me rindo! —Se encogió de hombros y empezó a recoger sus cosas—. Es inútil —dijo—. Tengo que esperar hasta que regrese Alberto.

Durante aquella espera de días y noches, Kit pensaba en Baker, que les aguardaba por debajo de las nubes, entretenido en la feliz búsqueda de flores raras. ¡Gran cordura la de ocuparse solamente de lo que crecía bajo la línea de las nieves de Pangbat, sin la ambición de otros cielos!

La montaña se cubrió con una nueva capa de nieve. Durante la cuarta mañana designada para el retorno de Alberto si todo iba bien, no se veía a treinta metros de distancia del campamento. Detrás de la cortina formada por el ventisquero, continuaba la lucha entre el hombre y la montaña. Kit, mirando fuera de su tienda, por entre las lonas de la entrada, hablaba con Frisk y con Rexall, que se hallaban de pie delante de ella y completamente blancos de nieve. No era cuestión de pensar en una expedición de socorro. Además, Alberto decidió que los hombres que se había llevado consigo avanzasen de dos en dos, él y Brugh siempre a la cabeza, luego las parejas Brewer Blastel, y Calloway Mayhew, sucesivamente en segundo y tercer lugar, de forma que pudiesen siempre contar con dos hombres dispuestos a acudir en caso de necesidad. Por esto había ordenado que ninguno de los que quedaban en el campamento base pensara nunca, bajo ningún concepto en expediciones de socorro.

—¿Qué haremos si no habéis regresado dentro de cuatro días Alberto? —le había preguntado Kit.

—Llevaré conmigo víveres suficientes para ocho días —le contestó.

—Esperad quince y luego volved a casa. —Había dicho esta frase con tal indiferencia, mientras se engrasaba una bota, que Kit había estado tentada de creer que era una simple bravata—. Pero desde luego, regresaremos a tiempo —había añadido sin levantar los ojos.

Ella lo había creído sin esfuerzo. Aquel día, a la luz del sol, el Pangbat había parecido dócil y apacible como un cordero.

Ahora la gélida niebla formábase en torno a ella. Un joven tibetano salió de la

tienda que servía de cocina, miró al aire y escupió con una mueca de desdén. Movi6 la cabeza, dijo algunas palabras a Frisk y penetr6 de nuevo en la tienda. Frisk había aprendido mejor que sus compa1eros algo del extraño dialecto que hablaban los porteadores.

—Dice que el Pangbat amenaza de muerte —tradujo— que no permitiré a nadie alcanzar su cima sin el precio por lo menos, de una muerte.

—Ya ha muerto el pobre Coombes —dijo Kit—. Creo que ya es suficiente.

Frisk no contest6.

—Creo que seré mejor que reanude mi correspondencia, si no hay m6s que hacer —declar6—. Me siento en condiciones de escribir un bonito art6culo sobre lo que significa encontrarse a medio camino de la cima del Pangbat, a diez grados bajo cero y esperando el retorno del h6roe.

Se refugi6 bajo su tienda y Kit se entretuvo todavía unos momentos con Regall. Le resultaba siempre antipático, pero, cuando hablaba de Alberto sabía que podía confiar en él.

—¿Tiene miedo? —le pregunt6 con tono tranquilo.

Él escupi6 sobre la nieve el tabaco que hallaba siempre manera de mascar, a pesar del lugar donde se encontraba.

—No quiero preocuparme todavía por el retraso —contest6—. Los tipos como Alberto no sucumben tan f6cilmente. Alberto lleva consigo la suerte. —Vacil6 y luego prosigui6 con una socarrona expresi6n de malicia en los ojos—. Alberto no posee imaginaci6n, se1ora, y esto, en un hombre, tiene gran importancia. No se expone a los peligros porque no los ve y no los ve porque no es capaz de imaginarlos. Yo, en cambio, soy todo imaginaci6n. Por eso le dije a Alberto: «Yo llego hasta aqu6, y no voy m6s lejos». —Ri6 sin abrir la boca—. En una ocasi6n Alberto intent6 un gran golpe: trep6 por el campanario de la iglesia y fue a caer junto a las campanas. No se hizo mucho da1o, pero se enfureci6 porque no había pensado que podía caerse. De este modo subiría a la cumbre del Pangbat como si se tratara del tejado de una casa, sin pensar en lo que pueda ocurrir. Una hermosa garantía de seguridad, digo yo.

Escupi6 unas motas de tabaco y fue a refugiarse bajo su tienda.

Alberto mir6 hacia la superficie de nubes bajo la cual dormía el campamento base. La suerte seguía sonriéndole. Precisamente cuando pensaba en resignarse al viento con el cielo despejado y a la nieve cuando el viento cesase, las nubes rodearon a sus pies la montaña y mantuvieron en calma el viento. Aquella ma1ana, en el último campamento, donde Brugh y él habían pasado juntos la postrera noche, la temperatura se elev6 hasta casi quince grados. ¡Mala noche! Ahora comprendía Alberto su antipatía por Brugh. No era s6lo porque fuese ingl6s, sino porque no le inspiraba confianza. Ya en plena noche se le ocurri6 pensar que Brugh podía hacerle muy bien la misma jugada que él le había hecho a Fessaday; es decir, levantarse

mientras él dormía, y cubrir la última etapa completamente solo. La cumbre del Pangbat estaba ya definitivamente en pugna entre los dos. Blastel y Brewer habían abandonado la partida al final del segundo día; el viento había hecho descender de tal forma el termómetro que para conseguir mantener a Brewer despierto se vieron obligados a abofetearlo. Finalmente Blastel se había ofrecido a acompañarlo al campamento que habían instalado la noche anterior. Al día siguiente, antes de anochecer, sin que nadie supiera por qué, Calloway comenzó a ver doble, y Mayhew acusó síntomas de ceguera a causa de la nieve. Alberto les había recomendado que permanecieran en el campamento y les había dejado casi todo el oxígeno. Mayhew, después de haber inhalado un poco comenzó a ver algo mejor; pero ya no era caso de que continuara. Fessaday solía decir que cada hombre está hecho para una altura determinada y que no es posible hacérsela superar sin que convierta en un guiñapo.

Alberto ignoraba cuál era su altura. Desde luego, era superior a la del Pangbat. Había notado ya la rarefacción de la atmósfera y tenía que regular con cuidado su respiración; pero no le había perjudicado hasta el punto de sentirse entorpecido. Todavía seguía animado por el gran impulso de la conquista. Esto representaba para él lo más grande del mundo. Anhelante, luchaba para asegurársela. Cada paso lo acercaba a la victoria.

Pero Brugh valía tanto como él y no daba la menor señal de fatiga. Soportaba el frío como jamás Alberto recordaba haberlo visto en otros. La noche antes de acostarse se había quedado a contemplar las estrellas como si hubiese estado en su casa. El aire parecía de hielo; al respirar se tenía la impresión de inhalar bloques que cortaban los pulmones. Pero Brugh lo resistía como si estuviese formado de hielo.

—Uno no aprende a conocer los cuerpos celestes si no es subiendo a las montañas —dijo. Brugh no podía abrir la boca sin expresar ideas nada vulgares—. Yo creía que entendía algo de astronomía —añadió—, y ahora me doy cuenta de que todo era pura presunción.

Alberto no supo qué contestar y por esto guardó silencio. No decir nada lo tranquilizaba siempre.

—Resulta difícil imaginar que allí abajo haya seres humanos —dijo Brugh—. ¡Es difícil creer en que toda esa minúscula vida aliente y se suceda generación tras generación, sin salir jamás de su propio fango!

Alberto pensó que Brugh volvía a sus frases. Desde luego no se acostumbraba a hablar así más que para darse tono...

—Es mejor que me meta en la tienda —dijo.

¿Qué sentido tenía permanecer en la intemperie tan sólo para oír hablar a Brugh?

No volvieron a hablarse. Pero la actitud y la voz de Brugh le habían dado a Alberto mucho que pensar. Brugh era capaz de levantarse cautelosamente y proceder solo... Pero fue una mala noche y el viento empujaba la nieve a través de cada

rendija. De repente se quedó dormido. A la mañana siguiente, al despertarse, el banco de niebla estaba a menos de doscientos metros.

Brugh aún dormía. Alberto miró su largo y delgado rostro y sintió despertarse en él una tentación imprevista. ¿Y si se deslizara? ¿Y si procediese solo?

Pensarlo y ponerlo en práctica fue todo uno. Mirando ahora a Brugh confirmó su criterio de que jamás había sentido simpatía hacia él. ¿Por qué tenía que ser precisamente él quien alcanzara la cima junto a Alberto Holm?

Brugh no se movió. Su largo y pálido rostro parecía congelado, pero era efecto de una ilusión. Respiraba lenta y regularmente. Pensó con sarcasmo que Brugh necesitaría tomar té antes de ponerse en camino, a pesar de que en donde se hallaban faltase el agua y el té se redujera a una tibia infusión. Este retraso ya era motivo suficiente para que él procediese por su cuenta.

En un minuto, tomada la decisión, había ordenado ya sus cosas en este perfecto silencio que conseguía mantener cuando quería. Poco después se había ya provisto de los indumentos suplementarios; luego, una vez recogidos los arpones, se llenó los bolsillos de provisiones y salió de la tienda envuelto en su pelliza, con tres jerseys y tres pares de calzones y dos boinas bajo la capucha, dispuesto a arriesgarse a la larga ascensión que le reservaba el Pangbat. Pronto le pareció que aquello que estaba haciendo era lo único que se podía hacer; recordó que el día anterior él y Brugh ya habían casi decidido proseguir la ascensión independientemente abandonando la cuerda.

Tuvo ganas de echarse a reír: tan sólo iba a proceder con un poco más de independencia.

Durante la noche había nevado ligeramente. La nieve debió de haber caído después que el viento se hubo calmado. Sobre el hielo de las vertientes ahora en rápida acentuación, la nieve fresca alcanzaba algunos centímetros de altura. Era adecuada para el uso de las raquetas. La suerte seguía asistiéndole. Era un milagro que sin viento el cielo estuviera completamente despejado. Por la tarde volverían las nubes y al anochecer nevaría de nuevo. Pero hacia el mediodía, si la suerte continuaba favoreciéndole, ya habría alcanzado la cumbre...

Ya no veía nada de Brugh ni de su tienda, ahora perdida de vista detrás de un montículo. Caminando, se dio cuenta de que la senda más fácil no era ya la del lado sobre el cual iba subiendo, sino la que formaba con éste un ángulo recto y lleno de irregularidades. Había observado que la vertiente lisa era engañadora, ya que terminaba sobre la cima formando una cornisa que podía hacerse infranqueable en el momento en que él necesitaría más de sus fuerzas. También pensó que el peso de la cornisa, gravitando sobre la capa de nieve que cubría el azulado hielo, podía muy bien provocar una avalancha. Era preferible andar por el lado accidentado, aun cuando fuera con mayor lentitud. Recordó entonces que la noche anterior hablando

con Brugh del último salto hacia la cima, habían convenido en que la vertiente septentrional sobre la cual caminaban todavía, era la mejor. Pero ahora era ya imposible comunicar al compañero que había cambiado de parecer. De todos modos, Brugh, como experto alpinista, se daría cuenta también del peligro que ofrecía la cornisa.

«No tendrá más remedio que darse cuenta, y si no la ve la culpa no será mía», se dijo Alberto.

A media mañana comenzó a experimentar el aturdimiento que provocaba la altura. Había oído hablar de él, pero no lo había sufrido nunca. Ya estaba a mayor altura de la que jamás había estado en su vida. Entumecido y con los pies pesados, teniendo grandes dificultades para respirar, con el pico tres veces más pesado, se detuvo un instante para respirar un poco de oxígeno. Por primera vez se dio cuenta de que Brugh había quedado sin ninguna reserva. Aquella mañana, al llevárselo, no había pensado en absoluto en dejarle una parte. Lo pensó ahora y no sin cierto alivio. Brugh no llegaría a la cumbre. ¿Por qué, pues, había de tener necesidad de oxígeno? Se sintió aliviado y prosiguió regularmente su ascensión.

A las once había olvidado a Brugh. Lo había olvidado todo, salvo la extraordinaria bonanza del tiempo y el impulso interior que lo hacía ascender cada vez a mayor altura. Imperceptiblemente, como envenenado por un gas tóxico, el entorpecimiento lo iba venciendo, y el oxígeno, si bien por una parte aliviaba sus pulmones, no despejaba, en cambio su cerebro. No estaba ya en condiciones de recordar nada; trató de evocar la imagen de Kit, pero no lo consiguió. Llegó a olvidarse de Brugh, y con dificultad trató de acordarse del motivo por el cual había llegado a donde estaba. Todos aquellos pensamientos le preocupaban, pero no lo desviaban de la firme y gradual ascensión. Poco antes del mediodía, se halló con el obstáculo de una pequeña pared de hielo azulado a cuyos pies la nieve, al caer, se había amontonado. Tenía que excavar unos peldaños en aquel hielo duro como una roca. Sus manos, al levantarlas, le parecieron atadas a sus muslos. Con la respiración cortada tenía que detenerse a cada paso, agarrándose a las paredes. Todavía consiguió formular este pensamiento: «Esta nieve... es blanda, y si caigo...».

Pero no cayó. Se arrastró hasta el borde de la pared de hielo y, por unos instantes, permaneció inmóvil, jadeante, cuidando de respirar siempre por la boca. Luego miró ante sí. El corazón le dio un vuelco. ¡El Pangbat había sido vencido! Desde el punto en que se encontraba, la subida hasta la llana cumbre era suave como un prado en declive. Debía solamente reunir todas sus fuerzas, abandonar el pico que se había hecho muy pesado, liberarse de la máquina fotográfica y de la botella de oxígeno — de todo en, suma— y caminar hasta la cima superando aquella treintena de metros que aún lo separaban de ella. Allá arriba no se sentiría peor que donde estaba: la cresta estaba casi a la misma altura.

Se levantó y comenzó a andar lentamente. Le parecía como si sus pies y sus rodillas arrastraran pesos enormes; la sangre apenas le circulaba ya, aún cuando no sentía frío; pero la máquina que había en él lo impulsaba aún superó la breve subida... Todavía dos pasos. ¡El Pangbat estaba ya vencido definitivamente!

Se quedó mirando en torno suyo. Entonces se dio cuenta de que la cornisa de hielo le impedía la vista; era como una ola solidificada que se lanzaba encorvándose sobre la cima. Un obstáculo para la más grande perspectiva que podía ofrecérsele. Pero era sólo una minúscula cornisa de hielo. Tocándola se desplomaría, permitiéndole ver más allá. Y él quería ver el mundo entero bajo sus pies...

Se aproximó con fatiga, miró y descubrió una hendidura de unos treinta centímetros de largo en el lugar donde la cornisa estaba unida a la cumbre helada en que él se encontraba. Bastaba tocar ligeramente la nieve endurecida para que la cornisa se hundiese, despejándole del todo el horizonte.

Tocó con una mano la pared de hielo poco más alta que él. Resistía. En el lugar donde se encontraba había un gran espacio, y, desde éste, los flancos del Pangbat descendían en suave declive. Dio un empujón. Oyó claramente el crujido de las superficies heladas al separarse, y luego un ligero chasquido. Se había desprendido la cima de la cornisa de hielo y comenzaba a deslizarse hacia abajo. Ahora el panorama estaba despejado. El sol del mediodía resplandecía sobre las vastas extensiones nevadas que circundaban el Pangbat.

De repente sobre aquella blancura, vio a menos de un centenar de metros a sus pies, un punto negro que se movía lentamente. ¡Brugh! ¡Debía de ser Brugh! Lo había olvidado.

—¡Brugh! —gritó—. ¡Brugh! ¡Cuidado! —Su cerebro se había despejado completamente y se sentía dueño de sí, como si se encontrara al nivel del mar—. ¡Cuidado! gritó otra vez.

Porque sólo ahora en un instante que pareció un relámpago, advertía que no el borde, sino la cornisa entera comenzaba a desprenderse de la montaña. Lo que había temido que le ocurriese a él le estaba ocurriendo a Brugh. Imposible detenerla. Vio el borde de la cornisa helada arrastrar consigo toda la pared de hielo, y el inmenso peso se derrumbó como si todo el flanco de la montaña empezase a moverse en profundas arrugas primero, luego a oleadas y finalmente en torrentes.

Continuó mirando, incapaz de imaginar qué ocurriría cuando la avalancha alcanzase a Brugh. Vio la agitada superficie de la masa en movimiento atezar las rodillas de Brugh; el desgraciado levantó los brazos de un modo convulso y su pico rodó sobre el hielo mientras la retumbante e irresistible masa lo derribaba precipitándolo hacia abajo hasta detenerse en el montículo bajo el cual Alberto había pasado la noche anterior. El pequeño valle donde estaba su tienda se llenó de nieve hasta el borde bajo una inmensa espuma blanca.

Inmóvil, aturdido, Alberto se quedó contemplando la hecatombe y en aquel momento, como si un espíritu infernal hubiese sido liberado del Pangbat, dejóse oír el conocido aullido del viento. Podría considerarse realmente muy afortunado si conseguía alcanzar su segundo campamento antes de que se hiciera de noche...

En el largo crepúsculo de las cimas, Galloway se entretenía cociendo sobre el pequeño hornillo portátil un jugoso trozo de carne. Tanto él como Mayhew habían seguido perfectamente las instrucciones gracias a las cuales habían llegado hasta aquel lugar. El único cambio realizado había sido la renuncia de dos porteadores indígenas con quienes habían iniciado la salida. Avanzada la mañana, uno de ellos había caído en una hondura disimulada por la nieve. Su carga lo había salvado al ocupar toda la anchura de la grieta, pues, pendiente de ella, permaneció suspendido sobre el abismo. En aquella posición estuvo el desdichado durante la hora y media que los demás necesitaron para salvarlo. Una vez fuera de la grieta fue víctima de una crisis de nervios y no hubo medio de convencerle para que continuara ascendiendo. Hubo, pues, que enviarlo con un compañero al anterior campamento, entregándoles a ambos todo lo que Mayhew y Calloway no estaban en condiciones de transportar.

Durante todo el día, Calloway y Mayhew, siguiendo el sendero que Alberto Holm y Brugh habían ya recorrido el día anterior, estuvieron examinando los flancos de la montaña con su catalejo. En dos ocasiones vieron dos minúsculos puntos que ascendían por la montaña: Holm y Brugh. Luego perdieron de vista al primero. Poco después del mediodía, de un modo inexplicable dejaron de ver también al segundo. Impresionados, discutieron el fenómeno.

—Es una locura separarse así —dijo Calloway.

—A estas alturas —convino Mayhew.

Calloway no respondió. Le dolía el cuello y no veía el momento de poder respirar por la nariz; pero si cedían a la tentación, los dolores de cabeza se harían muy violentos. Fatigosamente continuó subiendo por los peldaños que Brugh había ido cortando sobre el hielo. Reconoció la técnica impecable del gran montañero. Alberto podía vencer a Brugh en resistencia y arrojo, pero todos apreciaban a Brugh aunque se burlasen de sus «caprichos», como el de querer té en lugar de café, y utilizar el cuchillo y el tenedor para comer.

Alcanzaron el lugar que Holm y Brugh les habían señalado y levantaron la pequeña tienda portátil, dispuestos, en cuanto hubiesen tomado un poco de descanso, a calentar la lata de pescado en salsa. En un momento dado mientras Calloway se entregaba al trabajo, Mayhew, aunque extenuado, salió a la entrada de la tienda para ver si bajo la luz del ocaso se advertía algún rastro de Alberto. A través del catalejo, examinó el flanco del Pangbat. Jamás la montaña había estado tan bella. La luz del crepúsculo derramaba por encima de las nubes un tenue resplandor sobre la nieve. Por un instante pareció que hacía calor sobre el Pangbat, Mayhew desvió la mirada

hacia la cumbre, deseando gozar de la luz hasta el último momento. ¡La forma del Pangbat había variado! A través del lente vio que la cornisa que había existido antes alrededor del baluarte final había desaparecido. La cima era ahora cuadrada.

—¡Eh, Calloway! —llamó. El compañero hizo su aparición—. Mira un poco la cima —dijo ofreciéndole el catalejo.

—Parece como si hubiera habido una avalancha —dijo gravemente Calloway. Cambiaron una mirada.

—Sea como sea, esta noche no podemos avanzar.

—No —convino Calloway.

Llenos de duda esperaron. ¿Podrían seguir avanzando? De una cosa estaban seguros: de no poder hacerlo antes del alba.

Calloway volvió a la tienda a continuar guisando y Mayhew lo siguió. Entre las cumbres, el pequeño lugar en que se encontraban y la minúscula lata de conservas parecían sus únicos recursos. Pero se esforzaban en no pensar en ello.

—¿Señas luminosas?... —preguntó Calloway en un momento dado.

—Déjame ver —repuso Mayhew.

Fue en aquel instante, cuando la luz moría en el horizonte como una marea que desciende rápidamente, cuando oyeron el grito de Alberto. Salieron y le vieron surgir de la nieve.

—¡Aquí estoy! —gritó—. ¡Qué idea la de dejar ahí fuera este bloque de hielo! Uno tropieza con él.

—Hola, Alberto —repuso con dulzura Calloway.

Comprendía los sentimientos de Holm, tan agotado como para buscar cuestiones.

—Precisamente estábamos hablando de ir en vuestra busca —dijo Mayhew.

—He alcanzado la cima —jadeó Alberto—. So... solo.

—¡Bravo! —dijo Calloway.

—¡Espléndido! —exclamó Mayhew.

Le cogieron por los brazos y lo condujeron bajo la tienda. Calloway llenó una taza de hojalata con el tibio guiso; luego llenó dos más, una para sí y otra para Mayhew. Fueron comiendo, esperando el momento en que Alberto levantase la cabeza.

Finalmente Alberto suspiró.

—Me siento mejor —dijo.

—¿Dónde está Brugh? —se apresuró a preguntar Calloway.

—Ha muerto —repuso con sencillez Alberto. Y les contó todo lo que había ocurrido—. Yo lo precedía. Brugh, ayer, no pudo avanzar lo bastante y por esto decidimos caminar hoy cada uno por nuestra cuenta. Yo, precediéndole, alcancé al mediodía la cumbre siguiendo una pendiente distinta de ésta. Cuando estuve a medio camino decidí hacer un rodeo y alcanzar el otro lado de la montaña donde no había

nieve tan resbaladiza, Brugh, en cambio, siguió el itinerario directo. Bien, yo me encontraba allí arriba...

Se detuvo para tragar un grueso bocado.

Por primera vez se dio cuenta de que las cosas no se presentaban demasiado bien para él. No había pensado antes en ello, pero, desde luego, no quedaba en muy buen lugar al no haber visto a Brugh, ni haber pensado en él, ni imaginar que se le podía atribuir una cierta culpabilidad en su muerte. No se le podía atribuir haberse llevado consigo el oxígeno; además, no se había dado cuenta de ello hasta que estuvo demasiado arriba para retroceder. Pero estaba contento de haber abandonado la botella allí, donde nadie la encontraría jamás. En la cumbre no había sido capaz de formularse ningún pensamiento; ésta era la verdad. Y, sea como fuera, la cornisa se habría desprendido igualmente a pesar suyo... Ya tenía una profunda hendidura en la base.

Masticó lentamente un bocado, lo tragó y prosiguió:

—Fue terrible, muchachos. —Al decir esto los miró fijamente—. La cornisa se desprendió en el preciso momento en que yo la estaba mirando. Cayó primero un pequeño fragmento y, de momento, no temí que ocurriera nada grave. Pero la nieve comenzó a rodar hacia abajo en avalancha. En aquel instante advertí un punto negro que avanzaba y supuse que era Brugh. Grité, vociferé, pero él no pudo oírme. No ha quedado rastro de él.

Tenían que creerle porque decía la verdad. Y lo creyeron con una prontitud que lo alivió. Los dos rostros graves le devolvieron la mirada.

—¡Pobre Brugh! —dijo Mayhew, dejando su taza. No le era posible seguir comiendo.

—Es extraño —dijo Calloway—. Los portadores habían predicho a Brugh que alguien moriría si tú alcanzabas la cumbre. Dijeron que el Pangbat se vengaría matando a alguien.

Su rostro alargado y melancólico, daba la impresión de una calabaza amarilla y marchita.

—Ésta es una superstición —se apresuró a decir Alberto— que no tiene nada que ver conmigo.

—No me refiero a esto —observó Calloway.

Mayhew hizo eco a sus palabras.

Y los dos se encerraron en sus sacos de piel.

—¿Y si intentáramos hacer mañana un reconocimiento por los alrededores? —propuso Mayhew—. Blastel y Brewer nos alcanzarán por poco que tengan provisiones suficientes. Alguien tendrá que volver al campamento base para avisarlos.

—Yo iré —dijo Alberto. Era inútil, y lo sabía, buscar a Brugh; pero que fueran

ellos si así lo deseaban.

Se tumbaron en silencio bajo la pequeña tienda, pero era imposible conciliar el sueño.

—¡Vaya suerte la mía! —dijo de repente Alberto—. ¡Hubiese podido ser yo la víctima, en lugar de Brugh!

Aguardó a que alguno de los dos compañeros le contestase. Pero ninguno habló.

En el campamento base, Frisk había enfocado a Alberto con el objetivo de su máquina fotográfica mientras Holm se dejaba resbalar sobre la última pendiente, según la técnica que Brugh le había enseñado. Acabó con una elegante parada precisamente delante de la máquina.

—¡Aquí estoy, vencedor de la cima! —gritó.

—¡Bravo! —exclamó Kit. Luego, tras una rápida mirada preguntó—: ¿Dónde están los demás? ¿Has bajado solo?

Él tuvo que repetir entonces toda la historia. Hizo su relato bien, con sencillez y claridad, con las mismas palabras que antes había empleado. Luego añadió:

—Sé que no hay la menor esperanza, pero he enviado a Calloway y Mayhew, aunque solamente fuera para mirar. Sus raciones y las de Blastel y Brewer son abundantes; lo he comprobado yo mismo. Todavía estaban bastante frescas.

Kit fue la primera en hablar. Habló de prisa, como si quisiera adelantarse a todos, y lo consiguió. Inmediatamente había pensado que tenía que ser ella quien había de expresar con palabras lo que Frisk y Elmer Baum pensaban en aquel momento; lo que incluso Rexall podía pensar tras de su rostro siempre en movimiento al masticar tabaco.

—¿Por qué no los has acompañado, Alberto? —preguntó.

Él los miró a todos envuelto en su blanca pelliza. Parecía muy seguro de sí mismo. Pero comenzó a tiritar; todo su cuerpo fue poseído de un intenso temblor y sus ojos se hicieron vidriosos, Semidesvanecido, se dejó caer sobre la nieve.

—Acostadme —tuvo tiempo de balbucir—. No puedo más.

Kit, después de haberle rodeado de botellas de agua caliente y suministrándole tazas de caldo y de aguardiente, sintió de nuevo bajo sus manos el fuerte cuerpo de Alberto. No comprendía bien aquel estado de abatimiento que tuvo postrado a Alberto durante veinticuatro horas Calloway regresó al frente del grupo con los portadores indígenas y con Mayhew, Brewer y Blastel. Dijeron que no habían encontrado la menor huella de Brugh. La avalancha había llenado de nieve el valle. No hubo más remedio que regresar.

En silencio se enteraron de la muerte de Coombes. Sólo Calloway observó:

—Siempre me había preguntado por qué había venido.

—No era muy fuerte —comentó Rexall. Diez minutos antes había dado la noticia a Alberto y Holm había acogido la información con un breve comentario:

—Este muchacho carecía de espina dorsal.

Y Rexall le había censurado esta crítica.

—El pobre Coombes ha muerto, Alberto —dijo con dulzura Kit.

—Rexall me lo ha dicho —respondió Holm—. Ha sido una lástima. No creí que estuviera tan mal.

—Fue desagradable que te hubieses ido sin despedirte de él. Le dije que, al irte, me habías encargado que le saludara en tu nombre.

—Menos mal —dijo Alberto—. Hubiese tenido que pensarlo yo; pero tenía tantas cosas en la cabeza...

Se le escapaba a Kit, con su sonrisa y esta condena de sí mismo. Se sintió inquieta y a disgusto; estos sentimientos habían prevalecido en ella desde el instante de su regreso. Alberto era demasiado conciliador, dispuesto siempre a acoger su mirada con una sonrisa. Kit se daba cuenta de que no podía fiarse de él. Cuando Alberto tenía frío y estaba cansado solía sentirse de mal humor. Alberto, enfermo, mostrábase arisco siempre. Pero ahora aterraba a Kit su expresión bonachona y franca.

—Me acordaré de su familia —oyó que le decía a Frisk una hora más tarde—. Cuidaré de que nada les falte.

Frisk insistía en que Alberto le relatase punto por punto su ascensión al Pangbat.

—¿Cómo te sentiste allá arriba, Alberto? —le preguntó.

Su bella sonrisa iluminó todo su ser.

—Como un rey —repuso al instante.

—¿Cuando viste a Brugh por última vez? —preguntó Frisk señalando con el índice a Alberto.

—Yo estaba sobre la cumbre —repuso pacientemente Alberto —le vi subir. Empecé a gritar... no —corrigió— no grité hasta que el borde helado se desprendió. Sabía que era peligroso cuando se está rodeado de nieve helada: algunas veces se provocan así las avalanchas. Vi la cornisa de hielo derrumbarse, adiviné lo que iba a ocurrir y entonces grité...

La perfecta transparencia de los azules ojos de Alberto no se atenuó, pero una duda relampagueó también en la mente de Kit.

—«¡Ha gritado antes! —pensó—. ¡He aquí, pues, lo que por instinto había presentido!».

Este pensamiento iba adquiriendo en ella una fuerza arrolladora. ¡He aquí, pues, lo que Alberto ocultaba! Pero no podía hablarle de ello, no sólo porque estabase levantando ahora el campamento y reinaba una gran confusión, sino porque tampoco estaba muy segura de la necesidad de decírselo.

¿Podía censurársele por haber gritado a Brugh en aquel momento que creyó de peligro para él? Si, como le había contado a Frisk, había olvidado hacer fotografías sobre la cumbre del Pangbat, ¿no era quizá razonable pensar que hubiese olvidado

también el peligro de un grito que hiciera tambalearse unas inestables masas de hielo? La inexorable conciencia que había heredado Kit de su padre, respondía a esto diciendo que si Alberto había gritado, o por cualquier razón tocado la cornisa helada, y la nieve, inestable a causa de su sobrecarga, había caído transformándose en avalancha y arrastrando a Brugh en el abismo, entonces el propio Alberto hubiese tenido que darse cuenta de lo que había hecho, y debía hablar...

Estas reflexiones fueron arraigando en ella como un temor espiritual que no la dejaba sosegar ni de día ni de noche. Entre ella y los hombres estos pensamientos suyos se interpusieron como un deber al que se hubiese faltado. Imaginaba que todos, aunque callasen, sabían. Inexpresado aún lo presintió entre ella y Juan Baker que los aguardaba en el límite de las nieves. Ella, deliberadamente, había precedido un poco al grupo, y encontró a Juan Baker fuera de su tienda ocupado en fumar su pipa después de la comida. Él se levantó y se apresuró a ir a su encuentro.

—¡Es usted la primera! —exclamó y, en su alegría, la abrazó ligeramente.

—Hemos perdido a Brugh —se apresuró a decir Kit. Y en pocas palabras le refirió la muerte de Brugh y Coombes.

Ya los otros estaban llegando seguidos de los porteadores indígenas que llevaban los restos mortales de Coombes envueltos en una sábana.

—Me había encariñado con Brugh —dijo.

—Todos nos habíamos encariñado —repuso ella.

No se dijo nada más. Después de un breve descanso reemprendieron de nuevo el descenso hasta el punto elegido para establecer el campamento más cercano al valle. No se habló más de ello; sin embargo, Kit sentía el peso del silencio de Alberto gravitar sobre ella y Baker, quien ostensiblemente evitaba a su marido. Sentía este peso en la reticencia de Calloway, en la cortesía de Mayhew, en la premura de Blastel, y en la tranquila actividad de Brewer sin ser solicitado, se ofreció para el cuidado del cuerpo de Coombes que al llegar al valle, fue encerrado en un ataúd chino que se selló luego y pesaba como un tronco de caoba. Bremer, con la ayuda del doctor Baum y comprendiendo la necesidad de hacerlo, había embalsamado el cuerpo congelado preparándolo para el regreso al pueblo de Connecticut donde los padres del muerto estaban esperando. Encontraron el ataúd en un pueblo tibetano; había pertenecido en otro tiempo a un mandarín chino que regresaba de la India a su patria y que encontró la muerte en el inspirado desbordamiento de un río del Himalaya.

El ataúd que formaba parte de su indispensable equipaje había sido arrastrado por la corriente, recuperado luego y vendido.

Oficialmente se daría en Bombay por terminada la expedición. Alberto había decidido evitar Calcuta. En Bombay les aguardaba la bienvenida del Círculo Americano, cuyos componentes sentíanse orgullosos de que un americano hubiese llevado a cabo con éxito una expedición al Pangbat. Previendo el día de la

bienvenida, Kit sintió próximo el momento tan inevitable como el juicio final: cuando —se estremecía al pensarlo— los periodistas, tomando notas, le dijeran:

—Por favor, señor Holm, háblenos de la muerte de Ronald Brugh.

Kit se vería entonces obligada a escuchar nuevamente a Alberto refiriendo cómo Brugh había encontrado la muerte, y tendría que ver los ojillos penetrantes de Juan Baker fijos en los de su marido... Decidió que antes de que llegara este momento ella obligaría a Alberto a confesarle toda la verdad.

Kit había decidido que en el curso de una de aquellas noches, en la oscuridad llena de espíritus, diría:

—Alberto, cuéntame lo que ocurrió en realidad.

Y le obligaría a hablar allí, en la India, donde vivían ignorados y llegaría a conocer tal vez de qué materia estaba hecho, mejor aún de lo que había conseguido conocerlo hasta la fecha. Alberto no tardaría en verse objeto de la idolatría de la multitud y quizá bajo el manto de la popularidad dejaría de ser para siempre quien era. Pero allí, en la India, nadie se preocupaba de saberlo ni qué era lo que había hecho. Fuera lo que fuese lo que el porvenir le tenía reservado, allí no era más que un blanco al que se miraba de soslayo como a todos los de su raza. En aquel lugar estaban como amurallados en el intenso aislamiento entre los blancos y la gente de color, y a Kit le parecía no haber estado jamás tan sola como ahora con Alberto.

Así, sola con él, sintió próximo el instante que había imaginado. No le hubiese sido posible decir cómo éste se había acercado, pero, esperándolo, interrogando su presencia, sobrevino el momento en una noche de insomnio.

«¿Por qué no ahora? —pensó—. ¿No es este el momento? No estaré nunca tan sola con él como lo estoy ahora».

Y así, como un oráculo, oyó una voz que le decía fríamente:

«Si consideras que este es el momento, lo es entonces de verdad».

De repente, en la oscuridad, dijo en voz alta:

—Alberto, ¿empujaste quizá aquella cornisa de nieve?

Él, agitándose a causa del calor en el enorme lecho, se volvió hacia el otro lado. Por la misma razón, Kit había permanecido inmóvil sobre su costado. Él no se movió. Durante unos instantes, en la apacible oscuridad, Kit oyó solamente el leve y sordo rumor de un lagarto que se dejaba caer de la pared al suelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Ella repitió pacientemente su pregunta:

—Cuando estabas sobre la cumbre, ¿hiciste alguna cosa, gritaste, tuviste algún movimiento que pudiera provocar la avalancha que causó la muerte a Brugh?

Estaban, en efecto, solos en el vasto mundo. Desde alguna infinita lejanía llegó hasta ella una música plañidera, pero no significaba nada para Kit. Ignotas distancias les separaba de todo cuanto les era familiar. Alberto no podía escabullirse con

ninguna evasiva.

Sin embargo, no había contado con la única posibilidad de evasión de Alberto, la de encerrarse en sí mismo. Por mucho que Kit llamase a aquella puerta, permanecería cerrada si él así lo deseaba. Y así, ahora, guardó silencio.

—Habla, Alberto —insistió con dulzura Kit.

Si balbuceaba o protestaba, ella sabría a qué atenerse. Le sería fácil destruir las evasivas de Alberto o rebatirlas; pero ¿y si callaba? Alberto podía escudarse tras su silencio y encerrarse en su mutismo. No contestó. Kit aguardaba su respuesta.

—Sé muy bien que no estás durmiendo —dijo por fin.

—¿Y bien? —preguntó él con insolencia, como si hubiese estado esperando que ella insistiera.

—Esperaré —contestó Kit.

—Pues espera entonces.

Él ahuecó la almohada, le dio la vuelta y volvió a tenderse en su obstinado silencio.

—Si callas —dijo Kit— quiere decir que eres culpable.

¡Era cruel, pero había que usar sus mismas armas!

—Te equivocas. Si callo es porque no quiero hablar —replicó Alberto.

—Si no hablas es porque no te atreves.

—Lo dices tú —gruñó él.

—Es lo que pienso.

Silencio. Después de una larga espera, ella estuvo segura de que él no diría nada. Como un chiquillo perverso gozábale del efecto que su silencio producía en ella.

—Estoy realmente hastiada de tu silencio —dijo con calma en la oscuridad—. Crees que puedes evadirte de mí callándote, pero el silencio es positivo y me demuestra que has hecho algo que no quieres confesarme. Es como si hablaras. No importa que me digas que no hablarás. Y si no hay lugar para mí en lo íntimo de tu ser, esto significa que seguir viviendo contigo, o vivir sea como fuera bajo tu techo, no tiene ningún sentido. Tú eres como un hombre cualquiera, como un desconocido. Y si es así, te dejaré, como estoy dispuesta a dejar a quien sea cuando entre nosotros no haya motivo para hablar.

Observó la inmovilidad de él y comprendió que estaba sopesando estas palabras.

—No sé qué es lo que quieres decir —murmuró al cabo Alberto.

—Sí, lo sabes. Pero, si lo deseas, te repetiré lo dicho. Si no contestas a mis preguntas, te dejaré en Bombay y regresaré sola a casa, decidida a no volver a verte por poco que pueda.

Él le agarró un brazo en la oscuridad.

—¡Kit, estás loca! ¡Tú no puedes hablarme así...! ¡Eres mi mujer!

—No lo soy si te niegas a hablarme.

—¡Eres mi mujer, haga lo que haga!

—No.

De nuevo hubo un largo silencio. A pesar suyo, Kit pensó en la otra, en Liliana.

—¡Malditas sean todas las mujeres! —exclamó en voz alta Alberto—. ¡Todas son iguales, curiosas, habladoras, siempre dispuestas a entrometerse en cosas que no les incumben!

También, él pensaba en Liliana. Kit se hallaba en el momento álgido, se daba cuenta de que su decisión era inminente... La primera palabra que él pronunciase concretaría sus dudas. Repulsión, hastío, la plena comprensión de su eterna niñez. La voz de Alberto se dejó oír todavía una vez, llena de turbación y con un tono de súplica:

—¿Qué quieres que te diga, Kit?

La decisión de ella vaciló un poco.

—Sólo la verdad —contestó.

Podía esperar todavía un momento. Luego, la voz de Alberto sonó de nuevo, siempre vacilante y llena de humildad.

—No he hecho lo que tú parece pensar, Kit. Lo juro ante Dios... La verdad es que me olvidé de Brugh. Lo había dejado durmiendo...

—¿Por qué lo dejaste?

—Pues porque el primer día habíamos caminado cada uno por cuenta propia. Te lo dije. Habíamos quedado de acuerdo en que, de esta forma podríamos caminar mejor. Así es que le dejé cuando me pareció. El día anterior señalamos sobre el mapa el itinerario a seguir.

—Pero tú seguiste otro.

—Él estaba en condiciones de darse cuenta de por qué lo había hecho cuando llegó al punto de mi cambio de ruta.

—Pero ¿llegó? —insistió ella.

—No. —El monosílabo fue pronunciado con voz colérica—. Pero yo no podía hacer nada, ¿no te parece? —De nuevo hizo una pausa, y luego prosiguió—: La cornisa me privaba la vista y por esto la empujé un poco: esto es todo. No llevaba ninguna otra intención. Luego vi a Brugh. Grité, pero él no me oyó. Y aquella maldita nieve comenzó a contraerse y luego a caer. Fue todo demasiado rápido para que yo pudiese evitarlo.

Ella pensó tristemente que podía ser verdad. Desde luego, su voz no parecía mentir. La verdad era siempre así, tan sencilla, después de todo, como cualquier otra cosa. Alberto había empujado la cornisa, pero no había matado a Brugh.

No era capaz de lo que Kit había temido. Resultaba más justo decir que se comportaba ni más ni menos como un chiquillo; había encontrado delante de él una pared de hielo y había deseado ver qué había detrás de ella; por esto la había

empujado. En suma, Brugh había sido víctima de un accidente, precisamente a causa de la estupidez de Alberto, quien no podía ser considerado más culpable de lo que pudiera serlo un niño que naciese falto de un brazo.

—Pero ¿no bajaste para tratar de socorrer a Brugh? —preguntó.

Él le contestó con ardor, como un muchacho deseoso de rehabilitarse después de un fallo.

—Kit, créeme, no hubiera servido de nada. Además yo también estaba medio desfallecido. Cuando se está a la altura donde yo me encontraba, apenas si se puede hacer un movimiento; está uno como anonadado. Apenas si tuve fuerzas y facultades suficientes para volver al campamento. Por otra parte, un hombre solo no habría bastado para llevar a cabo la empresa. Cuando estuve en condiciones de pensar, envié tras el rastro de Brugh a cuatro hombres de la expedición. Pero sabes muy bien que no consiguieron encontrar la menor huella de él.

También esto, Kit, a pesar suyo, había de reconocerlo como cierto.

—¿Es todo lo que deseas saber, Kit? —preguntó al cabo.

—Creo que sí... —repuso ella, después de un instante.

—¿Te das cuenta ahora de cómo ocurrió? —insistió todavía él.

—Creo que sí.

La decisión, aquella decisión extrema de que desde hacía tanto tiempo acariciaba, se había ocultado de nuevo en su interior, como un animal en su guarida. ¿Cómo decidir contra un niño, aun cuando éste no fuera el propio?

Alberto rió aliviado:

—¡Bah, Kit, no me parece tener tanto calor como antes! Tengo la impresión de que tú me has hecho subir la temperatura durante unos minutos. —Se apretó junto a ella y Kit no se movió de su rígida postura sobre el colchón cubierto con una estera—. Creo que voy a poder dormir, ahora —le murmuró al oído.

Y, como un chiquillo, se quedó dormido casi instantáneamente. Cuando Kit trató de mover el brazo que tenía debajo de él, sintió a Alberto grávido de sueño y reposo. Pero ella velaba en la oscuridad observando la guarida y el animal que se había refugiado en su interior... Durante horas, miró fijamente a ese animal, pero no se acercó a él, ni le animó a que se acercara. No podía decidir nada todavía. Realmente la decisión se había hecho ahora definitivamente más difícil. No se trataba ya de dejar o no a Alberto. Ahora ceñíase a otro punto de vista: ¿Se podía abandonar honradamente a un chiquillo?

VIII

Millones de personas aguardaban el retorno de Alberto Holm. Brame se había dirigido a su encuentro en el barco que llegaba a América de regreso de la empresa. Casi lloraba de alegría.

—Absolutamente perfecto —continuaba murmurando a Kit—. ¡Ha nacido para esto, señora Holm! Es un instinto en él. Dice exactamente lo que ha de decir en el momento preciso. Es un americano y los americanos le aman. Todos siguen repitiendo que el éxito no lo ha malogrado; aseguran que sigue siendo el honrado muchacho campesino de un principio, y lo es verdaderamente; ésta es su mayor belleza: lo es en realidad. El viaje de regreso le ha beneficiado... Tiene el aspecto de un rey. —Los pálidos ojos del agente miraron afectuosamente a Alberto que reía y agitaba los brazos saludando a la multitud—. La muchedumbre necesita tener un rey u otra cosa semejante que la gobierne.

—¿Un figurín? —preguntó Kit esbozando una leve sonrisa.

—Llamémoslo un símbolo —corrigió Brame; y con gentileza añadió—: He de confesar que Alberto es, en verdad, un magnífico símbolo. Usted no sabe lo importante que es esto, señora Holm.

—No lo comprendo —repuso ella.

Sus alimentos, sus costumbres y sus trajes siempre habían tenido importancia para él; pero ahora que la gente se la concedía, aun le daba mayor valor. Por nada del mundo habría salido con sombrero después de haber sabido que era ya una leyenda el hecho de que él jamás lo utilizaba. Tanto era así que, en los Estados Unidos, los muchachos salían con la cabeza descubierta porque así lo hacía Alberto Holm. Una vez oyó a una mujer que decía:

—Apuesto a que fuma en pipa... A mí me encantan los hombres que fuman en pipa.

Esto bastó para que empezara a fumar en pipa, a pesar de que le produjera náuseas; por lo cual fumaba solamente en público. Kit hubiera podido burlarse de él por esta tontería si él no le hubiese dicho con su habitual mohín de indiferencia:

—No me interesa en absoluto, pero, ya ves, esto ocupa las habladurías de la gente que podría decir cosas mucho peores sobre mí.

En el aeropuerto de Nueva York había saltado generosamente del aparato, experto en el arte de agradar; y el público empujaba, chillaba y reía aclamándolo hasta enronquecer. ¡Parecíase Alberto con tal exactitud a la imagen que todos se habían formado de él! Era como si la masa lo abrazase, por así decirlo, en efigie, porque era realmente el retrato de su alma, no mejor ni más elevada que otra cualquiera: «Un buen muchacho», decían. Precisamente como uno de tantos. Y Kit pensaba con amargura que por esto era indudablemente digno de adoración.

La íntima amargura de Kit iba creciendo y la hacía parecerse más a Gail que en el pasado; le dio a su vez un tono cortante muy semejante al de su hermana; pero ella tenía una actitud más severa, la cabeza más alta y el rostro impenetrable.

Gail, que había acudido a su encuentro con sus padres y Harvey, se mantuvo apartada de la muchedumbre efervescente y buscaba a Kit por encima de las innumerables cabezas apiñadas. Cada uno de sus familiares la miraba, tratando de encontrar una respuesta a la pregunta común: «¿Qué habrá decidido hacer?». Pero si Kit conocía su respuesta, nada en ella la dejaba traslucir.

—Parece que haya envejecido cinco años —dijo Gail a su madre.

Lo dijo no sin cierta complacencia, ya que ella, como lo sabía muy bien, tenía un aspecto insólitamente juvenil y gracioso. No hacía todavía media hora un muchacho le había dicho reteniendo una de sus manos: ¡Gail, está usted mil veces más hermosa que en el día de nuestro primer encuentro! ¡Y ya entonces me pareció no haber visto jamás una mujer tan bonita como usted! —al decir esto había llevado su mano a sus labios y la había besado largamente. Ella le había dejado hacer, satisfecha. Luego los labios del muchacho habían murmurado junto a los suyos—: No esperaba realmente que me dejase hacer lo que he hecho...

—Yo tampoco lo creía, Todd —había dicho ella.

—¡Adorable! —murmuró él.

Ahora volvió hacia su madre aquellos ojos que habían adquirido una expresión inocente mientras acusaba a Kit de haber envejecido.

—Es que Kit había tenido siempre un aspecto tan juvenil —repuso la señora Tallant; y luego, al cabo de un instante añadió. —Pero creo que este aire le sienta bien—. Un cuarto de hora más tarde después de recibir el beso tranquilo de Kit sobre la mejilla, la señora Tallant dijo a su esposo:

—Creo que Kit ha reflexionado. Sabía que llegaría a hacerlo. Después de todo, es una Tallant.

—Ya veremos —repuso el marido.

No quería comprometerse asegurando lo que haría Kit; pero no por ello se sentiría menos satisfecho si realmente se arreglaban las cosas. La idea de un escándalo familiar le resultaba verdaderamente odioso. Alberto, en honor a la verdad, se comportaba magníficamente. Desde luego, estaba a la altura de las circunstancias. ¡Mirad aquella estúpida chica pegada a su espalda! Él, en el lugar de Alberto, si fuera objeto de tantas adulaciones, no sabría realmente cómo salir del apuro. La muchedumbre era una masa de invasores y, precisamente por esto, estaba satisfecho de no verse obligado a tener nada que ver con ella, trabajando como trabajaba. Con todo, probablemente nadie en toda América tenía la influencia de ese muchachote rubio. Así lo aseguraba Brame. Si Alberto hubiese querido capitanear un movimiento, habría provocado por todas partes verdaderas oleadas de entusiasmo. Pero,

afortunadamente, Alberto no tenía ninguna intención de hacer nada; y por esto no era peligroso.

—¡Buenos días, señor Tallant! —la manaza de Alberto estrechó la suya hasta hacerle daño—. ¡Estoy encantado de volver a verle!

—¡Bienvenido, muchacho! —dijo Tallant. Era inútil negar que Alberto no carecía de simpatía... Pero los labios de Kit tenían una evidente dureza. Sus labios habían sido siempre gruesos y mórbidos: ahora habían cambiado.

—Me voy a casa —dijo Tallant a su esposa al cabo de una hora—. Empiezo a estar cansado.

—Será mejor —repuso ella—. Hay una muchedumbre...

Todos regresaron, excepto Brame que deseó quedarse. Por el momento era imposible llevarse a Alberto consigo. Después de los apretones de manos familiares, fotografiados bajo los fogonazos de magnesio, Alberto fue arrastrado fuera de la multitud, y todos regresaron a sus casas. No volverían a verle hasta el día del banquete que ofrecía el alcalde. La señora Tallant no podía sufrir las comidas de gala, pero, naturalmente, tendrían que asistir a ella, ya que el alcalde íes había invitado. Antes del banquete tendría efecto el desfile por Broadway, durante el cual millares de guías telefónicas serían reducidas a pedazos para procurarse las toneladas de papel que habrían de lanzarse por las ventanas en honor del héroe. Y al día siguiente, ¡a barrer las calles! El paseo de Alberto por Broadway, en un coche descubierto, con los claros cabellos bajo el sol, le costaría a la ciudad una fortuna. Pero el público no pensaba en el gasto.

A media tarde, en su habitación, Kit deshacía tranquilamente sus maletas. Las camareras ya habían colocado los trajes, pero ella les había dicho que dejaran a su cuidado la maleta pequeña. Ésta contenía algunos regalos para la familia: un brazalete tibetano de turquesas que le había gustado, algunas flores encontradas en la India guardadas entre las hojas de un libro, un librito de versos, y el pequeño y viejo sello chino que le había acompañado a todas partes. Se habían quedado contemplando el cortejo desde un balcón, y luego, no pudiendo resistir, habían entrado todos: Kit, sus padres, Harvey y Gail. El té había sido servido en la salita por una de las camareras, pues Smedley había pedido permiso para ir a presenciar el desfile.

El íntimo calor de la casa y su tranquilidad, la aliviaron algo del estado de tensión en el que se encontraba desde que había abandonado la India. Se sintió en paz. Alberto se había lanzado entre la masa y Kit quedado entre los suyos.

—No comprendo bien cómo llega a resistir todo esto —le dijo su padre; y lanzó un suspiro—. Kit, dame otra rebanada de pan tostado, por favor. Los hombres, cuando se hallan en masa, son opresivos, por no decir otra cosa.

—Divertidísimos, por otra parte —intervino Gail.

No podía apartar de Kit su mirada inquisidora.

—A propósito, Kit —dijo de pronto, Harvey—. Tu viejo amigo, ¿cómo se llama? ha tenido un gran éxito con su comedia.

¡Ah! Kit levantó sus tranquilos ojos que entonces resplandecían.

—¿Norman? —preguntó.

—Sí —contestó Gail.

—¿Y la comedia se llama quizás... Libertad?

Gail afirmó.

—No la hemos visto todavía, pero tenemos que ir, ¿no te parece, Harvey? ¡Y qué crítica ha suscitado, Kit! Una cosa nunca vista hasta ahora... Incluso los críticos más severos, que de costumbre encuentran motivo de burla en todo, se han desgañitado proclamando la obra como algo sublime y magnífico, verdadero teatro y otras cosas por el estilo. —Se echó a reír—. Pero no sé qué opina el gallinero de ello. —Miró a Harvey con ojos burlones—. ¿Recuerdas el ataque de aquella muchacha?

—¿Anoche? —preguntó Harvey—. Tú lo oíste, yo no oí nada.

Él no prestaba nunca atención a lo que decía la gente por la calle, Gail, en cambio, se entretenía con todo. Y explicó que mientras se dirigían hacia su coche después de asistir a un espectáculo de variedades, al pasar delante del teatro donde se representaba Libertad oyó decir a una rubia platino que caminaba majestuosamente entre dos petimetres mascando ruidosamente una bola de chiclet: «Ésta es una obra que no iría a ver ni por cinco centavos, Libertad... tiene un sonido demasiado patético: debe de estar llena de cosas profundas».

Todos rieron, Gail tenía mucha gracia para contar las cosas. «Habría podido ser una excelente artista», pensó Harvey. Pero él no se hubiera casado nunca con una actriz.

De repente se abrió la puerta. Una camarera hizo su aparición.

—Señora —dijo, con el rostro alegre como el de un chiquillo —el señor Holm habla por la radio..., son las cinco.

—¿Quiere decir que el desfile ha terminado?

Los Tallant cambiaron entre sí una mirada de vacilación. ¿Tenían que pasar al salón a escuchar a Alberto? La camarera, en excitada espera, los obligó a ello. Se avergonzaron de su falta de entusiasmo.

—¡Oh, tenemos que ir! —exclamó Gail.

Pasaron al salón, Harvey el último, y la voz de Alberto pastosa, firme y clara, invadió la estancia.

«—¡Bien, amigos, heme aquí de nuevo... siempre el mismo incorregible personaje! Y precisamente no tengo nada nuevo que contaros, salvo que, habiendo ido a conquistar el Pangbat, he salido airoso de mi empresa. Pero no sería justo con mis magníficos compañeros si no me apresurase a añadir que todos colaboraron conmigo, todos sin excepción, contribuyendo al éxito de la empresa—. Aquí se

extendió en elogios hacia su amigo Rexall y los demás, añadiendo luego con tono solemne: —Dos miembros de la expedición han desaparecido: fueron dos valientes que no olvidaré jamás. Para mí no han muerto. Pero... —aquí su voz adquirió un tono más ligero— pero son cosas que ocurren. Quizás alguno de vosotros me preguntará por qué, pues, si lo habíamos previsto todo, hemos deseado conquistar una montaña. Quizás no me incumbía a mí la conquista, pero he obrado lo mismo que si hubiese sido llamado a hacerlo. Y espero que nuestro material sea en algún modo útil a los científicos. Entre otras cosas, he encontrado un lugar maravilloso, muy adecuado para construir un sanatorio antituberculoso: un valle llano, cubierto de flores, en el límite de las nieves, bajo el azul de los cielos y en el aire más puro del mundo».

—¡No nos habías hablado nunca de un sanatorio, Kit! —susurró Gail.

—¡Creía que lo había olvidado! —murmuró Kit como respuesta.

Nuevamente Alberto hizo una pausa. Luego continuó:

«—De todos modos, amigos, os diría una tontería si os dijera que he llevado a cabo la empresa por una finalidad distinta del deporte. Yo soy como soy, esto es todo; fui allí para divertirme y me he divertido. ¡Fui para alcanzar una altura jamás alcanzada por nadie... y lo conseguí!».

Gritos, aplausos y grandes carcajadas se sucedieron en el aparato de radio, haciendo retumbar la estancia. Tallant cortó la emisión dando vuelta al interruptor. En el silencio que siguió dijo con tono breve:

—Desde luego, Alberto ha hecho progresos en el arte de hablar en público.

—Parece haber adquirido el hábito —convino de mala gana Harvey.

—En otros términos, querido —dijo bruscamente Gail—. ¡De nuevo ha llevado a cabo una empresa de héroe!

Todos se volvieron y ella los miró a su vez con una sonrisa cruel, sin descubrir la idea que de repente acababa de cruzar por su cerebro. Durante todo el día, vaga, latente, pero insistente siempre, esta idea había ocupado su cerebro. Y ahora se le revelaba, transformándose en una cosa posible. ¿Por qué Todd no podría hacer algo que lo convirtiera en un héroe público? ¿Por qué no podía ser él el sucesor de Alberto? Todd era más guapo que Alberto, tan alto como él y más rubio. De origen sueco, nacido en el Minnesota, era americano hasta la médula. ¡Qué lástima que no hubiese sido piloto de aviación! Se levantó lentamente y se acercó a Harvey impulsada por un instinto contradictorio. Él, sorprendido, apartó la vista de su cigarro.

—Bien, ¿qué ocurre ahora? —preguntó.

—Nada, quiero únicamente sentarme a tu lado.

Cogió un taburete, lo colocó a su lado y se sentó, apoyándose sobre una de sus rodillas, encarnando el verdadero papel de esposa. Todos se miraron inquietos, preguntándose por qué Gail, tranquila junto a su esposo, despertaba en ellos un

sentimiento de alarma.

En aquel instante llegó Alberto.

—¡Aquí estoy! —exclamó. Riendo, dijo que se había escapado y su entrada hizo que todos olvidaran a Gail. Kit se dijo que su familia era idealmente afable con Alberto; tolerante y cortés. Si Gail inducía a Alberto a hablar demasiado de sí mismo, era tan solo para divertirse un poco más, lo que era un rasgo típico en ella. Y si su padre era un tanto más irónico que de costumbre, su ironía no era malévol. Hasta en el silencio de Harvey y las preguntas prácticas de su madre, Kit observaba que, de un modo u otro, fuera digno o no, y por inexplicable que fuese en su intimidad, los suyos estaban siempre dispuestos a aceptar a Alberto como un héroe.

Alberto se había ido a Misty Falls acompañado de una cuadrilla periodistas. Millones de lectores leyeron los detalles de su regreso a la casa donde había nacido, cómo todo el país había ido a esperarle en la estación engalanada e iluminada, con la banda de música, y cómo lo habían recibido los padres del héroe con el traje de los domingos, el rostro honrado iluminado de alegría y las manos ásperas por el trabajo, extendidas hacia el hijo. Entrevistada la madre de Alberto, repitió hasta la saciedad:

—No me sorprende nada de todo cuanto haga. Era un chiquillo maravilloso. Tengo fotografías tuyas de cuando ya caminaba a los nueve meses y tenía dientes para masticar la carne como yo.

Durante el desayuno, en la gran sala de muebles austeros, el señor Tallant entregó el periódico a Kit. Sus ojos se encontraron. Él sonrió ligeramente.

—Parecen muy encariñados con el hijo, ¿verdad? —murmuró.

—Encariñados es una palabra que en cualquier momento molesta; pero lo están realmente —repuso Kit—. ¿Un poco más de café, papá?

—Gracias.

Le emocionaba aquella asiduidad de Kit en querer tomar el desayuno con él cuando estaba en casa. Guardaron silencio durante unos instantes, pues necesitaban de él después de los calurosos elogios de los periódicos.

—Alguna vez —dijo luego Kit —pienso que la sobriedad es la cosa más hermosa del mundo.

—Si no se lleva hasta la exageración. Sea como fuere, es posible que así ocurra cuando se leen cosas semejantes. ¡Bienvenida sea una buena dieta, caramba!

—Lo mismo digo yo —declaró Kit—. ¿Quieres más tostadas?

—No, gracias.

En aquel momento fue cuando vio la carta de Juan Baker. Había dado una ojeada a la correspondencia depositada sobre la bandeja, y bajo el montón vio un sobre blanco, cuadrado. Su padre doblaba su servilleta.

—Un momento, papá —dijo.

Rasgó el sobre, y leyó en voz alta:

«Querida señora Holm: Me parece de acuerdo con mi promesa ir a verla para darle cuenta de algunas cosas que me han sido enviadas por determinados miembros de la expedición. Si quiere fijar una hora, me sentiré satisfecho de poder hacerle una visita. Suyo, Juan Baker».

—Breve y preciso —murmuró Tallant, secándose la boca.

—Parece como si aquí hubiera gato encerrado, como vulgarmente se dice.

—Creo que es conveniente recibirle —dijo Kit.

—Es lo único que se puede hacer —repuso su padre—. ¿Brame está enterado de algo?

—No he tenido tiempo todavía de verle. ¿Te parece conveniente que le avisemos? Tallant movió la cabeza.

—Es preferible que no —dijo—. Es mejor hablar a solas con el amigo y oír lo que tiene que decir, sin intermediarios ni testimonios. ¿Me necesitas?

—¿Te prestarías a ello? —le suplicó Kit, aliviada de pronto.

—Si tú crees que él esté dispuesto a hablar delante de mí, claro que me prestaría.

—Hablará, estoy segura. Simpatizaréis los dos.

—De acuerdo. Entonces en mi despacho, ¿por qué no? Pasado mañana a las dos. Hasta entonces tengo otros compromisos.

—Tu despacho es el sitio mejor —dijo Kit agradecida.

Él se le acercó y la besó en sus cabellos siempre fragantes como cuando era niña.

—Adiós —le dijo.

—Adiós, papá —y le sonrió.

Sola en el comedor, Kit interrogó todos sus sentimientos y entre ellos descubrió uno muy sensible, un sentimiento que se estremeció ante el recuerdo del nombre de Ronald Brugh...

Dos días después, al entrar a las dos en punto en el amplio despacho de su padre, encontró a Juan Baker junto al gran ventanal frente a la puerta. Tallant estaba a su lado.

Kit tendió la mano a Baker, que le pareció exactamente igual al día de la última despedida al pie del Himalaya.

—Encantada de volver a verle —dijo.

—Gracias. No estaba realmente seguro de que lo estuviese —repuso Baker.

—¿Y por qué no?

—Creía que el señor Holm...

Ella movió la cabeza.

—Alberto jamás me ha hablado de usted —se apresuró a contestar; y pensó, no sin cierta amargura: «Alberto me ha ocultado de nuevo alguna cosa».

Tomaron asiento, ella en una gran poltrona de piel, su padre delante de la mesa y

Baker junto a una mesita sobre la que dejó unas cartas que extrajo de una cartera.

—El hecho de que Alberto no haya hablado de mí, hace mi tarea más difícil —dijo—. Desearía, en cambio, que hubiese hablado. Ahora no quiero presentarles nuestros puntos de vista... sino tan sólo el mío.

—Imagino que Alberto está en condiciones de poder observar su propio punto de vista, cualquiera que éste sea —intervino Tallant.

Kit no dijo nada. Como si Juan Baker ya hubiese terminado su preámbulo, conocía muy bien el contenido de las cartas que éste tenía delante.

—Tengo aquí —dijo Baker con firmeza, mirándolas— algunas cartas con una serie de declaraciones hechas por cuatro hombres que acompañaron al señor Holm hasta el Pangbat. Han escrito sus declaraciones por separado, expresando cada uno su propia opinión sobre cierta cuestión de importancia. Luego me las enviaron a mí como elemento imparcial, dado que ni siquiera estuve presente en la ascensión final. ¿He de leerlas?

—Se lo ruego —dijo Kit.

Tallant cogió un pequeño pisapapeles que representaba un perro agazapado y en acecho, y escuchando la lectura iba dándole vueltas entre sus dedos, acariciándolo con su largo pulgar. Baker leyó una tras otra las cuatro hojas que tenía delante. No dio ningún nombre, pero Kit no tuvo necesidad de que los dijera para adivinar quién había escrito cada carta. Francisco Brewer, con su bonachona cortesía meridional, comenzaba así:

«Con la mayor resistencia me decido a exponer en mi carta la incertidumbre material de mis dudas y temores...».

Luego la clara y concisa declaración de Alberto Calloway:

«El treinta de julio del corriente año, yo, como miembro de la expedición Holm, me encontraba en el campo 111, sobre el flanco Norte del Pangbat. La consigna dada por el señor Holm era estar preparado para cualquier intervención de salvamento, en caso de...».

Luego el desagrado de Lincoln Mayhew, mientras comenzaba:

«Detesto esta necesidad de escribir cualquier cosa susceptible de crear cuestiones desagradables. La desilusión es siempre amarga. Ahora Alberto Holm es algo más que una desilusión personal; y esto me impulsó a expresar cierto punto de vista, en nombre de la justicia...».

Y he aquí a Dick Blastel comenzando en tono agresivo:

«Ronald Brugh era amigo mío. Ha muerto, y, desde luego, no se precisa nada de mí. Pero yo desearía formular algunas preguntas sobre la forma en que ha muerto, aunque tan sólo sea para mi propia satisfacción. En primer lugar, ¿es cierto o no, señor Holm, que discutió con mi amigo Brugh, antes de que partiera usted, solo, la mañana del treinta de junio? En caso negativo, ¿por qué marchó solo? Segundo: ¿por

qué abandonó el itinerario que nosotros, de acuerdo con sus precisas instrucciones, hubiésemos tenido que seguir en caso de desgracia? Tercero: ¿dejó o no dejó alguna señal, un mensaje cualquiera, en el punto del cambio de ruta? Cuarto: ¿se llevó o no consigo la botella de oxígeno?».

—¿Alberto está al corriente? —preguntó el señor Tallant.

—No —contestó Baker—. Pero conoce los sentimientos de la expedición. Me ha parecido honrado hablar primero de ello con él antes de presentar estos documentos a la señora Holm.

¡He aquí lo que Alberto le había ocultado de nuevo! El silencio que siguió a esto, despertó otra vez todas aquellas antiguas desconfianzas de Kit; pero no dijo nada.

—Y Alberto, ¿qué le ha dicho? —preguntó Tallant.

—No pareció darle importancia. Dijo que los componentes de una expedición se rebelan de costumbre contra su jefe y se encelan si triunfa; en cambio, lo desprecian si fracasa. Pero quizá nosotros no hayamos de considerarle culpable si no toma ahora en serio ninguna censura. Para cualquier hombre en la posición del señor Holm, resultaría difícil juzgar por sí mismo lo que ocurrió.

¡Lo que ocurrió! De nuevo Kit, a través del frío desprecio sin prejuicios de Baker, vio lo que Alberto era en realidad. Baker prescindió de Alberto como si fuese algo que careciera de importancia y prosiguió:

—La cuestión —declaró— es de derecho moral y de justicia hacia Ronald Brugh, a quien todos tuvimos en gran estima. Pero ahora lo que tiene importancia es lo siguiente: ¿qué es lo que he de hacer?

—Le agradeceré que usted haga lo que crea justo hacer, se lo ruego —respondió Kit con tono seguro. Hasta entonces no había hablado, ni siquiera para interrumpirle —: Le aseguro que no viviría tranquila si usted no hiciese lo que considerase justo.

Los ojillos pardos de Baker se fijaron en ella como puntas de acero.

—Éste será un asunto muy grave para su esposo, señora.

—Alberto me ha hablado de ello. Se defenderá por sí mismo —dijo; y, levantándose, le tendió la mano en señal de despedida. Necesitaba salir, irse de aquella estancia lejos de todo, al aire libre—. Gracias —añadió.

—Gracias a usted —repuso Baker—. La admiro, señora Holm.

—No hay por qué —contestó ella sencillamente—. Me limito a ser justa, tanto con respecto a Ronald Brugh como para Alberto. Adiós, papá. Nos veremos más tarde, ¿verdad?

—Volveré a casa temprano.

Cuando llegó al parque su cólera creciente había llegado a un punto culminante. No, esta vez obligaría a Alberto a hablar en su defensa. Cuando regresase a casa le diría a Alberto sin rodeos todo lo que Baker le había referido y le preguntaría qué pensaba hacer. Le obligaría a enfrentarse consigo mismo tal como era y no según la

imagen que Brame había hecho de él.

Se detuvo, consciente de estar hablando entre dientes como una loca. Suspiró y moderó el paso. ¡Qué tonta era tomándose estas preocupaciones por Alberto, quien jamás se daría cuenta! Era una espléndida tarde de agosto, pero nada había visto del verano desde su regreso a la patria. Diariamente las ridículas manifestaciones, el ajetreo... ¡Ah! ¿Qué acabaría haciendo con su propia vida? He aquí la verdadera cuestión: no se trataba tan sólo de Alberto. No hacía ningún bien a nadie seguir viviendo del modo en que vivía. Se sentó sobre un banco de piedra vacío. Y, de pronto, el motor de su cerebro, que había estado funcionando con tanta potencia, se detuvo.

La calma era profunda, una de esas calmas de las tardes de verano en las que todo espera la frescura del anochecer. La vida se había detenido; los mismos muchachos que pasaban directamente hacia el jardín zoológico parecían estar soñando en aquella calma. Cerca de ella dormía un anciano; y una mujer inmóvil, miraba en el vacío. Aquella tarde el parque parecía un oasis. El sol lo iluminaba todo con sus rayos ardorosos y resplandecientes. También ella, por unos instantes, quería sentirse muda y sin pensamientos. El instante creció, se convirtió en una hora, y luego casi en otra. Cuando se movió estaba tan entumecida como quien interrumpe su reposo. Tal vez hubiera sido el sol, o los árboles, o la juguetona ardilla, o el revoloteo de las palomas, o las débiles llamadas de los niños allá en la lejanía, en la orilla del estanque donde flotaban sus barquichuelas... El viejo se despertó, se secó la boca, se desperezó y desapareció. La mujer también se levantó; tenía los ojos llenos de paz y pasó por su lado sin advertirla.

Kit se levantó a su vez y se dirigió hacia la izquierda del parque, donde se hallaba la salida más próxima. Tomó un taxi y se hizo conducir a casa. Encontró a su padre que la estaba aguardando a la entrada de la biblioteca.

—Estaba preocupado —le confesó—. Nadie sabía dónde te habías metido.

—Estuve en el parque —repuso ella. Luego sonriendo, dijo—: Tenía necesidad de tomar un poco el aire.

—No te lo reprocho.

Kit lo siguió a la biblioteca, se sentó, se quitó el sombrero y los guantes y los dejó sobre sus rodillas. Su padre permaneció de pie junto a la entrada. Su alta y delgada figura reflejaba la preocupación.

—Kit —comenzó—, lo he pensado de nuevo. Es preciso que veamos a Brame y que le prevengamos de este ataque. Alberto corre el riesgo de quedar arruinado por poco que las cosas no marchen bien. La gente lo odiará tanto más por lo mucho que lo quiere ahora.

Kit no contestó. Los pensamientos de su padre, mientras la miraba, adquirieron mayor gravedad. Atusó su corto bigote gris y tosió. Los ojos de Kit tenían un color

oscuro; parecían impregnados de algo que él no llegaba a conocer bien... Verlos así le causaba siempre cierto sufrimiento. Cuando Kit era niña, sus ojos le hacían despertar siempre el deseo de comprarle algo; pero lo que ahora quería no era nada que se pudiese adquirir.

—Kit —dijo carraspeando un poco—, quiero decirte... ¿sabes? Si te decidieras... a... a divorciarte o a tomar una decisión en cualquier sentido, particípame lo que te ocurra.

—Lo haré, desde luego, papá —dijo ella, tranquilamente.

Él, aliviado, pensó que su hija no carecía en realidad de buen sentido. Sin embargo...

—Tu madre tiene un gran orgullo de familia —prosiguió— y no está mal que sea así. Con todo esto, si se trata de tu felicidad, la familia tendrá que afrontar el rumor público.

—Gracias, papá; ya sé que puedo contar con vuestro apoyo.

Su rostro estaba lleno de serenidad.

—No he decidido todavía nada —dijo Kit, y añadió—. Me decidiré cuando lo haya aclarado todo.

Era hora de salir de aquella situación.

—Bien —dijo su padre con su tono de voz habitual—; sólo queda avisar a Brame y oír su parecer. Creo que harías bien en hablar de ello a Alberto. ¿Quieres que le hable yo? —preguntó ansioso.

Pero ¿qué le diría a su yerno? Nunca se habían entendido muy bien los dos.

—No —se apresuró a decir Kit. Y rió. Se levantó y se acercó a él; lo cogió de un brazo y lo besó—. No te preocupes, papá —dijo—. Ya estoy acostumbrada ahora a Alberto. ¡Tiene una suerte!... Saldrá también airoso de esta prueba.

—Así me gusta —exclamó con jovialidad su padre, aliviado de pronto.

Kit se parecía a su madre: era tan práctica, tenía tan buen sentido... Éstas eran las cualidades que más prefería en su mujer. Siempre, cuando se sentía excitado —detestaba sus excitaciones, pero no conseguía evitarlas—, su mujer lo apaciguaba con su voz serena y tranquila. Su voz conseguía dominarlo. Detestaba los remilgos y los temía, consciente de la profunda debilidad que sentía en lo íntimo de su naturaleza.

—Excelente muchacha —dijo; y le dio un rápido beso sobre la frente.

Cuando Kit salió, exhaló un suspiro. Se sentía fatigado. Tocó la campanilla. Smedley apareció.

—¿Queda todavía del whisky añejo? —preguntó.

—Sí, señor, una botella.

Smedley había repuesto en secreto aquella botella el día en que Alberto conquistó el Pangbat.

—Tráigamela —ordenó Tallant.

Cuando sólo quedaba una botella de cualquier añejo y raro licor, le gustaba bebérsela solo, tranquilamente, poco a poco. ¿Por qué no? Desconfiaba de todos los paladares que no fueran el suyo.

—Sí, señor —dijo Smedley con cierto pesar.

Kit, dando vueltas inquieta por la casa, deseaba que Alberto estuviese ya presente a fin de poder discutir inmediatamente con él la situación. Pero Alberto no regresaría hasta el día siguiente.

Cogió un periódico de la mesa del vestíbulo por el que pasaba casualmente en aquel momento y leyó este titular: Alberto visita su pueblo natal. Volvió rápidamente la hoja.

Desde luego, si llegara a saber que Alberto, aquella noche en el pequeño hotel hindú, no había sido sincero con ella, le sería imposible seguir viviendo con él. Pero pensó sombríamente en qué diferencia existía prácticamente entre su falta de honradez real o sospechosa. Si no podía sentirse segura de la honradez de su marido, ¿no era en sí y para sí, ya insoportable esta incertidumbre? Claro era que no había tenido valor para gritarle a Baker a la cara: «Alberto es incapaz de cometer una cosa semejante!» ¡La verdadera desgracia era que, fuera como fuese, ella sabía que Alberto era hombre capaz de cometerla!

Mientras pensaba de este modo, seguía volviendo inconscientemente las hojas del periódico, y de pronto sus ojos se fijaron en una mancheta publicitaria, de la que se destacaban las letras de una única palabra: Libertad. Se detuvo y la miró como si contuviese un mensaje.

«¡La comedia de Norman!», pensó.

Era como si él le hubiese hablado. Había pensado en Norman desde su regreso a la patria, no incidentalmente sino como en uno de sus amigos a quienes podía ir a encontrar si llegase a necesitar ir en busca de alguien. Ahora, con su clásico poder sobre ella, intervenía sencillamente en su indecisión con aquella predilecta palabra suya que obraba sobre ella como una orden. Obligada a aplazar su conversación con Alberto, iría sola a ver la obra de Norman, sin decir nada.

Norman había sido a la vez autor y empresario, como solía hacer siempre con sus obras. Kit llegó al teatro con bastante antelación. Así dispuso de mucho tiempo para contemplar el pesado telón negro sobre el cual se leía escrito en diagonal, con enormes letras rojas, la palabra Libertad. De la butaca demasiado próxima al escenario donde Kit estaba sentada, la palabra aparecía gigantesca y apagada. Pero era la única butaca que había encontrado disponible y por casualidad, pues seguramente alguien la habría devuelto a última hora. El teatro estaba lleno. Al llegar media hora antes de dar comienzo la función, Kit ya había encontrado el cartel de No hay localidades. Dos filas detrás de ella alguien, ante un acomodador perplejo, discutía ásperamente a propósito de las localidades. Kit no suponía que la obra

tuviese tanto éxito. Evitó mirar en torno suyo, no deseando encontrarse con ningún conocido.

Por otra parte, el telón se levantaba ya...

Todas las obras de Norman reflejaban un poco sus casos personales. Una vez ella se lo había reprochado y él, desde luego, lo había confirmado.

—He aquí la razón de que sean reales —había dicho con calma—. Por lo menos me conozco a mí mismo.

Pero, como no tardó en comprobar Kit, en su obra Libertad era más Norman todavía que en todo cuanto hasta entonces había escrito. El personaje era un hombre —él— que poco a poco se iba librando de sus exigencias, renunciando a todo sin llegar a suprimir jamás la necesidad de un gran y único amor. Contra esta suprema exigencia luchaba como habría luchado contra la muerte. Era ésta la obra de la que él le había hablado sin avergonzarse de ello, pronto se dio cuenta de que la había escogido a ella como modelo para simbolizar el amor. Incluso se había valido de su expresión, de su temperamento, de su forma y modales en el hablar, de su misma costumbre de escribir versos, atribuyéndolo todo a su personaje encarnado por la primera actriz, una mujer morena, delgada y esbelta. Ahora más que nunca Kit se sintió satisfecha de que no se hubiese anunciado oficialmente su noviazgo con Norman. Sólo Gail adivinaría quizá; pero no hablaría nunca de ello.

Esperó el final previsto; Norman, naturalmente, triunfante, libre, solo. Se emocionó en la parte de la obra que se desarrollaba entre los encontrados sentimientos que la agitaban a ella misma. Norman había plasmado el personaje de la mujer con una especie de delicada comprensión y simpatía. El Andrés de la comedia, que se liberaba de Elena, cumplía este gesto sin crueldad, con verdadero dolor, tan asombrado como ella de su impulso hacia la liberación. Kit, con las lágrimas en los ojos, escuchaba su afanosa y vacilante explicación de cómo y por qué no podía casarse con ella. Casándose —decía el héroe— en cierto modo se habría condenado. No podía explicar; sentía solamente. Kit, observando a la muchacha, se veía a sí misma... Esperaba ver caer el telón ante un Norman libre y totalmente triunfante.

Pero el telón no cayó. Y entonces recordó que él había retirado la obra y había vuelto a escribirla durante su ausencia. El final era ahora otro. El triunfo no llegaba. Norman no era libre. Quedaba el Norman que, habiendo renunciado a todo, apartándose de todos, hasta de ella, no podía renunciar a sí mismo. En su interior seguía sujeto a todo: a la aspiración del amor que temía y que huía por consiguiente, en definitiva al eterno descontento de la causa por amor a la cual había renunciado a todo. Él que había deseado la libertad por encima de todas las cosas, no era, a pesar suyo, libre. El telón caía ante el héroe solo y sin embargo, esclavo, ya que no de otros, de sí mismo.

Kit se levantó mientras el teatro resonaba bajo los aplausos del público,

impulsada por el deseo de volver a ver a Norman y hablarle. Sabía que él no estaba en el teatro, pues era una costumbre no asistir nunca a las representaciones de sus obras después del estreno... «Cuando mis obras han pasado al público, ya no me pertenecen», solía decir.

Cruzó ; la calle, entró en una pastelería, se encerró en la pequeña cabina del teléfono público y marcó su número. Quizá no encontraría a Norman: No había vuelto a tener noticias de él desde su regreso a América, pero recordaba que solía estar en su casa cuando se representaban sus obras. Al cabo de un rato oyó su voz impaciente como siempre:

—Sí, ¿quién habla?

—Kit.

—¡Kit! —exclamó—. Precisamente estaba tratando de escribirte una carta. Hace una semana que intento hacerlo, cada noche.

—He visto tu obra.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Él calló por espacio de un segundo.

—¿Te parece bien? —preguntó a continuación.

—Sí y no —repuso Kit con tono tranquilo—. ¿Cómo podría pronunciarme? Sabía que era lo que era, salvo el final. No conocía en absoluto el final.

—El final es la parte más justa y real —dijo él.

—¿De veras?

Si era tal como aseguraba, pensó Kit, todo podía derivar de este final.

—¿Dónde estás? —preguntó Norman.

—En la pastelería, frente al teatro.

—Ve al mostrador, pide algo y espérame.

El auricular, al colgarse, produjo un sonido metálico, Kit se volvió. Durante días y días no había sido más que la señora Holm, pero ahora se evadió de la mujer de Alberto como la crisálida de su capullo y se precipitó hacia el mostrador, libre de repente de todas las preocupaciones que le ocasionaba Alberto. ¡La señora Holm se preocupaba ahora de sus propios asuntos!

—Un mantecado de fresa con soda —ordenó al camarero.

En la cabina telefónica le pareció ver una figurilla delgada que la observaba llena de consternación. ¿Qué haría Alberto si la aventura tuviese consecuencias? Atacó su helado resueltamente. Quizá podía ocurrir algo, pensó. Todo podía ocurrir; dependía de Norman. Sorbió lentamente, contenta del frescor que sentía en la boca. Sentía sus mejillas enrojecidas y sus ojos ardientes bajo sus cejas. Quizá había llegado el momento lo mismo que le llegó de niña cuando, temerosa de zambullirse, todo parecía empujarla al salto al que siempre se había negado. Quizá esta noche, al

franquear aquella puerta habría tomado también su decisión hacia la libertad.

Norman hizo su entrada en este momento. Ella vio su imagen en el espejo detrás del mostrador e inmediatamente lo reconoció, conocía la línea de sus hombros y la inclinación de su sombrero. Ahora estaba ya balanceándose sobre el taburete junto al suyo, sonriéndole.

—¡Hola, Kit!

—Hola —dijo ella. Alzó los ojos de la paja introducida en su vaso, y continuó sorbiendo.

—¿Qué tomas? —preguntó él.

—Fresa con soda.

—Otro para mí —ordenó Norman al camarero.

Permanecieron callados por espacio de unos minutos. Luego él la arrebató de su silencio soñador.

—El primer final de mi obra era el que yo quería —observó—. Era el original. El segundo se me ocurrió cuando volví a escribirla.

—¿Por qué volviste a escribir tu obra?

—Porque así fueron las cosas —repuso; luego, con énfasis añadió—: Esto dura todavía.

—Lo sé —dijo Kit.

—No vayas a creerte victoriosa.

—Ni tú tampoco —observó ella, levantando los ojos.

Quería reír, pero no lo hizo. Esta sencilla conversación con él era un puro placer. Se lanzaban las frases, seguros ambos de sus contestaciones.

—Es una especie de lotería —convino Norman.

—Yo esperaba un final de Norman el Magnífico, en marcha, sólo, hacia el sol naciente —dijo Kit.

—¡Cállate ya!

El camarero que pasaba el trapo sobre el mostrador, a corta distancia de sus vasos, los miró extrañados. No comprendía nada. Pero desde luego este «¡Cállate ya!» no era una contestación muy apropiada para una muchacha bonita. Lanzó una aviesa mirada a Norman y preguntó:

—¿Les sirvo algo más?

—No —repuso Norman. Lanzó sobre el mostrador algunas monedas y dijo a Kit —: Ven conmigo.

Fuera, en la calle oscura, Norman cogió con decisión la mano de Kit y la puso bajo su brazo.

—¡Anda! —dijo—. Cógeme del brazo, ¿quieres?

—¿Para ir dónde?

—No sé. Paseamos, esto es todo.

Lo siguió a través de la inmensa multitud que paseaba durante la noche por Broadway. La gente estaba extrañamente silenciosa. Mientras la muchedumbre del mundo entero hallábase alegre y animada, la de Broadway parecía siempre grave y distante; todos miraban con ojos muy abiertos, empujando al vecino como si llegara tarde a alguna cita que estaba todavía lejos. Pero quizá también ella, como Norman, tenía esta expresión. Levantó los ojos hacia el perfil de Norman para mirarlo. En este instante él también se volvió.

—¿No cambiarás nunca? —preguntó con voz ronca—: Enhorabuena, Kit, ¿no quieres cambiar ni siquiera un poco? Creí que el matrimonio ejercía algún efecto sobre la mujer, que la hacía engordar, envejecer o cambiar de algún modo. ¿Cómo puedes conciliar con tu conciencia el continuar siendo siempre la que has sido? —Le apretó con fuerza la mano contra el tórax y, en la azul reverberación de un anuncio luminoso, Kit vio su rostro ferozmente inclinado sobre el suyo—. Un poco más —le dijo luego con voz desesperadamente indiferente— y te pediré que abandones tu casa y tus deberes y huyas conmigo.

—¿De veras?

—Si se me obliga —repuso Norman.

—Podría no ir —dijo ella; y luego, dado que odiaba la coquetería, agregó —. Desde el momento que también si quisiera podría hacerlo.

—Oye —dijo Norman—, nosotros estamos en desacuerdo en algunos puntos, ¿no es cierto?

Ella asintió. Vio en el rostro de él una expresión firme y decidida.

—Bien, entonces vayamos a alguna parte y tratemos de ponernos de acuerdo — dijo Norman—. Pero ¿dónde ir? —Frunció un momento las cejas pero no acertó el paso—. ¡Maldita ciudad! Si deseas salir de noche con una mujer... Espera, cojamos el barco; quiero decir el barco de la isla de Staten. Está vacío y es discreto como un teatro después de la función. Cuando quiero encontrarme solo, lo cojo para viajar de un lado a otro durante media noche. —Tomaron un taxi, la hizo sentar en un ángulo y él tomó asiento en el otro, lo más distante posible de ella—. Juego leal —murmuró—. Quiero ver las cosas claras, y tú eres quien puede desbaratar mi juego sobre la mesa más que cualquier otro. Cuéntame algo, Kit, pero nada de ti o de mí.

Ella no rió porque Norman estaba hablando en serio. Por otra parte, ella también deseaba ver claro. Algo podía o tenía que ocurrir aquella noche. Algunas vidas podían cambiar de rumbo, ser lanzadas una contra otra, separadas; no tan solo la suya y las de Alberto y Norman, sino también las de las gentes que ella no conocía y que estaban tan inexplicablemente ligadas a la suya.

—Tu éxito, si deseas la libertad, Norman —dijo bruscamente Kit—, es más bien agobiador.

—Agobiador, tienes razón —convino él; y luego añadió con voz algo ronca—:

Pero es extraño, Kit; esta carga me gusta. Había dicho que el éxito no me interesaba... Pero, en cambio, me importa. Y me produce cierta emoción cuando leo que mis obras tienen alguna importancia para alguien. Luego me maldigo y me insulto por ser como tantos (como todos) y rompo las cartas en las que se me halaga. ¡Yo no escribo para servir de ayuda o de utilidad a los demás como un samaritano! Si escribo para otros más que para mí es para hacerlos enloquecer para siempre.

—¿Y no contestas a las cartas de tus admiradores?

—No —y agregó con voz todavía ronca—: No quiero mezclarme con la gente.

Kit se quedó pensativa. Si hubiese vivido con Norman, él la habría tratado de un modo despiadado. También ella hubiera tenido que aprender a comportarse de una manera análoga, sin rodeos, como él. Pero no tener piedad o miramientos era el precio de la libertad. Si, por ejemplo, ella decía a Alberto que quería recobrar su libertad, había de extraer de alguien la despiadada fuerza de esta declaración... quizá de Norman... para conseguirla. Por lo tanto, si lo hacía pronto —¿mañana?— quizá su despiadada decisión bastaría para conseguir su finalidad.

—Ya hemos llegado —dijo Norman. Pagó al chófer y subieron a la barca. Junto a ellos, salvo un viejecito con la cabeza envuelta en un pañuelo gris a pesar de estar en verano y puesto sobre el pañuelo su sombrero, no había nadie—. Ven aquí —dijo Norman a Kit—. Hay un rinconcito que conozco. —La condujo hacia proa—. ¿Cómo estás con los tuyos en casa? —preguntó.

—Alberto no está... —comentó Kit.

—Ya lo sabía; la noticia con su imagen reproducida en todas partes ha inundado los periódicos.

Kit no prestó atención a sus palabras.

—Mis padres han tenido que asistir a un banquete. Sí regresan a casa creerán que estoy tranquilamente acostada.

Se sentaron debajo de una escalerilla. El barco comenzó a moverse. No sintieron nada, sólo se dieron cuenta de las luces que se iban perdiendo en la lejanía. Sentada rígida y algo apartada de él, Kit las contemplaba. Norman se levantó el cuello de la chaqueta y se metió las manos en los bolsillos. Éste era un modo, pensó, de no perder la cabeza. Luego, de repente, habló:

—Bien, Kit, ¿qué te parecería casarte conmigo?

Ella recibió una impresión tal que comenzó a balbucear como le ocurría cuando era niña.

—Yo... yo...

El corazón parecía estallarle en el pecho.

—Párate y cuenta hasta diez —le ordenó él. Y esperó—. Luego vuelve a empezar. Ella se echó a reír.

—Lo que quería decirte es que no esperaba esta salida tuya tan imprevista.

Suponía que no hablaríamos jamás de este asunto.

—La cuestión está sobre el tapete.

—Y los argumentos, ¿en pro o en contra?

—Sé de memoria la retahíla —repuso rápidamente Norman—. Los argumentos en contra están en neta preponderancia. Hasta te diré que todos están en contra. Odio la idea de casarme con la mujer de otro, odio el escándalo y la publicidad de contraer matrimonio, en particular, con la esposa de Alberto Holm. Yo no quiero casarme con ninguna mujer: tengo una casa y no siento la necesidad de tener hijos. Todos estos argumentos están en contra. Lo positivo es que desgraciadamente sigo estando enamorado de ti.

El corazón de ella dio un vuelco al recordar el tiempo, años atrás, en que él había destrozado su vida.

—¿Cómo sabré que esto basta? —preguntó—. ¿Cómo sabré que algún día no volverás a repetirme la frase de que no me amas lo suficiente para continuar?

—No sé —dijo él en voz baja—. Desde luego terminaré repitiéndola un día u otro. También alguna vez me diré que habría preferido no casarme; y sabes que cuando tengo un sentimiento o un pensamiento de esta clase, lo digo. No puedo esconder nada.

No, pensó Kit, él no escondería nunca nada. Si ella y Norman se casaban, toda su vida sería un libro abierto. No existirían silencios entre ellos dos.

—Sabes lo que quiero decir, Kit. —La voz de Norman llegaba de la oscuridad y era tranquila. Ella la sentía clara en el suave deslizarse del barco sobre el agua—. Tú sabes que estoy sujeto a sufrir un cambio de un momento a otro; pero si éste no me alcanza en serio, sé que quizá al día siguiente pueda volver a mis sentimientos anteriores...

—¿Y cuáles son, en este momento, tus sentimientos?

—Exactamente los mismos del personaje de mi comedia en el momento en que cae el telón —repuso Norman.

Callaron durante algunos momentos. Las luces de la otra orilla se acercaban. Kit sentía un poco de frío, pero no quiso moverse por temor a que sus vertiginosos pensamientos se turbaran. Porque, en realidad, estaba meditando muchas cosas. Desde luego, no podía decidirse de repente sobre una vida. Ella no era capaz de hacerlo.

—¡Dios, qué deseos siento de besarte! —murmuró Norman—. He de besarte.

Sintió que el vértigo se apoderaba de ella impulsándola a un solo deseo, el de volverse hacia Norman y devolverle beso por beso. Era ésta la necesidad fundamental. Y, sin embargo, vacilantes, percibía los débiles ecos de todas las cosas que sabía. Si besaba a Norman y recibía el beso, esto sería algo más que una simple caricia. Gail podía considerar el beso como una futilidad, una moneda insignificante

que podía cambiarse aquí y allá; pero Kit, jamás; en ningún caso. Y en esta circunstancia sabía muy bien, y también lo sabía Norman, que no habría sido un juego. El encuentro de sus labios sería un trozo de yesca que finalmente se acercaría a la lumbre. El fuego ardería y los envolvería y no tardaría en alcanzar los sentimientos de millones de personas.

—¡Kit! —dijo Norman con voz ronca.

Ella sentía sus ojos ardientes en la oscuridad.

—Norman —repuso con voz débil—. No se trata tan solo de un beso...

—No me importa —murmuró él—. ¡Kit!

Alargó una mano y ella sintió miedo. Anhelaba y temblaba con las manos ardientes bajo las suyas. En aquel momento, cuando iba a abandonarse a él, alguien se paró a su lado y les dijo con voz débil:

—¿Perdonen, podrían favorecerme con algo, por favor?

Era el viejecito con la cabeza envuelta en un pañuelo. En aquel preciso instante el barco se acercó al muelle, dio una sacudida y se detuvo.

—¡Pobre de mí! —murmuró débilmente el mendigo.

Norman extrajo dinero de su bolsillo y se lo dio.

—Tome, vaya a bebérselo —dijo colérico.

El hombrecillo cogió el dinero y se apresuró a bajar. Las luces resplandecían ahora demasiado próximas a ellos. No era posible continuar.

—¡Maldición! —exclamó en voz fuerte Norman.

Kit no respondió. Se levantó inquieta y se acercó a la barandilla. Nadie subió a bordo. El barco hizo de nuevo la maniobra y dirigió la proa hacia las luces más lejanas.

Pero Kit no volvió junto a Norman en el rincón vacío. Después de una pausa, él se levantó y se acercó a ella.

—Volvemos al punto de partida —dijo ella.

—Así parece.

¡Qué extraño parecía que un momento de vida, de evolución en apariencia inminente e inevitable, podía disiparse por un motivo tan fútil! Pero bien es verdad que tras el hombrecillo había millones de sombras.

Kit, con Norman al lado, paseó un poco de un lado a otro de la toldilla. Hablaron poco; él le preguntó si tenía frío y ella dijo que no. Siguieron otras frases indiferentes. Y ya no volvió el momento perdido.

Sólo en el último instante, cuando el taxi se detuvo ante la puerta de la casa de Kit, Norman dijo:

—¡Kit, lo que he dicho... lo he dicho en serio!

—Lo sé.

—¿Qué harás ahora de mí, Kit?

—Te lo diré cuando lo sepa.

—Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches, Norman.

Sus manos se juntaron, se oprimieron y se soltaron luego.

No podía dormir, Kit había dado vueltas y más vueltas en su cama, tratando de encontrar la postura cómoda. Pero con tan violenta agitación interior era imposible descansar.

Finalmente se levantó, aunque apenas había amanecido; tomó un baño y durante mucho rato se peinó los largos cabellos para dar así mayor alivio a su cabeza. En medio de su gran confusión, lo mejor que podía hacerse era estudiar bien los propios pasos. Había visto a Norman y no volvería a verle hasta haber serenado sus pensamientos.

Se puso su bata de terciopelo azul y se sentó junto a la ventana. Para que la decisión fuese justa, había de esperar a Alberto. Si no hacía las cosas con justicia, no se sentiría nunca satisfecha de nada en el porvenir. Había de tenerlo ante sí y decidir de él en su presencia. En cuanto a Norman, no sentía la necesidad de encontrarlo, ya que no conseguía olvidarlo. Veía y sentía a Norman, con perfecta claridad, como si hubiese estado allí en la habitación. Nada podía borrar su imagen. Mentalmente, abstrayéndose de nuevo un poco, se preguntó:

«Si lo veo tan claramente, si siento tanto su presencia, ¿no es todo esto una prueba suficiente? ¿Por qué, entonces, le resisto?».

¿Por qué le seguía resistiendo? ¿Era el recuerdo del golpe que una vez le había asestado o la conciencia de que era capaz de volver a herirla de nuevo en el porvenir? Lo ignoraba. Y al cabo de un rato se dio cuenta de que estas preguntas nada tenían que ver con su resistencia. Recibir un golpe no tenía importancia si el final era justo. No, no la familia, no ese frío y odiosísimo público, ni siquiera el golpe sufrido en el pasado la hacían resistirse. ¿Era entonces Alberto? No podía decirlo todavía; en este momento era un fantasma.

Permaneció así largo rato hasta que se sintió tan fatigada que no pudo seguir pensando. Dormir... ¡Poder dormir! Corrió los visillos, se quitó la bata y se acostó cubriéndose con las mantas. No tenía ya lugar para otros pensamientos. En su cerebro había dado vueltas y más vueltas a todas las posibles soluciones y siempre se había detenido ante el callejón sin salida de la espera de Alberto.

Dormía tan profundamente que se resistió a descubrir lo que la estaba despertando. Alguien le tiraba el pelo, le pellizcaba las mejillas, le daba golpes en las palmas de las manos y la sacudía por la espalda. Oyó la voz de Alberto:

—¡Kit, espero que no estés muerta!

—No, no, no creo —murmuró indistintamente ella.

—¡Pues, entonces despiértate... estoy de vuelta!

¡Alberto de regreso! Entonces debía de ser casi mediodía. Había dormido toda la mañana. Ahora luchando contra un sentimiento de laxitud, abrió los ojos. Sí, era él.

—Alto... guapo... ojos azules... —murmuró.

—¿Qué estás diciendo, Kit? —preguntó Alberto asombrado.

—Como salido de una novela... —murmuró todavía ella.

¡No importaba si él no comprendía! No tenía que dar explicaciones.

—Kit, ¿qué te ocurre? —gritó casi él.

—Nada. —Dijo esta palabra casi precipitadamente, y se incorporó en el lecho. Pero sintió que su cabeza daba vueltas y volvió a acostarse—. No he podido conciliar el sueño durante mucho rato y ahora me estaba desquitando.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿No habrás estado acaso de juerga, eh?

Ella movió la cabeza.

—No; fui al teatro sola, y una vez terminado el espectáculo me entretuve conversando con el autor de la comedia.

—¿Quién es?

—Norman Linlay.

—¡Él! —El rostro de Alberto adquirió una repentina expresión de gravedad—. ¡Tendrías que avergonzarte, Kit!

Ella no contestó. Hubiese deseado no hablarle de ello, pero estaba demasiado fatigada para pensar. Una vez se hubiese levantado, tomado una ducha fría y recuperado las fuerzas después de un buen desayuno, entonces, quizá... Se levantó y se puso la bata.

—Mamá me ha encargado que te saludara —dijo Alberto; y mirándola se tendió a su vez sobre el lecho. Ella resistió a la impresión desagradable de esta actitud.

—¿De veras? Gracias. —Comenzó a peinarse—. ¿Todo sigue igual?

—Sí. Pero tendrías que dar alguna señal de vida a mis padres, Kit. Han estado muy contentos de volver a verme. El pueblo entero acudió a recibirme.

Se había propuesto no hablar antes de estar vestida y de haber tomado el desayuno. Sin embargo, se volvió hacia él, con el peine todavía en los cabellos.

—¿Liliana también?

Esto no formaba parte de lo que ella había pensado decir. Ni siquiera había vuelto a pensar en Liliana desde hacía varias semanas. Se golpeó la boca con los dedos como una chiquilla y lo miró.

Él se levantó.

—¿Qué diablos quieres decir? —preguntó. Le cogió una mano y la estrujó violentamente en la suya. En su asombro, ella no sintió el dolor.

—No sé —dijo con lealtad—. No tengo la menor idea del porqué te he dicho esto. Además, no me importa nada de ella desde hace mucho tiempo. Créeme que casi la

había olvidado.

—Quieres decir... —articuló Alberto con dificultad.

—¿Que estaba enterada? Pues claro, Alberto, conocía desde hace tiempo tu paréntesis con Liliana.

—Y me hiciste creer...

—¿Por qué no? —exclamó ella—. ¿Por qué hubiese tenido que comportarme de otro modo ante tu silencio?

—No me hablaste nunca de ello —balbució él.

—Ni tú tampoco —replicó Kit con dureza—. Además, Alberto, yo te dije todo lo que tenía que decirte. Te hablé de Norman, un día en el barco y esperaba que tú a tu vez me hablaras de Liliana. Pero tú callaste. Esto es lo que me duele... y lo que me dolerá siempre: este proceder tuyo de no decirme nunca nada.

—Todo había terminado —murmuró él— mucho antes de que te conociera.

—Razón de más para preguntarte por qué no me hablaste nunca de ello.

Se quedó asombrada del desdén con el que pronunciaba aquellas palabras. ¡No era, pues, este el verdadero motivo de su cólera contra Alberto!

Él la miró. ¡Asombroso! Su rostro sólo revelaba la más completa e inocente aflicción.

—No sé —dijo lentamente—. No sé siquiera explicarme mi silencio, Kit. No he callado a propósito. Al principio no quise que los periodistas metieran la nariz en mis asuntos; luego, después de haber dicho blanco, me pareció inoportuno decir negro.

—¡Incluso a mí!

—Es que... —balbuceó—. Es que pensaba precisamente... que, ignorándolo, tú no te disgustarías.

—¡Pero bien ves que te has equivocado! —dijo Kit con gravedad.

Él no contestó. Se sentó a los pies del lecho, apoyó los brazos sobre la madera y ocultó su rostro en ellos. Ella se quedó mirándole. ¿Qué era lo que estaría pensando? No tenía la más remota idea. De repente, él levantó la cabeza:

—¿Otros están enterados? —preguntó.

—Lo sabemos mis padres, Brame y yo. Nadie más. Quizá estén al corriente algunos periodistas, pero no por culpa de nuestra indiscreción. Nosotros lo hemos mantenido en secreto.

Él se levantó, se apartó de su lado, se arregló la corbata y se miró las uñas. Ella veía perfectamente que su soberbio y estúpido instinto de reserva encontraba justificaciones.

—Fue un divorcio en toda regla —dijo con el tono de quien se defiende.

—Lo sé todo —dijo tranquilamente ella—. Liliana me lo ha contado... casi todo.

—¿Liliana te lo ha dicho?

Se volvió y la miró. Ella leyó la incredulidad en sus ojos.

—Fui a verla durante tu enfermedad. Alberto —dijo Kit con la misma calma.

Él ahora, la miraba con una expresión colérica.

—¡Bonito! Muy bonito por parte de una esposa... —comenzó.

—¿Te asombra? Pero yo supe que se hablaba de ello. Y tú, por tu parte, te guardaste muy bien de decírmelo.

Se repetía, pero con Alberto era preciso repetir las cosas cien veces, pues de otro modo se escabullía.

—¿Cómo podía hacerlo si estaba enfermo?

—Antes de que lo estuvieras ya habían transcurrido muchos meses —replicó Kit—. ¿No digo acaso la verdad? —insistió con inalterable dulzura.

Él calló.

—¡Habla, Alberto!

Vio que él había decidido una vez más no contestarle. No pudo contenerse.

—Si no me contestas —dijo—, me negaré a seguir viviendo contigo. Esta vez te hablo en serio.

Tuvo la impresión de que él iba a precipitarse sobre ella, golpearla, y se dispuso a reaccionar. Pero él dijo:

—¿Qué quieres que te diga? Estoy dispuesto a decirlo todo. ¡Maldición! No puedo más con las mujeres...

—Perfectamente, Alberto —dijo Kit—. Pero dejemos aparte a las mujeres. Por otra parte, no sé muy bien por qué he empezado a hablar... Liliana no es lo que tiene más importancia. Hablemos más bien de los hombres. ¿Porqué no me dijiste nada de lo que los componentes de la expedición habían dicho a Baker sobre lo que opinan y dicen en contra tuya?

Él la interrumpió:

—Kit, es cierto que alguna vez no cuento todo lo que sé, pero esto no constituye un engaño. Tú reaccionas siempre como si yo mintiese, únicamente porque yo no te confío todas mis cosas.

Sus ojos asombrados y su voz ofendida le causaron un sentimiento de malestar. No podía decirle: «Si, creo que mientes, Alberto», ya que, en el fondo, no lo creía así. Y he aquí que él comenzaba a influir de nuevo sobre ella... ¡Lástima que tuviese aquellos ojos tan azules!

—Si los hombres de la expedición tienen razón... —comenzó insegura.

Él la interrumpió con ardor:

—Kit, si tienen razón, yo seré el primero en decirlo; naturalmente, es la única cosa que se puede hacer.

—Y quedarás arruinado.

Lo midió con la mirada. ¿Se habría confesado de veras?

Pero no creía que lo hiciera.

—Le conviene a Brame precaverse contra esto —dijo con cierta malicia Alberto.

Y aquí su rostro adquirió una nueva expresión provocada por un sentimiento que ella jamás le había conocido.

—Kit, probablemente tú no me comprenderás cuando te diga lo que voy a decirte. Pero es la verdad. Yo ya no soy el mismo individuo que era antes de que todo esto me ocurriese. Quiero decir que los sentimientos que la gente siente hacia mí me han hecho cambiar.

Vaciló, mirándola con cierto embarazo.

—Pues bien, Alberto.

No lo amaba y, sin embargo, se sentía impulsada a ayudarlo en su autodefensa. ¿Qué magia tenía aún Alberto sobre ella? Alto y apuesto como siempre, estaba ante ella, y también ahora Kit se daba cuenta de su belleza y sentía el hechizo de su voz.

—Te explicaré, Kit. Antes sólo era capaz de pensar únicamente en mí y no en los demás, en preocuparme, en encontrar por todas partes lo que deseaba, en divertirme y en comer bien. Ahora soy distinto; ahora siento la responsabilidad de ser lo que soy.

¿Qué quería decir con aquellas palabras? No lo comprendía. ¿Quizá Alberto maduraba algo que le había pasado completamente inadvertido?

Él la miró con aire solemne.

—Tú no te das cuenta de lo mucho que he cambiado, Kit, pero te digo que es así. Apenas bebo ya, no miro a las chicas... quiero decir con los ojos con que las miran hasta los hombres casados cuando no hay peligro... Siento que no puedo comportarme como uno cualquiera. Mientras escalaba aquella montaña, no hacía más que repetirme: «Alberto Holm, millares de personas piensan en ti en este momento... millares de americanos te desean buena suerte. Todos quieren que tú alcances la cumbre». Y cuando me sentía desfallecer a causa del viento helado, y cuando la nieve castigaba mis ojos y hasta la sangre parecía dolerme, helada, en las venas, seguía subiendo... porque era lo que la gente esperaba de mí. —Se acercó a ella y la ciñó con sus brazos—. Así soy y pienso ahora, Kit.

Kit no se movió y mentalmente aplazó de nuevo toda decisión. No quiso decirle que una vez en un hotel, él le había dicho que pensaba en ella escalando la cumbre. Él creía en todo lo que decía y Kit sabía que no era posible hacer nada... Fuera como fuese, era preciso evitar decisiones tomadas bajo el impulso de la piedad o de la comprensión, o de este indefinible sentimiento que alentaba ahora en ella, efecto de la pueril magia que la naturaleza le había cedido como don, un don accidental como el nacimiento de un poeta en la casa de un molinero o de un gran músico en la choza de un aldeano. Ahora ella no quería pensar en sí misma. Era preferible aplazar de nuevo cualquier decisión haciendo frente a las dificultades, cualesquiera que fueran, que aguardaban a Alberto. Luego, quizá se sentiría libre.

—Tengo hambre —dijo él dejándola marchar.

—Yo también —dijo ella, de repente hambrienta.

No había tiempo que perder; era preciso ver a Brame. Mientras comía escuchando la conversación de Alberto, pensaba en lo que diría al agente. Brame tendría que ir a ver inmediatamente a Baker antes de que éste fuese a encontrar a Canty. Baker, en efecto, había dicho que Canty tenía que ser informado en seguida, ya que era el que había costado la expedición.

«Pero ¿por qué me preocupa en definitiva?», volvió a preguntarse Kit, observando a Alberto al otro lado de la mesa. Ahora que sentía que entre ambos todo estaba aclarado, él reía alegre. Kit lo observaba con esa indiferencia suya en la que se hubiese reconocido Gail.

—Eres en verdad odiosamente guapo, Alberto —dijo sonriendo.

—Esto es precisamente lo que Gail me dice siempre —replicó él sin la menor sombra de vanidad.

¡Extraordinario! Pero era realmente así. Alberto carecía de vanidad. Su vanidad era muy grande, pero inconsciente; era una desmesurada egolatría, exenta, sin embargo de mezquinas ostentaciones y por eso fundamentalmente ingenua. En realidad, no le importaba sinceramente ser guapo. Aceptaba aquella cualidad con una enorme e imperturbable complacencia que, por otra parte, era del todo inocente. En verdad era un hombre distinto de los demás.

Smedley servía unos pasteles calientes y, después de servirle a ella, se inclinó hacia Alberto, con su colorado rostro lleno de devoción.

—Un poco más de mantequilla —dijo Alberto.

—En seguida, señor —y Smedley se precipitó en busca de la mantequilla.

Kit se echó a reír.

Alberto se levantó.

—Salga, Smedley y cierre la puerta. Quiero besar a mi mujer.

De nuevo rió Kit al ver el rubor de que se cubría el rostro del mayordomo. Pero ya no quería bromear.

—No, Alberto, sé bueno, ahora no —le suplicó.

—¿Es que ya no puedo besarte?

—No, te lo ruego; ahora no —repitió Kit. Tenía que prepararlo un poco; no era decente ceder ahora para más adelante quizá negárselo... todo. Pero al menos él se daría cuenta de su indecisión y de las causas por las que ella aplazaba la decisión final.

—¿Por qué no? Te quiero, ¿no es verdad? —preguntó Alberto.

Era característico; «Te quiero». Nunca «¿Me quieres?».

—No tengo ganas de ser besada —dijo.

—¿No estás acaso enfadada otra vez conmigo?

Ella movió la cabeza y de nuevo vio la alegría brillar en sus ojos.

—No hay realmente motivos para que lo estés, Kit. No quería decírtelo, pero ahí va: no es preciso que te preocupes por Liliana. Liliana se casa. —Una amplia sonrisa distendió su rostro—. ¡Se casa... con Jacobo Rexall! —concluyó:

Ella lo miró y se echó a reír con una irrefrenable carcajada. Reía no tanto por lo que Alberto le había dicho, como de todo y ante todo, de sí misma por haber cavilado tanto sobre Alberto.

—¡No lo dices en serio! —dijo con los ojos llenos de lágrimas, a causa de su risa.

—Hablo en serio. No quería decírtelo, para castigarte un poco, Kit... pero, al fin y al cabo, ¿por qué no? ¿No es como para hacer reír a un caballo? Liliana se puso a la caza de Jacobo cuando éste aún no había llegado a casa; todo Misty Falls hablaba de ello. Jacobo cayó... por cablegrama. Se han hecho construir una pequeña casa amueblada a estilo moderno, Kit... una maravilla. —¿Por qué seguía ella riendo? ¡Absurdo, que absurdo era todo! Él también reía disfrutando de su relato—. ¡Así ya no tendrás motivo para sentirte celosa, Kit! —exclamó.

¡Inútil e imposible labor la de intentar decirle que jamás, ni siquiera por un momento, había sentido celos de nadie! Alberto no comprendía nunca que ella no había sufrido a causa de Liliana, sino por causa de él.

Por fin cesó su risa, suspiró y secó sus ojos.

—Dejemos estas habladurías; he de ir a ver a Brame, Alberto.

Pero ¿por qué? Todo, al final, terminaría favorablemente para Alberto, hiciera lo que hiciera. La justicia nada podría contra él.

—De todos modos no sé por qué me preocupo tanto por esto —dijo en voz alta Kit—. Probablemente todo acabará bien.

—No, es mejor que vayas —insistió él—. Yo iría, pero tú lo arreglarás mejor.

La sonreía mirándola con el rostro inclinado hacia ella.

—De acuerdo —asintió Kit.

—Y ahora, ¿quieres besarme? —preguntó él.

Sin aguardar su consentimiento, se inclinó y nuevamente ella sintió la frescura de sus labios. De momento se sintió impotente ante él. Pero pronto volvió a la realidad. ¡Por lo menos no devolvería el beso! Él se incorporó.

—Salgo un momento —dijo.

No se había dado cuenta de que ella se había apresurado a apartarse.

Kit, todavía algo agitada, llegó sola al pequeño y tranquilo despacho de Brame. El agente no había llegado aún. La mecanógrafa de pelo canoso la había hecho pasar y, llevando en la mano un bocadillo que había extraído de una bolsita de papel, le había ofrecido un asiento en el despacho interior; luego había vuelto a su sitio. Kit sentía en el silencio un rumor semejante al que produce el topo y el otro sordo, leve y rápido que se hace al tragar.

Miró en torno suyo y en aquel momento se abrió la puerta, y entró Brame,

secándose los bigotes.

—Señora Holm; no sé cómo excusarme por mi retraso. Es raro que yo pierda el tiempo comiendo; sobre todo a media mañana. Le aseguro que el telegrama ha llegado a mis manos no hará todavía una hora.

—Yo no he venido por ningún telegrama —dijo Kit.

El pálido rostro de Brame se iluminó de alegría.

—¡Entonces me toca a mí anunciarle las buenas noticias! —Y diciendo esto extrajo un telegrama del bolsillo del chaleco—. Querida señora Holm, —dijo con un ardor tan poco habitual en él, que a Kit le chocó el cambio que se producía en sus pequeños ojos pardos—. Querida señora Holm, he aquí su recompensa. Había oído hablar de ella, pero no dije nada no queriendo despertar esperanzas que pudieran ser luego destruidas. No se sabe nunca... ¡Estaba usted en estrecha rivalidad con la esposa del Presidente! ¡Permítame que me felicite con usted por el bien merecido honor que se le hace, señora Holm!

Ella cogió el telegrama que él le ofrecía con mano temblorosa y leyó perpleja:

Designada como la más representativa mujer Americana del Año, unánimemente le ha sido concedida nuestra medalla de oro por su insigne condición de esposa de nuestro héroe nacional, Alberto Holm. Punto. La liga Americana de los amigos del Hogar. Punto.

Kit miró a Brame aturdida por lo absurdo de la clara y violenta ironía del documento que sostenía en la mano.

—¿Es una broma? —murmuró.

—¡Por favor, señora! —replicó en tono jovial el agente—. Es un tributo sincero.

—No lo quiero; no puedo aceptarlo —dijo. Y dejó el telegrama sobre el escritorio—. Hubiese debido telefonarle para explicarle el motivo de mi visita, pero tenía algo urgente que comunicarle y he aquí por qué he venido.

—Estoy a su disposición.

Brame tosió y se secó de nuevo los labios con el pañuelo que trascendió, según Kit, un vago olor a chuleta de cordero. Evidentemente trataba de olvidar lo más pronto posible el telegrama.

—No sé si está usted enterado —comenzó Kit— de que Juan Baker se halla en posesión de una serie de acusaciones dirigidas a mi esposo. —Tuvo cierta dificultad en pronunciar la palabra «mi esposo», pero prosiguió—. Se refieren a la muerte de Ronald Brugh.

Los pálidos ojos de Brame parecían querer salir de sus órbitas. Ahora en efecto, el telegrama había sido olvidado.

—¿Quiere usted explicarse, señora Holm? Temo no comprender bien.

Kit explicó lo más rápidamente que pudo el asunto de las cartas que Baker había leído en el despacho de su padre. Sin embargo, no dijo nada sobre el asentimiento de desconfianza que ella había experimentado respecto a Alberto, y recordando los acontecimientos de la mañana, añadió:

—Naturalmente, no tenía la más mínima intención de perjudicar a Ronald Brugh...

Brame la interrumpió.

—Pero ¡es horrible! —Desanimado se quedó mirándola estúpidamente—. ¡Es algo espantoso! ¡He construido toda la actual publicidad sobre el principio de la devoción de Alberto por sus compañeros! Desgraciadamente, no creo que exista en América otro hombre más digno de crédito que Baker. Cualquier cosa que dijera sería escuchada. No me ha ocurrido jamás una cosa como esta. ¡Catastrófico! Si el público se da cuenta de que un pequeño detalle de su héroe no es tal como él había imaginado...

—Pero la verdad... —comenzó Kit.

Él la interrumpió:

—La verdad puede ser demasiado desastrosa para ser creída, señora Holm. Y, además, existen muchas clases de verdades. Tome por ejemplo a Alberto Holm. Existe, ¿no? No me refiero a su esposo, señora Holm, sino al verdadero Alberto Holm, al héroe, al hombre que todos conocen y admiran. Él existe precisamente porque la gente cree que existe. —Hizo una pausa y prosiguió—: Para millones de individuos, Alberto Holm, es la imagen de la verdad. Usted no lo sabe, nadie lo sabe, fuera de mí porque sólo yo he seguido el proceso a través del cual el muchacho rubio de un tiempo ha ido afirmándose hasta llegar a ser la figura pública que es hoy... un hombre en el que todos tienen fe. Alberto Holm, si así lo deseara, podría presentar su candidatura a la Presidencia de los Estados Unidos... Y la conseguiría. La gente votaría por él, porque... Tome, mire estas cartas, señora Holm. Le explicarán lo que yo quiero decirle.

Y comenzó a revisar febrilmente un fichero clasificado por orden alfabético donde estaban archivadas todas las cartas dirigidas a Alberto, que llovían de todos los lugares de los Estados Unidos.

Kit sonrió con cierta tristeza.

—Señor Brame, a pesar de todo, si Juan Baker tiene razón...

Cada vez más agitado, Brame dijo:

—Voy a ver inmediatamente a Baker, señora Holm. La razón o culpa, nada tienen que ver con todo eso. Juan Baker podría tener absolutamente razón o estar completamente equivocado tratándose de un héroe nacional como Alberto Holm.

Kit estaba desorientada.

Él extraía de su archivo, febrilmente, carta tras carta.

—Mire, señora Holm, si quiere comprobar por usted misma lo que le estoy diciendo. No tiene usted demasiada prisa, ¿no es cierto? Lea estas cartas y vea lo que dicen. Son cartas escritas por una infinidad de personas de todas las clases sociales; hasta hay una del Presidente de los Estados Unidos. Si quiere tener la amabilidad de leerla, señora Holm, mientras yo voy a ver un momento al señor Baker... Ya se me está ocurriendo una posible línea de conducta. Perdone mi insistencia, señora Holm, pero desearía precisamente que leyera estas cartas a fin de que pudiese comprender mejor mi responsabilidad personal hacia toda esta gente y hacia los millares de otras personas que se forman sus opiniones sobre lo que dice Alberto Holm. Sin él estarían perdidos, al menos hasta que otro ocupara su lugar. No se puede conseguir algo como he hecho yo para luego destruirlo. Perdóneme, señora Holm, regresaré lo más pronto que pueda.

Cerró en silencio la puerta y Kit permaneció sola... No, no estaba sola. Las cartas formaban un montón sobre la mesa. Pero no las tocó. Desde hacía mucho tiempo no leía una sola palabra de la ingente cantidad de correspondencia que recibía Alberto, la que, además, constituía una intrusión en su vida, una intrusión no tan fácilmente evitable como la de los fotógrafos, periodistas, curiosos y, en resumen la de todas las personas que se paraban ante su puerta. Pero, como había pensado a menudo colocando a diario sobre la bandeja el enorme montón que se recibía, las cartas eran peores que las personas, porque gracias a unos centavos gastados en un sello, se abrían paso y penetraban en casa para hacer tangibles sus preguntas. Kit sintió una verdadera alegría cuando Brame solicitó que la correspondencia le fuese entregada por Smedley, quien había sido encargado de ir a llevársela en cuanto llegase.

Pero ahora las cartas la habían esperado igualmente. Alargó una mano vacilante y cogió una: era una hoja de papel blanco, del más barato, procedente sin duda de una muchacha o de una criada cualquiera quizás.

Se equivocaba. Era de un muchacho, de un pobre inválido que soñaba con vuelos y aviones, pero que se hallaba inmovilizado, con las piernas encerradas en unas fundas de acero. Kit miró la fecha: la carta era reciente, databa de los días en que Alberto escalaba el Pangbat.

Cada día leo en los periódicos su lucha por esa montaña y he conseguido convencer a mamá para que me busque en una librería un libro que trate de excursiones alpinas. Quisiera poder comprar el libro y guardarlo como recuerdo. Pero somos pobres y por esto no puedo adquirirlo. Sin embargo, quiero que sepa que usted me ayuda a luchar y a intentar caminar. Cada día me digo: «Alberto Holm se abre camino paso a paso. Por lo tanto, yo también puedo hacerlo». Entonces me levanto, doy un paso y luego otro. Me imagino que estoy escalando como usted. Cuando sudo, pienso lo ardua que ha de ser

la empresa para usted, y cuando me duelen las piernas, imagino que sufro las consecuencias del hielo y empiezo a frotármelas como usted lo hace cuando siente que comienzan a congelarse.

Kit dejó la carta. Le parecía oír la voz del muchacho... «Soy sentimental», pensó con sarcasmo. Pero cogió otra y luego otra.

Alberto, ¿cree que un hombre ha de quedarse siempre con su madre tan sólo porque no sienta simpatía por la muchacha con la que él quiere contraer matrimonio?

Alberto, he perdido mi empleo y tengo tres hijos...

Alberto, ¿cree usted que va a haber otra guerra...?

¡Voces, voces del pueblo que invocan a él, siempre él!

¡He ahí el público que ella había odiado y temido tanto! Veía a las personas una por una y finalmente las sentía, y las conocía tal como eran, pobres seres, cada uno con su propio y distinto sentimiento, con su propia aspiración, con la búsqueda de las cosas que podía adorar, desde el momento en que debían adorar, siendo en sí mismos impotentes. Y si ella, Kit, desertando del lado de Alberto, destrozaba la imagen que aquellos seres habían creado para adorar, ¿cómo podía sustraerse a las consecuencias de su acto?

Recogió el telegrama que había tirado al suelo y volvió a leerlo: Designada como la más representativa...

La puerta se abrió de par en par con violencia. Brame hizo su aparición. Parecía tranquilizado.

—¡Ah, señora Holm! —dijo—. ¡Confío en que habrá examinado de nuevo la oferta!

—¿Cómo puedo aceptarla? —preguntó ella. ¿Cómo podía, en realidad?

Brame vio su disgusto y lo interpretó de un modo totalmente erróneo.

—Querida señora —dijo, sentándose—, es natural, dada su modestia, que se sienta anonadada, pero créame cuando le aseguro que millones de personas se regocijarán por este tributo rendido a la esposa de Alberto Holm. Déjeme hacer a mí: redactaré yo una aceptación adecuada y predispondré las cosas del mejor modo posible para la cuestión de la medalla... —Encerrada en su asombrado silencio, con la hoja de papel amarillo entre los dedos, estaba demasiado inquieta para pensar que Brame estaba ya preparando su publicidad. Pero Brame prosiguió—. Hágame caso, señora Holm...

—Como usted quiera, señor Brame —dijo con calma. Más tarde se reiría, más tarde, cuando se encontrase completamente sola y hubiese comenzado una risa que había de terminar en llanto. Pero éste no era el momento oportuno—. ¿Proseguimos? —preguntó.

—Cuando usted guste —repuso satisfecho Brame—. He estado ausente por un tiempo imperdonablemente largo, pero le diré que Baker quiso recibirme en seguida. Hemos hablado. Le he expuesto el caso; le he recordado la importancia de lo que está en juego. Le he dicho que me siento responsable de la figura de Alberto Holm. En cierto modo, señora Holm —y al decir estas palabras se sentó mirándola con timidez por encima del montón de cartas—, en cierto modo no puedo decepcionar a la gente... No, desde luego, sobre la base de unas vagas habladurías. Sin contar, se entiende, con que nada podría devolver la vida al muerto.

—No, nada puede volver a dar la vida a lo que ha muerto —asintió Kit.

—Precisamente —dijo Brame—. Así se lo he expuesto a Baker y ha acabado por reconocer que le faltaban verdaderas pruebas. Me habló de cierta promesa que le había hecho a usted; no sé muy bien. Puede imaginar mi sensación de alivio. Y ahora, aun cuando llegase a vislumbrarse que hubo..., ¡ah!..., algo más que un accidente allá arriba, bastará que las cosas sean afrontadas como es debido...

Kit lo interrumpió.

—Estoy segura de que se ha tratado de una simple desgracia, señor Brame.

—¿Lo está de verdad?

—Absolutamente.

Su voz era firme. Alberto era tan sólo un tonto.

—En este caso —dijo bruscamente el agente— me siento con ánimos para luchar. Se apoyó en el respaldo de la silla, suspiró y luego sonrió—. No tengo inconveniente en decirle —manifestó— que hace una hora estaba más asustado que el día en que vino usted aquí para hablarme de cierto proyecto de divorcio. Bien, aquello pasó y la recompensa la tiene en este telegrama. Y si los Amigos del hogar conociesen la renuncia a su proyecto, la estima en que la tienen sería mucho mayor. Sin embargo, por un instante, la hipótesis presentada por Baker fue horrible. Por un momento vi a Alberto acusado de... de asesinato, nada menos.

—Es inocente como un chiquillo —dijo Kit.

—Desde luego, desde luego —añadió Brame—. ¡Bah! Sus compañeros pueden hablar, pero una nación entera no dará crédito a las palabras de un pequeño grupo de individuos. También esto pasará.

—Sí —convino Kit—. Todo pasará... —Miró a través del escritorio a aquel hombre singular y de pronto vio que él, por lo menos, podía comprenderla—. Después de todo —dijo—, los sueños son la vida de una gran parte de los mortales. No pueden destruirse por puro sentimiento del deber.

Él la miró con alegre sorpresa.

—Exacto. Lo ve usted muy bien.

Pero lo que Kit vio claramente en sus pálidos ojos llenos de comprensión fue su alma soñadora como todas las demás. Como todos, él habría sido incapaz de soportar la amenazadora destrucción de la imagen que él mismo había creado. Brame tosió y, ocultando su propia alma, dijo:

—Vamos, pensemos en nuestros planes publicitarios.



PEARL FYANDENSPRICKER BUCK, nació el 26 de junio de 1892 en Hillsboro, Virginia (Estados Unidos). Sus padres eran los misioneros presbiterianos Absam Fydenspricker y Carolyn Stulting.

Residió desde muy niña y hasta los diecisiete años en China, país al que se habían trasladado sus progenitores para impartir sus enseñanzas religiosas.

Los primeros años de su vida los vivió en la localidad de Chinkiang (Kiangsu). Después se trasladó a la populosa ciudad de Shanghai.

Pearl regresó a su país natal para estudiar Psicología en el Randolph Macon Womens College, licenciándose en el año 1914.

En 1917 se casó con el economista agrícola John Lossing Buck, con quien volvió a su amada China, siendo profesora de Literatura de la Universidad de Nanking.

Cuando estalló la guerra civil, la pareja decidió marcharse a Unzen, en Japón.

En el año 1933 y tras el divorcio de John Buck, Pearl contrajo matrimonio con el editor de sus libros, Richard J. Walsh, propietario de la compañía John Day. Un año después del enlace se mudó a los Estados Unidos para vivir en una granja en Pennsylvania.

Pearl creó diversas fundaciones para el estrechamiento de lazos entre la cultura occidental y oriental y defendió posturas igualitarias entre razas y géneros.

De estilo sencillo y bello sentido descriptivo, las obras más importantes de la novelista Pearl S. Buck, ambientadas en escenarios asiáticos que la autora estadounidense demostró dominar con conocimiento y sensibilidad, son "Viento Del Este, Viento Del Oeste" (1930), "La Buena Tierra" (1931) y "La Madre" (1932).

Por "La Buena Tierra" logró el Premio Pulitzer y en 1938 le fue concedido el Premio Nobel.

Murió en Danby, Vermont, el 6 de marzo de 1973. Tenía 81 años.